

POESÍA

José Lezama Lima

POEMAS

DÉCIMAS

I

La mañana que no es mía
se quedaba en mí, mas,
nieve tuya estudiarás
en la frente que huía
formas de mundos; derretía
un despierto tacto impar,
que presagiaba quedar
sobre la seda inconfesa
perdido ya sin sorpresa,
laberinto del jardín sin desear.

II

Gotas de cortesía, risa.
En puntillas, desleídas
en arco, tarde y luna enlevecidas,
mosaicos de coral desliza,
que no se puede decir que pisa
labios, río de ángeles, amor.
En toda pulsera el claror
que va hacia ningún delirio.
Verde mío, dueño mío, alivio
en el contorno del nardo y del flechador.

III

Garza, junco en salto, semilla
de agua en giro de amatista.
Que el aire se desvista
en los espejos. Arquitectura sencilla
en doble hastío, brilla
en su presencia, no resbala, queda.
Perfil concéntrico veda
suspiro neutro, hielo galán,
en su esquina o marfil recurvarán
en retorno hacia la seda.

IV

Luz violada ya se aleja,
serenamente sin fin,
del lirio blando que deja
sin temblor hasta el confín
verde-hendido en nube y queja.
Borrando el temblor nevaba
sobre el labio que cegaba
aprisionado en sus gritos.
Diamantes saltan, añicos
vuelan del papel que no volaba.

V

Escondido se apresura
— firmando el marfil que brota
destruyendo su figura —
a redondearse en la ignota
fuga de su blancura.
Ciñe el metal olvidado
el frutero más nevado
que declina sin surgir
de su intocable dormir,
ya trébol, pecera ya, relumbre resucitado.

VI

Gira morosamente en el gusto
la mirada ya secreta.
Escultura de la hoja busco
la palabra en el aire quieta
hasta ahuecar el blancuzco
perfil de la sal canora.
Después de procaz demora
se vuelve a perder marinero,
pues mi aire fue el primero
que flechó la exacta hora.

VII

Papel en el agua va
destrenzando su sigilo,

se extiende, se acabará
voluptuoso hilo a hilo,
negándose se afirmará
en salino ímpetu helado,
recobrará su olvidado
plumón, su túmulo vago,
hasta llevar nuevo halago,
no al ojo, al ojo que ha escuchado.

VIII

Aduerme jauría tan verde
que el mármol no se recuerda
si su memoria se pierde
en algas, si en limón concuerda
con hielo que no se muerda
la risa en guante dorado;
si en el bambú nacarado
ilesa queda una mancha
que el aire niega y ensancha
en el bambú destronado.

IX

No ya la gota afinada
deslíe su obra cruel,
quedando ya en la enramada
olvidada del doncel;
no ya en la risa peinada
la gota cuaja y deslíe
al nácar que me sonrío
retractándose al ocaso,
siempre que al mimbre o al paso
plácidamente se fíe.

X

Carbonizadas las plumas
levantan; islas suaves
se pasean soplando alas
tersas encalladas; figuras
no recordadas exhalas
trazando vueltas en humo.

¿Se pierde presto si aludo
al coral que el hilo enreda,
paseando perfil de seda,
creciendo nieve y desnudo?

XI

Añil, escama de porcelana,
fronda de atril y bandadas
si geométricas, cuidadas.
Flechado aire dimana,
luna y amistades robadas,
de espada que nunca alisa
la mansión de la sonrisa.
Pirámide de agua trunca
la sonrisa no se junta
al aire que muere en brisa.

XII

Galantísimo en el arco mudo
su lisonja se mecía,
inútil labio y escudo
en que siempre se perdía;
hielo cansado se hastía
al ir refluyendo impar
formando la piel del mar
perdida en rubios tormentos,
se va cerrando de acentos,
sin ganas de oír hablar.

XIII

La curva de mi deseo niego.
Arión a los delfines persigue,
extravío ya sin éxtasis y frutos puedo.
En rocío o en acantos se desligue
del clavel, huella del eco
sonrosado en la nevera, de su tristísimo hueco
de vuelo alto en teorema. Clavel, brisa
de giros claros no es escarcha. Traspasada
cabellera, pez espada de la nada,
clavel alcanzado no se desliza.

XIV

Y las rosas en los cuchillos. Girador
pájaro muere fríamente. Nivelado
del absoluto diedro no es dolor
en gris o en verde. Ya nimbado
se fija más, mas en definición
no muere. Rosa-Luna es la invención
que va ciñendo en el frío
y sed de la limonada es vuelo lento
impulsado en su dormir. Lamido estío
desteñida Rosa-Luna se va enterrando en el viento.

XV

Final de curvadas plumas. Rumorado
oído cruje, vuela sin verano,
vano espejo al margen congelado
desdoblar, decaído desdibujo de la mano
se cierra más, letra al frío,
vena helada, amor lejos, mustio estío
caído de huidas frentes, no llevando
nácar al humo, deslizada oscuridad
va quedando su abril, canarios, deidad
cansada, abril pautado en humo deseando.

XVI

Olvidando una esquina ilusa
tiñe el mantel revolado,
ronda plumas, vuela excusa.
Volando va trasnochado,
su lengua, fiel a la suma,
advierte que cuando apura
la primavera se hiela
o en vano pulso concierto
escama al mantel que vuela,
suplicio de alfombra muerta.

XVII

El girasol avisado
envía su sangre al río.

Sí por girasol tan girado
fácilmente el sí envió.
Se adelanta en el vaivén del estío
demorado. Su transparente falsía
reduce sus tres colores, exquisita en demasía
vuelca su llama clavada
en la brisa ya llamada
para olvidar que moría.

XVIII

Punta del largo guante, pez vertical
al viento, Ganimedes, maduras recitaciones
se derriten al escalar
el paisaje desleído en sus dolores
olvidados, cansados de congelar
la fruición del frenesí distendido
en recurva hacia el oído
que deslíe el ademán más borrado
del vuelo del sumergido
en junco y sueño, en jaspe destrozado.

CATEDRAL

(Motivo)

Los cinco dedos,
por la sombra impulsados,
en la pared se agrandan,
pulpo de la noche cegada.

En los rincones,
entre pardos yerbales,
apócrifos infantes, con la cruz
de sus dedos, trazan cruces
en la flor del agua.

Viene el mar, más caracol que sal.
No llegan los bandoleros.

CATEDRAL

(Noche y gritería)

Para Ángel Gaztelu

Se llamaban.
Llaman. Intercalaba el viento
la sombra que no se oía,
que pasaba su seda
para abrir las ventanas.
La seda y su juego,
su juego en la noche;
en las largas pestañas de ayer.
Que no se oía la sombra
y la seda se hundía.
Se llamaban.
Llaman. El viento entre la noche
y la jerigonza pura de su crótalo
entre la noche que llega
y el viento que se la lleva.
Se llamaban. / Llaman.
Noche decepcionada,
de ventanas sin gatos,
sin perfil de barajas.
Que hieren.
Noche de viento / sin cielo.
Noche.
Sobrenadan sus ojos
en espumas de alfombras.
Noche,
en su prisa el corcel
de la niebla se tiende.
De la mano en la niebla
a la niebla en la mano.
Se llamaban. / Llaman.
En la noche sin viento
bajo el cielo tropiezan
la noche y las barajas.

¡Que hieren!

En el sur de la roca se ha quedado un pájaro detenido.

Atardecer,
la tarde en cigüeña de aquí para allí.

Atardecer,
en el paladar una danza de cuchillos olvidados.

Atardecer,
las naranjas resbalan sopladas por la luna.

Atardecer,
los muslos guerreaban (arco luna feroz) con dos olitas.

Atardecer,
piel de letra y nardo en el abanico al romper la motera.

En la nieve sin nieve, caballeros plumizos, blandas algas,
sin nieve.

NACIMIENTO DE LA HABANA

¡Qué aire!
Camino de las playas, el aire
ciego.
¡Qué aire!
¡Pero mira qué aire!
Puñales, jacintos de torso acribillado,
de torsos embistiendo las estatuas
y de toros nadando por las fuentes
y por el halago del aire.
¡Pero mira qué aire!
¡Míralo. Enciérralo.
Discúlpalo!
Que el aire pesa como plata
hacia arriba.
Como brazos de nieve
hacia arriba.
Oye la nieve. Chupa el aire.
Avispa en una botella bajo el agua.
El aire bajo el agua.
Sobre el agua las estrellas
y el aire.
El aire ciego colocando su lengua
en el mármol.
Los peces ciegos.
Como peces y agujas en el aire.
El aire ciego.
¡Qué aire!
¡Pero mira qué aire,
con sus dedos y peces
y sus arpas dobladas!
El aire mirándolo clavado,
chillando en todos los ojos.
Sin que nadie coloque,
entre el cuerpo y el aire,
el aire intacto sin colores.
Ahora sí que todos estamos comprometidos
con el aire.
Mira qué aire y aire liso.
Aire de pedernal.

Aterido recuerdo en el aire sin frente.
Olas de ciega acampan
inexorables en el aire.
Ya para siempre, silencio,
pájaros amarillos bajo el agua,
silencio, grises pájaros recuerdan
el aire.

SE ESCONDE

Se esconde triunfal en su cuerpo.
De él me separa su voz
que voy sintiendo en la mía
navegando sus brazos ya cristales.
Menta que nieva del cielo a la garganta
hasta el sueño veloz si distraído,
tú por el alto cuello disfrazado
y destrozado por el blanco rielar de las espaldas;
tú en contraluz de barco gobernando,
guarnecido tumulto sin perderte,
en toros blancos pasas a otros ríos.
Lejos, sopladas conchas sobre sueños,
malos sueños chocando en los jardines,
sobre el mismo nivel de los hastíos.
Lejos, pluma entre islas, solo de jazmines,
girar de las sombrillas a la luna,
inclinarse girándulas besadas.
Patinados espejos entre islas
alzan tu frente en cielo navegable
por sirenas de añil que mortecinas
(entretrejida lumbre de inmóvil océano)
saltan de la prisión desvaída de las manos
al exacto lamento de sus ojos.
Triunfal su cuerpo se esconde.

PLAYA DE MARIANAO

Una ola
aleja la amistad creadora.
Lysis se sonrío
deibujando letras
en los anillos que cuelgan de sus alas.
Lysis, luchando entre las olas,
grita desesperado.
Lysis detiene los remos
de ritmo y oro.
Lysis se alegra con las conchas
frías del amanecer, y lo tapan las olas.
Entreabre los párpados
dentro de la sonrisa,
picado por el pez
más fino del oído.
Entre arenas se estira,
no respira dormido.

HERIDA FRONDA

Herida fronda
se desfigura en redondez
encendida y ponientes
sobre álamos apagados.
Mañanera deidad rehúsa,
el recuerdo y el humo pulsan hilos
de láminas que tiemblan,
o me escuchan y se recortan fríos
en cristal sobre arenas.
Dioses altos, borrosos.
El perfil de tu mano
entre dioses perdidos.
¡Claridad descompuesta! Se cierne
en mimbres agitados, en peldaños
huidos marchita nube en verde
cabecea sus hebras más delgadas,
cernidas tan heridas,
me recorren, me olvidan,
me despedazan, huyen.
Tus esquinas unidas,
perfección nadadora.
Palidez de los libros
en bostezo y velamen.
Curva fragante, chorro
de delfines cruzados.
Cielo en fiesta. Resbalan
blanduras hasta perderse
en anillos ceñidos.
Dulce luz acompasa
al raptor enguantado,
y el herido blancor
frunce su frenesí.
Se desdobra el soneto,
la arboleda y el raso,
sus galantes excesos
miro, regusto, palpo.
Mimbres encendidos.
Las almohadas tan fieles
a la fiel claridad,

alabastros acampan.
Redondez pasajera
prisionera en sus viajes
de inútiles mandatos,
alabanza a la fábula
del riesgo marginal.
Y las fresas reforman
los olvidos más puros.
Pureza del dormido.
Pereza del sonido.
Más allá de la aurora
dormidas hojas oyen.

ERRANTE

Errante de colores,
nadar sin existir, respiración de brisas congeladas,
agua vuela al castillo que pasa sin cesar.
Frío de nácar muy picado
(las torres crecen y el agua no recuerda)
crece enterrado en los alcances del teorema rosa.
Versátiles jaulas siderales,
bandada de anillos pesaban sobre la luna
inclinándola hacia la izquierda.
¿Por qué la danza frente al humo,
vino en el corazón del agua,
es tan extensa que piensa por segundos
y deshoja un polvo que suena en las columnas?
Jaspe que abre su nudo de verano,
niño que exprime franjas de diván,
girasol sin sentido al lado de la tarde.
Saeta, heráldica del agua,
árboles amanecidos, pluma cobarde,
cola y ciempiés no acantos influyen desvariando.
Peregrino del humo,
nieve por la piel de la naranja, siente
las sienas estirarse alcanzando trigales,
pasos de delirio se oprimen en las puertas,
encerrados en el aire se erizan los cuchillos.
Relumbres que vuelan sobre la fila de tanques
las rosas brincan picadas por los segundos.
Monumentos imprecisos, nervios despacios,
séquito de enjambres rectilíneos si abren tallos no acombran,
fuego de halcón, sonámbulo arenado.
Peinan su irresponsable gradación de espumas,
quietos, prendidos a las manos
entre el tacto despierto y la risa marina
quemar querencias, reducen delicias
y dejan a la luna cabecear en el barco.
Sobrado día de anteriores extensiones,
memoria desvalida,
en la cristalería que reflorece despertada
por el concierto despierto
de mandolinas y teoremas reavivados.

Cierto, robado
al negar el calor del intacto momento,
sucesivas siestas ladeadas,
ya caído en el humo,
la estatua sepultada en el agua
y la franja sepultada en el agua
y la franja exprimida es la sangre y la sien
que se hundan dormidas.

MUERTE DE NARCISO

MUERTE DE NARCISO

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo,
envolviendo los labios que pasaban
entre labios y vuelos desligados.
La mano o el labio o el pájaro nevaban.
Era el círculo en nieve que se abría.
Mano era sin sangre la seda que borraba
la perfección que muere de rodillas
y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba
la frente que se abría en loto húmedo.
En chillido sin fin se abría la floresta
al airado redoble en flecha y muerte.
¿No se apresura tal vez su fría mirada
sobre la garza real y el frío tan débil
del poniente, grito que ayuda la fuga
del dormir, llama fría y lengua alfilerada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.
Máscara y río, grifo de los sueños.
Frío muerto y cabellera desterrada del aire
que la crea, del aire que le miente son
de vida arrastrada a la nube y a la abierta
boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho solo blanda,
olvidada por un aliento que olvida y desentraña.
Olvidado papel, fresco agujero al corazón
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.
La mano que por el aire líneas impulsaba,
seca, sonrisas caminando por la nieve.
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol
enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,
aguardan la señal de una mustia hoja de oro,
alzada en espiral, sobre el otoño de aguas tan hirvientes.

Dócil rubí queda suspirando en su fuga ya ascendiendo.
Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas
islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas.
El río en la suma de sus ojos anunciaba
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón trabaja noche y cielo,
arco y cestillo y sierpes encendidos, carámbano y lebrel.
Pluma morada, no mojada, pez mirándome, sepulcro.
Ecuestres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado:
los dedos en inmóvil calendario y el hastío en su trono cejijunto.
Lenta se forma ola en la marmórea cavidad que mira
por espaldas que nunca me preguntan, en veneno
que nunca se pervierte y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla
y como la fresa respira hilando su cristal,
así el otoño en que su labio muere, así el granizo
en blando espejo destroza la mirada que le ciñe,
que le miente la pluma por los labios, laberinto y halago
le recorre junto a la fuente que humedece el sueño.
La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa
extiende y al aislado cabello pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.
¿No es la curva corintia traición de confitados mirabeles,
que el espejo reúne o navega, ciego desterrado?
¿Ya se siente temblar el pájaro en mano terrenal?
Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel mueve,
los dioses hundidos entre la piedra, el carbunco y la doncella.
Si la ausencia pregunta con la nieve desmayada,
forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre –curva ceñida en ceniciento airón–
el espacio que manos desalojan, timbre ausente
y avivado azafrán, tiernos redobles sus extremos.
Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas
batiendo en torno de ajedrez dormido, su insepulta tiara.
Su insepulta madera blanda el frío pico del hirviente cisne.
Reluce muelle: falsos diamantes; pluma cambiante: terso atlas.
Verdes chillidos: juegan las olas, blanda muerte el relámpago en sus venas.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece.

Orientales cestillos cuelan agua de luna.
Los más dormidos son los que más se apresuran,
se entierran, pluma en el grito, silbo enmascarado, entre frentes y garfios.
Estirado mármol como un río que recurva o aprisiona
los labios destrozados, pero los ciegos no oscilan.
Espirales de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta.
Relámpago es violeta si alfiler en la nieve y terco rostro.
Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada.
Polvos de luna y húmeda tierra, el perfil desgajado en la nube que es espejo.
Frescas las valvas de la noche y límite airado de las conchas
en su cárcel sin sed se destacan los brazos,
no preguntan corales en estrías de abejas y en secretos
confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan
los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene.
Los donceles trabajan en las nueces y el surtidor de frente a su sonido
en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos soterrados.
Si se aleja, recta abeja, el espejo destroza el río mudo.
Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno
tejen blanco cuerpo en preguntas de estatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos claman,
despertando el oleaje en lisas llamaradas y vuelos sosegados,
guiados por la paloma que sin ojos chifla,
que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos.
Van reuniendo en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido
el abismo de nieve alquitarada o gimiendo en el cielo apuntalado.
Los corceles si nieve o si cobre guiados por miradas la súplica
destilan o más firmes recurvan a la mudez primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistros no penetran, arguye
en hojas, recta destroza vidrio en el oído,
nidos blancos, en su centro ya encienden tibios los corales,
huidos los donceles en sus ciervos de hastío, en sus bosques rosados.
Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos,
donde el cuerpo sonoro se mece con los pinos, delgado cabecea.
Más esforzado pino, ya columna de humo tan agudo
que canario es su aguja y surtidor en viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado
son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados.
Narciso, Narciso. Los cabellos guiando florentinos reptan perfiles,
labios sus rutas, llamas tristes las olas mordiendo sus caderas.
Pez del frío verde el aire en el espejo sin estrías, racimo de palomas
ocultas en la garganta muerta: hija de la flecha y de los cisnes.
Garza divaga, concha en la ola, nube en el desgaire,
espuma colgaba de los ojos, gota marmórea y dulce plinto no ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido.
La blancura seda es ascendiendo en labio derramada,
abre un olvido en las islas, espadas y pestañas vienen
a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura.
Húmedos labios no en la concha que busca recto hilo,
esclavos del perfil y del velamen secos el aire muerden
al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada,
busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído.
Si se sienta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su costado.
Si declama penetra en la mirada y se fruncen las letras en el sueño.
Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada,
que coloreado espejo sombra es del recuerdo y minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinfín en llamas secas y hojas lloviznadas.
Chorro de abejas increadas muerden la estela, pídenle el costado.
Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas.

ENEMIGO RUMOR

I Filosofía del clavel

AH, QUE TÚ ESCAPES

Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.
Ah, mi amiga, que tú no quieras creer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga.
Ah, si pudiera ser cierto que a la hora del baño,
cuando en una misma agua discursiva
se bañan el inmóvil paisaje y los animales más finos:
antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos evaporados,
parecen entre sueños, sin ansias levantar
los más extensos cabellos y el agua más recordada.
Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar,
pues el viento, el viento gracioso,
se extiende como un gato para dejarse definir.

RUEDA EL CIELO

Rueda el cielo – que no concuerde
su intento y el grácil tiempo –
a recorrer la posesión del clavel
sobre la nuca más fría
de ese alto imperio de siglos.
Rueda el cielo – el aliento le corona
de agua mansa en palacios
silenciosos sobre el río –
a decir su imagen clara.

Su imagen clara.
Va el cielo a presumir
– los mastines desvelados contra el viento –
de un aroma aconsejado.
Rueda el cielo
sobre ese aroma agolpado
en las ventanas,
como una oscura potencia
desviada a nuevas tierras.
Rueda el cielo
sobre la extraña flor de este cielo,
de esta flor,
única cárcel:
corona sin ruido.

SON DIURNO

Ahora que ya tu calidad es ardiente y dura,
como el órgano que se rodea de un fuego
húmedo y redondo hasta el amanecer
y hasta un ancho volumen de fuego respetado.
Ahora que tu voz no es la importuna caricia
que presume o desordena la fijeza de un estío
reclinado en la hoja breve y difícil
o en un sueño que la memoria feliz
combaba exactamente en sus recuerdos,
en sus últimas playas desoídas.
¿Dónde está lo que tu mano prevenía
y tu respiración aconsejaba?
Huida en sus desdenes calcinados
son ya otra concha,
otra palabra de difícil sombra.
Una oscuridad suave pervierte
aquella luna prolongada en sesgo
de la gaviota y de la línea errante.
Ya en tus oídos y en sus golpes duros
golpea de nuevo una larga playa
que va a sus recuerdos y a la feliz
cita de Apolo y la memoria mustia.
Una memoria que enconaba el fuego
y respetaba el festón de las hojas al nombrarlas
el discurso del fuego acariciado.

UNA OSCURA PRADERA ME CONVIDA

Una oscura pradera me convida,
sus manteles estables y ceñidos,
giran en mí, en mi balcón se aduermen.
Dominan su extensión, su indefinida
cúpula de alabastro se recrea.
Sobre las aguas del espejo,
breve la voz en mitad de cien caminos,
mi memoria prepara su sorpresa:
gamo en el cielo, rocío, llamarada.
Sin sentir que me llaman
penetro en la pradera despacioso,
ufano en nuevo laberinto derretido.
Allí se ven, ilustres restos,
cien cabezas, cornetas, mil funciones
abren su cielo, su girasol callando.
Extraña la sorpresa en este cielo,
donde sin querer vuelven pisadas
y suenan las voces en su centro henchido.
Una oscura pradera va pasando.
Entre los dos, viento o fino papel,
el viento, herido viento de esta muerte
mágica, una y despedida.
Un pájaro y otro ya no tiemblan.

AVANZAN

Avanzan sin preguntar,
auxilios, campanillas,
sin farol, sin espuelas.
Intratable secreto,
ganancias declamadas.
Redondear, desaparecer,
breve tacto sin fin,
mano de límites previos,
peligros que la mirada
– argumentos – no puede curvar,
distanciar, desaparecer.
Respiro la niebla
de deshojar fantasmas;
con humo me pinto.
Como estrella sin firma
sobrenadan mis manos.
Sueño abejas reidoras
y lunas destrenzadas
y el abandono
encogido, disperso
de secretos sobresaltos, nieves declamadas.

DISCURSO PARA DESPERTAR A LAS HILANDERAS

Cuando advierte,
leve agitación, fronda inclinada,
va muriendo, color que si pregunta
en la sonrisa no puede ya ni respirar
horas grabadas en el aire dormitando
en los relieves, en la oquedad
del agua ascendiendo hasta los labios,
hasta las manos entibiando la oquedad
desnuda entre los sistros, entre las cítaras
frunciendo el aire aprisionado en las sandalias
que el gong devuelve redondo en amatista,
en la crujiente piel de la frente extendida
en pecho y raíz multiplicado por un cero níveo,
extendida en fría mano si en el gong advierte.
Allí despierta, peina o recorre –convulsa se adormece,
suave de torres – verde cabellera, silla de marfil.
Hondero normando mide la altura de las mareas,
de las mareas que por el brazo suben,
de la pirámide que las aguas mueve.
Oro peinado, peine mojado en aguamar
de risa en las salinas, en el no oído
nardo despierto en cabeceo arenoso
y testa truncada en flor de la marea.
Oh tú de torres, oh tú en la impedida nube alambrada
para moler insectos redorados o sueños giradores
que ya la flecha narra, que ya el corcel entrega,
que ya la sed en ríos notariales ciñe en el luto
árbol de marea y pirámides revueltas en vano
engendro de rosa y cordel o corcelete del corcel
a la nube que le pule reñida ofrenda y pliegues salineros.
Oh, ¿usted cree que la nieve, delgada escama, lámina o sonido,
cuela en sus bolsillos, mata como arena y dedo gordo?
Oh sí, yo creo, le diré la hora, la nieve no me importa
ni el sueño divisor de cuantos peces perecieron juntos.
Oh sí de torres, torre y marea que ya la noche exprime.
Torre entre lunas, ósea ofrenda y caramillos de cartílagos
lechosos en caracol destrenzan y martilladas islas afianzan.
Nariz malaya, trampa sin caracol y moaré de pájaros mojados
nieves escrutan en letras señaladas y querella avisada ya sin labios, se irisa en las

guitarras,
busca el nivel de las palabras que nacieron juntas
o el oído en vaivén de la marea en la madera que arañando escucha,
del caracol, de la guitarra, verde ladrido, multitud sangrienta.
Escalinata es la sal, hacia la luna no pregunta, no despierta,
y el jacinto enterrado y el sollozo del pájaro leves vienen
hilo tras hilo hasta el cartílago de las más fría anémona
que toca y devuelve la testa truncada en flor de la marea.

SE TE ESCAPA ENTRE ALONDRAS

Se te escapa entre alondras el ruido de sienes
para el agua desoída en las primeras horas
que existen o no existen pero siempre aletean
buscando la compuerta de un ruido virado
por el exceso de trabajo, por la risa.

Que existen o no existen
si tú fueras el primero
a cazar en la nieve
los insectos sin ojos
que ruedan por la nieve.

Oh, que tú seas el fin que entorna los balcones
que despiertan sin nunca despertar
en la hora prestada al baño de los ciervos.
Que lo que aprisiones sea más que el ruido
del brazo donde todo es un mar afinado
para el solo momento de alcanzar el relente.
Oh, que tus labios asciendan en la respiración de los balcones
que aceptan la prisa del humo deletreado
y tus miradas se estilen en la orilla de los ríos
reemplazando a los suicidas.

Y su suerte se ha quedado
bajo los párpados pobres
como un pellizco en la rosa
del aliento de los dedos
y se reconoce y se pierde
en los insectos sin ojos
que ruedan por la nieve.

NO HAY QUE PASAR

I

No hay que pasar puentes de conchas de desprecios
de recomenzar la búsqueda de las vihuelas crecidas
o por más señas un brazo redoblante a castillo cerrado
a traspies de araña que presagiaban los lotos
voy atravesando festones descolgados escamas destrenzadas
mandando en las planicies bajo arco de boca moribunda
y boquiabiertos presagios que mueven la corteza a desmayo
el agua a fresa nivelada y el latido a salto alto
por ahora silenciosos quilates del timbre y embates despertados
entre crisis de plateados placeres que chilla la pecera
y las escamas y la más aislada hebra que asciende
hasta confinar con la concha que ve sonar lo rubio
a impulsos de los ojos tirados contra la pared cariciosa
a rendijas de otoño por ahora no te creo crecida
ni olvidada intrusa rubí decaído en hilo por escamas furiosas.

II

Mi mano de mármol gris mis olvidos o mi sola alma
la navegación a medianoche hasta abrirse las tijeras
y destruirse la rosa para dar cinco campanadas
destruirse la rosa al pulsar el pájaro sin destruirse
ni hundirse si resbalan violines o perros al septentrión
o lo que ya cae en agua desluce su amargura
y la medialuna se entierra y el balcón escampa por primera vez
dime olvídate o deja de inclinar la torre y su sonrisa
y su plumón irisado acompasa el destilar del túbulo
por última vez el vidrio espolvorea las herraduras no las rosas
no las sortijas voladoras cuando el mármol descorre
cuando el mármol detiene una mirada fatal
o el inmoderado moribundo en azul rubio oscuro
destruye el mármol o la mujer viajera colorea
sus estanques que se reafirme porque la torre muere y chorrea
o que franjas de mármol de cuchillo y mi alma mojada.
¿No sabes que las puertas abiertas voltean los perros lanudos mirando al
septentrión?

MADRIGAL

El tallo de una rosa se ha encolerizado con las avispas
que impedían que su cintura fuese y viniese con las mareas
cuando estaba tan tranquila en las graderías de un templo
y un marinero llamado por la palabra marea
se ha unido a los clamores de alfileres sin sueño
y le ha dado un fuerte pellizco al tallo de una rosa
lo que no merecía lo que no alcanzaba en su sonrisa
en su cítara en su respiración tornasolada
la cólera de un marinero
mil manos que se alzaban en el remedo de un beso
en esta pirámide de besos
para que en lo alto más despacio más pañuelo más señorita
una rosa una rosa
que no puede aislar ni unas cuantas avispas encolerizadas
que la han vencido que se le han pegado tenazmente a los flancos
y ya son ramita entre dos recuerdos.
Desconchamiento de lunas que no vienen
sus escamas de otoño
pero el niño que se ha quedado detenido frente a los encantamientos
de un caballo blanco
se apresura en su dulce memoria de lunares
a evocar sus regalos para ingresar en la nieve
entre dos recuerdos de aire pulsado entre dos conchas
que recorren un hilo de sienes de sien a sien
como entre dos recuerdos
un dedo besado atormentado desnudado
una muchedumbre de Perseos enlunados
que esperan a los más crecidos cazadores de medianoche
porque ha llegado el día que no se alcanza con media docena de cítaras
redondas espinas siempre festón de nieve enhebrado
que se adelantan con la crecida del aire
de dos conchas entre dos recuerdos
entrecortados silbidos en las graderías de un templo
hasta el instante en que es la sangre de hoy
hojas del recuerdo en las ventanas de las joyerías
ojos que miran cómodamente la avispa mordiendo el tallo de una rosa
para negártelo en el aire guante fronda lenta flauta
la misma rosa que ha inclinado su frente para recoger tu pañuelo
y esconderlo hasta que pasen los cazadores de medianoche.

FIGURAS DEL SUEÑO

I

Quede tu brazo alzado,
lo reconoceré pendiente
más de prisa en su sueño.
Refugio de uvas, de alondras
en sus grutas, en los ríos
de generosa vida prolongada.
Adivino en las venas
un tumulto que mira y se fija
en el primer chillido,
en manzana ingenua
que la siesta desviste.
¿Comprendes la mano alzada
– flor de hilo y de venas
la propia pertenencia real –
y el diapasón sin eco?

II

El sueño sobre mi carne
asegura su isla leve.
Lo que se abre por dentro,
el almendro, la cal eterna,
domesticado revuela,
paloma que se va
al fuego o al nido pasajero
caído de sus alas.
Todo lo que se deja caer,
mirada al pasar
y el sueño al decaer.
La llama que se sabe alzar.
El sueño que cae.
La cal fugaz
que quiere destrenzar
símbolos en la pared.
El gamo que atraviesa el sueño
se asusta
en oblicuo chillido,

pero como sostiene al cielo
el cristal rodará.

III

La elipse de la codorniz
– mentira –
mas chilla el espejo cierto.
Verde de aguas cansadas
la codorniz se alza
– mentira –
a un cielo blando y no nuevo,
a desposadas preguntas.
Intacto secreto manso
en los cuidados del mármol
es un girasol no al aire,
a su cielo comprimido.
Un cielo grande que cae
sobre la codorniz desvelada.
De nuevo se alza escondida,
ropa y pico enterrados
en la flor y su desvelo.
El hálito de su siesta
– mentira –
en el secreto decide
la extensión de sus festejos,
la curvatura de su chorro
y maestría,
y ya en su nuevo secreto,
borra la codorniz su elipse
y su mentira primera.
La disciplina del cielo
cae justa
en el nombre de su cuello,
posado junto a la fuente
que en el sueño
lo reencuentra.
¿Y este tono especial,
blanco y grises divididos,
que en lo blanco salta?

IV

No es aquí.
Cae columna hirviendo.
Lo que me preocupa
falta.
Sus preguntas me divierten.
Un solo ojo me alcanza
como un río de ceniza.
De nuevo las ballestas,
pregones y ciudades
de timbres falsos.
Su primera muerte
va creciendo tensa,
alcanzando un tumulto
ligero
de flauta que se olvida,
de bambú que no se mueve,
ni sueña,
ni en el sueño oscila.

V

Ni el rostro pregunta
ni el espejo contesta.
En sus fuentes de mármol
el día nace entre dioses menores
y grandes abejas despiertas.
Chorro de verdes plumas
y amarillas y verdes.
Taza de blancura
y de cielo, entre sueños
irrumpe, cantan sus deseos.
El chorro del agua,
de las plumas el salto.
La curva de su brazo,
planicie de sus espaldas
y los más lentos trineos.

VI

No era que ya el ritmo
del almendro fuera cítara al sonido.

Por mi lado pasaba,
sin saberlo,
una escala de arenas
– tiempo inapreciable –
donde los colores
juegan sus sonidos
y se adormecen
en marfil extendido.

No era.

Ahora escanpa el deseo,
secreto mantenido
en secreta opulencia.

Y lo que va pasando:
una fuga de hojas,
un rumor nunca oído,
siempre oído.

Una fuga de hojas
y la secreta opulencia
sobre taza de mármol
– lividez de la llama
o tersura de olvido –,
pasa por el tiempo
que no sabe de muerte
y que vuelve opulento
a un ritmo de hojas
sin cesar encontradas.

VII

Bajaba las escalas
del poniente,
como rosa olvidada.
Ceñía el blancor y la áurea hoja,
batidos por espumas no impulsadas,
en lentas bien medidas
calmas siderales.
Se escuchaba, borraba
el milagro de alta esfera
que mueven sus pisadas.
Bajaba las escalas del poniente,
y nadie la miraba.
Pactaba en lentas hojas
sus milagros,

temprano redoradas.
Y ahora pasa a nuestro lado
y nos golpea
como viento hechizado.
Caía del poniente
bien quemada,
la afirmación de la hoja
sin presente
que nos trae sus pisadas.
Lo que cae ahora del poniente
crujiendo en rósea gruta
mal mirada,
su misma fuga helada
que baja del poniente
por altas neverías
y nubes de mastines
en su gloria
— blancura —
tenazmente adormilados.

COMO UN BARCO

Llamadas voces corrían por el canto del cielo
bordeando de los dedos las islas.
Una voz que se aislaba,
palmeras, islas nadadoras, hojas del recuerdo,
nevando el perfil más voraz,
punto incierto volado del anillo que salta,
del cuerpo que olvida al soplar las palmeras
un perfil movedizo, congelando y batiendo
el cuerpo que ávidamente bebía.

Como un barco temblaban los cabellos
atados a las últimas palabras,
finamente anudadas las pestañas
erraban imponiendo silencios,
obligando al húmedo recuerdo de las manos atadas,
al contorno resuelto en guitarra y granizo.
El laúd o ese labio pinchado
que se quedó prendido a la envidia del caracol,
o a ese caracol que se fugó de la reyerta al destierro.
Esa ceniza y esos labios antaño perseguidos,
arco de la espiral aspirada,
volverán a despertar después de la llamada a tu rostro.
Después de las aguas que van invadiendo
los sentidos, la guirnalda y las lámparas.
También las manos adelantadas
para adormecerse en el ajedrez
o pulsar un verano que en pulseras y en sistros retrocede
y nadando se ciñe la corona de la risa,
o ya sopla desvanecido corcel
tan manchado, tan amargo,
tan querido que crece amarrado a las espaldas de los dioses
desterrados y al amigo en el cielo.
La sombra de la nube rápidamente caía.
El cuerpo enrollado en su manto y su sombra ávidamente bebía.

PUEDO MIRAR

Puedo mirar tus manos preferidas
y el acanto de tus sienes redoradas.
Puedo mirar las aves sepultadas
por las frías guirnaldas otoñales.
Quiero mirar láminas de arena
y sus precisos fuegos rodadores.
Estoy mirando tu pregunta preferida.

Vuelan guirnaldas y más arenas ruedan,
mejor que en esa pregunta diferente
— carroza de mariscos y delfines —
que corría entre consejos de oro,
tibia, vuelta y renacida,
iris tan terco,
que me obligaba a señalar los ríos
en el mapa de tu recuerdo,
frío, desordenado por el viento.

Si se acerca, dormida,
extensa y prolongada,
entre sábanas que su gloria envuelven
y dulces la proclaman,
abstrayéndose en blanco, prolongándose
en celeste llamada a tu blancura.
Si despierto, tropiezo,
en el halo que tu respiración empaña
y en aquella nueva humedad
que pervierte el encantado tacto
y es la caricia al fervor.

Si dormido,
esa reciente concha y medialuna,
flecha de tu pregunta adormilada,
ni divierte ni extiende,
sillar semimoviente y hojas despedidas
hacia el centro de tu ciudad
rendida, golpeada
por tu fuga y mi fuga.

Estoy mirando tu pregunta preferida.

QUEDA DE CENIZA

I

Al llover sobre el cerco deslucido,
tú mismo, confundido,
ya confundes la gracia
del manantial seco y del jazmín
torcido de tu sueño.
Frío medialuna convoca
siniestras aguas a nueva torcedura
y a los timbres convoca para arañar el sueño de las hojas
en flor y flor hundida.
Tú borrabas, querías, alentabas
la primer cabellera que el hastío detiene
interminablemente en bruscos corredores.
Multiplicas puertas, réplicas
que abren y olvidan sus pestañas.
Vencedores y azules, penetrantes
escuadrones de guerreros mustios
abren y olvidan sus pestañas,
puertas, réplicas, fino borde
de papel dulcemente doblado.
Me persigues, pasas y repasas,
vienes o te ausentas, la misma alfombra
en la misma cámara de espejos murmurantes
siente tus pasos que ruedan
o alza una estatua por tu ausencia.
Ausencia ecuestre, horizontal, en sueños,
plegada o suelta cabellera,
luna de cartón o telón en risa abierto.
Sueñas ya las nubes, los presagios,
la misma voz que peina el mismo aire.
¿Y tu música rodea el mismo cuerpo?
¿Y tu cuerpo se acuesta entre dos árboles
que la noche anterior había nombrado?

II

Dulce reencuentro en tu luz anegado,
como un ave penetra sin sonido en la tarde,

o como aquella sombra que entre la hierba surge
clamando por el nombre de esbeltos cuerpos duros.
Su dureza es apenas una provocación a las avispas y a la luz,
pues entre la claridad su gesto amargo esbozaba una tregua.
La resistencia de ese cuerpo se escolta
de un silencio opulento como un manto olvidado.
Comprendiendo su fin se abandona al ocaso,
y cuando cae lava en el agua confusa,
la pesantez de sus fragmentos que se hunden gimiendo.

La miseria escondida de ese cuerpo siniestro,
hasta ayer recorrido por el rumor de la gloria
y ahora pisado y abandonado por las hormigas del desprecio,
aumenta sus gemidos pues la noche se extiende.
Pero aunque quiere descifrar su gloria anterior,
Solamente le roza el frío del pez que busca su destino
y la frialdad de la luna que aumenta la desazón de sus huesos.

III

Cerrado el último oleaje
donde ya no se puede penetrar
y su constante envío de sorpresas
provocan un oscuro dominio impenetrable.
Si ya la mirada continúa el juego o el tormento,
la sucesiva escala, el riente coro,
la luna, última voz que se ha de oír,
soplará los espíritus del lago, la impalpable melancolía,
quedando de las fuentes un rastro de ceniza
o un elegante esbozo de fuerza congelada.

Aunque sus cabellos se prolongaban en rocío
y sus brazos se abandonaban como palabras repletas,
la sombra evaporada a humo lento de su cuerpo,
el oleaje impulsado por su sombra,
y la despertada voz que desprendida de su cuerpo,
continúa su viaje despaciosa
sin rozar la somnolencia de las arenas
ni sentirse detenida por el tosco impulso
de una columna o de una voz no esperada.

En ese último lamento que era también el último
confín a donde se acudía sin mirada y sin voz,

empezaba el oleaje a desentumecer,
y su última melodía, el recuerdo de un destierro
no sufrido, de una nube no vista,
era una vida más lenta, continua e indiferente,
donde no cabía la soledad del hombre ni el canto de los amigos,
sino una melodía inútil que rodaba sin fin,
rodeada de fríos lamentos y de blandos animales
que no sufrían la dolorosa interrogación de la luz.
La ausencia venía a ser reemplazada
por la perpetuidad leve del rocío,
nutridor impalpable de la invisible melancolía.

IV

Tu transparencia intocable muda las frondas
y deshace en las ventanas un jardín con ojos de interminable túnel.
El escondido sueño viene a doblar la arboleda,
a colocar en el espejo que se hunde sin despedirse
múltiples seres de pequeñas miradas tintineantes.
Las únicas miradas dueñas del anochecer recargado.
Las últimas frondas que caen como el cansancio del humo
y se despiden galantes en el crepúsculo de los cambiantes ardores.
En la medianoche de verano el ruiñón y sus letargos
cierran todas las compuertas que conducen a los viejos espejos
habitados por lámparas erectas
que no pueden inclinarse para descorrer los rostros
que los espejos han enviado como burbujas hacia la luna.
La lámpara frente al espejo y el espantoso choque de las nubes
no podrán compararse a los paseos de muertos y vivientes
en torno al mismo lago del tedio,
donde los seres esconden sus huesos blandos
y sus lenguas crecidas en las excesivas frondas
ignoran que pueden volar mansamente por el cielo del paladar.
Pero la nostalgia de esta noche crecida
entre dos ríos breves, levemente impulsados,
es algo más que un fruncimiento de interpretación venturosa,
es un polvo que la noche propaga con manchas agrandadas,
o una arena incontenible que detiene tus pasos y tus últimas voces
al borde mismo de la noche extendida de una boca a otra boca.

II Sonetos infieles

SONETOS A LA VIRGEN

I

Deípara, paridora de Dios. Suave
la giba del engañado para ser
tuvo que aislar el trigo del ave,
el ave de la flor, no ser del querer.

El molino, Deípara, sea el que acabe
la malacrianza del ser que es el romper.
Retuércese la sombra, nadie alabe
la fealdad, giba o millón de su poder.

Oye: tú no quieres crear sin ser medida.
Inmóvil, dormida y despertada, oíste
espiga y sistro, el ángel que sonaba,

la nieve en el bosque extendida.
Eternidad en el costado sentiste
pues dormías la estrella que gritaba.

II

*Mais tes mains (dit l'ange à Marie)
sont merveilleusement bénies. Je suis
le jour, je suis la rosée; mais toi,
tu est l'Arbre.*

R. M. RILKE: *Vie de Marie*

Sin romper el sello de semejanza,
como en el hueco de la torre nube
se cruza con la bienaventuranza.
Oh fiel y sueño del cristal que pule

su rocío o el árbol de confianza,
reverso del Descreído pues si sube
su escala es caracol o malandanza,
pira gimiendo, palabra que huye.

Para caer de tu corona alzada
los ángeles permanecen o se esconden,

ya que tú oíste a la luz causada

por el cordero que la luz descorre
para ofrecer lo blanco a la nevada,
para extender la nieve que recorre.

III

Cautivo enredo ronda tu costado,
pluma nevada hiriendo la garganta.
Breve trono y su instante destronado
tiemblan al silbo si suave se levanta.

Más que sombra, que infante desvelado,
la armadura del cielo que nos canta
su aria sin sonido, su son deslavazado
maraña ilusa contra el viento anda.

Lento se cae el paredón del sueño;
dulce costumbre de este incierto paso;
grita y se destruyen sus escalas.

Ya el viento navega a nuevo vaso
y sombras buscan deseado dueño.
¿Y si al morir no nos acuden alas?

IV

Pero sí acudirás; allí te veo,
ola tras ola, manto dominado,
que viene a invitarme a lo que creo:
mi Paraíso y tu Verbo, el encarnado.

En ramas de cerezo buen recreo,
o en cestillos de mimbre gobernado;
en tan despierto tránsito lo feo
se irá tornando en rostro del Amado.

El alfiler se bañará en la rosa,
sueño será el aroma y su sentido,
hastío el aire que al jinete mueve.

El árbol bajará dicción hermosa,

la muerte dejará de ser sonido.
Tu sombra hará la eternidad más breve.

ORDENANZA DEL MARQUÉS DE ACAPULCO

En edad, flor o ciudad de pocos conocida,
pues por allí calzó el viento grave llama,
orden de muerte a bien cifrada herida
toca, se acerca astuta, burla y clama:

La que de pronto cierra su proclama
leída es al revés, y pausa a la medida,
pues sobre el muro clama y reclama
cifras de ecuestre hoja a nueva vida.

Yo no veía y el Marqués sangraba
dulces secretos de invisible flora,
y es su desdoble en lo que pasaba.

Forrando su jazmín la muerte acrece.
Una mitad, la tierra inclina y llora.
Otra, en nueva cita inclina, y resplandece.

COMIENZO DEL HUMO

Corolas del otoño el humo comenzando
alas y muertes si la mano empieza
a imponer cuidados, a doblar abejas,
abejas en pañuelo de agua dura.

Silbido, flecha hacia atrás, batiente
se apresura o se duerme tan furiosamente
que la espalda interpreta su plumaje:
prendida escarcha que hacia el labio vuelve.

La frase vana vuelve y se concierta
al pañuelo herido si la abeja cruje.
El humo letargo del contorno, el labio reluciente.

Oh, ya la nieve recobra las hilachas amarillas.
Y las manos ciñendo el aire impuro, el labio ciego,
las lunas olvidadas: inmóvil abeja cae.

PRIMERA LUZ

Primera luz de una ceniza atarte
al borrado principio que nos lleva
– fino aliento extendido como seda –,
galopando al espejo donde recobrarte.

Último desdén que sus cenizas nieva,
nacido ya el abismo de olvidarte,
si frío el recuerdo escaso veda
el mínimo paladeo de nombrarte.

La igual destreza de su entendimiento,
la madurez en su compás se vierte.
Huraño reptil la cola del viento

y el guiño del diamante se divierte
sin destruirse en su incesante envío,
yerto en su luz de oscuro desafío.

SU SUEÑO TOCA

Traste de ámbar por su sueño toca
y tiene en dura corona regodeo.
Botacillas, a lebrel y pájaro convoca
dulce verano de pinta y festoneo.

La hoja de oro, de tu cielo gota,
trocada en nuevo sueño delecto.
En esa altiva hoja pronto agota
las minas de malva y errante paladeo.

Por dondequiera, en hojas, tu albedrío,
hasta en el mar creciendo tu corona
y en cada hoja la estación de gloria

abre un castillo al ciervo del estío.
Y el más celeste junio vuelve y perdona
llamas al viento, nieve a la memoria.

MELODÍA

Melodía de la sombra penetra la dureza
de la piel acompañante y ya me pide
un anhelo pasivo que la incline
al borde níveo donde el aire empieza.

Dulce secreto la gaviota o ya se afine
la sombra que extendía la pereza
de la piel, negando que al irse se desligue
de la sonrisa en que muere su destreza.

No es melodía ni fuga en la marina
onda rota que recuerda el sueño salpicado
de pluma y pleamar en piel que el aire olvida.

Corvo vidrio en la mano destrenzado.
Frío dardo cayendo más afina
el humo hacia la flauta y olvido deseado.

VUELTA DEL AIRE

Nuevo nácar recurva a nuevo frío.
Húmedas cenizas al vientre de la nube,
dulce riesgo navega su desvío.
¿Soplada torre la frente sube

desterrando al recuerdo en desvarío?
Unido al jinete que más huye
el recuerdo, pañuelo por el río,
o vagaroso doncel que restituye

cierzo al espejo y a la nube olvido.
Escamas alisando su sonido
entre fronda y perfil del lento

tumulto que rechina en la neblina.
Desterrado se afirma y más sediento
o el aire devuelve lo que afina.

NO YA EL OTOÑO

No ya el otoño sin cesar termina
al abrigo de un cielo en que no sigo
sino al alcance de rondar contigo
su frente que saltando inclina.

Doblado en surtidor de ángeles empina
el marfil de brisas al postigo,
despertando nuevamente en lo que digo
o se remoja al cielo que camina.

Amarillez de manos entre tibias sierpes
por el aciago labio desleídas
todas las veces de su andar bruñido.

Hostilizado ámbar ya escindido,
rumor de abejas entre peines viertes:
el río de su sombra me ha perdido.

ESPUELAS

Espuelas y abejas flechan la alborada,
orillas del hastío en halos de sinfines.
Muslos y conchitas desligaba
en la cárcel sin red de los delfines.

Rezagos de la seda la tarde silbaba
demorados desvíos en confines
de suerte para el fresno si helaba
tizne en las plumas, fiesta en los patines.

Espejo impar intacto crecía
en la juncia sin garza de la orilla
que doble suma de bañistas encendía.

Grave sobre el borde de sí mismo extendido
en la carne del espejo rebrilla
ya dueño de su rostro, ya extendido.

FÁCIL SUEÑO

Largos pájaros blancos en su mano enguantada
de nombres cabales y dobles hojas de miel.
Su peluca de algas, su cintura enastada.
Su ausencia: desfile de un blancor de papel.

Se ha ido, su presencia, un silbido,
le anuncia por los aires quemados.
En la sombra, lenta mana su latido.
En el sueño, define sus muslos enjaulados.

Oh qué zumbido se posa en mis oídos algonados
cuando nos golpean sus nieves invitadas
a la pleamar hinchada de peces mantecados.

Rompiéronla sin frío, extendidas dos nalgadas
entre Preciosa y su lebrél. Es el sueño, cansados
se tienden al agredir doncellas despreciadas.

LLOVIDA

Llovida, anudada en metal o cuitada
en el sereno confiar que la deshace,
va creando su primera y única mirada
—nieve su suerte—, muerte que complace.

Ya en la garganta, recta y deletreada,
voz no le advierte ayer no dividida.
Tocada huella es columna adormecida
y sonrojo la niebla en mano no escanciada.

Si su escala es borrosa, aire en punto
por metáfora y viento contrapunto
que persigue su aliento y no lo toca.

Si lo toca se apresura la rosa, en el fruto
y por cadalso en la ascensión ya brota
líquida forma, mas su ausencia culpo.

BREVE SUEÑO

Códice el aire en su miniado pliego
alarga en derecha — sueño o suerte —
su contorno de plumas, que convierte
manso cielo, a mi gozo azul y juego.

Ámbito ya sin fin de plumas ciego
y caído en cenizas, llamas vierte,
hasta el vestigio de una sola muerte,
y hasta lo dulce de tan breve fuego.

Frente nevada, mano aljofarada
son al destierro y a la cifra leve
puñados si de nube alcanforada,

risa o pecera, ejemplos de lo breve.
Costumbre en ceniza meditada,
cuajada en extensión de trigo y nieve.

PEZ NOCTURNO

La oscura lucha con el pez concluye;
su boca finge de la noche orilla.
Las escamas enciende, sólo brilla
aquella plata que de pronto huye.

Hojosa plata la noche reconstruye
sus agallas, caverna de luz amarilla
en coágulos de fango se zambulle.
Frío el ojo del pez nos maravilla.

Un temblor y la mirada extiende
su podredumbre, lo que comprende
ligera aísla de lo que acapara.

Aquel fanal se pierde y se persigue.
La espuma de su sueño no consigue
reconstruir la línea que saltara.

AHORA QUE ESTOY

Ahora que estoy, golpeo, no me siento,
rompo de nuevo la armadura hendida,
empiezo falseando mi lamento,
concluyo durmiéndome en la herida,

que no en mí, en la pared, procura el viento,
y no es mi herida, si la luz perdida
procura ironizar el firmamento
o se recuesta en la cometa huida.

Cínico lebrel, gamo biselado,
de la luna soporto la blandura,
no su misterioso río de leche.

Me aduermo, que la sombra fleche
lo que es mi ser y lo que está flechado,
golpe o bostezo, luz o sombra quemadura.

CIFRA DE MUERTE

Lo coronó con números la muerte
y amenazas de grieta la alborada
de la pluma, verde y fácil, espejada
en el rincón que pájaros divierte.

En su infinito pedernal advierte
luz insolente, fuego que no es nada.
El paisaje del ave le convierte
a la pausa sin gesto por cansada.

Una mitad desvela, y otra mitad
— farol, puente celoso y agua rebotante —
cambia sus caballos, viene de muy lejos,

pues de la nada, crujiendo, caerá
la flecha que viene más distante
y el rocío que sudan los espejos.

ÚLTIMO DESEO

De la fe que de la nada brota
y de la nada que en la fe hace espino,
ilesos saltos de mágica pelota
que paga en sangre el buen camino.

Y si rebota más, sólo nos toca
al desempedrar los bordes del destino,
la mágica epidermis que rebota
en el coral de un arenal divino.

En el murmullo de pinos siderales
las nubes a bien medido engaño
del cuerpo, flor del viejo espacio.

Previa al no ser envía sus cristales
a la ciudad de amanecer extraño,
y sigue hilando sus nubes muy despacio.

A SANTA TERESA SACANDO UNOS IDOLILLOS

*...por hacerme placer, me vino a dar
el idolillo, el cual hice echar luego en
un río.*

SANTA TERESA: Vida

Los ídolos de cobre sobre el río
pusiste en obra del amor llagado.
Su casta fuera, redoble enamorado
tuerce la mueca de inhumano brío.

Cuando la imagen balbuciente al frío
lastima su rostro, espejo despreciado,
y demonio alado disfraza el poderío
que es menester para no ser penado.

Navega el ídolo y no se cierra,
flor especial en noche eterna crece,
cerca al rocío, ángel de la tierra.

Y así en enojos al barro se decrece.
Sólo el fuego libera si se encierra
y sin buscar el fuego, palidece.

INVISIBLE RUMOR

I

Cuando en el cielo despojado asoma,
danzando en el abismo de la altura
que borra en el fruto la figura
que forman los sentidos de su aroma.

Ola deshecha y breve en la redoma,
iluso imperio de su mano impura,
despego, fuego domado, blancura
de un mar finito sus cenizas doma.

Por el olor del fruto detenido
las manos elaboran un sentido
que reconstruye la sonrisa inerte.

Así la flecha sus silencios mueve,
ciega buscando en la extensión de nieve
su propia estela como fruto y muerte.

II

Flecha y distancia sueñan su rumor.
Blando rocío cayendo hasta la seda,
luz medialuna de un nuevo dolor
que su silencio magistral nos veda.

En su articulación tan blanda queda
lenta la sombra del río burlador
del cielo que en propia muerte nieva,
embriaguez del propio escanciador.

No es lo que pasa y que sin voz resuena.
No es lo que cae sin trampa y sin figura,
sino lo que cae atrás, a propia sombra.

El pecado sin culpa, eterna pena
que acompaña y desluce la amargura
de lo que cae, pero que nadie nombra.

III

Como el amor si el tiempo lo detiene
apresura su sueño en dulce espera,
o cumpliendo su fruto solo viene
a su forma, y de nuevo desespera.

Indiferente al signo adviene
aunque incesante sus deseos ardiera,
pues cuando ya el fuego le enajene,
danza en la sombra, desapareciera.

Oh tú impedido, sombra sobre el muro,
sólo contemplas roto mi silencio
y la confusa flora de mi desarmonía.

Yerto rumor si la unidad maduro,
nuevo rumor sin fin sólo presencio
lo que en oscuros jirones desafía.

IV

Desdicha de la luz la voz se alzaba
embistiendo mi escasa negativa,
que cuando más el ceño se negaba,
más huellas de la oscura fugitiva.

Como la pluma en su don furtiva
caía en el plomo que quemaba,
y así la voz, potencia muy unitiva,
en el fuego también está sumada.

Curvas voces y sumadas, vocerío,
abejas de apariencia y desvarío;
un extraño silbo se detiene.

Que cuanto más las voces se destruyen,
ondas de vihuelas restituyen
y el extraño silbo se mantiene.

V

Si con tus cautelas sólo muerte,

logras ver la confusión de tu ser,
ya que perdida forma, queda inerte
la nada: medusa, cero su poder.

Si nube de un bostezo comprenderte,
o como reino de nube sólo arder
donde extendido hastío sólo advierte
la confusión vacía del acaecer.

Ilusa cisterna del entendimiento:
linfa es la forma que no fluye
discurso que misterioso restituye.

Otoño en dulces pasos prevalece
en ese mundo que no suma ni decrece
la embriaguez viciosa del conocimiento.

VI

*La selva hizo navegar, y el viento al
cáñamo en sus velas respetaba.*

QUEVEDO

Cubre de nieve solícita figura
que alada medianoche esplende.
Negro festón, granada que se tiende,
como un astro en su fría luz impura.

Cansado el aire su esbeltez procura
en el cobre del halo que desprende,
pues si cáñamo de cobre es atadura,
la cabellera como cordel extiende.

Calza la sombra en la figura, dormía
más allá de los brazos, atanor
el aliento, las nubes, las pisadas,

ya que con luz violada desafía
el sonido miniado en las nevadas
y el rostro huido en frío rumor.

III Único rumor

FIESTA CALLADA

I

Es el secreto poner dos dedos en la bola de cristal.
Sortijas que se derriten porque los odores
clavan juncos para apuntalar la monarquía
destruida por el granizo indivisible, golpeada por el bambú
suspirado, franjas de frentes destacan sus graciosas elegías.
El verdadero rey forma la estatua del humo
para colocarla en el recodo más frío de la perfección
caída y vuelta a levantar, ya nada entre márgenes
sueltas que le persiguen y no le invaden;
le ciegan y le despiertan por la mañana
creyendo que es cobardía llamarse Nadie como Ulises.
La ordenación o clasificación impensada:
hacen escuadras los delfines,
las pamelas tropizan en las puertas del cine
y los cisnes se han esclavizado voluntariamente para ofrecer
un simulacro de espumas.
Solimán piensa en la sombrilla abandonada en una planicie,
pero el chopo se abría en un sombrero o en un jardín
y el sabio saludaba con una gran mariposa blanca.

II

La costumbre puede ser la mesa de nube y marfil donde soplan sus ondulantes
chismes los odores, ella nos hace sentir las profecías.
El que juega pierde, el que no duerme esperando nueve meses
también pierde, y si pasan las banderas,
y si los malayos siembran en el río,
y si los ciegos amansan las inundaciones,
seguirán hablando de la elegancia y de la fuerza,
de las fresas robadas y de la mano guardada
en la urna de la categoría sensible, de cartón y de nieve,
de pecho redoblante, de mordidas armaduras salobres,
y si pasan las banderas, parará su máquina o seguirá cantándole a la lotería.
Los peces de noche no dejarán pasar ningún navío,
cazadoras agujas con sus lunas.
Cuando vendan peces las doncellas
se llegarán a oprimir en las puertas

si han abandonado la idea de saber la hora por los encogimientos
de las arenas, por los pasos que formarán el sentido
de creer que la unidad mojada en vino sanguinoso
surgía de Nemósine, dulce y exacta,
sentada en su corte de ardillas blancas y nueces talismánicas.
El trampolín es eficaz y puede ser vistoso.
El anillo se presentará para unir los sexos o para enseñar los dientes de su
redondez
y tendremos un circo ensangrentado o un día de lluvia.
El día de la lluvia en las arpas engendra las cabelleras.
Los mercaderes saben que ha de llegar la princesa agraciada,
regalando pestañas, mirando fijamente.
La ordenación será el roce social.
Viva red crecida servirá de vitrina a los cuerpos tachados.
Inadvertidos cometas y chispas en los acantilados
suenan sus alamedas robadas, sus bifrontes injurias
de corceles marinos en el aire reclaman,
en el agua rebotan, se apresuran gimiendo.
El agua que caía dentro del anillo robado
buscaba una playa de muslos,
recoge con el oído la temperatura del agua.
El revés de la sombra no es el cuerpo ante el agua,
donde los ciervos han huido del paisaje,
helado jardín persiguiendo una rosa
hasta la terraza donde los turistas no quieren pagar.
Los pajes, los comunistas y los sultanes
han desfilado provocando la inclinación de las banderas y el voceo de los
periódicos.

III

El problema de la cuaresma del ruiseñor está ya alegremente resuelto.
Si canta bien, golpea; si canta mal, estalla.
Nemósine y Júpiter no salen por las ventanas,
pero su única hazaña es deslizarse por las murallas
sin manchas y entregar el flautido cerrado como carta.
El ruiseñor en cuaresma vive frente a las ventanas.
Lunares, monstruos y cohetes,
el estallido de las saluciones galantes,
son meras riquezas paradójales en el derretido discurso de los cisnes.
Se habrán caído todas las manos
como el jamás especial de los ríos,
cuando la luna se fija para el duelo de los periodistas,

como las abejas que recorren las estatuas
y saben que tienen que ir a morir a un biombo.
Su juego de abstracción aislará la rosa de la terraza,
hundirá al ruiseñor en trapos morados,
los cisnes serán excesivamente crueles, vivirán después de Nemósine
y Júpiter, entregarán el plumaje por el espejo mentido,
por ilustres mareos o la vida mentida en los ojos de las cigüeñas.
Ya no hay más que empezar a contar para sentir la alegría final,
si empieza con un paseo acaba con una medición.
Los odores sollozan ante el follaje de las paradojas,
su mesa de marfil, la crema de los colores llorosos.
Como si se separara un día de otro
— dócil jardín y el reposo del agua,
preclaro pecho de bocina y de miel —
se acuesta su trabajo en el cielo
para establecer definitivamente el campamento de los cisnes.

CUERPO, CABALLOS

I

Cuando el chorro de la respiración, entre una escala de voces amansadas, iba a fijarse en el centro del cuerpo glorioso.
Cuando la oscuridad se paseaba sigilosamente por el cuerpo verde de los árboles y por el cuerpo blanco de los hombres.
Cuando los ojos describían círculos voladores, ardientes esferas, y al alejarse se perdían en un túnel que crujía y al acercarse esperaban que las manos les despertasen de estas nieves que laten olvidándose que se agitan las despedidas, que los pájaros morían contorsionados envueltos en la misma sombra que lamía los cuerpos que esperaban la dulzura de las miradas.
Cuando la sangre olvidada de los pasajeros más dormidos, de los más frutecidos ocios, quemaba las oscilaciones del cuerpo ante el espejo cerrado y la desnudez más ciega gozaba las noches empujadas por una mano inmóvil.
Cuando el misterio o la marcha de las tortugas no aúlla, pero se vuelve blanco, como el hilo blanco que separa los labios de la piel, como el cuerpo cuando es traspasado por el sol, señalando cada uno de sus peligros y de sus islas fragantes, como el pájaro que gira hasta morir en el centro del reloj...
Su cuerpo fosforado, olvidado de la arribada de la niebla metálica, de la mano mordida dentro del agua, de los ojos que azulean cerrados, la plumada sombra que paseaba olvidando su cuerpo fosforado y dorado. Olvidado también de su cuerpo escapado de otro cuerpo más antiguo. Fosforado como el voltear de los ojos, dorado como el más antiguo cuerpo fosforado. Fosforado y dorado hastío, las plumas que se desprenden de los planetas cansados y las manos que borran las letras que no se han escrito en las paredes. Ay, ay, y este cuerpo extendido en el aire, olvidado de ti, vendrá cayendo de los planetas más dormidos hasta el fondo rapidísimo, verdinegro del estanque sin recuerdos, sin acariable cuerpo que detenga el mustio oleaje de tus suspiros, sin sombra que ajuste tu cuerpo a la destreza del ojo acariciado por la espalda musgosa donde asoma el latido que no se oye, que no se oye, pero que viene a rebotar contra el cuerpo dorado, que va bruñendo y destruyendo las caderas sueltas en la cárcel del sueño, aprisionando el cuello de un caballo enterrado, intocable, hasta enseñar el belfo pellizcado, el donaire o la mirada de desprecio sobre el marinero nadando a los pies de un castillo

o el hilo de ojos que el aire suelta en flechas
quemadas en esta pradera donde los caballos adolescentes
han roto sus belfos al borde de las fuentes para redimir a la tierra
y olvidar que mañana despertarán resucitados
sin que las mecanógrafas asciendan hasta el lugar donde las palomas
dormían olvidadas que los caballos heridos fijen sus ojos espumas
sobre esta piel flechas de los acechos tan peces que en las mareas
no encuentran para dormir esta playa, para escanciar penetrado
de este silbido tan lento que ha arañado este sueño tan inútil si ya
los ojos han volteado esta espuma para afirmar que pesan más que los labios
y las cabelleras se escapan de los frontones para nadar silenciosas.
El caballo Ritra o Dicogliononeonorester huele mis manos tan lentamente y la
respiración subterránea rebota contra el más antiguo de mis cuerpos.

II

El peso de sus manos, sus uñas pesadas le obligan a dejar caer las manos
que buscan la mariposa cuyo centro está en la nariz,
y las dos alas reposan sobre ambos lados de la cara seca y olvidada,
aunque el lado derecho es el que ostenta el ojo azul, el que olvida los
pensamientos
y el que resguarda el perfil de la adherencia total de las alas de la mariposa.
El insecto que chilla contra los dientes cuando se agita el Macareuptóptero
y el caballo Ritra está dispuesto a taladrar el fuego,
a seguir los pasos del hombre ciego. Los ojos
se bañan en las cabelleras flotantes sobre las olas hasta que las seque el sol.
El sol en la flecha, en las arrugas
de la piel reluciente de los caballos. Los dioses mascando los insectos
y los insectos que quieren ser aplastados por los dientes.
La amistad del Macareuptóptero y el caballo Ritra.
El zumbido de río viejo del insecto aplastado por la mano rápida
que niega que el insecto pueda asomar la cabeza por las ventanas
que huelen a cristal detenido para siempre, eternamente
prendido al cristal que gira por encima del fuego,
que detiene los cambios de las mareas, la fijeza de las miradas
del hombre obligado a caminar el mismo corredor y caminando tranquilamente
más allá del ruido del baile, del doblegado nácar,
regado acaso por la saliva para apresurar su crecimiento y olvidar
sus adioses tiernos como la madera acabada de insultar, tierno
como el agua que sacada del río de los dioses viene a morir
en agua verde de fábula y de diosas abandonadas al doblar la esquina.
Se te quemaron las manos. No tenemos agua ni ganas de olvidar.
Ni ganas de amar si el aire no es agradable.

Si no es agradable la mirada del gato incendiado.
La rosa en su charolada simetría de metal nuevo muy despierto,
mientras la linterna se arrastra por el desierto.
¿Por qué se apresurarán los minutos para que el vaso se derrame
y tú eches el agua verde por las narices?
Ya el río pasa zumbando de la mano a la mano,
y se va estrechando hasta zumbiar en el sueño de la sien,
derecha a la izquierda, clamando por una mano que me seque el sudor,
por una hoja nueva donde pueda apoyar la sien,
y sobre todo que detenga el paseo de la linterna por el desierto
o por el límite frío de la cárcel de mis manos que están en la
parte más verde de la hoja, de la hoja donde puedan navegar
más finamente mi sien, mis labios, las espigas movedizas.
Ya tengo el río entre mis dos manos
y veo la linterna sobre el detalle de mi cuerpo,
sobre el caballo Ritra, sobre cada uno de mis movimientos heridos.
El caballo con una espina de acero en la lengua pasa chillando
con un flechazo en las caderas.
El ojo verde de la linterna sigue buscando por el desierto
y mi sien apoyada en la hoja verde se duerme dentro del río.
El pez con un ojo cerrado mira fijamente el paso de la linterna por el desierto.
Sin embargo nadie ha dicho que la hoja verde sea una concha.
Nadie ha dicho que el pez se emocione.
Nadie ha dicho que la concha sea una hoja verde.

AISLADA ÓPERA

L'ennui, le clair ennui de mirer leur nuance.
P. VALÉRY

Las óperas para siempre sonreirán en las azoteas
entre las muertas noches sin olvidos marinos.
En la aldea de techos bajos los gamos amanecen cantando,
como niños profusos que vuelan por los recuerdos.
El tapiz que leías en las esperas de las manos coloreadas,
de las voces rodadas hasta perderse por las espaldas,
de los fríos dormidos sin nubes, sin escudo, sin senos escamosos,
sin los antifaces robados en la cámara de los venenos.

Recordado tapiz, enjorado por los donceles madrugadores,
saltando entre banderas con la cara quemada de los bandoleros,
con los guitarreros que les llevan agua a los caballos
y con las dormidas anémonas falsas de la mujer despreciada.
En las endurecidas endechas de las azoteas
que borraban las noches notariales
que si se abrían sobre la muerte, pestañas y peinecillos
grises del estanque recurvaban como un barco amarillo.

Para qué poner las manos en el estanque si existen las heridas de mármol,
si existen los años que se tienden como el morir del marfil en los pianos,
o del que vive separando el hastío de las armadas quejumbrosas,
del galope de un corcel ciego que come en las azoteas.

Para qué redondear la nieve de los brazos de la ruina moral
si los corales tiernos han de acudir a la cita de las cuchilladas
y los infantes han de remar al borde de los suspiros
que envían sus olas sobre un gran perro flechado.
Las joyerías que salvarán sus vidas,
sus preciosas vidas de cristal detenido y mariposas contadas,
brillarán sintiendo sus pecados doloridos tocarse en el lamento o el insulto
con las oscuras caracolas recostadas en una mano tirada al fuego.
La noche perezosa despertará para recoger las playas
olvidadas junto a un sonámbulo que mira a todas partes sin odios.
El peine que adelgaza oyendo a las sirenas sus gritos entumidos
puede separar la aguja de la amistad de los espejos mal llorados.

Oh los bordes tan negros para las manos que se perderán en el río,
que no podrán reconstruir la estatua de la mujer apagada

por las prisas de la mandolina sumergida hasta el talle del clavel,
errante en un mercado de matemáticos japoneses.

Las prisas se tenderán en un equilibrio de gaviotas
sobre las pestañas o viva red de las inexactitudes
que han de gritar a las gaviotas paseando sobre techos de zinc y cabelleras
teñidas y seguir aburridas sobre el mar apagado para el arco de la viola.

Al brillar la malaria sanará el oído.
Quedará escondido en el ojo de los naipes raptados,
ante una voz que anunciarán las samaritanas o las salamandras presas
en el temor de una muralla bordada de pobreza elegante.

Quedaré detenido ante el temor de incendiar las alfombras,
pero resultará un juego de manos y un itinerario de ajedrez encerrado
por el atardecer que palidece ante una colección de fresas
que en ruido de vitrinas al borde de los labios deshacen sus cristales.
Oh, cómo manchan el paso tardío de los mandarines iletrados,
cómo despiertan entorpecidos los faisanes.
La invasión de las aguas se va tendiendo en pesadillas
sin despertar al escalar el surtidor o fijar un lucero.

En un solo pie, despierto en ruidos postreros de vuelos entornados,
quedaré en una gruta recorriendo la precisión de las tarjetas polares,
despertado por los timbres ocultos y por el ruiseñor
que despierta para bruñir sus pesadas canciones.

Pero allí un momento, un solo momento entre el adiós y el tálamo.
Un momento de siglos que tardaré en desnudarme,
en quedarme hasta oír los pasos que van a romper el cántaro.
Quedaré entre el tálamo y el ruido del arco.

Por el cielo de ahora los toros blancos pasan con un muslo vendado.
Quedaré cosiendo insectos, despertado inseguro entre el tálamo y el ruido del
arco.

¿Para qué habrá largas procesiones de marquesas
si la traición de la luna nieva un largo bostezo?

Una amapola sangra las manos al coger un insecto
entornado en el hueco que han dejado los recuerdos.
Si el surtidor se aísla y las amapolas ruedan,
los niños con el costado hundido continuarán rompiendo todos los clavicordios.
¿Para qué habré venido esta noche?

DOBLE DESLIZ, SEDIENTO

El desliz que comprende su figura
en nuevo centro y en esfera nueva.
Doble desliz, sediento,
mueve en las paredes sus números
de recuerdo eficaz y bienvenido.
De nuevo borro aquellas letras
del convite con que amanecía
a nuevas nubes y a dulcificada
rueda de tortura.
¿Dónde se aposentaban sus misterios,
sus noches dobles y sus colecciones
de ídolos perpetuos?
La rueda de poderosa nube imperial
y el tornillo que en espesas
espaldas ya nada o golpea.
Y el tornillo que rompe en dos los mares:
los poderosos dioses borradores
y el presagio que toca y persigue.
Rueda la nube por debajo del sueño
y allí acomete nuevos reinos
de apenas pronunciada melodía.
Después del cordero sin preguntas,
recién nacido en amansada plata,
los reinos del carbón, los vaporosos
paraísos sin proporción y sin justicia.
Los que olvidan que la elegancia,
gamo nutrido de rocío o pulpa de nieve
cortesana, es el ser inminente que penetra
en la nube central, cuerpo de almendra:
celeste dignidad del fuego en fuga.
Yo me escapaba de esa tierra hinchada,
sediento Marco Polo entre carbunclos,
aseguraba el confín del sueño vago.
Y creía alcanzar entre las rocas de oro,
el pez aún casi dormido y separado
— única especie de un metal viviente —,
de la noche y su sombra bailadora.
Allí en las flautas, la nueva maldición
y la nueva ciudad del cuerpo airado,

los puentes oscuros, donde animales de canela
rompen en la noche colecciones de porcelana.
Allí abierta la hora en que la flor
asimila hasta el insecto y agrupa,
largas pirámides de rocío,
el zumbido que engendró el clavel.
Cayendo y tocando, zumbido presagioso,
extensa columna de fuego estremecido,
retrocede, hínchate, solloza el balbuceo,
te clama la ternura del agua y sus guirnaldas.
Y las ninfas entre el agua y lo oscuro,
sus manteles con gracia y son revierten,
sus cabellos eternos frente al espejo dicen:
*defíneme, no es en mis pasos, es en mi estatua
donde el tiempo me muerde y así en las arenas
que caen de mis manos está el tiempo mejor,
único tiempo creador sin su par y no el costado
sangrando hasta el ocaso, sino la frente:
estatua del ciempiés y un solo centro.*

La caballería hace un remolino
y se inclinan a vista de las aguas no tocadas
la luna y el insecto y caballero.
Lo que cae, errante hasta su centro.
Lo desnudo se nutre por sus huellas.
La luna, sueño doble de luna acompasada,
va cayendo y tocando las hojas señaladas:
las hojas del almendro en la frente de los enamorados.
Las hojas pintadas por los címbalos del destierro
fabrican la arena y mueven la lluvia.

SAN JUAN DE PATMOS ANTE LA PUERTA LATINA

Su salvación es marina, su verdad de tierra, de agua y de fuego.
El fuego en la última prueba total,
pero antes la paz: los engendros de agua y de tierra.
Roma no se rinde con facilidad, ni recibe por el lado del mar:
su prueba es de aceite, el aceite que mastica las verdades.
El aceite hirviendo que muerde con dientes de madera,
de blanda madera que se pega al cuerpo, como la noche
al perro, o al ave que cae hacia abajo sin fin.
Roma no se fía y su prueba es de aceite hirviendo,
y sus dientes de madera son la madera
mucho tiempo sumergida en el río, blanda y eterna,
como la carne, como el ave apretada hasta que ya no respira.
San Pablo ganaría a Roma, pero la verdad es que San Juan de Patmos
ganaría también a Roma.
Ved su marca, su fuego, su ave.
Los ancianos romanos le cortan la cabellera,
quieren que nunca más la forma sea alcanzada,
tampoco el ejemplo de la cabellera y la pleamar de la mañana.
San Juan está fuerte, ha pasado días en el calabozo
y la oscuridad engrandece su frente y las formas del Crucificado.
Ha gozado tanto en el calabozo como en sus lecciones de Éfeso.
El calabozo no es una terrible lección,
sino la contemplación de las formas del Crucificado.
El calabozo y la pérdida de sus cabellos debían de sonarle como un río,
pero él, sólo es invadido por la ligereza y la gloria del ave.
Cada vez que un hombre salta como la sal de la llama,
cada vez que el aceite hierve para bañar los cuerpos
de los que quieren ver las nuevas formas del Crucificado ¡Gloria!
Ante la Puerta Latina quieren bañar a San Juan de Patmos,
su baño no es el del espejo y el pie que se adelanta,
para recoger como en una concha la temperatura del agua.
No es su baño el del cuerpo remilgado que vacila
entre la tibieza miserable del agua y la fidelidad miserable del espejo.
¡Gloria! El agua se ha convertido en un rumor bienaventurado.
No es que San Juan haya vencido el aceite hirviendo:
ese pensamiento no lo asedia, no lo deshonra.
Se ha amigado con el agua, se ha transfundido en la amistad omnicomprensiva.
No hay en su rostro el orgullo levísimo, pero sí dice:
Allí donde me amisté con el aceite hirviendo, id y construid una pequeña iglesia

católica.

Esa iglesia es aún hoy, porque se alza sobre el martirio de San Juan:
su prueba la del aceite hirviendo, martirizada su sangre.
Levantad una iglesia donde el martirio encuentre una forma.
Todos los martirios, la comunión de los Santos,
todos a una como órgano, como respiración espesa, como el sueño del ave,
como el órgano alazando y masticando, acompañando la voz,
el cuerpo divino comido a un tiempo en la comunión de los Santos.
El martirio, todos los martirios, alzando una verdad sobrehumana:
el senado consulto no puede declarar sobre la divinidad de los dioses.
Sólo el martirio, muchos martirios, prueban como la piedra,
hacia sí, hacia el infierno sin fin.
Los romanos no creían en la romanidad.
Creían que combatían sus pequeños dioses, hablando
de la ajena soberbia, y que aquel Dios era el Uno que excluía,
era el Uno que rechaza la sangre y la substancia de Roma.
La nueva romanidad trataba de apretarse con Roma,
la unidad como un órgano proclamando y alzando.
Pero ellos volvían y decían sobre sus pequeños dioses,
que había que pasar por la Puerta Latina,
que el senado consulto tenía que acordar por mayoría
de ridículos votos que habían llegado nuevos dioses.
Llegaría otra prueba y otra prueba,
pero seguirían reclamando pruebas y otras pruebas.
¿Qué hay que probar cuando llega la noche
y el sueño con su rocío y el rumor que vuelve y abate,
o un rumor satisfecho escondido en las grutas, después en la mañana?
En Roma quieren más pruebas de San Juan.
El martirio levantando cada pequeña iglesia católica,
pero ellos seguían: pruebas, pruebas.
Su ridícula petición de pruebas,
pero con mantos sucios y paños tiznados
esconden sus llagas abultadas,
como la espiral del canto del sapo enviada hacia la luna,
pero le ha de salir al paso el frontón de la piedra,
del escudo, del cuchillo errante que busca las gargantas malditas.
San Juan de nuevo está preso,
y el Monarca en lugar de ocultar el cuadrante y el zodiaco
y las lámparas fáticas que ha hecho grabar en las paredes altivas
ha empezado a decapitar a los senadores romanos,
que llenos de un robusto clasicismo han acordado que ya hay dioses nuevos.
San Juan está de nuevo en el calabozo, serenísimo,
como cuando sus lecciones de Éfeso y cuando vio que el óleo hirviendo

penetraba en su cuerpo como una concha pintada,
o como un paño que recoge el polvo y la otra mitad
es de sudor y el aire logra tan sólo la eternidad de ese paño y polvo y sudor.
Dan Juan pasa del calabozo al destierro , y su madre,
desmayada que fue en una nube,
se acoge a la muerte, y puede estar serena:
el destierro es también otra nube, acaso pasajera.
Y mientras San Juan está en el destierro,
el cuerpo de su madre está escondido en una caverna.
Las pesadillas de la madre insepulta,
escondida en una caverna, no corroen su visión admirable.
Cuando San Juan quiso cortó las ramas de la sombra reproducida,
que ya no volverá a saltar en el bastón del Monarca.
Y saltó del destierro a la nube, de la nube bajó a la caverna,
como en la línea de un ave,
como la memoria de un astro húmedo y remontado.
La madre está muerta en la caverna,
pero despide lentas estrellas de un aroma perpetuo.
La nube que trajo a San Juan se va extendiendo por la caverna,
como el órgano que impulsa las nuevas formas del Crucificado.
San Juan no tiembla, apenas mira, pero dice:
Haced en este sitio una pequeña iglesia católica.

SUMA DE SECRETOS

Pisa Rocío y el Deseo Pálido
en la morada de los dioses líquidos
y de las nubes sueltas
por entre la carne de dulces animales
mortecinos. Saetillas de mar,
pez al rocío de sus medidas extensiones.
Estrella de mar, sonada reciedumbre
de la pasta amorosa de la luna.
Sonríen, curvan sus espaldas
en los balcones de ese templo yerto,
las estrellas de mar hinchadas de rocío.
No por las rocas que aprietan sus heridas,
sino el rumor de arcilla para el límite
que presagia el saber, la celeste cantidad
de olas necesarias a la tersa visión.
No por las rocas ni el delfín sonando
mal herido, fuera del conocer y el más de amor.
Penetrador rebaño el mar colmado
— ciñe celeste, abraza cadencioso —,
extiende por las rocas tersas tribus
movientes al ocaso de nieve.
Las túnicas y especial firmamento
consagran su eternidad de timbre marinero.
Fruncen sus vidas de pequeñas olas
sopladas por el perverso impulso del oído:
sopla mareas, sopla las torres hacia el sur plumizo.
No es en el límite donde asoma
la agonía del convidado clavel,
ni el ilusorio círculo de garzas
desviste techo a la nieve impura
y corona a las furias sorprendidas.
Lámina de la madera aspiradora,
tumba de la abeja sonrosada.
Por herida y clavel,
elásticas islas de sus poros,
pasa el zumbido y su gotear de plata.
Franjas zumbando su anunciación celeste.
El dolor de la madera aisladora,

su sueño de molusco acariciado.
Las invisibles barcas somnolientas,
menos pesadas que el paso de las nubes
por las espaldas de las aves quietas.
Las invisibles barcas serenizan
la piel de los jardines del estío.
Las sirenas del aire le taladran
y sus entrañas azules bien convidan
a la melodía del arco enrojecido.
Así de la inmovilidad de la marea
a la renunciación de los extensos líquidos,
el aire que es deidad más dividida
le abre los círculos del goce,
donde la vida y el caracol resuenan.
La madera y el aire en su destino,
como la flecha su rumor colmando.
Flotando en la marea no soplada
la levedad de ese polvillo inerte
dora las manos en el peine mustias.
Nadie crece, tal vez golpea
la misma voz desenfrenada y vana.
El mismo estribillo de diamante
muestra el mismo cuello con la misma nieve.
Y la morena gloria de ese gesto
olvida los trabajos lentos de mil cántaros
y los sueños que impulsan remadores
sus flotas de garzas a la muerte.
Las hebras que el viento justifican,
sus dulces proclamas esparciendo,
junto a la gruta que una sola voz
resguarda. En sus nocturnos labios
se detiene la orquesta de músicos dormidos
y la flor de la nación nevada.
Como apretarse de árboles corales
y extenderse de líneas y vihuelas marinas,
por encima del aire y la madera,
siento a la muerte y su escasez de ruidos,
el mar creciendo y rostros sumergidos.
Siento a la muerte y a sus furias suaves
tocar el aire y extender las formas.
Su cortesía de diosa giradora siento.
Y la tierra y el mar lentos creciendo
en cúpula y sonidos implacables.

Y prolongar las formas que la burlan
en medio de la negada nieve eternizada.

NOCHE INSULAR: JARDINES INVISIBLES

Más que lebel, ligero y dividido
al esparcir su dulce acometida,
los miembros suyos, anillos y fragmentos,
ruedan, desobediente son,
al tiempo enemistado.
Su vago verde gira
en la estación más leve del rocío
que no revela el cuerpo
su oscura caja de cristales.
El mundo suave despereza
su casta acometida,
y los hombres contados y furiosos,
como animales de unidad ruinosa,
dulcemente peinados, sobre nubes.

Cantidades rosadas de ventanas
crecidas en estío,
no preguntan, ni endulzan ni enamoran,
ni sus posibles sueños divinizan
los números hinchados, hipogrifos
que adormecen sonámbulas tijeras,
blancas guedejas de guitarras,
caballos que la lluvia ciñe
de llaves breves y de llamas suaves.

Lenta y maestra la ventana al fuego,
en la extensión más ciega del imperio,
vuelve tocando el sigiloso juego
del arenado timbre de las jarras.
No podrá hinchar a las campanas
la rica tela de su pesadumbre,
y su duro tesón, tienda
con los grotescos signos del destierro,
como estatua por ríos conducida,
disolviéndose va, ciega labrándose,
o ironizando sus préstamos de gloria.

El halcón que el agua no acorralla,
extiende su amarillo helado,

su rumor de pronto despertado
como el rocío que borra las pisadas
y agranda los signos manuales
del hastío, la ira y el desdén.
Justa la seriedad del agua arrebatada,
sus pasiones ganando su recreo.
Su rumor nadando por el techo
de la mansión siniestra agujereada.

Ofreciendo a la brisa sus torneos,
el halcón remueve la ofrenda de su llama,
su amarillo helado.
Mudo, cerrado huerto
donde la cifra empieza el desvarío.
Oh cautelosa, diosa mía del mar,
tus silenciosas grutas abandona,
llueve en todas las grutas tus silencios
que la nieve derrite suavemente
como la flor por el sueño invadida.
Oh flor rota, escama dolorida,
envolturas de crujidos lentísimos,
en vuestros mundos de pasión alterada,
quedad como la sombra que al cuerpo
abandonando se entretiene eternamente
entre el río y el eco.

Verdes insectos portando sus fanales
se pierden en la voraz linterna silenciosa.
Cenizas, donceles de rencor apagado,
sus dolorosos silencios, sus errantes
espirales de ceniza y de cieno,
pierden suavemente entregados
en escamas y en frente acariciada.
Aún sin existir el marfil dignifica
el cansancio como los cuadrados negros
de un cielo ligero.
La esbeltez eterna del gamo
suena sus flautas invisibles,
como el insecto de suciedad verdeoro.
El agua con sus piernas escuetas
piensa entre rocas sencillas,
y se abraza con el humo siniestro
que crece sin sonido.

Joven amargo, oh cautelosa,
en tus jardines de humedad conocida
trocado en ciervo el joven
que de noche arrancaba las flores
con sus balanzas para el agua nocturna.
Escarcha envolvente su gemido.
Tú, el seductor, airado can
de liviana llama entretejido,
perro de llamas y maldito,
entre rocas nevadas y frentes de desazón
verdinegra, suavemente paseando.
Tocando en lentas gotas dulces
la piel deshecha en remolinos humeantes.

La misma pequeñez de la luz
adivina los más lejanos rostros.
La luz vendrá mansa y trenzando
el aire con el agua apenas recordada.
Aún el surtidor sin su espada ligera.
Brevedad de esta luz, delicadeza suma.
En tus palacios de cúpulas rodadas,
los jardines y su gravedad de húmeda orquesta
respiran con el **plumón** de viajeros pintados.
Perdidos en las ciudades marinas
los corceles suspiran acariciadas definiciones,
ciegos portadores de limones y almejas.
No es en vuestros cordajes de morados violines
donde la noche golpea.
Inadvertidas nubes y el hombre invisible,
jardines lentamente iniciando
el débil ruiñón hilando los carbunclos
de la entreabierta siesta
y el parado río de la muerte.

La mar violeta añora el nacimiento de los dioses,
ya que nacer es aquí una fiesta innombrable,
un redoble de cortejos y tritones reinando.
La mar inmóvil y el aire sin sus aves,
dulce horror el nacimiento de la ciudad
apenas recordada.
Las uvas y el caracol de escritura sombría
contemplan desfilar prisioneros
en sus paseos de límites siniestros,

pintados efebos en su lejano ruido,
ángeles mustios tras sus flautas,
brevemente sonando sus cadenas.

Entrad desnudos en vuestros lechos marmóreos.
Vivid y recordad como los viajeros pintados,
ciudades giratorias, líquidos jardines verdinegros,
mar envolvente, violeta, luz apresada,
delicadeza suma, aire gracioso, ligero,
como los animales de sueño irremplazable,
¿o acaso como angélico jinete de la luz
prefieres habitar el canto desprendido
de la nube increada nadando en el espejo,
o del invisible rostro que mora entre el peine y el lago?

La luz grata,
penetradora de los cuerpos bruñidos,
cristal que el fuego fortalece,
envía sus agradables sumas de rocío.
En esos mundos blandos el hombre despereza,
como el rocío del que parten corceles,
extiende el jazmín y las nubes bosteza.
Dioses si no ordenan, olvidan,
separan el rocío del verdor mortecino.
Pero la última noche venerable
guardaba al pez arrastrado, su agonía
de agujas carmesíes,
como marinero de blandas cenizas
y altivez rosada.

Entre tubos de vidrio o girasol
disminuye su cielo despedido,
su lengua apuntadora
de canarios y antílopes cifrados,
con dulces marcas y avisado cuello.
Sus breves conductas redoradas
por colecciones de sedientas fresas,
porcelana o bambú, signo de grulla
relamida, ave llama, gualda,
ave mojada, brevemente mecida.
Jardines de laca limitados
por el cielo que pinta
lo que la mano dulcemente borra.

Noble medida del tiempo acariciado.
En su son durmiente las horas revolaban
y palomas y arenas lo cubrían.

Una caricia de ese eterno musgo,
mansas caderas de ese suave oleaje,
el planeta lejano las gobierna
con su aliento de plata acompañante.
Álzase en el coro la voz reclamada.
Trencen las ninfas la muerte y la gracia
que diminuto rocío al dios se ofrecen.
Dance la luz ocultando su rostro.
Y vuelvan crepúsculos y flautas
dividiendo en el aire sus sonrisas.
Iníciense los címbalos y ahuyentan
oscuros animales de frente lloviznada;
a la noche mintiendo inexpresiva
groseros animales sentados en la piedra,
robustos candelabros y cuernos
de culpable metal y son huido.
Desterrando agrietado el arco mensajero
la transparencia del sonido muere.
El verdeoro de las flautas rompe
entretejidos antílopes de nieve corpulenta
y abreviados pasos que a la nube atormentan.
¿Puede acaso el granizo armándose
en el sueño, siguiendo sus heridas
preguntar en la nube o el rostro?
Dance la luz reconciliando
al hombre con sus dioses desdeñosos.
Ambos sonrientes, diciendo
los vencimientos de la muerte universal
y la calidad tranquila de la luz.

UN PUENTE, UN GRAN PUENTE

En medio de las aguas congeladas o hirvientes,
un puente, un gran puente que no se le ve,
pero que anda sobre su propia obra manuscrita,
sobre su propia desconfianza de poderse apropiarse
de las sombrillas de las mujeres embarazadas,
con el embarazo de una pregunta transportada a lomo de mula
que tiene que realizar la misión
de convertir o alargar los jardines en nichos
donde los niños prestan sus rizos a las olas,
pues las olas son tan artificiales como el bostezo de Dios,
como el juego de los dioses,
como la caracola que cubre la aldea
con una voz rodadora de dados,
de quinquenios, y de animales que pasan
por el puente con la última lámpara
de seguridad de Edison. La lámpara, felizmente,
revienta, y en el reverso de la cara del obrero,
me entretengo en colocar alfileres,
pues era uno de mis amigos más hermosos,
a quien yo en secreto envidiaba.

Un puente, un gran puente que no se le ve,
un puente que transporta borrachos
que decían que se tenían que nutrir de cemento,
mientras el pobre cemento con alma de león,
ofrecía sus riquezas de miniaturista,
pues, sabed, los jueves, los puentes
se entretienen en pasar a los reyes destronados,
que no han podido olvidar su última partida de ajedrez,
jugada entre un lebril de microcefalia reiterada
y una gran pared que se desmorona,
como el esqueleto de una vaca
visto a través de un tragaluz geométrico y mediterráneo.
Conducido por cifras astronómicas de hormigas
y por un camello de humo, que tiene que pasar ahora el puente,
un gran tiburón de plata,
en verdad son tan sólo tres millones de hormigas
que en un gran esfuerzo que las han herniado,
pasan el tiburón de plata, a medianoche,

por el puente, como si fuese otro rey destronado.

Un puente, un gran puente, pero he ahí que no se le ve,
sus armaduras de color de miel, pueden ser las vísperas sicilianas
pintadas en un diminuto cartel,
pintadas también con gran estruendo del agua,
que tenemos que recorrer a pesar de los ejércitos
hinchados y silenciosos que han sitiado la ciudad sin silencio,
porque saben que yo estoy allí,
y paseo y veo mi cabeza gopeada,
y los escuadros inmutables exclaman:
es un tambor batiente,
perdimos la bandera favorita de mi novia,
esta noche quiero quedarme dormido agujereando las sábanas.
El gran puente, el asunto de mi cabeza
y los redobles que se van acercando a mi morada,
después no sé lo que pasó, pero ahora es medianoche,
y estoy atravesando lo que mi corazón siente como un gran puente.
Pero las espaldas del gran puente no pueden oír lo que yo digo:
que yo nunca pude tener hambre,
porque desde que me quedé ciego
he puesto en el centro de mi alcoba
un gran tiburón de plata,
al que arranco minuciosamente fragmentos
que moldeo en forma de flauta
que la lluvia divierte, define y acorrala.
Pero mi nostalgia es infinita,
porque ese alimento dura una recia eternidad,
y es posible que sólo el hambre y el celo
puedan reemplazar el gran tiburón de plata,
que yo he colocado en el centro de mi alcoba.
Pero ni el hambre ni el celo ni ese animal
favorito de Lautréamont han de pasar solos y vanidosos
por el gran puente, pues los chivos de regia estirpe helénica
mostraron en la última exposición internacional
su colección de flautas, de las que todavía queda hoy un eco
en la nostálgica mañana velera, cuando el pecho de mar
abre una pequeña funda verde y repasa su muestrario
de pipas, donde se han quemado tantos murciélagos.
Las rosas carolingias crecidas al borde de una varilla irregular.
El cono de agua que las mulas enterradas en mi jardín
abren en la cuarta parte de la medianoche
que el puente quiere hacer su pertenencia exquisita.

Las manecillas de ídolos viejos, el ajeno mezclado con el rapto
de las aves más altas, que reblanceden la parte del puente
que se apoya sobre el cemento aguado, casi medusario.

Pero ahora es necesario para salvar la cabeza
que los instrumentos metálicos puedan aturdirse espejeando
el peligro de la saliva trocada en marisco barnizado
por el ácido de los besos indisculpables
que la mañana resbala a nuevo monedero.
¿Acaso el puente al girar sólo envuelve
al muérdago de mansedumbre olivácea,
o al torno de giba y violín arañado
que raspa el costado del puente goteando?
Y ni la gota matinal puede trocar
la carne rosada del memorioso molusco
en la spillera dental del marisco barnizado.
Un gran puente, desatado puente
que acurruca las aguas hirvientes
y el sueño le embiste blanda la carne
y el extremo de lunas no esperadas suena hasta el fin las sirenas
que escurren su nueva inclinación costillera.
Un puente, un gran puente, no se le ve,
sus aguas hirvientes, congeladas,
rebotan contra la última pared defensiva
y raptan la testa y la única voz
vuelve a pasar el puente, como el rey ciego
que ignora que ha sido destronado
y muere cosido suavemente a la fidelidad nocturna.

AVENTURAS SIGILOSAS

(El puerto para aludir al hombre y al toro saliendo. Para trazar las apariencias con esencias, se inscriben la madre, la esposa y el hijo. Sale de la aldea de su madre para hacer letras armadas, para caer en otra aldea donde sus deseos inflan la arcilla, pero de allí también se huye al no procurarle la criatura ni la rumia de la noche placentaria, sino la suerte de su penetración. En una noche portuaria con soltura de oportos y guitarreos, el maduro es tocado por alguien que se quiere colgar como de su sangre, pero sin preocuparse de aciertos continúa su trecho más penetrador, buscando un cuero más duro, una piel imposible. De regreso, el fuego devoró a su madre, donde su madre podía haberlo devorado a él. Un breve rodeo para no encontrarse con la posibilidad de la esposa [el principio formal]. Queda ciego y casi ciego. Los dos guardianes dialogan sobre la excepción del Jorobado. Decide ir a los Países Bajos, para escaparse de las hechicerías y súcubos que han puesto tienda hasta en la Vasconia, para ver como un buey, guerrear, discutir y pasar. Allí se ata con mujer protestante, pero ella se desata. Ella y sus dos hijas lo atosigan. En los tres días de agonía, mientras el veneno lo nutre con aguas malas, el maduro desinfla a su mujer y la ve como madre [el retrato ovalado]. La hija le apetece entonces como mujer, y su carne, en el segundo día de agonía, cuando ya empieza a inmovilizarse, balbucea un lenguaje como el hongo de la muerte en su lengua. En el tercer día de agonía, cree poder interpretar a su hijo que se acerca en el amarillento tinte rosa de la hija de la protestante.)

EL PUERTO

Como una giba que ha muerto envenenada
el mar quiere decirnos ¿cenará conmigo esta noche?
Sentado sobre ese mantel quiere rehusar,
su cabeza no declina el vaivén
de un oleaje que va plegando la orquesta
que sabe colocarse detrás de un árbol o del hombre despedido
por la misma pregunta entornada en la adolescencia.
Un cordel apretado en seguimiento de una roca que fija;
el cordel atensado como una espalda cuando alguien la pisa,
une el barco cambiado de colores con la orilla nocharniega:
un sapo pinchado en su centro, un escualo que se pega con una encina
submarina.

La rata pasea por el cordel su oído con un recado.
Un fuego suena en parábola y un ave cae;
el adolescente une en punta el final del fuego
con su chaqueta carmesí, en reflejos dos puntos finales tragicómicos.
La presa cae en el mar o en la cubierta como un sombrero
caído con una piedra encubierta, con una piedra.
Su índice traza, un fuego pega en parábola.
La misma sonrisa ha caído como una medusa en su chaqueta carmesí.

El alción, el paje y el barco mastican su concéntrico.
El litoral y los dientes del marino ejecutan
una oblea paradisíaca para la blancura que puede
enemistarse con el papel traspasado por aquél a otro más cercano.
El barco borra el patio y el traspatio, el fanal es su máscara.
Se quita la máscara, y entonces el fanal.
Se apaga el fanal, pero la máscara explora con una profunda banalidad.
Entra el aceite muerto, los verdinegros alimentos de altamar,
a una bodega para alcanzar la mediada vivaz como un ojo paquidermo.
Como una pena seminal los hombres hispanos y los toros penosos
recuestan su peso en la bodega con los alimentos que alcanzan una medida.
Al atravesar ese hombre hispano y ese toro penoso revientan su concéntrico.
Un fuego pega en parábola y el halcón cae,
pero en la bodega del barco ha hundido lo concéntrico oscuro, penoso,
lo mesurable enmascarado que aleja con un hilo lo que recoge con un hilo.

LLAMADO DEL DESEOSO

Deseoso es aquel que huye de su madre.
Despedirse es cultivar un rocío para unirlo con la secularidad de la saliva.
La hondura del deseo no va por el secuestro del fruto.
Deseoso es dejar de ver a su madre.
Es la ausencia del sucedido de un día que se prolonga
y es la noche que esa ausencia se va ahondando como un cuchillo.
En esa ausencia se abre una torre, en esa torre baila un fuego hueco.
Y así se ensancha y la ausencia de la madre es un mar en calma.
Pero el huidizo no ve el cuchillo que le pregunta,
es de la madre, de los postigos asegurados, de quien se huye.
Lo descendido en vieja sangre suena vacío.
La sangre es fría cuando desciende y cuando se esparce circulizada.
la madre es fría y está cumplida.
Si es por la muerte, su peso es doble y ya no nos suelta.
No es por las puertas donde se asoma nuestro abandono.
Es por un claro donde la madre sigue marchando, pero ya no nos sigue.
Es por un claro, allí se ciega y bien nos deja.
Ay del que no marcha esa marcha donde la madre ya no le sigue, ay.

No es desconocerse, el conocerse sigue furioso como en sus días,
pero el seguirlo sería quemarse dos en un árbol,
y ella apetece mirar el árbol como una piedra,
como una piedra con la inscripción de ancianos juegos.
Nuestro deseo no es alcanzar o incorporar un fruto ácido.
El deseoso es el huidizo.
y de los cabezazos con nuestras madres cae el planeta centro de mesa
y ¿de dónde huimos, si no es de nuestras madres de quien huimos
que nunca quieren recomenzar el mismo naipe, la misma noche de igual ijada
descomunal?

LA ESPOSA EN LA BALANZA

La siembra del violín o de la hoja,
no la punta del cono hacia dentro de la sangre azucarada;
un deseo en la baba del caracol
que afeita en nuestros sentidos toda la transmutación
del rostro en el círculo de cobre que no gira.
Ese afán tan del pecho no balanceado,
sino fijo como un pellejo de vino, de recorrer cabellos,
de seguir el hilo del bocado ajeno.
Oh, mi mano que vas impulsando el río,
te detienes en los pechos y allí quieres soplar,
no en un tren ni en un barco, en los techos
caídos por un agua arrastrada.
De ese arrastre en que el río pesa más que la casa
y más que el fuego cuando se dirige al dosel del estrado.
Pero salimos con dos pares de bueyes
y los bueyes suenan en la canal del arco iris.
Pero salimos también con nuestra sustancia malgastada,
filtrándose por lo que mira como el ramaje
cuando le toca un pájaro rodado en una muerte oblicua.
La muerte oblicua es tirar del ramaje.
La recta va en un túnel regalando manzanas.
Sabe llegar, no como un gimnasta que se despide,
sino como el que lleva sus manos en un saco de mármol ablandado.
Fluye como el fuego cuando el noroeste lo sopla,
va del manglar a la tortuga quemada,
pero sus dos ojos tesoneros como una garza melancólica.
Después de todo es una flor y así también es una flor.
Así también es una flor en la boca del esturión carnavalesco.
Después de todo el pez y su flor tienen que ir a la balanza.
Tampoco duerme en la balanza el hombre recamado de consejos.
Tiene una espuma oscura que le llena la nube en cuclillas que sale de su boca.

ENCUENTRO CON EL FALSO

Si al caminar el hijo vuelve como una piedra al arco en flor.
Si se camina, alguien se cuelga: yo soy su hijo.
Está usted olvidado y una llovizna va acompañando
el pisapapeles caído a tiempo en una espalda desgobernada.
Si se pasea por los olores que unen al puerto y al matadero,
una risota que va saliendo de alguna gorra como un cangrejo
cuelga del hombro del caminante del extramuro: yo soy su hijo.
No nos importa, lo reconoce; reconocer va caminando y el conocer en la tortuga
mata callando.
Sube y le toca un collar hecho con los eructos de negaciones de Jove ebrio.
Le enseña un mondadientes de sobremesa de la cantante de cuatro esperas.
Ese palillo vuelve animado, gira en el globo
que va pasando de mano en mano de los marinos a la cuchara y la cucaracha.
Cuando le toca un brusco polvo se tiende en capa que evita el ojo.
El polvo quiere pasar e interrumpir; la mirada sabe retroceder.
Lo que desciende, de escala a oscuro, las sangujuelas con las pezuñas
amoratadas,
se va trazando un humor vítreo que desconfía del cristal doble de la mentira
del que pasea y del que cuelga, como una percha en la obra muerta, a la mentira
del que pasea.
No soy, pero yo digo que soy su hijo, pero me cuelgo y la risota tiesa y marina.
Pero el que pasea y pisa cuadrados y pisa círculos desvencijados por la mentira y
los va pisando
como una pulga y una uva que en nuestros labios despiertan al reventar.
La pulga estalla en unos labios, en los adentros de medianoche de los estuarios
pica su flor. La pulga sabe como una uva, no quiere recomenzar, sabe estallar.
Si por la verja del que pasea por los oscuros pasas la mano
el hijo falso como una escoba cuelga vejigas que ya han sonado,
como pendientes de artesanado los grandes hielos vuelven para emigrar.
Una risota que va saliendo de algún bolsillo desvencijado
mezcla yo soy su hijo con una lengua sucia de espadas que va camino con sus
hormigas a su puntal.
Lépero maduro entra en su útero como un cangrejo humedece su galerón.
En su bolsita de calcetín sobresudado el mondadientes de la cantante sigue
sudando
y la risota del *soy su hijo* sigue saliendo de los bolsillos y de las gorras,
como el marino pica en su flor al ir pasando a la cuchara y la cucaracha.

EL FUEGO POR LA ALDEA

I

El viento preguntó en las ventanas y el zorro
de rabo de azufre con escaladura.
El fuego rizó una veleta
que dejó abandonada un papel de acordeón.
El fuego cantaba en la estancia
por donde tiene que pasar un perro
primero que el tigre que transportó en su cola
un cordel, un papel suspirado.

El aire cultivado por el diálogo en las terrazas,
rizando los círculos manchados del elástico manchado,
irrita un color que habita los disfraces de la grulla melómana.
El amarillo pasa al ojo del tigre canoso
y la escarcha, como la rama apoyada en el río,
destruye la imagen ligera
y cose su piel con la piel de la hoja.
Los reflejos en los ojos del tigre
frotarán las ramas, bañarán las arenas,
los desarreglos de una aurora alterada.

El zorro retrocede a un arreglo de columnas
y las va impulsando a golpes de rabo
y de dientes de despedida.
Las columnas avanzando cultivan las llamas,
retrocediendo dedican las cenizas.
El zorro pega con el rabo en una columna salomónica.
El zorro azul escoge la redondez partenopea.
Cuando las columnas ruedan, el zorro salta.
Cuando el zorro salta sobre las columnas,
la aldea murmura su plumón naciente a medianoche.

El zorro con sus patas como flautas,
salta sobre el pellejo de la noche
rociada con un alcohol que nos envuelve,
como si fuese harina con piedras islotes.
Pega con el rabo donde hay una escala dura.
El guiño del zorro evita la sonrisa.

Salta, orquestando el fuego,
afilando con sus patas de flautas el viento noroeste.
No deja, sopla, no deja.
Deposita su melena en una columna y la va a buscar con los dientes.
Salta como si fuese a buscar a un hijo
iniciado en la corriente por la trucha aceitada.
Pega con el rabo esparcidor desmantelado.
Salta las cuatro columnas necesarias.
Innecesarias brisas culteranas
no esparcen las cenizas, pero aquel tatuaje se acerca
removiendo la boca que me lleva.

Despide el papel de acordeón una quietud
mientras la mano puede acariciar la yerba y los pisos de la aldea,
ninguna casa cerrará su pronto paseo.
La razón del inicio del fuego convertida en un suspiro
se desmonta del caballo, vuelve, se hila
en el huso de una torre sin consuelo.
Serenos mecidos, el junquillo
golpea unas botas que agrandan la mesa y la aldea.

II

Su indócil arañar.
Extraño recorrido: arañar.
La misma baba del precipicio
mueve sus espirales descifradas
en la anchurosa muerte.
Las nubes se deshacen
mientras la muerte danzada se endurece como un globo.
Es un globo de terciopelo carnoso,
hinchado por nuestras entrañas,
ocupando como un viejo salmonete
el agua estancada de nuestra frente.

La humedad de lo oscuro
toca esas escoriaciones de la piedra,
esos puntos raspados por nuestro furor caedizo
y deja los colores inferiores del ropero o del lagarto.

La humedad raspada por el tiempo
en los seres recobra su polvo de alfiler,
que la recorren como la avenida

por donde pasan los ancianos de polvos de arroz,
de sutiles abortos, los que llevan una caja
con el sombrero viejo,
mientras que el nuevo sería la mejor señal
para caer en la trituración del tiburón,
para que empice su masticación semejante
a los arañazos en el mismo precipicio
que los roedores pueden vencer sin alterarlo,
dejando cuando duermen un signo nacido de la trituración.
Ese talco marino que la piedra deja caer
cuando su manera de emponzoñar a la muerte
es de pronto interrumpida
por un instante que la araña,
rocía la piedra oscura que atraviesa
las aguas y llega al fuego de cocción.
El gato blanco de crin leonina disfrazado de negrura
empuja la bola de circo, devoradora de rostros.

TAPIZ DEL CIEGO

I

Extiendo un paño roto, vistoso,
pero la luna gira,
crece hasta su sombra como árbol sarmentoso
que en sus límites expira.
Y así construido de flujo escamoso,
el vino tinto raspa el ave lira.

En una tierra de presos pintados
que alzan un escudo con polvo y una rosa estañada,
donde ninguna casa puede ser visitada
porque todos sus números están siempre borrados.
En la primera casa que hemos tocado
el número en nuestra espalda quedó señalado.

Si la lujuria borra nuestro sentido,
el sueño le retoca cuando el cuerpo voltea.
Oscuro laberinto derretido,
despierto, con crecidos colores pintorrea.
La marea alcanza la altura del oído
y allí el coral golpea.

En cada casa toca, no suceda
que mi arenosa mano se pervierta
al recorrer el gamo de seda
mientras mi cuerno canta la primavera muerta
y sangre le tiñe almeja en guardia leda
al doncel que en árbol se convierta.

Si la ceniza suave de cautelas
envuelve una cabeza que se achica
aún ciñendo ricas telas;
mascando el caballo ejercita
la lenguaraz cola de estrellas
y ahuecado escorpión se precipita.

Como ebrios que han llegado a una isla desierta,
la lluvia rodea la mirada.

En cada rincón el ojo de una puerta
multiplica el devaneo de la forma sellada.
Reverso de la puerta, la seda, tocada,
al gusano desconcierta.

Después ese ebrio no pregunta,
cómo una concha lo detiene la brisa.
Se queda cada pregunta trunca
aunque truene el árbol de la sonrisa
y el látigo voraz cejijunta
los ojos en la cola del pavo real que se irisa.

II

Después de la ebriedad queda ciego,
altivo milagro le concede
la cuenca del coral y el fuego.
Y cuando pinchada la mirada excede
la nueva luz en danza de sosiego
se nutre de otra luz de espejo a la que cede.

Su ceguera lasciva
le pervierte el nuevo cuerpo de hermosura
en el que su mirada caída se encuentra fugitiva.
Su cuerpo se abandona a la corriente pura.
El primer remolino le hace la mirada guarnida;
el último, le fabrica la hondura.

Ante ese ciego carezco
de toda ayuda que me excluye
del mismo manjar que ofrezco
y que el dios ciego restituye,
como si ese dios detrás del abanico
al hombre ciego instruye:

La orden a medias recibida,
clava cada cien metros una vara escamosa
y recórrela con tu mano dormida.
Al despertar una arena olorosa
se irá como tierra metida
a lanzar en tu cuenca la fiebre milagrosa.

Espera en un tumulto consagrado

y queda intocablemente mudo.
El griterío de un nuevo poblado
tiene que caer en tu embudo.
Todo sueño hará su ola antes de ser olvidado
y el olvido copiará su desnudo.

El ciego le dará una patada a su perro
y el perro quemará su cigarro
apretándole la cintura a su encierro,
pero aunque sea rojo su desgarró,
prefiere mover la cola en el círculo de su destierro
a metamorfosearse en garduña de colmillos y tarro.

La voluptuosidad del ciego se hincha suavemente;
su mirada puebla y despuebla,
como el olor en la sustancia se escapa de lo ardiente
y el oro de hielo de la niebla.
La embriaguez del ciego es dulce y paciente,
se saca de su hondura y toca a un amigo que tiembla.

DIÁLOGO EN UNA GIBA

Cocardasse:

¿Sabe él que tiene esa giba
y se ríe?
Si la restregase en un espejo
repartiría limosna día y noche.
Sin embargo, su giba se mueve sospechosamente.
Entre su giba y los costurones que la ciñen
parece que hay una piedra.

Passepoil:

Cae su cuerpo como una máscara.
Parece que de noche lo descansa
en otra cama que no es la suya.
¿Dormirá esa giba
con alguna salamandra húmeda?

Cocardasse:

Como la sangre corre con colores
por un rostro de acento dibujado,
y de pronto en un país giboso
contorsiona, y la piel en pezuña
convertida suda vinagre mal batido.

Passepoil:

Cuando sueña su cuerpo se introduce
en un país abrupto sin gobierno,
la roca con destellos especiales
soporta su espalda sonriente.
En ese monte carnoso descansado,
invenciona la brisa y la corriente
que le bate las hojas.
Al despertar es costura oscura
entre incesantes tumbos
se recuesta en un dios oscuro que no mira.

Cocardasse:

Su ligereza y su fuerza se mantienen,
conduciendo rudas canciones enlazadas.
Se mueve como si rescatase de las llamas.
Una pinza suave, estilete
suficiente, extiende el brazo
en otro estilete prolongado.
Se clava en la prisión movible
que tiene que soltar,
abrir una marcha silenciosa.

Passepoil:

El ojo del canario siempre es viejo,
ancla en el puerto de la giba.
La espina plateada por el gato
se introduce más en el ojo
de la noche sentada en una giba.
La espin a entona un *allegro* ofensivo,
tienen cuerdas esas cuerdas vocales.
Sus dedos graban una madera purulenta
un poco de fango y la anciana sardina.
El ojo del canario nace viejo.

Cocardasse:

No me interrumpa el ojo del canario.
Veo los brazos en arco repasar
las pinzas en que van a prolongarse,
así el cangrejo sonrío en una gruta
repasando sus nuevos brazos duros
para el esqueleto de la semilla, pan dañino.
Así el cangrejo sonrío en una gruta
y el pájaro indiferente en una giba.

Passepoil:

La cauda de sus pies, bailables finos,
y la festiva sangre en su corriente,
aseguran un cuerpo en su sangre detenido
y no otro de apoyo y mal humor.
Rompiendo oscuros seres descompuestos

le suelto una vida que no tiene.
(Desconoce, está en su alimento transcurrido.)
la misma caja llena distintos recipientes.
Deposita la giba, las cenizas,
el ojo del canario y sus pellejos.
Entresaca un sombrero, no lo mira,
y en la orgía del vinagre hasta el fin
cerrado suena.
¿Confiado escucha?

CULEBRINAS

Las culebrinas de la hechicería han llegado hasta el país de los Vascos.

El magistrado Lancré, severo, enviado de Castilla, sentado en la tinta de su memorial.

¿Hay que confesar que hubo pacto con el Diablo o simple adivinación?

Se ha nombrado una dignidad para las fiestas del Diablo, el Obispo del Sábado.

El feudal Lancinena acepta la designación, mientras Lancré en la plaza pública tiene que tocar el violín para que se alejen cuatrocientas brujas.

Son brujas hijas de pescadores, tan atrevidas navegantes como Eriko el Rojo.

Lancinena prepara su primera fiesta, como los adolescentes diseñan su primera cópula.

Los protestantes bajo capa tocida han impuesto en Trento la doctrina de la justificación.

El Diablo no inquiere las cenizas, habla contoneándose en la cátedra de la flor roja.

En la segunda pieza, Lancinena vio cómo el Diablo poseía a su hermano menor.

Si hubo consentimiento en el pasivo, no hubo pecado.

¿Cómo unir en el que peca la voluntad actuante y el consentimiento?

Dejo aquí los finales del Lysis: usted y yo somos amigos y no sabemos lo que es la amistad.

En Dios la voluntad y la inteligencia se extienden en un solo brazo que penetra en el mar.

Pero en el hombre, la voluntad escupe y la inteligencia mastica.

Nuestra voluntad reparte la sal marina, la pimienta terrestre y la lengua divina.

Lancinena con los violines en sordina, en la tercera pieza rueda en epilepsia.

Pero antes oyó que la flor roja se hinchaba en chispas concretas y se trocaba en la orquídea del barítono.

La flor borracha como un gallo repetía: *ubique daemon, ubique daemon,*

el demonio está en todas partes y su cabeza se esconde en la flor roja.

El pago de esas tres piezas fue que Dios lo roció con estigmas y lepra.

El rojo de lepra une el escondite del Diablo y la alabanza del Señor.

El barítono nonchalante al verlo leproso decía: *ubique Deus, ubique Deus.*

Dios está en todas partes, pero la lepra lo enredaba con mugre y arena sulfúrea.

Se ordenó que su piel tejiese rasgueos violetas en un aguamanil con clavos de olor.

Refulgía podrido como cuando borracho sacaba la espada.

Su piel de pastora era rehusada por el barbero del pueblo.

Para superar al Diablo, Dios tuvo que abrillantar el cuerpo leproso,

decían el barítono y el barbero paseando hasta la fuente donde cae el caballo

risible de alas enmieladas,
y provocar el grotesco ruido de Jehová cabalgando el Gran Pan.

EL RETRATO OVALADO

Huyó, pero después de la balanza, la esposa se esconde como madre.
Sus falsificaciones, sus venenos son asimilados como almejas.
La esposa quiere ser una concha y pegar suave como el molusco,
pero como un retrato se adelanta y escarbamos en la ceniza de la grulla.
Quiere desinflarse por la boca como un molusco y es un retrato, telarañas y un
ojo que se mueve.
Cuando duerme las ráfagas del veneno en el vientre le echan pisos.
La abandonada, en el sitio de la madre, descorre las cortinas y tontamente sonríe.
No sabe, él corre despaciosamente las cortinas, la alquimia familiar de su veneno.
Pero él tuvo también que envenenar colocando en el sitio de la madre.
El marco del retrato mide la casa estancada.
Escarba en la esposa, el pozo abierto se llena con la tierra que sopló ya
hacia delante y ahora se adelanta en el humo ovalado.
Las mismas polillas retardadas pesan más que el novísimo cangrejo en su
galerón.
La vaca se hace más egipcia al comerse su placenta, es delicioso escarbar en un
plato sucio,
y se le entregan los retratos como la pianola en el naufragio.
El deseoso que huyó paga viendo en la esposa la madre ovalada,
pero el que viene de lo oscuro mentiroso puede volver a elaborarlo sentando a la
esposa en la balanza.
Si no fuese por la flor exterior, que nos mira, donde volcamos las piedras
de nuestras entretelas, lo oscuro sería un zumbido quizás más suave pero
inapresable.
Es un trabajo también sobre la materia que no fija su último deseo.
También el principio formal brota entrañablemente, pero necesita una materia
que llega
a sumergirse con la intensidad tonta de un arabesco. El principio formal babea.
Los atrevimientos formales son la alfombra de cera en una plancha roja que
recibe
a la gota de agua, como si fuese una gota de gallo raspada
por un espadón de piedra frotada. El principio formal babea.

El principio formal
¿tiene entrañas y escudo?
Su esencia es un embudo;
su forma, el calcañar.

Ya dentro, su saludo,

escuece el hálito vital.
Cangrejo linajudo
le saca la raya al mar.

El principio formal,
sonríe como cornudo
tapando el lagrimal.

Más acá del bien y el mal,
rajando testarudo
lame el principio formal.

Los atrevimientos formales
no sacan cristal de la tierra.
Sus desgañites palpebrales
el agua lustral no encierra.

Escoge máscaras labiales,
la boca muerta cierra.
Es jugo el aire que se encierra
en las sanguíneas espectrales.

Un pichón gordo resbala.
El alambre su cresta enarca,
el pichón dobla la escala

y exhibe su modorra parca
en las lecturas zodiacales,
pavón de atrévetes formales.

TEDIO DEL SEGUNDO DÍA

El descenso del amor consagrado
por un fervor nuevo, por un aceite de jugo
reciente como el agua de reciente caída.
Así la uva nueva destruye los paisajes morados.

Lo que viene de otra sangre tocada,
creciendo como las hojas errantes,
vuelve sobre lo carcomido con furias tempranas,
como el juramento atrae el vino irreverente.

Detrás de la cortina, envía la otra sonrisa desvaída,
mientras él gira en una bandeja demasiado pequeña.
Sus deseos marchaban de la figura a la increada medusa,
no de lo palpable a un recodo de sombras.

Siempre una luz negra cayendo sobre un paño sin nombres.
Hablaban, pero veía detrás de la figura dialogada,
un entretenimiento sin forma convenida
que va de la silla al desván sin tocar los consejos.

Hablaba y abrazaba lo que se brindó, y él aceptó,
pero la muerte oblicua tiene un novísimo ácido.
Hay algo primaveral que se congela en el suspiro
y rueda hasta encarnar en otro cuerpo duro.

A su mirada oblicua que saltaba su suerte establecida.
Una sonrisa inmóvil corona el segundo día de su agonía.
Perseguía lo inasible, ofuscado en abietas claridades,
escondido detrás de los rostros que le daban su boca.

Cuando llega a la silla de oro de las despedidas,
sus deseos estallan en melodiosas flores acuáticas.
Al pasar el dulce mohín de una sombra moaré,
las hojas con rocío impulsan su fuga hasta el retorno.

Qué perezosa muerte al tocar nuevos ecos sus cristales,
ve llegar innumerables rostros en escalas fugaces.
Lo fugaz se redondea en nuevo verdor transitorio,
así las hojas saltan de una alfombra a otra alfombra mayor.

Del tronco húmedo, refugio de aves blancas,
la carne vegetal vuelve con su látigo henchido.
La sonrisa resurge de pronto iluminada
donde un dedo apuntala un silencio suspenso.

El mismo gesto, la sonrisa escapada de la propia saliva
en otra carne trae su hilo y su secreto.
En largos vuelos cae en el centro del tejido primero,
la ceguera marcha hacia un remolino incesante.
Los deseos cercan el cuerpo en otro cuerpo fugado.
La mano que ya pesa más que la mosca repleta,
inmóvil quisiera vulnerar el peso que en la luz
naciente va impreso. Los deseos como las hojas sopladas.

EL GUARDIÁN INICIA EL COMBATE CIRCULAR

Lo hecho para perseguirse comienza con un maullido. Y la esterilidad de los vacilantes senadores descorre ese maullido como trasciende la joven cabeza de tortuga entre la yerba antediluviana. Así de sus senos, de sus cinturones blanduchos, almibarados, fluye una simpatía discreta, como un suspiro entre dos columnas, como la joven tortuga entre dos yerbazales indios, techo movedizo arañado por una sierra de carpintero de mano dura y labios suaves, apuntalados por un violín y acabados por una almeja.

No se le despierte confianza ni ponga su mano en el carapacho de una guitarra que barre las baldosas de la luna circunspecta. Un alambre electrizado, en el arco de círculo golpeado por un tamborilero asustado, rueda por las hojas en los días de lluvia, cuando la lluvia pone su gusano sobre las hojas, y las hojas quieren saltar la emoliente cabalgadura del gusano, y no puede. Jamás. Retrocede y no puede. Ícaro, sapo, no y escóndete, vuelve y empieza, no toques nada, sapo, Ícaro. Como la fatalidad que cae con su lágrima en un ostión, si respiro una flor tiendo a la obesidad, y si no, tiendo a la melancolía.

Un animal prolongado, de hocico felino y brillantez escamosa, inicia su fuga con cierta elegancia desorbitada. Ha estado en las grutas donde los peces por los descensos de los mares se han ido incrustando en los paredones, y sus uñas de madera raspan despiadadamente aquellos cuerpos volcados con hondura insaciable sobre las piedras, pero donde todavía una espina, un ojo rebanado guardan una cultura marina con celo y ardor. Durante algunos días se esconde en la copa del árbol resinoso, tan molesto e hiriente como la casa con el esqueleto del pez incrustado en las paredes, y ve un oso hormiguero ya sin dientes, que por costumbre, pues ha perdido la totalidad de su útil sin hueso, lanza un soplido malicioso en los agujeros azucarados donde las hormigas, los cundeamores, pedazos de uvas caletas y de madera de cornisa con polvos de murciélago, son volteados al aire, como el borracho homenaja a la noche lanzando sus medias en una espiral silbada, y por la mañana el oso hormiguero y la media sonríen en su grupo escultórico. La lengua del oso hormiguero esclavizándose, penetrando, es tan imponente como la media que el exceso lanza flemático y solemne.

Pero otro animal, de músculos encordados y disparados, se cree el guardián. Vigila la gruta, y no entra. Mira incesantemente la copa de los árboles, y no salta. Despanzurra al oso hormiguero sobre las rocas y desprecia los peces imposibles que quieren subirse a los manglares. Con su collar, su mandíbula, vigila los caprichos del otro. En los cristales donde se columpia el halcón del alcohol,

saltando de botella en botella, aunque no se le vea, se le niegue la mirada y el cuerpo desmemoriado afirme secamente que no hay ningún vitral que deje pasar la mirada y que si pasó y no saludó es que ha estado pasando inmemorialmente como una banda china, como los pescadores portando resinas alrededor del náufrago que tiene en el ombligo condecoraciones ablandadas y estrellitas de mar. La primera vez, miró sobresaltado, contento de sentirse perseguido; la segunda, con indiferencia; la tercera, con asco.

Mientras que el agónico de tercer día se mueve persiguiendo una mosca más pesada que sus brazos, la hija menor de la protestante, descorre suavemente las cortinas, comprueba el cuerpo endurecido y la lenta espesura de sus brazos, y sonríe dejando caer el cortinón. Se acoge a la sonrisa y el gesto donde los oscuros se confunden y donde todo fluye indistinto. Y entre los animales anteriores comienza una tenebrosa batalla de círculos veloces, entrecruzados por lluvia y escarcha. O por lentos terrones que hundan un hocico, precisan un alfiler o fijan con un dedo a la mariposa hasta hacerla sangrar (sangre de sueño blanco, de ausencia asquerosa y de sanguinolento picadillo de cresta de gallo).

De pronto, aparece como un mortero vegetativo, formado por láminas de troncos de palma, unidas por saliva gorda, formado también por una arena sucia que forma la arena al frotar la montura del carey. Sin embargo, su círculo está formado tan diestramente que sólo un tornero mostrando su habilidad sobre troncos podridos podría conquistar una redondez tan considerable, un despacioso abismo hecho a voluntad en el abullonamiento de una nube nutrida con las cenizas de una grulla líquida, jovial, pero pastosa.

El final esperado del animal que mira y no salta, y el que contempla la espina dorsal introducida en los terrones solitarios, debiera ser la penetración de una pezuña en una entraña, de un pie golpeando una cabeza recostada en largas velas como almohadas. Pero continúan su desdicha tenebrosa. Marcha y timbal en repiqueteos escandalosos que abren una larga continuidad de campanillas. Un remolino que no deja escapar hasta perder la raíz de las fuentes de Roma. Los maullidos continúan pasando a escape por la Villa Médicis, un remolino que eleva el círculo de los dos animales, pero que no prolonga sus brazos indefinidamente ni abre su boca para comprobar su adolescencia. Si se mira una espina dorsal se mira la copa de los árboles, la persecución es inmemorial y no se introduce una espina en la ceniza de la grulla pastosa.

No se puede comprobar el animal perseguido como un gato, aunque sus instintos son gatunos. No se puede comprobar como un gato aunque la persecución no se inició en un tejado ni el puño escondía la bola sedosa de un laberinto. Llegaron hasta los límites del bosque, ninguna brigada vislumbraba. El animal que raspa la espina dorsal y el que mira y no salta, se han constituido en

Gran Armada de devoradoras humaredas. No se sienten unas aguas pausadas, que ruedan, que podrían separarlos para que cada uno hincara su destino. El círculo se rompe porque el de la espina puede saltar.

Salta dentro del mortero de vegetales. Cree que ya recabará su innombrable. Su quietud es su salvación. Y empieza a sentir la voluptuosidad húmeda. Su humedece como ante un espejo carnal. Y espera que el que no puede saltar gire como un cántaro sobre su propia ruptura. Después de todo es un pedazo de blanduras, no una flor firme y pellizcada. Y ya empieza a lamer las hojas del tronco de las palmas, como si la saliva y la humedad se comprendieran desde lejos, como de cerca se aprisionan y disminuyen.

Ah, el que no puede saltar, el que no puede ser bailarín. El que de noche está inutilizado como los labios por la madrugada. Y su ronda es espantosa, porque en cada casa que quiere penetrar le rindan cerveza, le escuchan y le vendan el ojo traicionado que habló a destiempo y recordó figuras golosas que se colaban por las axilas como las arenas en la digestión asustada del esturión.

Pero el que no salta penetra. El que no baila recuesta la frente en las dos manos cruzadas y suelta como una pólvora un vals demorado sobre cada sospecha. Ah, no bailo en homenaje a la claridad comunicante, pero mi sueño es espeso, incomprendible en su apagamiento, en su despedida. El que espera, el que no puede saltar, suda perplejo.

La Gran Armada vacila y la brigada anterior sueña con refuerzos que nunca llegarán. El hocico del animal segundo se hunde frenético en el tronco vaciado de las palmas. Lleva por la cabeza al animal guardián de las espinas hasta el paredón inexorable y lo suena innumerables veces en innumerables muertes. La boca grande ha triunfado sobre el hocico. El que busca la espina dorsal es más débil que el que no puede saltar a la copa de los árboles, pero la sombra que cubrirá lo que tiene que ser mirado para siempre es pavorosa. El cuadro último es una desviación de la luz que aclara la sombra húmeda de las láminas del tronco de las palmas. Así se forma un grupo tenebroso que reemplaza al misterio vinoso del cuerpo aislado. La amistad sometida a la humedad, a la mejor interpretación del rocío vegetal, quiere crear un nuevo misterio capaz de nutrir el baile de una nueva figura. La furia del que no puede saltar, penetrando las láminas húmedas y alzando en su cólera siniestra el devoto de las grutas espinosas, quiere crear una nueva posibilidad de zozobra. Asoma por encima del mortero una cabeza afilada en una noche cautelosa de artificios. Después, su cuerpo se pierde en un vacío momentáneo. Pero otro cuerpo que ha traspasado la resistencia del tronco de la palma penetra insaciablemente. Aquel centro desmesurado ha servido para formar una nueva defensa voluptuosa; el círculo se ha roto para favorecer la penetración del que no puede saltar, pero puede

penetrar la humedad resistiendo en el tronco de las palmas, el hocico fino, de fiebre escamosa que mira la cultura marina raspando la espina dorsal aplastada en los paredones. Un gruñido continúa apuntalando al que no puede saltar. Sorprendedle, se entretiene en hacer nuevas figuras para que sobre ellas el paredón que se derrumba, como una aprobación que aplasta los morteros que vencen al círculo, por una penetración tan rápida como el fuego **penga** en parábola y el halcón cae sobre el toro penoso en la bodega del barco.

LA FIJEZA

I

LOS OJOS DEL RÍO TINTO

I

(Coro)

Son ellos, si fusilan
la sombra los envuelve.
Doble caduceo trituran,
pelota los devuelven.

Toscas, secos, inclinan
la risa que los pierde,
o al borde de la verde
ira taconan jocundos.

Gimen si manotean;
callan, taladran el oído
añicos o pestañeos.

Movidos al estampido
crótalos inician leves
los arqueros aqueos.

II

(Égloga)

La nube los destroza
y la mosca gobierna
el ritmo que se goza
en una sola pierna.

El tapiz no acaba
en la flauta siete ojos,
ojos que sonaban
teclas de la araña.

El tapiz no cierra
ojo de la huraña
fiesta que excusa

si el pañuelo baña
en sangre de guerra
pastores de Siracusa.

III

Una ráfaga muerde mis labios
picoteados por puntos salobres
que obstinados hacían nido en mi boca.
Una ráfaga de hiel cae sobre el mar,
más corpulenta que mi angustia de hilaza mortal,
como gotas que fuesen pájaros
y pájaros que fuesen gotas sobre el mar.
Lluvia sombría sobre el mar destruido
que mi costado devuelve finamente hacia el mar.
Mis dedos, mis cabellos, mi frente
luchan con mi costado, mi espalda
y mi pecho.
En esos días irreconciliables,
fríamente el ojo discute con la mirada
y la combinatoria lunar no adelanta en mis huesos.
Estoy en la torre que quería estar:
un tegumento que puede unir cabellos,
una sonrisa que traiciona la línea del mar.
la cantidad innumerable de dioses secuestrados,
el hierro torcido e hirviendo de las entrañas
del mar han huido sin un gemido acaso.
Mi indolencia peinaba la frente del mar
y originaba la muerte
en aquellos seres fieles, veloces e inocentes.

IV

Desvían sus escamas inalterados ojos
en la iluminada casa de los árboles,
los días que la lluvia entretenida
divide en escamosos silbos desvelados
y en tenores de chalecos verdes.
Las aguas disparadas a los árboles,
inteligente flauta gota a gota,
suenan y aparecen toscas manos
en la rencorosa copa de los árboles.

La lluvia nocturna sueña curvos alfileres persas
en las escamas de chalecos fríos.
Las grandes hojas pesarosas
con la lluvia disfrazan
la ridícula anchura de sus frentes.
La jauría orquestal
va alimentando todo final de fruto:
la forma inalterada de la poma;
su sabor, ancho punto en lengua leve.
Lluvia sobre lluvia en los rieles,
se despiden a las fábricas
donde el hombre tornea inalcanzable.
De noche, las surcadas fábricas lluviosas
tienen las heridas formas más perversas.
La corrupción del fruto adormecido
adelanta una sierpe brazalete.
Nítida y sin minervas escamosas
la flauta que suspira golondrinas.

V

En el retorno de las cintas
su prolongación que ya no toca,
dejando un interregno de aguas
y donde a la cinta sigue la serpiente.
Siempre la sombra vuelve por el perro
y al tropezar desnuda en la corteza
un humo frío desprenden las raíces.
Las inertes tierras intocables
su prolongada nueva reconocen,
brotan de esa espera suspendida
de la raíz hasta el halcón cegato.
Si la medusa es cortada por la playa,
el reflejo del nácar que divide
la cuchilla que vuelve para hundir
la gota de cera en los sentidos.
Si la medusa es empuñada
por la mano que trisca y la va alzando,
una testa inclinada no sonrío
y cae como cuerpo brusco sin asombro
en la roca mantelada por helechos.
Si muerta la medusa al navegar,
fétida sombra la madera hundida,

desea que el tiempo no le sirva
el ave en la corriente muerta sin listones.
Y así se pierden las últimas murientes azoteas
y los débiles palacios no imantados
cantan y pierden incesantes
la remota Cambaya.

VI

La remota clámide ramas pierde,
ópalo, cuarzo, hielo
de remoto bóreas desprendido.
Un anillo más de mi prisión.
Una varilla de hincapié sin término.
Resquebrajada salamandra muda
su cuadrante de nieblas dulcifica,
oyendo al grillo su dormir se dora.
Esta canción no me destroza el sueño.
Blanda la piedra no acostará mi rostro.
La higuera que camina hacia la roca
si estática su historia sucediese,
llevaríanle los saurios armaduras
y no se haría su muerte en el deshielo.
El fuego al carillón es la locura,
pintarrajeada mansa blanda fluye.
El agua hinchando bestia muda
desraíza el chorro columnata
que construye la bestia cuando rapta
el cuerpo del palacio hasta el umbral:
allí las aguas extienden por el órgano,
donde el hastío en vela de los ángeles
dentro las tubas mueven el oleaje.
No he de salvar ni las tenazas frías
que dejan el carbón sobre los ojos,
si el caracol al recorrer el ojo
riega la última estela desolada
por donde aclama el mar el lilibeo.

VII

El creciente no pesa más porque los hombres asciendan.
El caballero recurva sumándose al guijarro,
en su bota se ahonda el agua

de los escapados por el río hasta la existencia sumergida
y en su bota ahora vive la longura de un petrel azul.
¿Mira él su fijeza, lo hace con gracia? ¿Se burla?
Grande como el brazo que no gira, inmóvil
como la columna astilladora de la noche carnosa.
Los cordones vueltos en su bullicioso tren de ceniza
recorren la opulencia toril de la humedad de la bota,
pero aún allí, en esas escalas de la ceniza, las hortensias
alfileran, mecen el gracejo del río de la ceniza.
Las lapas, la más pequeña Emys rugosa, el polvillo de la marga,
no sueltan su despertar al borde del río gomoso,
sino la flor que prescinde de la abstracción y es la flor por la flor.
La flor, por cuyos cañutos clásicos asciende el agua y se refina.
Ese mismo musgo que en las noches hace intocable
la piel de la flor y de la estrella.
Esos pasos, como el instrumento de la arena,
hacen el piano más de madera que de tímpanos,
cuando desaparecen, tocan; tocan y han encontrado su dueño.
Pero la bota a igual distancia de la roca,
mientras la plomada más áspera separa los pasos del paredón,
y la suela removida por el líquido hervor y la tierra blanca,
detiene el desprendimiento del petrel azul y lo disuelve en su base.

VIII

Los cabellos afinándose aún más detienen su redondez,
prefieren saltar el límite gris, los ojos del recuerdo,
prefieren agitarse con un viento suave primero, después ese viento
golpea la piel de la cabra, deja las huellas de un reencuentro
en el que se ha combatido, un despertar en otra arena.
Los cabellos muertos, detenidos,
como del brazo del cazador cuelgan las aves muertas,
pero allí resbalan los aceites, los perfumes,
la vida adulterada por una delicia prestada;
el aceite que es para la eternidad
convertido en una dulzura pequeña para hacernos rebrillar
el arco del violín prestado.
Los cabellos amorosos que aíslan el rostro
del enemigo, de lo que nos ha sido robado a caballo,
tan rápido que nuestro índice no pudo señalarlo
ni hundirse hacia dentro en visión.
Esa visión de la que salió el rostro,
de la que sale después una manga con un arlequín tatuado, una araña sonrosada

que se traga el humo, un humo coniforme
que se puede clavar en el ropero napolitano, allí depositado el mentón
hendido por una clavija de marfil.
La cabellera que no se aísla en ceniza,
que se hincha para ahogarnos,
detenida en instrumento que tañe de nuevo,
un instrumento como una escala prolongada,
donde mi pesadumbre desciende o se corona,
pero que uno de mis dedos
le dice alteración, chispas o separación de dos rocas.

IX

Ayer fijado parecía
la risa recordaba
el enigma se desvía
a siesta recreada.

La risa enamoraba
la oscura vía,
continuidad abría
anillo que enlazaba.

La siesta nominada:
el agua necesita
su forma suspirada.

El aire rodea y vuela,
toca y tu risa evita,
girando ser sin ser vela.

X

Si recíprocamente, en fuego inverso,
correspondía tu oscuro con mi ausencia,
como si tu sangre al destilar su esencia
fuese soplo de mí; si su fuego perverso
en círculo intocable fuese el reverso
de la escala tocable y no evidencia
fuese el humo en humus inmerso
y en ser de hilero soplo sin presencia.

Cae el vino alzado hasta la muerte,

la escalera se prolonga si penetro
en nuevo aparte de mi oscuro nuevo.

Antes y después la alegría pervierte;
cresta dendrita la alegría adentro
en la risa sin hueso del Erebo.

VARIACIONES DEL ÁRBOL

I

(El árbol y la mano)

Allí donde se acerca la sangre no concilia,
el ardor de los ojos está ya en el paisaje,
y cuando más interpreta su cuerpo tocado,
la voz del árbol enemigo mueve sus ramas.

Por allí vuelve, el cuerpo ha vendido su estela,
y el perro, ya no es custodia, huye dócilmente.
Lo que se separa: mi amistad, mi artificio,
yerra como una estrella por la mesa del mago.

Ese árbol flotante, presagioso, marino,
rueda hasta mi ser extrañado, repetido,
como pasos sin techo con dureza revierten.

Desdeñado ese árbol, mi mano es quien lo impulsa;
fúnebre contra la roca golpea,
mientras mi mano llora su dureza intocable.

II

(Destrucción de la imagen del árbol por la noche)

La caída del árbol le distingue.
Lento, si asciende, su atracción no crece.
Sólo es el árbol, quedando empieza
a destruir su espacio; quemándose, retorna.

Ya en los ojos la imagen bien hilada,
las ramas vacilan en su incendio.
Y los ojos, las piedras, sus hojas abren
al nuevo siglo que en mi sangre cruje.

Quedaba un árbol, su imagen y la noche.
Inmóvil fiera, pegada y voluntaria,
escarba con sus uñas, destruye con su aliento.

La noche se trenza con el árbol.
Duramente incorpora su espacio sobre el móvil
río que la destruye caminando.

III

(El árbol y el paisaje destruido por la noche)

Un inmenso galope en la bodega de un barco
sabe llegar y haciendo su muralla desvanece
el ruido siniestro y el siniestro vuelo
del Ícaro sedoso, caído su pecho pesado.

Pero el árbol como el barco sabe cabecear,
penden las hojas, penden nuestras manos.
El árbol murmura sin hojas
y pesan las preguntas en sus manos hartadas.

La noche galopando extrae el opio de la flora marina,
rueda las ciudades, envuelve las estatuas
y al hombre húmedo le alza los hombros.

Después la noche hierve el pájaro y la hoja.
La ciudad devastada avanza en sus torreones,
pero el árbol ya no está junto al río y el sueño.

IV

(El artificio prolonga la noche)

Ha creado la imagen, cae sobre el árbol,
se recobra y destruye su voraz mirador.
Es imposible el salto
sobre la nieve de esa gente emigrante.

Procesión, lazo negro de los tambores,
que por debajo del agua, fabrica inalterable,
y cuando envuelve el rayo destruido,
el tambor, como un hijo, redondea a su padre.

En sus cenizas una fusta se dobla.
El sueño, espesando, cierra sus muecas,

como quien recibe un árbol se entona perdurable,

para caer en un pecho nunca más recobrado.

El río sonaba como un perro colgado de las ramas.

Ahora conduce y muele, ahora contra el fuego.

SIESTA DE TROJES

I

Los trojes que no me recubrían
y querían decir así mucho más
que la estatua primera que acompaña.
Los trojes que siempre se borraban
hacían las mejores siestas incumplidas.
La tortura de los trojes bien repletos
y una blanca distancia que los borra.
Ofrecen su tela doble de un país posible,
sin figuras, naipes, dados o venados,
y donde el troje sigue brindando su locura
en cubas secas y en secretos secos,
enterrados en semillas duras.
Brindan el chillido de su insistencia verde,
y los otros se alejan en una marcha destemplada,
hacia el ocaso que revierte en las cubas iniciales.
En estas tierras blandas, temerosas, la opulencia
no coincide con el halo de los paseos del hombre,
siempre los frutos brindan su castigo en un destino artificial,
amaestrado por la danza que todo lo aprisiona.
La opulencia destruye el descanso de los segadores,
pero el incesante vuelco de los carros cargados ahonda
el frenesí de los tablones serruchados.

II

Los recovecos de sucia naranja
crean un paraíso tonto de aves fenecidas.
Aguadas las mandolinas presurosas, despreciadas,
dejan caer las cenizas del tonto follaje
que cubría las corcovas de sus suspiros;
en las frías charcas, el papel suelta sus letras
que son un hilillo en la sopa del atardecer.
Ese mundillo blando, escurridizo,
forma el alambre que cabecea en su arder,
seguido por ardillas que antes de su fuga
dejan los lazos que no saben ahogar.
En su turno de lentos cabeceos amoratados,

la sucia naranja cera la jaula con sucios
ángeles manchados por la sopa, no por la traición.
Por alambres hasta el fin, los recovecos
dan un tajamar de exabruptos tesoneros.
Con esas exclamaciones roncas de doble puerta,
los recovecos fabrican su alambre hasta el fin.
Son así dichosos, su ventura
se deshace en los asientos señalados para la sopa
blanda de los escurridizos que ahora quieren quedarse en el alambre hasta el fin.

III

A pleamar tal vez de rabia fija
insisto en la dotación de hinchadas manos.
Los cuadrilleros sueltan su camino y lo van recuperando
en cada golpe en las paredes que se acercan.
La paredes de rostros semejantes,
vuelven a su curiosidad de espalda
y no perciben en la claraboya el alacrán y el rayo de luz.
A usanza del martillo sobre la tela,
el rostro del monigote gana un cisco largo.
Y lo vuelve a hundir en la tina casi movida
por el pez hinchado de siesta en sus profundidades.
No lo conoce el que lo ve descender de peldaño a tirabuzón.
Son así los rostros engreídos que van del anfiteatro a la colina, muestran un
deseo que no pregunta por las vísperas con tatuajes de mariposas.
Suéltame, golpes lentos de cabeza en el platillo, suéltame.
Pues bien, te suelto. Y así seguimos.

POEMA

I

La seda amarilla que él no elabora
¿podrá recorrerla?
Sus espirales sólo pueden desear
una concentración cremosa.
Su surco es su creación:
un poco de agua grabada.
En cualquier tiempo de su muerte
puede estar caminando,
como la seda que puede formar un mar
y envolver al gusano amarillo.
Así, con sus ojos aplastados,
flechador de un recuerdo amarillo,
está trazando círculos de arena
al fulgor de la pirámide desvaída.
El deseo se muestra y ondula,
pero la mano tiene hojas de nieve.

II

Buscando la agudeza del pequeño demonio de la división
de los cuerpos y su externa preocupación de respeto.
Sus sistemas defensivos con muros tejidos de espesuras
para que el hombre detenga súbito sus paseos.
El mismo mío, allí, convertido en inerte espesura,
sin embargo, sus ojos tienen también las mismas limitaciones
a las órdenes proféticas y a las observables.
Y entre esa observancia y el soplo, el frío, el sufrimiento.
Tener que ir a buscar lo que nuestra sangre reclama,
que huye, que se desvanece, que tiene también su sangre
lanzada a un curso remoto que navega
fuera de nuestras miradas y que vuelve para desgarrar.
Pero nosotros nos lanzamos sobre un curso remoto.
Su lejanía está allí, sin tocarla, como una barca
entre la maleza y nosotros, que no logramos presumirla,
pero allí nuestras incitaciones vergonzosas, los chillidos
que se mueven entre el viento ligero que le pinta las frentes.

Lanzados sobre lo que a su vez ha escogido
un ciervo para su desliz y las puntas
de sus cuernos frotados en otro lejano yerbazal,
sentimos en la lejanía de nuestro propio cuerpo los imanes de un curso remoto.

Sólo el mercader acaricia sus telas y recibe lo esperado.

A LA FRIALDAD

I

El sueño que se apresura
no es el mismo que revierte.
La muerte cuando es la muerte,
Pierde la boca madura.

La esencia que no se advierte
suele ser la más impura.
El amarillo en la muerte,
seda es contra natura.

Ser en el ser desafía
a la unidad mensajera
que de sí mismo se fía

y sólo un rumor desaltera.
Cuando el fruto está vecino
la mano yerra sin tino.

II

Disperso, suave y atado,
haciendo un fugaz saludo
al ángulo del desnudo
techo, frío y aprisionado.

Al saludar lo pensado,
colmo sutil del menudo
río que fue elaborado
por un tritón barbudo.

Olvido de la corriente,
esencia del sacrificio
y candelas de la orilla.

Cuerpo que se mancilla
ya con el nuevo artificio:
ausente, no estás ausente.

III

Sigo una voz, desconcierta;
si una huella, me revela
que la mansión más incierta
no es la que de noche vela.

Banal idea no recela
de la nube, la incierta,
fácil onda no se hiela
porque busque boca yerta.

Paradoja sonreída:
la pasión hecha jauría
quiere ser siempre vencida.

La serpiente es mano alzada.
Corona del desvarío,
mano en la mano ocultada.

IV

Entre la flecha y el punto
el insecto bordonea.
El arco del cejjunto
crea paréntesis, crea.

La lluvia, que no es conjunto,
arco y violín puntea.
Cuando la escala está en punto
el reloj suave gotea.

Siento que no me siento;
borro, y hostiga la nada.
Frente a la muralla el ojo

traza la ciudad cansada.
Rasgada flecha o rastrojo
suman un solo lamento.

V

Caída la hoja miro,

ya que tu olvido decrece
la calidad del suspiro
que firme en la voz se mece.

La sombra de tu retiro
no a la noche pertenece,
si insisto y la sombra admiro
tu ausencia no viene y acrece.

La sustancia del vacío
sólo halla su concierto
elaborando el desvelo

que presagia el cuerpo yerto.
Diosa perdida en el cielo,
yo con el cuerpo porfío.

VI

Si ya el que el ayer adivina
lo que sin signo previene,
el aire no desafina,
leve crepúsculo viene.

Las chispas que arremolina
el aire que lento adviene,
detrás de la oreja afina,
sierpe el oído deviene.

Perdida en mar de tintero
la sirenita, si yace
aprisiona sólo huellas.

Tirando del instantero
dormida abeja ya pace
el árbol de las estrellas.

VII

Si interrumpe la amargura
el jardín desarreglado,
la pausa es la hoja impura
entre el soplo y el nevado.

Ya la curva del granado
no aprisiona propia hondura;
la ceja del alterado,
metamorfosis impura.

Los cambios del remolino
en el ojo no es el celo
del gamo que está de fuga.

Que si depura, el desvelo
el último punto enjuga
madriguera del mohíno.

VIII

Cuerpo desnudo en la barca.
Pez duerme junto al desnudo
que huido del cuerpo vierte
un nuevo punto plateado.

Entre el boscaje y el punto
estática barca exhala.
tiembla en mi cuello la brisa
y en el ave se evaporaba.

El imán entre las hojas
teje una doble corona.
Sólo una rama caída.

Ilesa la barca escoge
el árbol que rememora
sueño de sierpe a la sombra.

PENSAMIENTOS EN LA HABANA

Porque habito un susurro como un velamen,
una tierra donde el hielo es una reminiscencia,
el fuego no puede izar un pájaro
y quemarlo en una conversación de estilo calmo.
Aunque ese estilo no me dicte un sollozo
y un brinco tenue me deje vivir malhumorado,
no he de reconocer la inútil marcha
de una máscara flotando donde yo no pueda,
donde yo no pueda transportar el picapedrero o el picaporte
a los museos donde se empapelan asesinatos
mientras los visitantes señalan la ardilla
que con el rabo se ajusta las medias.
Si un estilo anterior sacude el árbol,
decide el sollozo de dos cabellos y exclama:
my soul is not in an ashtray.

Cualquier recuerdo que sea transportado,
recibido como una galantina de los obesos embajadores de antaño,
no nos hará vivir como la silla rota
de la existencia solitaria que anota la marea
y estornuda en otoño.
Y el tamaño de una carcajada,
rota por decir que sus recuerdos están recordados,
y sus estilos los fragmentos de una serpiente
que queremos soldar
sin preocuparnos de la intensidad de sus ojos.
Si alguien nos recuerda que nuestros estilos
están ya recordados;
que por nuestras narices no excogita un aire sutil,
sino que el Eolo de las fuentes elaboradas
por las que decidieron que el ser
habitase en el hombre,
sin que ninguno de nosotros
dejase caer la saliva de una decisión bailable,
aunque presumimos como las demás hombres
que nuestras narices lanzan un aire sutil.
Como sueñan humillarnos,
repitiendo día y noche con el ritmo de la tortuga
que oculta el tiempo en su espaldar:

ustedes no decidieron que el ser habitase en el hombre;
vuestro Dios es la luna
contemplando como una balaustrada
al ser entrando en el hombre.
Como quieren humillarnos le decimos
the chief of the tribe descended the staircase.

Ellos tienen unas vitrinas y usan unos zapatos.
En esas vitrinas alternan el maniquí con el quebrantahuesos disecado,
y todo lo que ha pasado por la frente del hastío
del búfalo solitario.
Si no miramos la vitrina, charlan
de nuestra insuficiente desnudez que no vale una estatuilla de Nápoles.

Si la atravesamos y no rompemos los cristales,
no subrayan con gracia que nuestro hastío puede quebrar el fuego
y nos hablan del modelo viviente y de la parábola del quebrantahuesos.
Ellos que cargan con sus maniqués a todos los puertos
y que hunden en sus baúles un chirriar
de vultúridos disecados.
Ellos no quieren saber que trepamos por las raíces húmedas del helecho
—donde hay dos hombres frente a una mesa; a la derecha, la jarra
y el pan acariciado—,
y que aunque mastiquemos su estilo,
we don't choose our shoes in a show-window.

El caballo relincha cuando hay un bulto
que se interpone como un buey de peluche,
que impide que el río le pegue en el costado
y se bese con las espuelas regaladas
por una sonrosada adúltera neoyorquina.
El caballo no relincha de noche;
los cristales que exhala por su nariz,
una escarcha tibia, de papel;
la digestión de las espuelas
después de recorrer sus músculos encristalados
por un sudor de sartén.
El buey de peluche y el caballo
oyen el violín, pero el fruto no cae
reventado en su lomo frotado
con un almíbar que no es nunca el alquitrán.
El caballo resbala por el musgo
donde hay una mesa que exhibe las espuelas,

pero la oreja erizada de la bestia no descifra.

La calma con música traspíes
y ebrios caballos de circo enrevesados,
donde la aguja muerde porque no hay un leopardo
y la crecida del acordeón
elabora una malla de tafetán gastado.
Aunque el hombre no salte, suenan
bultos divididos en cada estación indivisible,
porque el violín salta como un ojo.
Las inmóviles jarras remueven un eco cartilaginoso:
el vientre azul del pastor
se muestra en una bandeja de ostiones.
En ese eco del hueso y de la carne, brotan unos bufidos
cubiertos por un disfraz de telaraña,
para el deleite al que se le abre una boca,
como la flauta de bambú elaborada
por los garzones pedigüeños.
Piden una cóncava oscuridad
donde dormir, rajando insensibles
el estilo del vientre de su madre.
Pero mientras afilan un suspiro de telaraña
dentro de una jarra de mano en mano,
el rasguño en la tiorba no descifra.

Indicaba unas molduras
que mi carne prefiere a las almendras.
Unas molduras ricas y agujereadas
por la mano que las envuelve
y le riega los insectos que la han de acompañar.
Y esa espera, esperada en la madera
por su absorción que no detiene al jinete,
mientras no unas máscaras, los hachazos
que no llegan a las molduras,
que no esperan como un hacha, o una máscara,
sino como el hombre que espera en una casa de hojas.
Pero al trazar las grietas de la moldura
y al perejil y al canario haciendo gloria,
l'etranger nous demande le garçon maudit.

El mismo almizclero conocía la entrada,
el hilo de tres secretos
se continuaba hasta llegar a la terraza

sin ver el incendio del palacio grotesco.
¿Una puerta se derrumba porque el ebrio
sin las botas puestas le abandona su sueño?
Un sudor fangoso caía de los fustes
y las columnas se deshacían en un suspiro
que rodaba sus piedras hasta el arroyo.
Las azoteas y las barcazas
resguardan el líquido calmo y el aire escogido;
las azoteas amigas de los trompos
y las barcazas que anclan en un monte truncado,
ruedan confundidas por una galantería disecada que sorprende
a la hilandería y al reverso del ojo enmascarados tiritando juntos.

Pensar que unos ballesteros
disparan a una urna cineraria
y que de la urna saltan
unos pálidos cantando,
porque nuestros recuerdos están ya recordados
y rumiamos con una dignidad muy atolondrada
unas molduras salidas de la siesta picoteada del cazador.
Para saber si la canción es nuestra o de la noche,
quieren darnos un hacha elaborada en las fuentes de Eolo.
Quieren que saltemos de esa urna
y quieren también vernos desnudos.
Quieren que esa muerte que nos han regalado
sea la fuente de nuestro nacimiento,
y que nuestro oscuro tejer y deshacerse
esté recordado por el hilo de la pretendida.
Sabemos que el canario y el perejil hacen gloria
y que la primera flauta se hizo de una rama robada.

Nos recorremos
y ya detenidos señalamos la urna y a las palomas
grabadas en el aire escogido.
Nos recorremos
y la nueva sorpresa nos da los amigos
y el nacimiento de una dialéctica:
mientras dos diedros giran mordisqueándose,
el agua paseando por los canales de los huesos
lleva nuestro cuerpo hacia el flujo calmoso
de la tierra que no está navegada,
donde un alga despierta digiere incansablemente a un pájaro dormido.
Nos da los amigos que una luz redescubre

y la plaza donde conversan sin ser despertados.
De aquella urna maliciosamente donada,
saltaban parejas, contrastes y la fiebre
injertada en los cuerpos de imán
del paje loco sutilizando el suplicio lamido.
Mi vergüenza, los cuernos de imán untados de luna fría,
pero el desprecio paría una cifra
y ya sin conciencia columpiaba una rama.
Pero después de ofrecer sus respetos,
cuando bicéfalos, mañosos correctos
golpean con martillos algosos el androide tenorino,
el jefe de la tribu descendió la escalinata.

Los abalorios que nos han regalado
han fortalecido nuestra propia miseria,
pero como nos sabemos desnudos
el ser se posará en nuestros pasos cruzados.
Y mientras nos pintarrajeaban
para que saltásemos de la urna cineraria,
sabíamos que como siempre el viento rizaba las aguas
y unos pasos seguían con fruición nuestra propia miseria.
Los pasos huían con las primeras preguntas del sueño.
Pero el perro mordido por luz y por sombra,
por rabo y cabeza;
de luz tenebrosa que no logra grabarlo
y de sombra apestosa; la luz no lo afina
ni lo nutre la sombra; y así muerde
la luz y el fruto, la madera y la sombra,
la mansión y el hijo, rompiendo el zumbido
cuando los pasos se alejan y él toca en el pórtico.
Pobre río bobo que no encuentra salida,
ni las puertas y hojas hinchando su música.
Escogió, doble contra sencillo, los terrones malditos,
pero yo no escojo mis zapatos en una vitrina.

Al perderse el contorno en la hoja
el gusano revisaba oliscón su vieja morada;
al morder las aguas llegadas al río definido,
el colibrí tocaba las viejas molduras.
El violín de hielo amortajado en la reminiscencia.
El pájaro mosca destrenza una música y ata una música.
Nuestros bosques no obligan el hombre a perderse,
el bosque es para nosotros una serafina en la reminiscencia.

Cada hombre desnudo que viene por el río,
en la corriente o el huevo hialino,
nada en el aire si suspende el aliento
y extiende indefinidamente las piernas.
La boca de la carne de nuestras maderas
quema las gotas rizadas.
El aire escogido es como un hacha
para la carne de nuestras maderas,
y el colibrí las traspasa.

Mi espalda se irrita surcada por las orugas
que mastican un mimbre trocado en pez centurión,
pero yo continúo trabajando la madera,
como una uña despierta,
como una serafina que ata y destrenza en la reminiscencia.
El bosque soplado
desprende el colibrí del instante
y las viejas molduras.
Nuestra madera es un buey de peluche;
el estado ciudad es hoy el estado y un bosque pequeño.
El huésped sopla el caballo y las lluvias también.
El caballo pasa su belfo y su cola por la serafina del bosque;
el hombre desnudo entona su propia miseria,
el pájaro mosca lo mancha y traspasa.
Mi alma no está en un cenicero.

RONDA SIN FANAL

I

Si no se abre la escala, lo madura
una puerta clavada en la mirada,
y sabe romper así la tosca encarnadura
por donde echó la sierpe barnizada.

Su protección, su manto, empuñadura
por un testigo borroso fue raspada.
Prohibido, la protección fue más impura;
protegido, estalló su espalda al ser mirada.

Al retroceder su mancha pasa,
gruñe un humo ligero de alborada.
Un flexible y duro miedo lo provoca.

Y enlazando al junco que no toca,
la nave se introduce recargada
al sacrificio de la fiebre escasa.

II

Si lo descubre para siempre el uso,
si con golondrinas la cornisa gime,
malbaratando su pensar intruso
de la nube y no de la nube que persigue.

Si el uso evita iluminar difuso
un acordeón domado que pámpanos desligue
del arco mineral o del marisco infuso
que sin cabellos su girar prosigue.

Qué altanería, su topete el cuello
desinfla un color que vierte oscuro,
caminando hacia polvo y remolinos.

Mientras la grulla en grumo de entrecielo
prepara en nido hueco por maduro
la desazón de toscos inquilinos.

III

Posta de noche, vigilo bien la brisa
que sigue su caracol, pesa como una tabla.
Punzada o voluta de clavo la sonrisa
termina en un cuerpo que no habla.

Viejas frases se abren, son para apresarme
en colada de plomo mas sin fuego.
Siempre de nuevo al alcanzarme
sabe hacer su ademán, empieza el ruego.

Cuando vuelvo, de la sonrisa un diente
ha quedado otra vez como el inicio
que quiere arañar la igual tonsura.

Se prolonga en inicio la burla del suplicio.
Su redondel de gato de nuevo me murmura:
su son impropio me escuda, me divierte.

IV

Al levantar el cuajo salinero
y echar rebote como un son alterno,
por tejida escala se arrastra el comadrero
que mira su no pregunta en no lo entiendo.

Desprende el fugato de diamante
un ser animadizo que se cuelga.
Su primera impulsión de ser errante
cuaja el instante que más cuesta.

El desprendido son lo reconstruyo
arañando con sal la rosa en valvas.
El trago traspasa si interpreta

la oblicua, pasajera noche de algas,
donde salta la astilla en su furor secreta.
Así me pudro y caigo, así no huyo.

V

La invasión se durmió, la noche en vilo

se mascaba su rabo y se extendía.
Al despertar sobre sí, banal en su sigilo,
sin poder soportar la gruta se perdía.

Ocupada la ciudad, babilónicas botellas retorcidas
y alguien que busca lo que sabe hundido.
Augustas codornices prevenidas
tiznaron su collar y su pico recomido.

Espeso el humo se cuaja en las botellas.
La espiral de Van Gogh, naranja en las centellas,
idéntico pincel devora los frutos o los esmalta.

¿Quién quedó, ordena y vuelve
y en la enterrada garrafa sin cesar resuelve?
El Teniente de la Plaza de Malta.

VI

El cuchillo y el tajo en la estructura
rompen en gotas de agua toda esencia.
Artífice de desplomada arquitectura
cuelga en el aire la fusta de la ausencia.

El tejido fugaz en colmo de asistencia
busca en la araña su contrapunto de fiel apoyatura.
Su maleficio envuelve su estilo sin violencia
y sus ramazones, no sus ojos, preludian la ventura.

En su tinta, tesón del cuerpo soterrado, despegas
las venas retocadoras en lo oscuro;
las moscas que doblan las lianas en los claros.

El mar es carne y se alza a lo maduro
si le da tripas a la espiral de giros vagos,
pulpo que me conoces y me ciegas.

VII

Se interrumpe la escala, su ruptura
va creando la tinta del mar interrumpido.
Hueco de la derivación en pausa de negrura
separa el humo inicial del cuerpo aparecido.

La derivación un fruto desprende
y otra rama no entona el nacimiento.
Dentro de oblicuo y sin causal entendimiento
ya el rocío por el fruto o ya la almena esplende.

Ronda dormida y el fanal primero
suma guerreros y en la balsa entona
sus dobles flautas de papel chillido.

El oblicuo sus lanzas acartona.
En donde me resumo como entero,
gruesa mancha engulle al reino dividido.

RAPSODIA PARA EL MULO

Con qué seguro paso el mulo en el abismo.

Lento es el mulo. Su misión no siente.
Su destino frente a la piedra, piedra que sangra
creando la abierta risa en las granadas.
Su piel rajada, pequeñísimo triunfo ya en lo oscuro,
pequeñísimo fango de alas ciegas.
La ceguera, el vidrio y el agua de tus ojos
tienen la fuerza de un tendón oculto,
y así los inmutables ojos recorriendo
lo oscuro progresivo y fugitivo.
El espacio de agua comprendido
entre sus ojos y el abierto túnel,
fija su centro que le faja
como la carga de plomo necesaria
que viene a caer como el sonido
del mulo cayendo en el abismo.

Las salvadas alas en el mulo inexistentes,
más apuntala su cuerpo en el abismo
la faja que le impide la dispersión
de la carga de plomo que en la entraña
del mulo pesa cayendo en la tierra húmeda
de piedras pisadas con un nombre.
Seguro, fajado por Dios,
entra el poderoso mulo en el abismo.
Las sucesivas coronas del desfiladero
– van creciendo corona tras corona –
y allí en lo alto la carroña
de las ancianas aves que en el cuello
muestran corona tras corona.
Seguir con su paso en el abismo.
Él no puede, no crea ni persigue,
ni brincan sus ojos
ni sus ojos buscan el secuestrado asilo
al borde preñado de la tierra.
No crea, eso es tal vez decir:
¿No siente, no ama ni pregunta?
El amor traído a la traición de alas sonrosadas,

infantil en su oscura caracola.
Su amor a los cuatro signos
del desfiladero, a las sucesivas coronas
en que asciende vidrioso, cegato,
como un oscuro cuerpo hinchado
por el agua de los orígenes,
no la de la redención y los perfumes.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

Su don ya no es estéril: su creación
la segura marcha en el abismo.
Amigo del desfiladero, la profunda
hinchazón del plomo dilata sus carrillos.
Sus ojos soportan cajas de agua
y el jugo de sus ojos
–sus sucias lágrimas –
son en la redención ofrenda altiva.
Entontado el ojo del mulo en el abismo
y sigue en lo oscuro con sus cuatro signos.
Peldaños de agua soportan sus ojos,
pero ya frente al mar
la ola retrocede como el cuerpo volteado
en el instante de la muerte súbita.
Hinchado está el mulo, valerosa hinchazón
que le lleva a caer hinchado en el abismo.
Sentado en el ojo del mulo,
vidrioso, cegato, el abismo
lentamente repasa su invisible.
En el sentado abismo,
paso a paso, sólo se oyen,
las preguntas que el mulo
va dejando caer sobre la piedra al fuego.

Son ya los cuatro signos
con que se asienta su fajado cuerpo
sobre el serpentín de calcinadas piedras.
Cuando se adentra más en el abismo
la piel le tiembla cual si fuesen clavos
las rápidas preguntas que rebotan.
En el abismo sólo el paso del mulo.
Sus cuatro ojos de húmeda yesca
sobre la piedra envuelven rápidas miradas.
Los cuatro pies, los cuatro signos

maniatados revierten en las piedras.
El remolino de chispas sólo impide
seguir la misma aventura en la costumbre.
Ya se acostumbra, colcha del mulo,
a estar clavado en lo oscuro sucesivo;
a caer sobre la tierra hinchado
de aguas nocturnas y pacientes lunas.
En los ojos del mulo, cajas de agua.
Aprieta Dios la faja del mulo
y lo hincha de plomo como premio.
Cuando el gamo bailarín pellizca el fuego
en el desfiladero prosigue el mulo
avanzando como las aguas impulsadas
por los ojos de los maniatados.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

El sudor manando sobre el casco
ablanda la piedra entresacada
del fuego no en las vasijas educado,
sino al centro del tragaluz, oscuro miente.
Su paso en la piedra nueva carne
formada de un despertar brillante
en la cerrada sierra que oscurece.
Ya despertado, mágica sogá
cierra el desfiladero comenzado
por hundir sus rodillas vaporosas.
Ese seguro paso del mulo en el abismo
suele confundirse con los pintados guantes de lo estéril.
Suele confundirse con los comienzos
de la oscura cabeza negadora.
Por ti suele confundirse, descastado vidrioso.
Por ti, cadera con lazos charolados
que parece decirnos yo no soy y yo no soy,
pero que penetra también en las casonas
donde la araña hogareña ya no alumbra
y la portátil lámpara traslada
de un horror a otro horror.
Por ti suele confundirse, tú, vidrio descastado,
que paso es el paso del mulo en el abismo.

La faja de Dios sigue sirviendo.
Así cuando sólo no es chispas la caída
sino una piedra que volteando

arroja el sentido como pelado fuego
que en la piedra deja sus mordidas intocables.
Así contraída la faja, Dios lo quiere,
la entraña no revierte sobre el cuerpo,
aprieta el gesto posterior a toda muerte.
Cuerpo pesado, tu plomada entraña,
incontrada ha sido en el abismo,
ya que cayendo, terrible vertical
trenzada de luminosos puntos ciegos,
aspa volteando incesante oscuro,
has puesto en cruz los dos abismos.

Tu final no siempre es la vertical de dos abismos.
Los ojos del mulo parecen entregar
a la entraña del abismo, húmedo árbol.
Árbol que no se extiende en acanalados verdes
sino cerrado como la única voz de los comienzos.
Entontado, Dios lo quiere,
el mulo sigue transportando en sus ojos
árboles visibles y en sus músculos
los árboles que la música han rehusado.
Árbol de sombra y árbol de figura
han llegado también a la última corona desfilada.
La sogá hinchada transporta la marea
y en el cuello del mulo nadan voces
necesarias al pasar del vacío al haz del abismo.

Paso es el paso, cajas de agua, fajado por Dios
el poderoso mulo duerme temblando.
Con sus ojos sentados y acuosos,
al fin el mulo árboles encaja en todo abismo.

SACRA

De la taberna:

*Cuando yo me acerqué a llevar el borgoña,
por el ojo de la cerradura logré verlo a Él,
era Él, me fijé en el escudo: Jerifalte desprendido.
El privado lo ponía tieso. El tahalí de vino y saliva.
Estaba borracho. Yo también los domingos me embriago.*

De sobremesa:

*Era Él, el más alto, se miraba su altura,
por encima de ella, su altura, iba a Isabel del Palatinado,
una mirada de frío y de apretura, un mirar indivisible.
Yo también miro al pasar y me empino.
Yo también, en el baile, celo mis miradas.*

Poeta menor:

*Reduzco en mi metáfora una redada inabarcable,
pero el Monarca es la metáfora organización lastimera.
En la mía, sustituyo y hago visible,
pero esa harina del Uno entregada por Él,
no la toco ni gimo, pertenencia de oscuros encuentros resueltos.
Si desaparecida esa metáfora de árbol moviente y ascendiese
la mía amasada de métrico marfil con tinturas arameoasirias.*

*Caminaba a trancos por la cámara que no era suya
y no lo era porque cuatro galerías reinantes daban en Él,
como el topo reptil diaboliza internándose
y su hocio de pronto tiene que saludar el mar.
el timbre imperioso se constituye en flor al hacerse perfección,
hermanándose con el vacío que había indicado.
El ayuda de cámara Saturno cumple los imperios dictados.
Los ecos del timbre anunciaban que el vacío había entrado como entra el Diablo.
La berlina escudada penetra con la dama inocente,
alivia el diván de la mandolina y las botas de campaña.
La sutil penetradora reconstruye fragmentos que no son pared o rostros:
el Jerifalte desprendido, el ramo de naranjo tejido con escalerillas de hierro
y las naranjas entreabiertas mostrando la cuna que mece al leopardo.
La doncella que guarda el germen escogido ha cruzado el Bidasoa,*

se suma por la ventana, intercepta el esmalte lunar
y el vacío hinchado por la escolopendra del timbre.
La otra sucesiva berlina bajaba a los hombres de abrigos,
a los judíos de los que depende el Reino.
Secuestrado el cínife al deleite, el ganso aparece sembrado.
Después que en un humor verde se ha convertido la cabellera anterior
– rica de ataduras subdivididas, báculo del cuerpo transparente –,
los hombres de abrigos, los judíos penetran también por las ventanas.
Voltea el espejo, se cae el cuerpo que acude; chilla el alma que participa.
El Monarca sonríe, los judíos pagan en prórrogas de plazo.
Sumadas las dos sonrisas, el humor verde acrece
y ya siempre estarán sumadas las dos sonrisas,
porque el hombre no es el pez que estalla y borra los cristales.
Después recordaba a su primo que decía de un cortesano:
was not on the way, was not out the way, y tuvo que echarle cordón al cuello.
No le sonreía, sino que paseaba con los hombres de abrigos.
Se va hundiendo en desaparición, el sueño acidula
entre lámpara con fuego y cántaro con agua.
La mañana profundiza como una manzana caída
y Saturno sólo ha oído el timbre de hondonada y vacío.

Cuando la flor reemplaza al timbre,
el garzón vicegarza real reaparece como el gato
sin ser visto, oído ni impulsado,
triunfando el invisible planisferio del acuoso laberinto.
Silencios del garzón, sus pies y sus maullidos
como los del gato cruzan el relente.
La casa se clava aparecida y secreta,
extiende otras flores, paseos y alboradas.
La sangre presurosa en su cascadas
ahora obliga a prolongar la mansión habitual.
Pero el niño llevado por el río hasta su Rey,
se convierte en la espada de su Padre.
La mano de nuevo lo recoge
y hunde en una caja de acero bajo el mar.
Sus rítmicos pies, abajo indican
que en el extremo, sentado, no oye sonriente:
anuda pañuelos en sus danzas.
Se cierra y abre la mano en el rostro del Monarca
y siempre deposita el niño liviano
de la única noche diferente.
El cuello del Uno no diferente se abulta,
recuerda la pesadilla de Domiciano y su infarto

de oro en el cuello, levantando la corneja
las guirnaldas del pueblo regalado con la muerte del primero.
Las guirnaldas, el reparto de espadas y terciopelos en la casa mayor.
La berlina de los judíos está rogada
y tiene que preceder a la dama rosicler de las canciones.
El relámpago, malheridor de la piedra,
los animales de ojos destrozados cantan a su paso
y se hunden las ruedas del costado en el palustre de animales cegatos.
La berlina de medianoche, la del custodio ceremonioso,
la que alza levemente el arco vienés para la luna,
aísla en el surtidor la frente movable de la base ancha del padre del custodio.
La lámpara y el cántaro, el diván y el agua removida
aparecen, obstruyen, tocan, se adelantan a la muerte,
pues una ola suave se pierde en los rincones
y la ola grande comprime la cámara secreta.

De la taberna:

*Ya no se detiene, tieso y tranquilo,
embriagado por dentro y fuera, invisible.
El mismo ojo en la cerradura obturada.
Invisible muestra las mismas manchas de vino y saliva.
Yo también sé no detenerme
ni detener el tiempo en la noche.
Yo también transcurro invisible y porto el borgoña gelato.*

De sobremesa:

*Las estaciones se hacen y el Zodíaco cumplido.
Libra se contenta con el escorpión vinoso.
¿Vuela la servilleta y la jarra se apoya?
Cuando Él duerme yo echo agua en las copas.
Después bebemos en la hermandad de los caballos.*

Poeta menor:

*El hombre, la inundación, las cosechas y el árbol.
En la entraña del árbol sólo puedo ver mi escondite.
Cuando el rayo entra en el árbol,
el Uno no diferente recoge una astilla y hace su cuchillo.
Pero para mí el árbol sólo sabe esconderme
cuando el pájaro frota el pico en una piedra de fuego,
navega sobre la hoja y la hoja es sacada de la noche.*

SONETOS A MUCHKINE

I

(Se trata de una cosa seria, declaró doblando la carta y entregándosela a su dueño.)

Ni aun la carta al devolverla en punto
y derroche de seriedad gastada,
lograba en su doblez de borde cejjunto
llegar maciza a completar cuadrada.

Qué hacía el dueño al pasar su contrapunto
y asegurar formal su seriedad gastada,
si llegaba y se iba malparada a su profundo
toque en que pasa a otra mano restaurada.

Vuelco así del recibo, su doblez y paso con cuidado
a un espejo en que sigue desterrada
de otra visión rendida complaciente.

Pues el que llega y entrega bien guardado,
espera un azoro de ave claveteada
y no soplar la carta en nube y soplarla negligente.

II

(No, yo te creo; pero no acabo de comprender.)

Por encima de un arco que se cierra
y sin traicionar el nombre revelado,
la otra cara que yace en enterrado
troje se cierra y reaparece como piedra.

Tendido el arco en la creencia y tierra
que le brinca los pies y luego el salto
de la creencia en el último arco que se entierra
en el galope de pronto que se cierra en alto.

Y mientras te creo y organizo el arco
y el no comprendo se enfría por el molde

que en lascas toca y la otra cara restriega

su nacer en el desprecio de su nuevo engorde,
tizne mayor hundido en la refriega
del gato del *yo te creo* y comprendiendo enarco.

III

(El príncipe bajó un peldaño y se volvió.)

Sombra comienza a derretirse en vano,
alzando su metáfora en su intérprete,
y al romper los collares que trepan por su mano
y enderezar sus atributos al rendido encúbrete.

Cada peldaño tiene un rostro vuelto
o en su espejo decae rostro en arca.
Si bajar y bajar, lo propio suelto
es el rostro que gira ante el tetarca.

En la exigencia que se vuelve y clama,
hopalanda en la voz alzada y ya declama,
cuando roto el peldaño, el rostro ceja.

Se volvió y se volvió, ausente en la visión de su peldaño.
Príncipe que al descender se vuelve hacia el engaño
de ver su rostro en el peldaño en queja.

IV

(Mi difunto padre compró todos estos lienzos en las subastas forzosas.)

Al partir del alfil trae la mano
el cabeceo en la sangre sumergida,
y si ya viene oblicua se infla detenida
en el recodo ciego que estalla en altozano.

De las hilachas finas pasadas a lienzos oscilantes,
las escarchadas cañas volvían a sonidos intocables.
Los lienzos de sonidos caían en sus testas espantables
y el nuevo rostro pasaba por un hilo los nuevos caminantes.

En el bazar la síntesis su bocina pregonaba

y con guantes de helecho la luna repartía
por las espaldas y los sorbos de enlazados preguntones.

El que fue a las subastas y detenía
el lienzo, roto el anterior oblicuo, traspasaba
inútilmente la hora de los murciélagos saltones.

V

(Variación.)

Si aún la carta se cascaba en aquel punto
en que entreabría su seriedad gastada,
y al rechazar su frío cejijunto
retrocedía ganando su frialdad cuadrada.

El dueño sonreía al pasar su contrapunto
o tocar banal su seriedad gastada,
si decía y borraba al irse a su profundo
látigo, rindiéndose en otra mano recortada.

Presente su doblez al acampar cuidado
en el espejo en que cae y es borrada
y vuelve en otra visión rendida complaciente.

Pues al tocar y rendir lo bien guardado,
espera la suspensión del ave claveteada
y el volver de la nube con la carta y su toque negligente.

VI

(¿Llevas contigo la cruz que le compraste al soldado?)

Trae acá el dado con el que fuiste engañado,
si es de hojalata le rindo mis diamantes.
La cruz reemplazando el dado del soldado borrachito,
y Rajogine que quiere comprar en oro el engaño.

Viene bien que al comprar la cruz seamos engañados.
Es de oro, de oro, y la pagamos con doble pecho mío.
La pagamos con oro pirulero y es de lata
y contribuimos a que el soldado doble mejor la esquina.

Pero ahora, sutil, inconfesable, viene el otro pícaro barbado.
Sabe que la cruz pagada como oro, si es de lata,
es otra joya que rompe en la suprema esencia.

Y si al soldado se la adquirimos como oro al irse por la esquina,
el que llega sabiendo el pecho que la respira como lata,
quiere imantar con oro el nacimiento del fulgor en el engaño.

II

NOCHE DICHOSA

La choza a la orilla del mar por una noche ha guardado el cuerpo desnudo del pescador solitario. El sueño ha sido inquieto, pero esa no abandonada realidad del pincel de lince acompaña como un paño de rocío. Sus vueltas en la colcha acompañante se debían a las claras etapas del fuego moviente, que aún en el sueño aseguraban la suprema dignidad del movimiento. Al destellar sus ojos, ya su cuerpo se levantaba del lecho: buena manera de contestar al rayo de luz con el movimiento del cuerpo. Ahora su cuerpo está ya entre las ondas y el siniestro fanal de la enemiga orilla ondula como los caprichos de la bestia enemiga. En sucesivas conversaciones con los peces dormidos su cuerpo avanza riéndose de sus reflejos. Un brazo, una pierna, pero siempre el cuerpo como una señal perseguida termina en una dignidad perpetua. ¿Cómo el cuerpo al salir del sueño y de la choza ya ha podido estar listo para la definición temblorosa de la corriente? Cuando llega la tierra sigue silenciosa y nocturna, pero el peregrino la toca con su frente y su señal perseguida, y en acompasada curva su cuerpo ya se apresta a seguir al fanal de la orilla dejada. El silencio de su cuerpo acompañado del canto de los peces, de la sangre acurrucada de los acordones de coral y de los árboles de luciérnagas que se allegan a la orilla para tocar el cuerpo del pescador solitario. Y los árboles tanto como a un hombre parecen saludar a la amistad del perfume de las cortezas colorantes. Ha penetrado de nuevo en la choza de la orilla, pero ahora la ha encontrado toda iluminada. Su cuerpo transfundido en una luz enviada parece manifestarse en una Participación, y el Señor, justo y benévolo, sonrío exquisitamente. Pero el pescador no interrumpe su alegría en la Presencia, lanza un curvo chorro de agua, reminiscencia de amor a la enemiga orilla y a la choza benévola, y nos dice: *¿Qué ha pasado por aquí?*

CENSURAS FABULOSAS

De prisa, el agua se reabsorbe nerviosamente en el corpúsculo; lenta es como el chapaleo invisible del plomo. Las grietas, las secas protuberancias son llamadas a nivel por el paso ballenato del agua. Tapa Tártaros, Báratros y Profundos, y no se aduerme en su extensión por el zumbido. ¿Quién oye? ¿Quién persigue? La misma roca, anterior congeladura –va cociendo en el recto y decisivo corpúsculo veloz enviado por la luz, los nuevos cuerpos de la danza—. El recipiente cruje morosamente, y el tiburón –ancha plata lenta en el ancho plomo acelerado—, va asomando su sonrisa, su frenesí despacioso y cabal. Una brizna de cobre veteadado queda sobre su cola, un delfín reidor se balamcea en la aleta dorsal. La lenta columna de impulsado plomo horizontal ha cumplido su dictado de obturar las deformidades y las noblezas, la mansa plata y el hierro corrugado. El humo de la evaporación secretada ha manoteado en la cacerola rocosa, que así aflige a la piedra un toque muy breve del hilo que se ha desprendido de la Energía. El tiburón que ha podido respirar en la columna del plomo, igualando el chorro respirado con el color de su piel, en todos los años posteriores se ha mantenido en el agua con el júbilo musculoso de la estrella frente a la ventana. Guiaba la brisa: testimonio de cada poro utilizado por el ópalo, el escorpión y la abubilla. El cuerpo del tiburón forzaba el coro de rocas que rodeaban su cuello, mientras la luz como un soplete oxhidrílico pintaba animales y flores en su cara respetable. Aplicándose después a lo más interior de las rocas provocaba la dinastía y el destino de las raíces que se van desenvolviendo en galerías por donde había circulado el perverso flujo del líquido lunar. La roca es el Padre, la luz es el Hijo. La brisa es el Espíritu Santo.

LA SUSTANCIA ADHERENTE

Si dejásemos nuestros brazos por un bienio dentro del mar se apuntalaría la dureza de la piel hasta frisar con el más grande y noble de los animales y con el monstruo que acude a sopa y a pan. Toscas jabonaduras con tegumento del equino. Masticar un cangrejo y exhalarlo por la punta de los dedos al tocar el piano. Calidades que acuden y son rechazadas con lentitud, con desagrado y corrección. Con asco celeste. Con celestial desdén por la liviandad y el cuño errante y peregrino, el brazo sumergido dignifica sus calambres y su blanco ausente; soporta el sueño de las mareas primero, y las miserables joyas que van taladrando su carne, hasta quedar bendecidas por un róseo vacío doblador, para hacer tal vez con ellas una región de arenas como ojos, donde la pinza hueca, el pie vergonzoso son transportados con natural ligereza de aire espesado por luz dura de plata. El brazo sumergido al convertirse en un aposento de centraciones y burbujas, indócil giba para los resueltos soplones, se ve rondada por el insecto como punto que vuela; mientras el caracol como instante punto, frenético pero lentísimo, se incrusta en aquella porción, carne y tierra, batida con maestra artesanía por los renovados números del oleaje. Así aquel fragmento sumergido, asegurado por la paz probatoria, es devuelto por eco y reflujo, en misterio sobrehumano, blanquísimo. Al pasar los años, el brazo sumergido no se convierte en árbol marino; por el contrario, devuelve una estatua mayor, de improbable cuerpo tocable, cuerpo semejante para ese brazo sumergido. Lentísimo como de la vida al sueño; como del sueño a la vida, blanquísimo.

PÍFANOS, EPIFANÍA, CABRITOS

Se ponían claridades oscuras. Hasta entonces la oscuridad había sido pereza diabólica y la claridad insuficiencia contenta de la criatura. Dogmas inalterados, claras oscuridades que la sangre en chorro y en continuidad resolvía, como la mariposa acaricia la frente del pastor mientras duerme. Un nacimiento que estaba antes y después, antes y después de los abismos, como si el nacimiento de la Virgen fuera anterior a la aparición de los abismos. *Nondum eram abyssi et ego jam concepta eram*. El deleitoso misterio de las fuentes que no se resolvería jamás. El prescindido barro descocado cocido, saltando ya, fuera de los orígenes, para la gracia y la sabiduría. El Libro de la Vida que comienza por una metáfora y termina por la visión de la Gloria, está henchido todo de Ti. Y tienes el castigo tremendo, la decapitación subitánea: puedes borrar del Libro de la Vida. La Vida Eterna, que se enarca desde el hombre aclarado por la Gracia hasta el árbol nocturno, puede declarar mortal, abatir, desgajar la centella. Borrado ya, un nombre nuevo que comprende un hombre nuevo, ocupa aquel lugar, que así ni siquiera deja la sombra de su oquedad, el escándalo de sus cenizas. Tremenda sequía ahora borrada por los cabritos de contentura familiar, por las chirimías de vuelcos y colores. Acorralad, tropezad, entendeos, más hondo si se está dispuesto a nacer, a marchar hacia la juventud que se va haciendo eterna. Hasta la llegada de Cristo, decía Pascal, sólo había existido la *falsa paz*; después de Cristo, podemos añadir, ha existido la verdadera guerra. La de los partidarios, la de los testigos muertos en batalla, los ciento cuarenta y cuatro mil, ofrecidos como primicias a Dios y al Cordero (*Apocalipsis*, Cap.14, Vers. 3 y 4): Cantaban como un cántico nuevo delante del trono. Acorralad, tropezad, cabritos; al fin, empezad chirimías, quedan sólo Dios y el hombre. Tremenda sequía, resolana: voy hacia mi perdón

PESO DEL SABOR

Sentado dentro de mi boca asisto al paisaje. La gran tuba alba establece musicaciones, puentes y encadenamientos no espiraloides. En esa tuba, el papel y el goterón de plomo, van cayendo con lentitud pero sin casualidad. Aunque se se retira la esterilla de la lengua y nos enfrentamos de pronto con la bóveda palatina, el papel y la gota de plomo no podrían resistir el terror. Entonces, el papel y la gota de plomo hacia abajo, son como la tortura hacia arriba mas sin ascender. Si retirásemos la esterilla...Así el sabor que tiende a hacer punta, si le arrancásemos la lengua, se multiplicaría en perennes llegadas, como si nuestra puerta estuviese asistida de continuo por dogos, limosneros chinos, ángeles (la clase de ángeles llamados Tronos que colocan rápidamente en Dios a las cosas) y crustáceos de cola larga. Al ser rebanada la esterilla, convirtiendo al vacío en pez preguntón aunque sin ojos, las cuerdas vocales reciben el flujo de humedad oscura, comenzando la monodia. Un bandazo oscuro y el eco de las cuerdas vocales, persiguiendo así la noche a la noche, el lomo del gato menguante al caballito del diablo, consiguiéndose la cantidad de albura para que el mensajero pueda atravesar el paredón. La lámina de papel y la gota de plomo van hacia el círculo luminoso del abdomen que tiende sus hogueras para recibir al visitante y alejar la agonía moteada del tigre lastimero. La pesadumbre de la bóveda palatina tritura hasta el aliento, decidiendo que el rayo luminoso tenga que avanzar entre los estados coloidales formados por las revoluciones de los sólidos y los líquidos en su primer fascinación inaugural, cuando los comienzos giran sin poder desprender aún las edades. Después, las sucesiones mantendrán siempre la nostalgia del ejemplar único limitado, pavo real blanco, o búfalo que no ama el fango, pero quedando para siempre la cercanía comunicada y alcanzada, como si sólo pudiésemos caminar sobre la esterilla. Sentado dentro de mi boca advierto a la muerte moviéndose como el abeto inmóvil sumerge su guante de hielo en las basuras del estanque. Una inversa costumbre me había hecho la opuesta maravilla, en sueños de siesta creía obligación consumada –sentado ahora en mi boca contemplo la oscuridad que rodea al abeto–, que día a día el escriba amaneciese palmera.

MUERTE DEL TIEMPO

En el vacío la velocidad no osa compararse, puede acariciar el infinito. Así el vacío queda definido e inerte como mundo de la no resistencia. También el vacío envía su primer grafía negativa para quedar como el no aire. El aire que acostumbrábamos sentir ¿ver?: suave como lámina de cristal, duro como frontón o lámina de acero. Sabemos por casi un invisible desperezar del no existir del vacío absoluto, no puede haber un infinito desligado de la sustancia divisible. Gracias a eso podemos vivir y somos tal vez afortunados. Pero supongamos algunas inverosimilitudes para ganar algunas delicias. Supongamos el ejército, el cordón de seda, el expreso, el puente, los rieles, el aire que se constituye en otro rostro tan pronto nos acercamos a la ventanilla. La gravedad no es la tortuga besando la tierra. El expreso tiene que estar siempre detenido sobre un puente de ancha base pétrea. Se va impulsando —como la impulsión de sonrisa, a risa, a carcajada, de un señor feudal después de la cena guarnida—, hasta decapitar tiernamente, hasta prescindir de los rieles, y por un exceso de la propia impulsión, deslizarse sobre el cordón de seda. Esa velocidad de progresión infinita soportada por un cordón de seda de resistencia infinita, llega a nutrirse de sus tangencias que tocan la tierra con un pie, o la pequeña caja de aire comprimido situada entre sus pies y la espalda de la tierra (levedad, angelismos, turrón, alondras). El ejército en reposo tiene que descansar sobre un puente de ancha base pétrea, se va impulsando y llega a caber oculto detrás de un alamillo, después en un gusano de espina dorsal surcada por un tiempo eléctrico. La velocidad de la progresión reduce las tangencias, si la suponemos infinita, la tangencia es pulverizada: la realidad de la caja de acero sobre el riel arquetípico, es decir, el cordón de la seda, es de pronto detenida, la constante progresión deriva otra sorpresa independiente de esa tangencia temporal, el aire se torna duro como acero, y el expreso no puede avanzar porque la potencia y la resistencia hácense infinitas. No se cae por la misma intensidad de la caída. Mientras la potencia tórnase la impulsión incesante, el aire se mineraliza y la caja móvil —sucesiva impulsada—, el cordón de seda y el aire como acero, no quieren ser reemplazados por la grulla en un solo pie. Mejor que sustituir, restituir. ¿A quién?

PROCESIÓN

El desfile del número se hacía en el hastío de su caída invencible, malestar tolerado en prueba de su cómoda sucesión. Dentro de los números, existían sucesiones y significaciones, si aquéllas motivaban sus agrupamientos amistosos, éstos la retardadora soltura de sus ritmos. Los desfiles del binario de guerra, la escapada teoría de los peces, olvidaban de sus orígenes y de sus fines, de su impulsión y de su extenuando frenesí, para darnos en los músculos del leopardo las mejores progresiones geométricas, en los imanes navegantes una ridícula limitación inolvidable. Esas fascinaciones de los agrupamientos arquetípicos de la imantación que convoca para huir del remolino que tiene que reducirse a la ley de su estructura, iban trayendo el final del cínico, del atomista y del alejandrino preagustiniano. *El vendedor de palabras*. El hombre propaga y lastima su sustancia, Dios sobreabunda, el encuentro se verifica en sus generosidades. Pero el principio, por momentos falsos y visibles, parecía separarse del Otro. Desde entonces los hombres harán dos grupos: los que creen que la generosidad de Uno engendra el par, y los que creen que lo lleva a lo Oscuro, lo Otro. Así la procesión que surgiendo de la Forma se prolonga hasta pasar e inundarse por la Esencia última, vuelve a salvarse de nuevo por llenarse de la figura simbólica y concupiscible que encierra a la sustancia ya iluminada. Y así donde el estoico creía que saltaba de su piel al vacío, el católico sitúa la procesión para despertar en el cuerpo como límite, la aventura de una sustancia igual, real y ricamente posible para despertar en Él. Cuando muere, la Procesión se ha hecho tan desmesurada, que la coral plástica es reemplazada por un eco que parece volver de nuevo hacia nosotros, ya extendiendo las manos, caminando otra cruz. En la nieve, en el desfiladero, en la mansión escogida, la procesión de hombres continúa dividiendo por semejanza, ocupando, traicionando o comunicando el mismo cuerpo, la sangre y los aceites.

TANGENCIAS

Después de haber inventado el cero, el príncipe Alef-Cero marchó a caballo hasta que el sueño le fue entrecruzado lanzándolo del caballo hacia la yerba cubridora de blandas rocas espongiarias. La flecha del caballo es su nariz. Interpuso su cuchillo entre la tierra y él, colocando después el escudo sobre el cuchillo con inclinación maliciosa, ya que por allí iba a pasar su sueño. Al recorrer el cuchillo la tierra, saltaba la fuente, pero moría la semilla. En los primeros naufragios del sueño se había apoyado con su arco somnoliento en la verticalidad de la fuente reciente, de tal modo que el arco apoyado de su entrevisto se aceraba horizontalmente; aumentando su potencia el chorro de la fuente tocaba al desprendido del aire y su sueño tan ligeramente que podía mantenerse horizontal sin abandonar el sueño que lo había desprendido del caballo. El sueño lo amputaba del caballo, sintiendo que al abandonarlo se abandonaba, pudiendo después readquirir la dureza infranqueable del mismo sueño cruzado sobre el reloj dentro del surtidor. De nuevo el caballo lanza por el sueño a su hialino tripulante. El caballo que saborea el arsénico, rechaza el polvo de carey. La carga lanzada por el caballo en el surtidor, insiste con su frente dulcemente apoyándose en el filo de la ventana. No es el inventor del cero, es el de la honda y semilla, el que espera que el agua se pudra para que empiece el recuerdo planetario de la semilla. El hombre maravilloso, por el contrario, esquinado en su jardín de losetas triangulares y losanges, cuclilla sus piernas y alonga sus brazos como un cisne nutrido con algodón diorita. Aún en la noche, tribuno gimnasta, desmemoriando, patinada acidez retrospectiva, acorralado por sus arañazos rítmicos, copiosos, estremecidos. En la medianoche, el caricortado de la semilla, cae con dulzura su cabeza en el filo de la ventana, que soporta también los dos pies del hombre en malla verde anaranjada y gris de acero tejido, esquinándose en su jardín como la soga de los puertos. Separados por el filo de la ventana, el hombre de tierra enarca su ojo para escuchar más que para descubrir; mientras el gimnasta, en la misma medianoche de lo normal sobresaltado, alza y baja sus piernas con un ritmo que parece el recuerdo de una marcha por el río. Al depositar la semilla no pudo saber que estaba traspasada, apoyo para una noche lanzado del caballo. El gimnasta al pasarse bruscamente la diminuta bola gomosa con núcleo de acero, de la mano de humo recordado a la de oro mordido, abre ojos y linealidad en su cansancio, fatigándose para alcanzar altura, duración y peso del saurio. No es mucho que cuando lance los instrumentos con los que fortalecía su pulso, tropiece con una flor por cansancio, y cada cansancio monstruoso se paralice con el terrígeno prendido escozor de la semilla traspasada por el hombre lanzado del caballo.

ÉXTASIS DE LA SUSTANCIA DESTRUIDA

Y tú, Promacos, cierra la doble cadena de hormigas. ¿Contaste el ganado? Destroza el cuerpo y el signo de su oquedad para lograr la reminiscencia de su transparencia. Destruye la relación inversa de unidad y sustancia, del número y la cosa sensible, resuelta en la figura desprendida por el éxtasis de participación en lo homogéneo. Pero antes, la esfera está abarcada por la mano del garzón. La violenta sustitución seguida de una ráfaga hueca prepara el vacío, la ballena y el frasco, por donde se sale y entra como originario principal, ahumado y apresuradísimo. Ahora, ciego estoy. Me abarco y comprendo, ennegrecido en el frasco que contiene la esfera armilar suspendida muerta por imanes boreales. Ciego estoy, mi casa es la ballena. Al lado del vacío, emito mi bostezo o regalo sombreros de yeso, y una inmensa cerámica funeral entresaca los decapitados del templo para establecer con su simultáneo furor un zumbido espeso de recuerdos. Así en una gruta palustre, de valsado piso exprimido de huevos de tortuga, el artesano relojero tiembla ante las espantosas coincidencias y el agricultor flordelisado recibe, al sembrar el único documento falso, las descaradas bendiciones de la ley. La sustitución de la metáfora y el acto, pulverizando la cosa en sí, iluminándola como un vitral reparte la luz primera. El éxtasis de lo bello en sí, insufla aliento participante en la cosa en sí, por la transparencia del hombre y la lectura de las rocas. Desarrollo lineal de instante, erótica, ser (unidad), existir (acto), metáfora (sustitución del ser), participación (sustitución del existir), Paraíso (éxtasis de participación en lo homogéneo, intemporalidad). Linealidad rota o hinchada por los tres momentos circulares del germen, ente, eternidad, necesarios para apoderarse de su asilo, dejando a la puerta el perro de llamas del Doctor Fausto. La destrucción de la sustancia, iluminando sus variantes o metamorfosis, por la sequedad de su suspensión o retiramientos. El Hijo del Hombre destruido, convertido en la perdurable sustancia del cuerpo de Dios, porque a todo transfigurarse sigue una suspensión y el ejercicio del Monte de las Calaveras, era sólo un aprendizaje para sumergirse en una violenta y sobrehumana capacidad negativa. Frenética autodestrucción que ridiculiza toda metamorfosis, para alcanzar el constante germen dentro del ente. La potestad del escorpión – Apocalipsis 9-5 –, que no ataca el verde, sino al hombre que no tiene signo en la frente. La potestad del escorpión en alianza con la *splendor formae*. La sustancia natural no se muda. El alma racional recibe la luz inteligible por medio de la figura iluminada a plenitud. Cuando el testimonio exclama: *así únicamente muere un dios*, ha sido resquebrajado y caído en batalla contra el espíritu mudo o incesante despierto.

RESISTENCIA

La resistencia tiene que destruir siempre al acto y a la potencia que reclaman la antítesis de la dimensión correspondiente. En el mundo de la *poiesis*, en tantas cosas opuesto al de la física, que es el que tenemos desde el Renacimiento, la resistencia tiene que proceder por rápidas inundaciones, por pruebas totales que no desean ajustar, limpiar o definir el cristal, sino rodear, romper una brecha por donde caiga el agua tangenciando la rueda giradora. La potencia está como el granizo en todas partes, pero la resistencia se recobra en el peligro de no estar en tierra ni en granizo. El demonio de la resistencia no está en ninguna parte, y por eso aprieta como el mortero y el caldo, y queda marcando como el fuego en la doradilla de las visiones. La resistencia asegura que todas las ruedas están girando, que el ojo nos ve, que la potencia es un poder delegado dejado caer en nosotros, que ella es el no yo, las cosas, coincidiendo con el yo más oscuro, con las piedras dejadas en nuestras aguas. Por eso los ojos de la potencia no cuentan, y en la resistencia lo que nos sale al paso, bien brotado de nosotros mismos o de un espejo, se reorganiza en ojos por donde pasan corrientes que acaso no nos pertenezcan nunca. Comparada con la resistencia la morfología es puro ridículo. Lo que la morfología permite, realización de una época en un estilo, es muy escaso en comparación con la resistencia eterna de lo no permisible. La potencia es tan sólo el permiso concedido. Método: ni aun la intuición, ni lo que Duns Scotus llamaba conocimiento abstracto confuso, razón desarreglada. Método: ni la visión creadora, ya que la resistencia total impide las organizaciones del sujeto. Cuando la resistencia ha vencido lo cuantitativo, recuerdos ancestrales del dispensero, y las figuraciones últimas y estériles de lo cualitativo, entonces empieza a hervir el hombre del que se han arrepentido de haberlo hecho, el hombre hecho y desprendido, pero con diario arrepentimiento de haberlo hecho el que lo hizo. Entonces... *En esta noche al principio della vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas* (Diario de navegación, 15 de Setiembre 1492). No caigamos en lo del paraíso recobrado, que venimos de una resistencia, que los hombres que venían apretujados en un barco que caminaba dentro de una resistencia, pudieron ver un ramo de fuego que caía en el mar porque sentían la historia de muchos en una sola visión. Son las épocas de salvación y su signo es una fogosa resistencia.

III

DESENCUENTROS

I

El truchimán de espina hipóstila
cuece mazorral los vanos dobles.
Su cariacontecida firma leve
pisa fuerte en la pelusa del trigo.
Recorre su vuelta de higo pulsado en el acantilado.
Pesa en unos labios, en unos labios de sus plumas.
La vuelta de su recorrido agrio, plumoso y cenizoso.
Su desfondada pasión vuelve a su piano,
y allí decrece en escobillón pecoso, langaruto.
Esas hojas desprendidas por el piano en busca del prestamista de Glasgow.
Resuelve la sopera la fiesta achaparrada
y el interior se pela en la cocina.
La cáscara de las papas se cuelga del búfalo
en la panoplia del masoquista de calzón corto.
Se detienen (humillo lento) y cruza la pareja de asnillas.

II

El aguafiesta vendrá para comenzar.
Habrá una ciruela quemada, otra alambicada.
La doncella rosada, adorable, despreciable,
se convierte en el cangrejito visto por los diez mil,
pero después sigue con furiosa indiferencia la otra ronda mayor.
Las horas se descomponen de hielo en agua,
de agua en hormigas, de hormigas en escaleras de cartón.
Permanecen las horas como una escalera que no se puede quemar,
permanecientes, permanecen, como un, como un...
Ahora el baile se hace engrudo, se acera.
El perro en la esquina salomónica mueve
sus bravatas de congeladuras.
Sus ojos empiezan a pasear por las
espaldas detestables y rosadas.
(Las pulseras tienen su marabú petrificado.)
Ya es hora de irse, salgamos.
Me olvidé por donde entré, es por allí.
El gracioso renquea al llevarse la maleta.
Salgamos por aquí, no, no, es por allí.

Pero caramba, qué lástima, qué lástima,
el aguafiesta no ha venido esta tarde.

III

Heliotropo a sus lascas dulzainas
cierra sus broches de tambor o de chocolate fangoso.
Como la flor de hierro anciano se retrae
y aplasta a mazazos el insecto dormido en sus estambres.
La inmovilidad del insecto era de estocadas de mármol.
Cierra heliotropo tu pesadez y vuelve a no mirarme.
Es dura, impronunciabile la carne de sus aguas.
Es la flor esbozada en espirales por la mano del maniquí.
Pescuezo de piedra, frenesí del caballo
galopando la piel hirviente del tambor.
La ruedecilla gira hacia atrás, trabajando aguas
rellenas por el mazapán que masca el cazón.
La dejadez cierra su coro,
se le vuelve a oír en trompa sinfín.
Pende más sumergido, vuelve a oír la trompa del escocés.
Pende su aserrín, pasos serruchados,
pende en indiferente estalacticta, sube cartílago almidonado.

IV

Absalón, Absalón,
la orden no será cumplida, cumplieron.
Pedía paz, pero el alcornoque,
la cabellera y la mula tienen plástico destino.
Como una mosca hueca viene el dardo.
Y tu cuerpo se guindaba para cerrar la huida.
Para espantar al gran tañedor
que pedía paz, la mula habló
con la rama a través de tu pelo.
Tenías que quedar así para que el tañedor
sufriese su paz; alguien desoía,
alguien se le escapaba. Tu hijo
combatía a tu estado mayor.
Querías que tu sangre resbalase
sólo sobre ti. Que no saliese
el rompimiento de la criatura
y que él fuese jefe del estado
mayor del padre. Ridículo,

ahora maldice el dardo que completaba.
La rama siempre mojada lo nueve.
Maldice a Joas con voz gangosa. Y emplaza
los dedos pulimentados de Salomón para la garganta
vieja de Joas, dardo para su hijo
que no quería ser jefe de su estado mayor.
Joas fue más allá de tus órdenes,
no se hizo a tus criaturas.
Su fidelidad mató a tu hijo.
No mates a Joas, no seas cojitranco.
Se quitó la máscara de esparto del jefe
del estado mayor. Motivo con venablos, gran tañedor, alábale David.
Es necesario también que esta batalla se cuente en este libro.

RESGUARDO, ALEJO

Resguardo, alejo de la escarcha,
de las hojas con fuego,
la sedosa colección de signos breves,
de animales de existir fulgurante.
Con acabadas puntas de recuerdos,
fueron recibidos en la momentánea cámara;
pasaron uno a uno, saludaron a los ujieres
y colocaron sus finas cabezas
delante de los magistrados oscuros,
pesados como reyes.
Esperan, la oreja crece como el árbol
cerca de la corriente.
Esperan la crecida del río
que rellana el oído.

CORTA LA MADRE DEL VINAGRE

Corta la madre del vinagre.
Taja, tajada, taja, sijú.
De la rama al entredós, búho,
tu péndulo raspa el suelo.
Al ras de la inmensa madera
horizontal, raspa, sijú.
Cuelga tu péndulo en el rocío,
búho; raspa, sijú, silva,
almíbar sobre la roca cubierta
de medusas que enrollan el péndulo.
Raspa la arena que ayer manchaba
el péndulo; taja, sijú,
corta la médula del aceite.
El péndulo raspa la madre del vinagre.
Lánzate, búho, tu sombra está en la arena.
Deseas clavarte carnalmente
en tu sombra espesa. Allí está,
en la médula del aceite.
No te cuelgues del péndulo
que raspa la madre del vinagre.

EL ENCUENTRO

Al fin el jugo así se enreda
con un carcaj de escasa suerte,
y en cada tiro su azul recurva
al gato doble que sopla, desprende.
En cada vuelo queda preso
de un polvillo que lo aligera,
y si no viene rueda llameando
al zafiro que lo despide.
Su buena llama nadie toca,
la escasa llama ya no toca escasa suerte.
Se hace discurso interminable, por debajo de mi sueño,
el leopardo se esconde en la alcancía.

(Se oyen los clavos penetrando, los escenógrafos
pintan la boca grande que recibirá la Epístola.
El pequinés juega con la hija del taquillero;
cuelgan el nombre de la obra en la cola del perro.
El perejil y el orégano nadan sus risitas en la sartén
y acariciando los tatuajes la menina se humedece.)

A la vuelta de una pera,
la invisible extensión verdeante
penetra por los ojos y hace espuma.
Sacude la lluvia al gallo intempestivo
y muestra el maíz como un ojo de venganza.
Los dioses en el atardecer cosen su manto
y el paño de cocina tendido en su espera
es intocable. Aún está húmedo
y ondean las arrugas momentáneas
de la mano sobre el gallo.
Telón de fondo:
la humedad en el paño de cocina.
Primer plano:
el gallo desprecia la aurora.

(Firmen, las firmas, vuelvan a firmar.
El cartulario lee el secante al revés
en el espejo de afeitarse.
Firmen todos a la vez, quiten las manos

todos a la vez.

La mosca duerme en el tazón, siguen los ceros
de las firmas. Es el escoplo de granito.)

Su pregunta a la estufa, su río
al olvido, la mesa en el centro del río,
la fiebre en la cresta del gallo.
Pasando la gamuza por el cristal;
alargando la gamuza con las manos,
quitándole con la gamuza las caricias a los brazos.
Las caricias como papeles mojados
pegados a nuestros cuerpos.

La gamuza reparte las caricias; ahora le toca
a la nariz, son las caricias más difíciles.
Tarda el papel mojado
en hacernos otra nariz, de tierra más húmeda,
como si fuese otra pieza errónea
que la gamuza vuelve a esculpir de nuevo.
Una nariz medioeval, húmeda, inmensa,
que crece como los helechos rodeados de grullas rellenas
con velas amarillas
y nos nauseaa.

(Pares o simple tarde que se amolda,
impar o tarde simple que se aleja.
Inflexible las manos caen
sobre los dedos de los pies.
Pares, echan raíces y recuperan el escarabajo.
Pares, gris y blanco y casi gris, el altibajo diseñado.
Echa raíces y ya no puede tamborilear.
La escasa seca trota cerrada por chorro hurón.
Pares, echa raíces, inmerecido romano le caen las manos.
Impar la noche como un buey suelto
se tumba sobre cascadas.
Pares, ingurgitando, dime.
A la derecha está, el buey que lame hinca la nieve.)

La estruendosa reclamación de las sierras,
exige algo más que las herraduras de plata;
y los ojos restregados en el follaje
que se cuelga del caballo,
del regreso, impidiendo que su estatua se coloque

en el mismo sitio de donde partió.
La madera de la puerta se va humedeciendo
en aquella parte de su sustancia
que se mueve más allá de lo que se tiene que quedar.
Y la sangre que mueve sus preguntas
tropieza con la parte de su cuerpo que se tiene que quedar.
Es la hoja roja que cae en las meriendas campestres
y una solemne brisa la levanta y la deposita en el río.

(Fuego colorado, cresta en picadillo,
siesta en globo ahogada: al centén, al centén;
globos, papelillos, cesto hirviendo paños
de los telares manejados con los pies,
pero tomando sopa con angélica saliva
mientras se tejía; pero bajándose la gorra
sueltan su tarabilla porque hay que ser originalmente la ceja recta y colorada.
Telón de fondo:
el gallo desprecia la aurora.)

Los pequeños pozos
– sus risas sombrías, sus indolentes corpulencias,
que aún conservan el pez con la única orden de nadar –
fueron rememorados por un gigantesco tubo violeta,
ya que en el fondo del pozo
el gallo ancho iba ocupando todo el espacio,
cercado por el recuerdo de los coros de niñas.
Los pasos breves sobre un tambor,
las anchura del gallo preferible a los fragmentos nocturnos
que revelan el destierro de una vida sombría.

Y los grandes tubos violáceos
preferibles
a las vetas de oro que rebotan en el frontón asirio.
Los pasos breves, cautelosos,
ya que las vetas violetas suenan sobre el mismo tambor
de acolchada embriaguez,
que ahora recibe el sueño del gallo
olvidando la magia del anillo de sus ojos.
Cierra sus manos con el peso de ese animal corpulento
y siente en las dos manos iguales el mismo peso escuchado.

CUENTO DEL TONEL

Baja las escaleras, se ladea para dejar pasar el gato, la espina, la pelota babeada. Todos esperan el sueño y sobre lo espeso el barril. Se libera a medias para recuperar su espesura. Ahora la escalera hierve hacia lo espeso y si no fuera por la noche molida, sería más fácil llamarlo pasta. Pero pastoso no es lo mismo que espesura; sí, pastoso se diferencia bruscamente de espeso, más de espesura. Ya yo he dicho grulla pastosa, no podía decir espesa. Sin embargo, la grulla puede penetrar en la espesura, no en lo pastoso. En la puerta es la conversación súbita del tonel y la puerta. Se abre la puerta y el tonel se pone de punta. Parece que el tonel va a lanzar una eyaculación capaz de saltar la puerta abierta. La puerta está hecha para los dedos, y al tonel en la bodega no le pueden llegar los dedos, que se vuelven tan espesos que comienzan por apoyarse en las nubes de la bodega y después olvidan hasta el tonel y su reclamo de la espesura. Porque de después de eyacular en la puerta, el tonel tiene que tocar la otra escalerilla, hija de la espesura, pero con ofrecimiento veraniego y afán de reconocimiento. La escalerilla de la playa parece mantenerse en el mú de la vaca que ha reemplazado los cuernos por dos tetas nocharniegas, espesas y con espesuras. La espesura cae ahora sobre el mar y el tonel desenvuelve sus acontecimientos sobre el segundo vientre húmedo, redondo que se abre y cierra como si el mar lo hubiera incorporado a la calidad de sus descendientes. Ha sumado escaleras y espesuras, escalerillas y nubes, y la bodega reemplazada por el mar, asegura que el tonel abre y cierra los cien años.

INVOCACIÓN PARA DESOREJARSE

Para que el sombrero pudiese penetrar en mi testa, decidieron cortarme las dos orejas. Admiré sus deseos de exquisita simetría, que hizo que desde el principio su decisión fue de cortarme las dos orejas. Me sorprendió que tan lejos como era posible de un hospital, me fueran arrancadas con un bisturí que convertía al rasgar la carne en seda. Una urgencia como si alguien estuviese esperando en compraventa mis dos orejas. No hubo ninguna deliberación, pero comprendí que habían decidido que no se las llevaran. En sentido inverso, teniendo una en cada mano, las frotaron una sola vez contra el mármol de la repisa. Entró la patrona cantando y oprimió un limón contra la mancha que había quedado en la repisa. Pensé que se desprendería un humo o que se avivaría la mancha. Pensé, pero, cuando me asomé cuidadosamente, todo estaba igual, salvo el gesto de la patrona de encajarse en aquella situación cantando. Días después vi que arrojaba las gotas de limón en la parte de la repisa que no estaba manchada. Luego, tendría que repetirse la ceremonia o mi sacrificio estaba fuera de lugar, y no era a mí a quien deberían haber arrancado las dos orejas. Sentí que era llamado para la otra ceremonia: dejarse injertar unas bolas azafranadas en el hueco dejado por las orejas. Unos mozalbetes, tal vez soldados vestidos de paisano, colocaban las borlas en unas grietas abiertas en las paredes. No sé si era un aprendizaje o un hecho que se aclararía después. Mientras yo esperaba la ceremonia y los soldados continuaban martillando, la patrona volvió a penetrar, ahora no cantaba, sino recogió una gran cantidad de almejas ya vaciadas que estaban por el suelo. Las hacía caer en su falda como si fueran flores. Luego, la noche anterior habían estado comiendo allí, antes de yo llegar, cuando aún tenía mis dos orejas. Me van pasando las borlas azafranadas de una a otra oreja, y la patrona me mira despacio, me recorre, me humedece. «Mañana, dice, volveré a recoger más almejas, traeré la canasta.» «Mire, me dijo, si puedo hacerlo, como está tendido mi delantal, tengo las uñas como comidas en una pesadilla, pero eso sí lo he dejado como la nieve.» «Todo lo que sale de esta casa, me dice con malicia, sale bien hecho.» Claro, mis dos orejas han sido cortadas, me cuelgan dos borlas azafranadas, y cuando me asomo veo un delantal inmensamente blanco, no se mueve, y por la tarde guardo caparazones vacíos de almejas. Otro delantal, otro delantal, delantales, otro delantal, otro delantal.

ACLARACIÓN TOTAL

Sus labios entonan, se prolongan en arco de violín,
se prolongan en el hilo del tedio,
el hilo del tedio y el hilo de la araña.
Por el hilo de la araña baja la luna,
por el hilo del tedio suben las manzanas.
La luna puede girar más que tazas impulsadas
en el remolino de palomas sin pico.
Girar más como un dedo.
De hielo y cóncavo marfil
descienden las lluvias divididas
por un hilo de araña.
Puede dejar caer manzanas por un hilo
y en el hilo ensayar nuevos trineos.
Es trabajar en hueco, las gracias operantes,
alfileres en el revés del ojo,
tú en *voluptas voluptatis*, llenando
un cántaro al revés, vaciando, vaciando,
hasta adquirir el molde de una vaciedad,
ridículo gato de yeso en un bostezo
azul, vaciando, vaciando,
hasta ver mi mano en la otra mano,
mano sobre mano descansando,
la mano vaciada en tictac.
El vaciado anticipa *le retour des cendres*
o la supuesta sombra de las fingidas cenizas.
Trabajar en hueco tiene que partir de la gracia operante
y el retorno de las cenizas tiene que esatr tirado
por los caballos de la gracia operante.
Por eso la risotada de la tierra pudriéndose,
los instrumentos operantes, la mano que se estira,
añadiéndole tiza, carbón o tijeras de sastre,
la mano vista como estiramiento hasta poder
retirar el carbón, darle otra cara, mancharlo
de nuevo con orlas y disculpas.
Los instrumentos operantes manejados por el rebaño
de mis compañeros y en el soez de que me vería
visto por ellos,
y cuando afloraban sus delfines,
el río de la memoria era también un instrumento operante.

Era en el alba y el rocío tenía que llegar a las hojas del tabaco,
hay unos hombres fabricados para distribuirles el rocío.
Es un instante interpretado y el hombre trata de sumárselo,
tiene que llegar con su rocío cuando la sangre se entreabre.
La conchilla se encamina a la lechuga y allí los hombres
desdeñosos del rocío, llevan la leche a la lechuga.
L'escargot d'or, joyeuses entrées,
la pareja, la soledad y el fiesteo qué bien entran por allí.
Estoy hinchando mis pecados, inmovilizo también el cuerpo.
Llevan la leche a lechuga, el rocío para el tabaco,
los instrumentos operantes, el brazo sigue vaciando.
Vaya a limpiar los establos! Los labios
en sus prolongaciones de lunas de alce pulsan
la sequedad de tiras lineales, de arpas en el desierto,
peroyo salía con la camisa desabrochada del orgullo de mis labios.
Y tenía que fijarme en el caballo capado que subía
de los ruidos de la herrería, un martillazo geológico
sobre su sexo y la fuente y afluyente de su chorro
de sangre que disolvía sus reservas espermáticas.
La fuente de sangre rompía los cordones espermáticos.
Cuando sangra por el sexo parece sólo alcanzar un instante
y llega hasta el árbol con la duración de un estado.
Es la *yamagua* que corta el chorro de la sangre
y con su sombra la endurece como una tierra.
Ahí está la sombra cortando el chorro;
la sombra ganando cuerpo y recurvando el curso inacabable.

Suéltanse los gnomos y alfileres que caminan
para acostar el caballo, para abrirle
el origen de la fuente de sangre, que busca la sombra
que traza incesantemente una sangre alterada.
El sexo cortado traza una sangre vertiginosa,
hay una sombra capaz de adormecer la sangre,
el chorro respira la sombra ancha de punta.
En el furgón de sombra, cuando traza la excepción
que viene hundida y las dos muertes
que no le libran al caballo de sangre ida,
del chorro y salto que ya no es suyo,
y las dos muretes que trae el árbol en la excepción crucificada.
Vaciando, vaciando la sombra que trae el árbol.
Vacío de chorro yerto que ya no es nuestro.
Vaciando los cordones espermáticos de fuente yerta.
La araña que empieza de nuevo el hilo del tedio.

La araña no suda sombra; el árbol no forma su panza.
¿Hay que cortar el chorro de sangre yerta?
Es la *yamagua*, las tribus del cabeceo
quieren coger esa sombra en sus tambores.
La advertencia puede penetrar en la semejanza
y el alimento acostumbrado. No es el rebaño
de tus compañeros y el río de la memoria.
Ahora quieren saborear la sombra que salta el chorro
y la modulación del hilo del tedio,
las babilónicas sumas de rocío
que forman el hilo del alimento acostumbrado.
En la gran hondonada de las advertencias
y los tambores, los emigrantes tornasolados
empiezan a construir en esa sombra que corta el chorro.
Hay que raspar, vaciando, vaciando;
la luna baja por el hilo de la araña.
Pero olvidando las advertencias y los tambores,
el caballo quiere subir también por el hilo del tedio.
No ganan su sombra: el árbol no marcha para buscarlos.

EL CUBREFUEGO

Así ahora es la reja de espina. Generalmente es el hierro vejestorio. Éste es un enrejado de espinas. Alguna ostra no se pudo arrancar y devora el espinazo. Allí la forma de recibir a la luna que tiene la espina de pescado hace un salto. Una babilla pegada al nacimiento de aquella escalera que se pone delante del fuego merovingio. Enfrente está la lana espesa, la carne espesa de las piedras, el río espeso que devora al carnero prolongándolo, después de dividirlo en cintillas y recuerdos inútiles, y el vejigón que se confunde con la medusa entre las piedras terrosas, y la luna le hace hablar, hinchándole el vozarrón, dando pechuga capitosa. Como la llama anotada en el espejo, la espina va absorbiendo los retratados por las llamas, los caballeros poseídos por una caperuza de poder, por un vozarrón que habla con la vejiga del carnero. El enrejado de pescado lleva el riachuelo hasta el fuego, y así la rueca lo disuelve por el aire que no quiso soplar el fuego de la Mayor; aquel pulmón lo desmayaba; caía con sus desmayos en el laberinto de aquella rueda que cubría el enrejado de pescado. ¿Cómo pegar el enrejado, hacer cuadrados de espina con espina? Cerrar el fuego con la rueca, volver a un fuego que goce al árbol con su llave.

El enrejado con nueva cara
se divierte, antigua danza
le varía las iniciales.

El tridente se le hunde por el techo;

en las paredes el nuevo cuerpo
se desmaya y reaparece
con borradura de sus sueños.
En la estación del fugitivo,
en el reinado tan divertido al comenzar,
el cubrefuego reaparece con su tigre.
Escarba el agua, penetra con su uñero
por las chispas, escarba el espinazo
de la nieve tan divertida al comenzar.

EL ARCO INVISIBLE DE VIÑALES

El doncel del mirador me muestra su estalactita,
me la muestra como a todo el que por allí transcurre, alaba.
Su nerviosa curiosidad se rompía cuando mostraba la estalactita,
como si la fuera a regalar. Cuando la acariciamos
con redorada lentitud, rompe para engendrar,
después de haber entregado y dejado acariciar la piedra,
dice: la suya vale diez céntimos.
Ahora él es como nosotros, se acerca al mirador
y se pierde después, después ya no está.

El muchacho vendedor de estalactitas, saltamontes,
antes de dormir repasa su castillo de cuello de cristal,
la botella llena de cocuyos donde guarda los diez céntimos,
los metales antiguos, las vacías columnas,
que ahora son serpentinas que rodean a los cocuyos,
a los cien cocuyos que tiran sus frentes
contra los vidrios oscuros, desdeñosos de la corrupción.

El paseo de regreso cala sus máscaras
y los faroles cambian sus cascadas,
después que el aguacero se sentó en su trono de diversidad.
Volvió a levantarse, sacudía sus piernas y sus cueros
recobraban la ternura paciente de donde salieron.
La luz de artificio abullonando el agua se queda como lagarto blanco.
Demetrio, *hermoso de cejas*, ciego fue a Egipto,
y el vendedor de estalactitas colocó la botella de cocuyos
debajo de la almohada, y ahora el orden y la sucesión
de aquella tierra de la almohada cada vez que recibía
escapado de la humedad al nuevo descanso,
era como si nos apoyáramos en el sueño esa agua de cocuyos.

En la botella también el severo multiplicador de los céntimos
y la magia de las monedas frente a la cárcel de los cocuyos.
En el alba, recién lavados, sólo los cocuyos alborozados en el rocío.
Durante el sueño del vendedor de estalactitas,
pasaron por debajo de su sueño:
el puente romano de un colchón deslavazado
y las maderas del cuadrado eran un trampolín para ser lanzados
al mar con la magia de las monedas.

Pasaron por debajo de su sueño:
el otro hermano, saltimbanqui picasista, con una lánguida nota azul;
la madre que abanicó la puerta para alejar a una lagartija;
el otro hijo, de risitas, sobre la nieve como los gatos.
Y la hermana que antes de ir a visitar a su soldado,
pasó por allí para no hacer ruido, para no despertar.
Le robaron la magia de las monedas,
las que sirven para coserlas en un traje
o para sumergir sus testas en harina.
El dinero con su agujero calzado al lado del coral.
Para no hacer ruido, fijos en la alacena de nopal joven
que suelta la cuchara de su copa pascual.
La cuchara deja su relieve en la cera del baile,
la copa de la alacena le sacude su rocío de cocuyos.
El nopal joven todavía no asimila las salteadas ironías del rocío.
Para no hacer ruido: que no vea la hoja húmeda sobre el encerado,
sino la cuchara con rocío de cocuyos dejando su relieve
en el encerado. La cucharilla y no la hoja
sobre la cera humedecida. En la alacena cae la hoja
y se desprende una cuchara, después arena, después la luna
abrillanta la cuchara, después las hojas y los días.

Para no despertar, la cinta, metro a metro, en sus plomadas,
rodea la espuma necesaria de humo que nos vuelca
y el martinete enterrado que se mueve lentamente.
Después nuestro cuerpo no está, pero la cinta
se mueve lentamente, lentísima, hacia su gruta.
El martinete asciende y recoge esas cintas rotas, desciende,
y desdeñoso ahora la rinde como flor.

Las monedas cosidas en su traje, baila y zumba
en la nostalgia feroz de sus escamas.
Sumando esas escamas logra su metamorfosis y la del aire.
Con mi piel cosida de monedas soy jabato, perezoso y gaviota,
para afirmar que la espuma no es lo que sobra
o que la espuma es un sueño o metamorfosis innecesaria.
La magia de las monedas no es el mismo tema que la fertilidad de las
espumas,
ya que yo hablo sólo de las monedas cosidas en su traje
o de las que no tienen resonancia al caer en un piso de cera.

Los escudos y los rostros legañosos de harina, con aretes

de puntas de maní cruzan sus piernas en un relicario,
o ese juego de lanzar las monedas a la médula de la harina
y dejar una olvidada para la gruesa broma pascual.
Con el meñique en el carrillo el blando diosecillo lanza su bastón de mando.
Cosar la moneda y el coral, el sudoroso cordel de las fiebres,
el puntazo limpio y chabacano que lo cosió a una suerte.
Las cubetas lanzadas sobre la carne de coral
y el barquito que galopa sumando sus monedas.

Los pinos –venturosa región que se prolonga–,
del tamaño del hombre, breves y casuales,
encubren al guerrero bailarín conduciendo la luna
hasta el címbalo donde se deshace en caracoles y en nieblas,
que caen hacia los pinos que mueven sus acechos.
El enano pino y la esbeltez de la marcha, los címbalos y las hojas,
mueven por el llano la batalla hasta el alba.
Sus ojos, como un canario que se introduce,
atraviesan la pasta de los olores, remeros del sueño,
y cambiando los pinos por otros guerreros caídos
de las hojas –morada la muerte y el blanco cenizoso de un húmedo reverso–,
recorren sus destrezas y el guerrero que descuelga sus bandejas,
allí donde la luna entreabre el valle y cierra el portal.
El guerrero mueve los pinos y toca su acecho;
su oído, mano de los presagios, atraviesa los ríos,
donde el esbelto esconde su mandato con jícaras
que graban su hastío.
La mezcla de pinos enanos y los guerreros escondidos
detrás de esas hojas que comenzaron halagándolos con la igualdad de su tamaño,
y el completo valle por donde acecha su piel atigrada.
La innumerable participación de la brisa
en la cabellera de los pinos enanos y del guerrero
que ondula su piel, impulsa sus recuerdos
a otras batallas dormidas, a otras rendiciones
donde su esbeltez tocaba al hijo de Poro y no de Afrodita.
Estos guerreros escondidos detrás de las hojas elaboran
la terraza donde la brisa luna el escarabajo egipcio;
dormir es aquí también endurecerse cara al tiempo,
donde el cuerpo se embriaga cuando el aliento explora un nuevo círculo
y los címbalos dictan tan sólo la desaparición de las nubes.
El combate toca entre dos pausas aladas
y el sueño vuelve a retirar las alfombras donde parecía hilarse la muerte.
Una sorpresa igual a un color frenético es desechada,
los círculos guerreros están ansiosos de trocarse en espirales bailables,

pues la suerte de una batalla desapareció con el alba primera.
Los arcos en la mezcla de los pinos y esos dormidos militares,
son pulsados por la participación en sus instantes dobles;
las ondulaciones de ese arco son llamas que descargan en las hojas
y el oleaje como el círculo clavado del delfín.
Las espirales crecen en el círculo de los pinos enanos
y alcanzan su marina en el círculo del guerrero,
entre las flechas de los pinos y el sueño de las hojas.
En realidad, aquí el hombre no puede adormecer sus silencios,
pues no brota del puente de cuerdas y del látigo,
tiene que apoyarse detrás de colosales franjas de agua,
arder en la parrilla que no era para él,
o destacar un manto voluptuoso que no sirve
dejado caer sobre la colina de su cuerpo.
Tiene que cobrar un ademán, detrás de la cascada
que él no podrá mirar sin reproducir.

Las ondas del címbalo sumergido son también pétreas,
sin embargo, romper la sucesión de la piel en mustios apoyados ademanes,
era destruir los antiguos metales, los calderos asirios,
por una elaborada disociación de la brisa.
La harina que habría rodado por el perfil de los emperadores,
sustituía con su sembrada larga hilacha a los pinos del valle.
Pasaban por debajo del puente entresoñado:
largas espirales de harina surgida de los huevos del carnaval.
No hacían ruido en una felpa largamente arrugada,
como piedras de cobre con predominio del verde en la hilacha áurea.
Nadie despertaba como queriendo ganar a nado la otra noche,
la suspensión del sueño era ágil como el varillaje de la gaviota,
como la quietud vigilante del martín pescador cuando clava sus ojillos entre dos
bambúes.

Para no despertar el alba traía lluvia y la luna
enfriaba el juramento de los guerreros y secuestraba el metal al fuego.
Los guerreros llegaban y desaparecían con el antiguo traje
bordado de monedas, extraídos de la harina del almacén.
Eran dichosos porque la luna helaba las monedas
sobre su piel, en el secuestro del tintineo sobre la piel
del guerrero que se esbozaba o desaparecía.
Los címbalos querían decir la agudeza melancólica de la retirada,
de un combate que había entrecortado su inicio
y terminaba con los ropajes cosidos de monedas y corales,
sobre los guerreros que ganaban la otra noche.

Y el garzón del mirador muestra su estalactita:
la suya vale diez céntimos.

DANZA DE LA JERIGONZA

Recoger negro, amarillo, verdoso, en el azul fino.
LEONARDO

Crea el ser su caracol
y va la tierra ligera a su canción,
desnuda por la espalda del caracol
se muestra ondulante por el agua y sus ramajes.
El ser nace y su nacimiento cumple la mirada, sus vapores
en agua se deshacen, su dureza se cierra con su aurora.
La piedad por nosotros en su cambio borra su anterior.
Del cuchillo que fue la mariposa traza el círculo
y regresa el inmóvil sesgado por la noche
y la distrae con sus disfraces.
No importa la construcción estable del objeto
ni la mirada que eternamente repasa su pareja de plurales.
También el caracol distrae su guarida
con los distintos jugos terrenales y la sorpresa
jamás se rinde en una academia de maduras flores.
¿Por qué los griegos, paseantes muy sensatos,
nos legaron el ser? Otra guarida enfrente,
otra guarida lame como lobo a su noche.
La chispa fue robada ¿por qué en nosotros el ser?
y en su **hida** los dioses nos dejaron el ser.
Así su vacío tiene flores con ojos, que sin preguntas
acompaña la errante población de lo perdido.
Y el ser no es la construcción morosa del objeto,
no se despega de una adúltera carne veneciana.
Los cinco prisioneros no se oyen,
son los cinco vinos en la garrafa sucedidos.
Hasta la eternidad. Que se repita la eternidad.
Uno, que es un feto de hornacina empuñada la grasosa serpiente,
gordezuelo se sutre con rosas de cordero.

Nada por su celda *Otro*, sílfide
se aclama, pretende irse como el humo.
Tercer órgano, también preso, en el suelo
rodéase de los platos que no come.
Tetra infla los carrillos para un nombre,
la ronda le oirá zumbiar su reclamado:
Riosotis de Miraflores,
entrambas partes miro o giro.

Lanza, edulcora píldoras malditas
para los crecimientos tenorinos o sietemesinos.
Sólo por él pregunta con descaro su buche de palo.
Cinco los dedos acarician por el muro
o cinco se van a cuello de guitarra.
Siendo la mariposa evidencia en su cuchillo
y el cuchillo regresa azul y anaranjado.
Cambia las casas de la playa por sitiadas tortugas,
el buey en la noche azul y anaranjado.
La noche sopla en la noche
y al buey le posa azules lamparones,
y la napolitana mariposa corre por el cuchillo.
Fija la línea del horizonte y tú, Horeb, dilata las fronteras.
La convergencia de los prisioneros en el instante del muro
les alumbra el rostro amistoso y su especial manera fina
del comienzo del solo comenzar la nueva sombría flaccidez.
Después del muro la sutil línea del horizonte.
Lo exterior entre el ser y la canción. Su paisaje
cuidado por el ojo guardado en cautiverio
tiene al hombre bruñido en el silencio de medianoche del puente Rialto.
Su locura, su ¿oye alguien mi canción?
hace del ser una guarida y recela lo exterior.
¿Oye alguien mi canción? ¿Oye alguien mi canción?
¿Qué es lo exterior en el hombre?
¿Por qué nace, por qué nace en nosotros el ser?
Cuando llegamos a la línea del horizonte regresa
la mujer y tocamos.
Los cinco prisioneros ávidos de esa mujer que regresa
de la línea labial de las vírgenes mudas.
Las viejas locuras preguntadas,
que lanzaron por la caparazón o el hornillo
los viejos disfraces titulares
vuelven sobre nosotros como el ser, lo exterior y la canción.
Se contrasta con la línea del horizonte la otra
nave silenciosa donde sueña la mujer el sueño
de los cinco prisioneros que su energía le ofrecen.
Pasea a la sombra del sicomoro y así libera las pestañas.
¿Qué es lo exterior en el hombre?
Uno, va a lo exterior moviendo la cola dialogada,
si el saúco de la conversación te apresa eres mía.
Otro, rodea infinitamente los contornos, su viaje
vuelve a la carne como un mar, el salado
salpica ligeramente a lo que viene como delfín a la redoma.

Tercer órgano, aísla un sentido, la lección del sicomoro
la tiembla como el reloj que se quedó abandonado en la vieja casa.
Tetra, busca el secreto terciopelo de la dama que vuelve
de Monferrato a Varadero, que vuelve a su secreto
que tiene dos sonrisas, que tapa la zarza donde se hunde.
Tito Andrógino, la puerta indiferente deja paso al secreto,
no a la forma de lo exterior, temblando y no diverso.
Cinco, detiene el método donde la semilla asciende
hasta el espíritu devuelto después de peligrosa interrupción.
Tetra, vuelve otra vez a enseñar el retrato, su distinción
— la sortija donde guarda las máximas cónicas —, con feos caprichos.
La copia de los Dioscuros hacia el flujo final se precipita,
nadador la gruta de alciones y anémonas resguarda
de la corriente en su contorno, su límite
endurece en la proporción del coral frente a Cronos.
Recorren los cinco prisioneros
el cuerpo resguardado en la línea del horizonte.
La concha del natural rocío dilata las fronteras.
Ahora lo exterior en la mujer se va a su sombra.
Sus paseos por la orilla displicente coincidieron con la avidez
de los cinco prisioneros, después de saltar el muro
que un relámpago llevaba al camino de las playas.
La incesante caricia de la serpiente de mil manos
cerró el ovillo donde salta Puck, su ligereza
no encuentra la salida y danza sobre las flores.
Estoy descalzo y cierro bien la sala. Los cerrojos
impiden que la llama del promontorio penetre por mi sueño.
Ese fuego calienta la placa de cobre que se esquina
en la sala donde descalzo apuntalo los cerrojos.
De noche, Puck al piano y Euforión se precipita
en el barranco con los puercos.
Barre la copa de aguardiente cayendo sobre el cobre
el humo espesamente salido a la topera.
Se recomienda dos cuartillos de aguardiente cayendo sobre el cobre.
Otro, con una tira de papel encendido penetra los cerrojos.
El germen cobra una plaza entre la hoguera y los pasos del jaguar.
Espera y alguien lo recibe con fijeza.
La corteza del sabeo vuelve encubierta
a repetir la fuga del cortejo, las manos en la onda.
Oh rufián de los estilos, más allá del saltamontes y el pisapapeles.
Tú quisieras huir en los añicos del Dioscuro en la plazoleta,
el estirado tergiversador precisó tu corrida inoportuna, la que destruye.
Oh rufián de las empresas, la luz lo encubría y el antifaz

sobre el rostro del inmóvil vigila la tortuga sitiada.
Brisas del este, caminad graciosamente, como el gusano por el desierto,
y llenad el vestido que sólo tocaba mientras se hacía el exterior remolino.
Primigenio, resuelve no tocar la danza aparecida
para el cuerpo y la flauta, indeciso
entre el reto del cuerpo y la lenta historia de un desenvolvimiento
preludiado por la flauta.
Otro, lanza irascible su jabalí de traspaso,
sediento de transparencias el agua lo oscurece.
Tercer órgano, reconoce lo que nadie le envía,
sin ser la cesta de serpientes en los vitrales atravesados por el rayo de luz.
Tetra, precisa lo desprendido, soplándolo en una inominada aventura,
regresa como etrusco y lentamente se reconocen;
la voz penetró hasta grabarse en la placa de cobre:
En los resguardos de un invierno fiambre,
cuando vuelven los paños a ceñir o a sobrar
y nos cae que alguien más allá puede haber,
como animal pequeño de dulzura mecida
o como sobrante monstruo que sopla la corneta.
Cuando esparcimos para recobrar el tocadiscos
y queda su aguja bajando a una pasta chirriosa.
Y su cordaje de pelo vinagroso se hace una aguja
que le afina la voz de pequeño hocico,
la que pesa como una agujeta
que ya no vuelve a pasar.
Van llegando para acariciar el nuevo tocadiscos.
Todavía no empiecen, hay que guardar el anillo en el pañuelo.
Ya pueden, hace tres días que llegó en el "Queen Elizabeth"
el disco de Prokofief. Ya pueden
empezar, el tocadisco luce frío
y la aguja lanza una chispa que es una gota fría.
La gota fría está en mi cara al empezar.
Alguien me mira fijo y me avergüenzo.
Vuelvo a mirar, me está mirando, desespero.
Todos, lo creo, me están mirando, me disuelvo.
Mi aguja fría los ha tocado en una pasta.
Chilla por lento y frío en raspa arena y vuelve a soltar la gota fría.
Están escasas las agujas. Solamente una alcanzará toda la noche.

Cinco los dedos interpretan por el cuerpo el fingimiento de la entrega,
su cautiverio en el éxtasis solo expresa su rescate secular.
¿Hay que disfrazarse de peluquero para bailar sus propias danzas?
El espeso antifaz se unirá a la espesura de la noche.

Necesito moverme en el baile hecho para otros,
mi memoria precisa las danzas de mi nacimiento.
Disfrazado pude asistir al baile después de la toma de la fortaleza,
el peluquero pasea por las cenizas y nadie se asombra si dice ¿me quiere regalar
su cabellera?

Y así propone y aclara el día triste para la muchedumbre que rompió
las puertas y vio el centurión de cera y el jarabe pompeyano.
Era el baile de los otros y ahora bailo mis propias danzas,
me han borrado un compás, me han estropeado una pareja de plurales.
Entré cuando no oía la nota adulterada y así pude entrar en el baile
de los otros sin sobresalto. En la noche, disfrazado de peluquero, nadie me
reconocía.

¿Si toco mi ser será más lenta mi metamorfosis?

¿Disfrazado de peluquero puedo penetrar en el exterior remolino?

Si estoy frente al espejo, saco la lengua ¿oye alguien?

¿La conclusión de los cinco vinos en la garrafa sucedidos
la puedo llevar a la línea del horizonte? ¿me pertenece?

¿Tengo que penetrar al baile de los otros en el compás adulterado?

Uno, entré y salgo como el lagarto por los ojos del antifaz.

Primigenio, ya no puedo romper el lagarto milenario.

Otro, se aburre de ser la placa de cobre y el aguardiente
no puede pasar por los cerrojos. Estoy descalzo.

Otro, enfría la gota de bronce que iba a engendrar la noche
de la tortuga sitiada. Allí nadie me reconocía
y podía olvidar lentamente el compás.

La duración en la canción olvida la enemistad

del polvo de carey en el ser y la uva lusitana en lo exterior.

Con el disfraz de peluquero podemos bailar las propias danzas,
pero de la canción a la canción vuelve a cantar el ¿oye alguien?

DADOR

I

DADOR

Aparecen tres mesas ocupadas por tres adolescentes con máscaras doradas. En la primera mesa, mitad morado y mitad amarillo muy apagados, cada una de las tres figuras están fuertemente adormecidas. A los pasos de danza, cada uno de los enmascarados sucesivamente baila alrededor de su mesa, y después, describiendo semicírculos y rápidas líneas, va desfilando por las otras dos mesas. Los de la segunda mesa pueden vestir un azul fosforescente con un rojo de fruta tropical roja. Los de la tercera mesa, blanco y un color intermedio, verde de hoja lloviznada, tal vez. Detrás de las tres mesas, cuatro figuras mayores en armaduras. La primera figura, todas han de ser de hermosa estatura, como las mesas se presuponen ocupadas por gentilidad y adolescencia, muestra una armadura pesada y lentísima, comenzando a danzar entre las tres restantes figuras del segundo término. Los enmascarados que ocupaban las primeras mesas se han vuelto a adormecer. La otra figura de armadura, igualmente pesada y brusca, tiene sus hierros cubiertos de fragmentos vegetativos. Agita sus ramajes y hojas, y baila describiendo también espirales y semicírculos, entre las tres restantes figuras de armadura. La otra armadura muestra una gran mancha, y se presupone que es la figura que va a morir, muévase con servicial geometría, sin acabar de terminar sus gestos y como con dolorosos y arrastrados movimientos. La cuarta figura de armadura es el grotesco, salta y desconcierta, y se mueve con indescritibles, toscos y falsos gestos airados. La armadura puede tener un brazo de cartón o un pie fuera de los hierros, buscando anclarse en gestos graves pero bufonescos. Cada uno de los enmascarados de las primeras mesas, y cada una de las figuras en armadura, van también danzando entre la animación del primer plano. El pleno se conseguirá con las figuras en armadura bailando entre sí y entre las mesas con los enmascarados en danza, causando una impresión mantenida de rejuego y algazara, pero sin perder el diseño de espirales y semicírculos. En el telón de fondo, dos cariátides. Una, de gran tamaño, alrededor de veinte veces el tamaño natural de un rostro. Otra, es como un rostro retorcido, como una máscara de antiguo combatiente japonés. La pequeña cariátide lanza con indetenible reiteración la fija cantidad de luz que los danzantes necesitan. La de gran tamaño, en tiempo cíclico, dispara la nieve de luz, aumentando la visibilidad de las destrezas, arcos y movimientos de las figuras. Al aumentar tan poderosamente la cariátide mayor la proyección de la luz, hará aparecer por momentos a los movimientos como *spintrias* y peces ciegos rapidísimos.

El esturión con flaca tinta borrosa
preparando los tapetes rajados de las consagraciones,
comienza a balbucir en el culto maternal de las aguas.
El sentarse, ya se interpone la mitad del otro cuerpo
sobre las dos manos cruzadas, desconocido intermediario
que trae el terror de la pintada tiara.
La *hybris* destila su hinchazón,
donde es imposible la incrustación del cordaje caricioso.
El rabo de un lejano animalejo,
el trabalenguas zampallo proclama y enamora en la zampona,
aunque vuelva sobre su cuello con el disimulo de los cisnes
no es el cordón umbilical que vuelve sobre la torre
de Damasco y que preludia las lisonjeras danaides en cuclillas.
¿Lo híbrido sigue el rastro del mijo o de la centifolia?
¿Su costumbre, perro estacionado en propio aro,
requiere las dinastías dormidas o los desafíos
de las cenizas sobre la caparazón de la tortuga?
Raspar es el signo del pincho encandilado
y sus decisivas exigencias de bozal pedigüeño,
y de pronto la ceniza se hincha en la pechuga
gastada, y restriega el nacimiento de los párpados
de colores, y el misional, egipcio insecto.
La hilacha de la mujer persiste en la hidrópica ceniza,
y ahora la mujer reemplaza a la hinchazón de las patas
cruzadas del antílope con sucio lácteo matronal.
El cultivo del mijo y el cómputo por seis van entrando
en el nido de bambú que huye del río y las sumergidas
lunas reapareciendo en las escaleras de las chimeneas,
cuando el humillo de la ternera escribe en el semisueño
de los coperos dictando.
Los extensos lentiscos de la mano izquierda avizoran
el mijo que golpea en tamborcillos de seis timbres,
y las repeticiones de las seis voces rodeando el círculo
húmedo donde la vaca conversa con la espalda del obispo.
También romper la tierra tiene la escritura del sueño,
los acercamientos a las crecidas aclaradas por las rotaciones
del seis, y cuando la mano izquierda entresaca
del mijo las seis cápsulas del vino y del aceite,
se endurecen en el sortilegio del ojo salado del buey.

La anchurosa memoria alcanzadas por las tablas de la casa,
y las analogías del mijo culebreando la hililla de oro,
necesitan las espesuras memorialistas del seis,
las seis veces que la boquilla del timbre convoca
para saltar anudados en los animalejos sentados en la sangre.
La fidelidad del cultivo del mijo no impide el terror de las estaciones,
la rueda al multiplicarse se rompe en un punto encandilado,
lentamente se endurece como las piedras con las inscripciones
de los altos sombreros de prelados y de cautivos remadores.
Los sacerdotes inauguran sus metales como si las estaciones
siguieran la ley de su excepción y no sus murmuraciones sucesivas.
La mano derecha estruja la centifolia y fija el cómputo por cinco,
aquella mano repasa las flores del desierto regadas con arenas.
La caballería entrando en Damasco se deja penetrar por las mil hojas,
en ese gesto llegó el halcón y cayó el guante,
así se fueron endureciendo y comenzaron a martillarlos.
El cómputo por cinco amiga la distancia del jinete y la estrella fría,
siente la apagada distancia entre la testa y el brazo,
allí antes crecía el árbol de la conjugación del Eros,
el jinete pasaba por la sombra del árbol y se dividía;
del brazo a las caderas tenía la otra enigmática planicie,
pero allí vuelve la estrella fría de la distancia sin lenguaje,
y las caricias son de poro a poro, de poro a estrella, enloquecidas.

El frío tigre desliza en las esquinas de la pizarra
la oscura marcha hacia el arenoso río espesando,
o la reverencia de la hoguera transparentando los cuernos del antílope;
las tachuelas de diamante preguntando por el encerado,
errantes animalejos de artificio que respiran y separan.
El artificio natural se trueca en objeto y toca para despedirse,
gana allí el retroceso y gana también la presa.
Primero en el despertar marino del silogismo del cuerpo,
sus conclusiones se cierran con la médula arborescente,
y su nobleza se ofrece ante el fuego y su seco
o ante los torrenciales jugos ácueos que lo hinchan.
Pero ese ser que le acompaña ¿es su seco o su henchimiento?
Anota sus respuestas, no en la máscara, sino en el calendario del reverso,
y su sombra es la de la máscara, no el sueño en el cuerpo espesando.
Las decantaciones súbitas del cuerpo, las lentísimas
fugas del gozo ¿destilan el brazalete de serpientes?
Existir no es así una posesión sino algo que nos posee,
y mientras penetramos, es la invisible suspensión, nuestro ejercitado enemigo
nos penetra y nos mustia el anillo secularmente reclinado en el estanque.
Pues esa desventurada claridad reclama un existir que no sea penetrado
y así sentimos que sus podridas pestañas se astillen en reflejos venatorios.
Luego se comienza por el luego y la derivación, la criatura
se reconoce en la distancia cuando la distancia se nombra
en la suprema esencia y la suprema forma, pero a nosotros
sólo se nos hace visible la caída y la originalidad por la sombra y la caída.
Los ojos no reconociendo las jarras separadas por el sueño,
sino flotando en la médula del tiempo, izan
al cazador tronchado; luego acompañado de un indomeñable
fósil carbonario; y la derivación, eco de una preñez
del agua hinchada, o criatura, aceptando en su visible
el ocaso retornado, cortantes pájaros batiendo la distancia
de las jarras, cuerpo que en la derivación se entrega al baile.
Ser primero en el uno indual y luego reconociendo el cuerpo deslizado
que se detiene frente a él, desaparece.
Las numéricas claves del perfume logran su relieve
hacia la otra esencia sin deseos de su forma,
forma detenida, como el caballo en el último recodo,
y hecha al Giorgione que detiene y ofrece su violín.
La esencia sustancial y la forma esencial abandonan

la sorpresa de su escala y tocan la suspensión del contrapunto.
En ese tejido el cuerpo es el volatinero de su esencia
y se adormece en cuchillas en el rajado tímpano, su piel.
La bendición del perfume consagra al poliedro en su bisagra,
y la visible absurdidad se remansa cuando los pasos penetran
por la piel y se hinchan en los arrogantes paseos playeros,
o se ríen de nuevo cuando suenan soplados por la puerta de algodón.

El germen desde la cresta del alba, entre las aturdiditas del instante y la discutidora, escarchada francachela del ancestro, comienza como los pájaros de largas patas, semejantes al bambú que recibe los gritos de los flamencos y crece monocorde peinado por la brisa de Deucalión.

En cuanto el germen se escurre lánguido hacia el ajeno protoplasma, ya siente la presagiosa nube del tanatos vorazmente inalterable, depositando sus huevos sin lograr taparlos con la arenilla del reloj, pues ya el instante ha comenzado a ser hinchado y visible y su concurrencia se percibe como en las crónicas.

En esa voracidad que toca al germen y lo anega, suspendiéndolo, ¿o acaso el germen es el éxtasis de la propia suspensión?

Se presupone una hidrópica, monstruosa prolongación de una sustancia que reclama al extenderse la penetración, como una hoja absorta para ser penetrada por los coloides de la brisa, pues esa voracidad necesita de un ancestro que pregunta; del existir en el anegado renuente, de un voraz ancestro que está en su propio protoplasma y vuelve siempre adormecido al protón y las siete ruedas somníferas.

La suspensión, la anudada línea de la segunda polongación, la oscura penetración, la incestuosa voracidad, cierran el germen.

El verbo en el germen enarca la cara del viento, aún no podemos aprisionar la sucesión de sus señas, ni los signos del trenzado de los hilos del gusano azul.

Sólo la voracidad del germen se incluye en la identidad de la sustancia y golpea los perros del trineo.

Pero el germen pulula, se recuesta como la madrepora y se encadena en el centro a la contracción de su gota.

El germen recibe el lanzazo vertical del verbo, pues el verbo había descendido sobre las emigraciones y sobre los palacios sumergidos, revisando la cara de los nombres encontrados.

El germen espera su ruptura y no el hilado tegumento sustantivo, el contrapunto de su espera recibe arañas tras arañas y al fin el laberinto se adormece.

El germen tras la ruptura repele la sustancia, que viene para definir la piel y su tenaz frente al vacío, o la somnolienta esfera guardada por la misma cantidad de espuma.

El verbo sobre el germen se aclara en la sustancia, que no sólo recobra la unidad del centro con la piel,

sino lo igual que vuelve a la humareda de los troncos navegando.
Después que el verbo y la sustancia traspasaron el germen,
el sentido se alzó a la estatua penetrando por la mirada,
y convocando a las irradiaciones saltantes de los sábados,
y su donoso cerco de gatos oval ando la ventana lugarteniente,
sutilmente derivada, criatura adormecida y empujada.
En aquella voracidad del germen hay la vuelta al ancestro,
como el ser se anega en el ser absoluto y la potencia
se destruye en el océano de ese absoluto domeñado, perro
que comenzó por rendirse en la fabricada oscuridad
y sus ladridos devorados por el humo placentario.
El germen metamorfoseado en el acto puede participar,
se libera de su hambre que lo rendía a la doctrina del padre.
Así el espíritu que no puede operar sobre el germen,
que vuelve siempre a la destruida niebla de su centro
y se decae en el espejo vuelto hacia la entraña aporética,
sino que al apoyarse en la fila de álamos y la envoltura
reconciliada del bosque, en el acto de penetrarlo por el sueño,
encuentra el acto de participar en la piscina.
El germen se consumía en la planicie del ser absoluto,
pero el acto necesita de esa cobardía que es también una medida de las criaturas,
y que reemplaza el océano infinitamente mordido
por la piscina, que tiene también su escandaloso reto,
permanece cerca de nosotros y nos sonrío como un pez,
y se burla en la grosera inutilidad de su cercanía.

El hilo de Ariadna no destrenza el sentido,
sino la sobreabundancia lanzada a la otra orilla carnal.
El dado mientras gira cobra el círculo,
pero el bandazo es el que le saca la lengua en el espejo.
Sabemos el acrecentamiento de la estatua en la concavidad de la mano,
aclarada cuando muchas manos oyéndose,
la van reavivando al bailar en otra playa.
Abundar como dormir no chorrea el sentido del cuadrado,
pero sobreabundar es como cuando el durmiente,
descendiendo en grabado de ausente y extensión plomiza,
se encuentra que la luna ha llegado también al fondo del infierno.
El aliento traza el contorno de la llama,
si el ardor tropieza con el viento la caballera se desconoce
en su extensión sin jinetes; si la llama se va esponjando
por el árbol de la respiración, tropieza con los confines
del propio cuerpo y allí se seca en las arenas.
Las raicillas del helecho vuelven al padre, el centro contraído repite
las oscuras necesidades del lago donde cayó;
las primeras potencias reproductoras del cobre
en los pasos limosos de las crecidas, las estaciones
entierran las carnosas lunas que vienen para densar
el arco, y el espejo va secando el germen
para el acto: el hombre escinde su cuerpo del insecto
parásito que vuelve para cegar, el antílope volador
(*volatus discantus*) empieza a recelar en el girovago plano cubista
de sus espaldas, en donde padece o enloquece, se desprende
como cometa que va formando sus aceitados anillos
por las piernas del cazador o del caricioso hombre pez.
El reseco tegumento, columnata piriforme o elefantina paradisi,
araña el cucurucho de nieve de la matriz en tubillos de cristal,
pero aún el otro insecto no ha penetrado la pajuza pelirroja
de los helechos, sus ojos poliédricos no han roto
el cucurucho medieval de las escarchas.
Entre el lógamo inmemorial y el acto el hombre pez,
se lanza en la segunda muerte al remolino,
su cabellera ondula la escribanía de la vegetación polar,
voltea enloquecido en las mareas, desea morir.
La imagen puede alzarse contra las frondas
y contra la muerte, se reduce al soplo volador,

que después va saliendo por la corteza arbórea,
como un guerrero que golpea su propia armadura
y queda preso del ligamento de las dos vibraciones.
Una vibración se desconoce, y la otra...
La aprehensión análoga es el único ojo de la imagen
y el acto sobre el azogado ombligo nos rinde el cuerpo irradiante.

El apresamiento del objeto envuelve su nevada cornamenta
en el otro brazo que golpea la loanza neptuaniana,
y lo que secuestra el objeto en la irisación de sus bromas destempladas,
es el cínife que rompió el memorial de la mirada en la boca de la jarra.
Los ondulantes ceremoniales del áspid trepando por el pecho del vaciado,
van desacordando hilacha por escama, gruñidos del barro
recogidos por la lanza en el turbante guneflexo de la remera aguadora.
La primera sustitución del escudo de Aquiles por la copa sin vino,
no obtuvo en su disfraz el objeto en su tegumento selenita,
las hilachas y los remolinos se adormecían al tropezar
lentamente con la corteza del adolescente dios arbóreo
y la semilla en la boca de los muertos enguirnaldó su estornudo.
El chocarrero choque de las nubes aventaría los recuerdos,
engrudo nemónico desaparecido al rastro del ratón
y recibido en la camerata de Nu el Canciller y sus doce durmientes,
cambiando la empuñadura de la serpiente por sus bisbiseos
en las salas hipóstilas donde los irisados simios descifradores
trepán la estalactita que comunica la bañera de la reina
con los disfraces manga valona en la sala de armas.
La librea repulicante de nuestros citaredos simios escanciadores,
sabe ya también que el doble ondula en el bigote
fosfórico del gato y que el *miau* trenza su cadeneta
en el *cómo* del aliento comunicado.
En la escritura de la aguada sobre la seda
desenrollada a lo largo del río con las hojas
estampadas por el gallo embadurnado,
el ideograma del bambú tiene la obligada compañía
del tigre, escarbador del espacio elástico,
y los emblemas emigrantes del pino
se ladean para perseguir los escasos trazos de la cigüeña japonesa.
Así la escritura borra el análogo que necesita la visión
y el *puesto ahí* fatalmente es el innumerable rechazador.
La fisura en la piedra, obturada por el espíritu de las lluvias
–dejada por el gajo de pino en su feudal imaginación
o por el arañazo del ligero recelo guarnecido–;
la mano inquiere el armonio de inapreciable pequeñez
y el vuelco de sus ojos y sanes,
cae como la cascada que el esturión desaloja
para enterrarse en el movimiento.

Las evaporaciones de la médula somnífica
le han revelado que un solo ideograma
significa *pelambre, pellejo, piel, despejar y desollar*,
que al lado de un bambú no se puede pintar una golondrina.
Pero ahora el trotón permanece cerca de la nocturna
sin que la tensura del cuero lo detenga,
la brevedad de su mano ha recorrido la extensa suntuosidad
de los correajes, con la sobresaltada decisión de un fragmentario
desfile para firmar en el concilio,
y penetra de nuevo en la casa del desierto,
tan injustificado como para Job la lluvia donde no hay poro vegetal.
Pero él sabe que tiene que llegar hasta allí y que el cenital
de la casa se alcanzará en su vaciedad
con lunas bajamar.
El primer desierto es el del rasguño en la piedra,
se toca así la primera risueña absurdidad.
Sabemos que seca la saliva con los cuatro imanes cardinales
y la serpiente sumergida,
la puerta soplada hacia afuera y la fulminante
crecida de los clavos por el paredón,
tienen el ceremonial de la capa que allí se cuelga
y el bulto traído por el viento que le presta sus piernas.
Está en la séptima luna de las mareas
y le penetran los ejércitos
y se deshace penetrándonos.
No le arredra acariciar la suntuosa pesadumbre
del primer signo del cadmeo,
que significa buey.
Ni los exquisitos movimientos egipcios del rostro del gato
en el mismo signo del reverso de la mano.
Se ha burlado majestuosamente de las varillas cayendo como granos de arroz
y del soplo de la puerta coronada, abierta hacia afuera,
soplada en lentísimos cuclillos,
pues la brevedad de su mano le basta para medir
incesantemente la distancia de la puerta hasta el símbolo.
El extender los brazos a manera de ese árbol,
o al saltar la mandrágora para embadurnarse
en el violado de la torrecilla de aquel fuego,
pero ahora estamos inclinados en la copista servidumbre
de las sombras regidas por el látigo de Proserpina.
El primer gemido en busca de la nocturna maternal,
la tiorba de la siria gemebunda nos separa de la noche,
colocada entre las desdeñosas espaldas del dios arbóreo

y la garduña centinela embadurnada.
Al dormirse la matria blandamente,
ya sin caparazón de cóncavo y rocío que rodee
a las grosellas y al vergonzante corporal danzando
entre las desatadas risas tropezonas;
no como aquel infame, sanguinario horóscopo de Viena,
monstruo boca formica, que lame y devora los ahogados
del pequeño mar, patas arriba bien peinado,
habla de rasurada pierna bailarina en el trompo androginal.
Como aquel que disfrazado de águila bisexual, donoso Júpiter de embozos,
robó de Ganimedes las fluctuantes iras,
y que ahora olvida la maternal cascada en la calleja
enterrada por el joveneto en las mortuorias copas.
Pero Júpiter, diestro natural, no mirón de los oficios,
lo veía en desenvuelto laberinto pisar el escorpión
de los horreosos mantos y las aisladas agudezas yertas
de entrelazado copetín.
Las excepcionales flautas apolíneas,
soplaban las bromas imantadas de Céfiro y Jacinto,
y el coralino tejo separa la borrachona luz, gustada
a sorbos apolíneos, y los cuantiosos paseos copetados,
reclamados por la bisexual reidora, reconocida por el ceño,
disfrazada de águila, guardián en Ganimedes de tropezados mantos
y copas cerrando la violada cascada maternal.
La marcha de la metáfora restituye
el ciempiés a la urdimbre, el vuelco del Eros
relacionable logra las tersas equivalencias siderales
y las coordinadas donde las palabras se hunden en las semejanzas,
allí el espejo ptolomeico está reemplazado por el agua untada
con la tenebrosa cornamenta del reno.
Así el alertado antílope penetra en el espejo
y la escarcha de papel o nieve iguala la sangría del espejo astillado.
Al dormirse la matria blandamente,
surge priápico y tumultuoso el Eros relacionable,
poniendo en el lugar de este árbol aquella hoguera.
La urdimbre es la piscina de la metáfora,
nos regala el conocimiento sin asombro, alguien aguardaba.
La metáfora nos obliga a creer en la primera existencia
del pétalo del jacinto, antes que el tejo coralino de Céfiro
descendiese al Hades con el gracioso Jacinto,
y levantase el plañido de las excepcionales flautas apolíneas.

La materia contrayéndose a su potencia,
o la potencia pellizcando la cornisa marina con nidos
alcióneos, no ofrecen la medida de nuestra respiración;
si ponemos la mano en el ancla de ese ritmo,
desciende a la fauna del reverso, el ojo de la tortuga.
La materia no mira que ella pueda despertar
el escudo, la estatua restregada con el cactus.
La potencia actuando sobre el *possibiliter* desazona,
en el griego la perspectiva de lo posible hizo del cuerpo
la potencia y la materia, y el cuerpo lanzó
su jabalina al dios arbóreo, no a los arrastrados senos mulares.
Aquí el acto no es saltar de la boca de la malhumorada ballena,
ni sentir el novedoso oscurecimiento de los manglares
por las inoportunas visitas lunares,
sino el arco del desconocido acto deja acariciar la pelusilla
de su forma eficiente en el placer de la crecida de los hongos,
hasta adquirir la nevada perspectiva de su indistinción.
El placer del relumbro frotado del tigre cuando acampa
en el círculo del ramaje retado con una varilla de ámbar.
El placer comienza cuando el campo de la visión toca
y se ciega y se extingue en la coincidencia del contorno y el éxtasis.
Pero el hombre puede crear la eficiencia de su cuerpo,
la perspectiva arbórea al reemplazar el movimiento
por las divinizadas potestades del desarrollo cernido.
La errancia del hombre le permite crear su error,
la mentida perfección temporal, los interrogados sauces
interrogando en el lagunato y lo corpóreo aparential
se suma el placer como un arco romano,
no como el acto sobre la forma sino como un salutífero y reidor
fantasma sobre el puente.
La mentira de la clavícula donde nació el árbol,
y las danzas prohibidas donde la caída nocturna
fue el comienzo de otras danzas y no la exploración entrañable.
El techo del horno nocturno de la ballena,
manchado por baba de profecía,
fue abandonado por los tres garzones que prefirieron el fuego
de las cámaras subterráneas del palacio Sargón,
a la forma burlesca adquirida por el acto por debajo del mar,
donde el burlado cuerpo de la mujer se aleja por la oblicuidad del oleaje

y sólo la sombra extensiva del placer fue alcanzada por el andrógino esturión.
El falo fue tan sólo entonces la forma de cumplimentar la ocupación,
no el puente de violín entre la ballena y las guijas lastimeras.
El jovial tañedor de flautas prefería la ocupación del peregrino
y no la posesión de la doncella que encendía el farol
del himeneo en la playa del joven escita acariciando su corcel.
El desmadejado escita nutrido por la sombra del plátano mordido por la cigarra,
y no por los císisos de la llanura donde el Sileno escudó
el rostro somnoliento pintado de mujer.
Entre el bambú confidente y la grulla suspendida
en el tercer círculo de la uña del escriba,
el instrumento desertor, el cuerpo abandonado por la materia,
sin su posible de potencia, en la arenisca donde lo homogéneo
se subdividió en la voz del desfiladero tocando a retirada.
El germen gime en las propias escalas de su tanatos y la piscina
donde el acto en sueña tornear el placer de las danzas apagadas,
para que el murmullo no pueda rendir las diferenciaciones corporales,
las momentáneas burlas a las máscaras del descenso plomado,
allí donde la sopa de plomo tapó el agujero del murmullo.
Pero a veces los danzados abrepunos de la rueca del carnero negro,
no persiguen la ceja transversal del balde con primigenia agua
lunar descendida a la tertia germinación, conjura del clásico idus.
Pero rehusar la semilla al húmedo de tierra cascada, cuando la ruptura
del pecado original rechaza la escenografía del naipe regalado,
o el árbol se ahorcó en el milenario correaje del corcel,
es rechazar la enemistad del otro cuerpo que deposita los huevos
debajo de la piedra con inscripciones arponadas por la cíclica estación.
Al helado silbo que en el ramaje se retorna,
responde la ceremoniosa sorpresa de las copas
acrecidas por el aliento hasta aumentar el origen sustitutivo.
La muerte confundida apuntala los bastos de su presuntuosa
y temblona monarquía, cuando no traspasamos hacia otro cuerpo,
que ofrece las escasas nuevas sediciones, los escandalosos
cortejos de los que marchan no de la ballena al despertar arbóreo,
sino amarrados a las aterradoras metamorfosis del jabato,
no rompen el círculo de la danza.

Burlado al son del reconocimiento al llevarse la luz
penetrando en su cuerpo. Aquí la luz se divierte
al hundirse en el cóncavo en donde el cántaro
vacío el moviente influjo del infierno lunar.
Los lánguidos corpúsculos del éxtasis apoyados
en la corva, sombría cornamenta del remolino,
rasgando en plumas lo que bostezó en tironeados espejos.
Las astillas de los tiernos salmones almendrados,
raspan por el timbre de los curvados brazos
los lastimeros habladores licuando los adriáticos velámenes
adustos. Y las enanas palmeras eruditas buscan el curvado huso
para hundirlo en el madreporario hociquillo voluptuoso.
Al par que avanza el dañado cuerpo, las caudales
remeras engendran las dinastías perdidas, los dilapidados consejeros
Los enredos del múrice cortejan la mirada que busca
en el talón de susurradas sirtes vencedor,
donde el cuerpo traza su voltereta en el teorema
de la sombra del dátíl: con dóricas uñas acaricia
la escollera, el mercader furiosamente dobla en su flauta.
El cuerpo sueña su posible surgimiento del algoso
lecho, que lo mantiene degollado adormecido.
El sueño en el cuerpo era una espina de agua que lo ocupa,
tocado en un punto se adormece en la extensión de la flauta.
Mientras avanza en aquel mar con troyanos borrosos hipocampos,
discutiendo en los ondulantes campamentos si el que conjura
o el que levanta el canto puede favorecer el soplo oblicuo
de la ronda, curvándose venturosamente al situar la raíz del cabello
en la dócil planta del pie, tocando en los grabados
dejados por los nidos que presagiaban la extensión de sus pisadas.
El despertar del cuerpo en las exclamaciones orilleras,
redoblando en el petrificado aullido de muerte
de la hoguera, extiende en las blancas pestañas arenosas,
la respuesta tejida de números y de brazos,
siguiendo las tergiversaciones astutas del fuego contra el viento.
Recorría su cuerpo en la conversación con los salmones
y ahora lo comprueba al soplar la alabanza,
que recorre las estalactitas del fuego para el éxtasis.
¿Y si el cuerpo como un bulto se perdiese en el orgullo
reposado de su devenir? ¿Y si sólo oyese

sus lamentos al perderse en la cabaña musgosa,
de baritonales tablonos, laberintos de dorados hurones milenarios?
La luz que lo recorrerá preguntándole,
lo hace oscurecerse para el ejercicio de despertar
en las ruedas de la luz comunicada, tenazmente indivisa.
La tosca penetración del hocico salmonete,
la flauta que entre las algas maldice la cabellera centellante
y el puñetazo caído en el susurro de las escamas que querían rozarnos,
cose la bolsa de nuestro cuerpo en la cuerda de la eternidad al hastío,
el hastío por el que las cosas se bruñen en su tiempo de reconocimiento.
La monodia de mosaicos otomanos, por la que el hastío de la criatura
pasa ululante y lastimero en su cínife de abullonada ceniza aguada,
cubren el cuerpo indistinto, ciego entre la aguja y la espina,
que toca un coral para perderse en el susurro,
que pregunta por el arroz para sentir el ciempiés,
dédalo absorto por el tenaz laberinto de sus espaldas.
Su cuerpo no se abandona al caricioso vaho,
que entre las algas regala voluptuosamente la vaca marina,
prolongando el temblor de su hociquillo bramando de celo;
ni desaparece en el acordeón de las brumas al hundirse
en el reflejo del *cantabile* que entona su esplendor.
Su cuerpo ahora no se redondea en los invisibles cántaros
de las nubes, sino se transparenta en la luz melodiosa,
y la contemplación como un absorto en torno al órgano,
donde la naturaleza gozosa está reemplazada por las prodigiosas
llaves, rompiendo la otra bolsa placentaria
que lo haría subordinado quejoso,
lastimero fragmento huido a la flauta.

El hilado se extiende como las preguntas del tapiz,
cuando aprovecha las aplacadas estrellas en las mamas
del porquerizo, rendido el plenilunio donde no puede penetrar.
Estalla sus estrellas en el polvo reptil el cerdo
gruñón tardío rechazado al manto del ceremonial.
La vara del porquerizo no prohija escamas ojasas,
serpientes caducas, ni se entierra en las arenas
como el falo charlatán que se anuncia en las puertas,
o cae como las cadenas que rodean la ciudad de las puertas
bajas, rastrillando las espaldas de los tejedores ebrios.
la baba de la cabra saludando en las colinas
dialoga con las contraídas carcajadas del falo subterráneo,
su miel redondea las brumas absortas sin redondel,
su saliva rima con la eternidad del pedernal.
frotándose entre el cántaro y la pecadora caída de las aguas.
El saltimbanqui que toca con un dedo el falo alcanzado
por el tamaño de todo su cuerpo, pequeña sombra corporal
a los pies de la columna conmemorativa del implacable
círculo, volviendo a la matria lunar y el ocio de Lysis.
La cabra endulza el oblicuo frío creador
de la luna androginal, rasgando la circuncisión la impropiedad
de los términos necesarios con que el árbol se ata a su comienzo.
Antes de entrar la comitiva del estío en la ciudad,
humedecidas las pizarras por la resurrección de las aguas,
los tejedores han enredado su indolencia en las torrecillas de las flautas,
saltando de los adormecidos sacerdotes el falo piróforo.
Es una luz la que proviene, es una luz la que restalla
la transparencia maternal desprendiendo a la paloma.
En el fugato del cuerpo boquerón de deseos,
cuando la corriente bruñe cada uno de los poros oscilantes,
cerrándole la espesura riesgosa del párpado,
la cabra, calva nieve preguntante a su aguijón,
sabrosa sabiduría pues tendrá que retirarse en el desmayo,
cuando el torete amurallado en su bastón quemadura,
suelta la fosfórica lombriz a su gruñido,
acorralada en el tatuaje boquilindo balbuceando.
Deslenguada tensión antes de penetrar en el húmedo cucurucho,
se repliega al recibir el lanzazo que lo enzeta abullonado,
permisado para hablar bobalicón limoso diosecillo,

mordisqueada por los bordes la despreciada torre sonambúlica,
suelta su agua de coral albino nadando por hormigas
hambrientas, galerías del mazapán, nudillos del peine, asordinado,
y al final el toro lame el centro de la sombra en el bastión.
Viene la barquilla hasta la raya milenaria de gasterópodos y casaquines,
toldo con frutas del Giorgione,
agudizando la soplada pareja de faisanes,
el mismo aliento iguala la diversidad de sus juradas testas,
cuando la Dama de los Helechos y el Príncipe Insecto,
borrando con placentaria agua legañosa,
despiertan sus caricias platerescas en el pan de la masa
y la energía. El agujón del insecto 'hundiéndose en los estambres,
conjugando al vegetal con los nudillos áureos del ciervo volador.
Es el agujón del porquerizo, hincando las aplastadas estrellas
del porcino roncoso en bombardas fiorituras tragicómicas,
cubriendo como grasosa manta las hogueras de los rípidos
escalones de la áspera lavanda. Sucio, futuro reconocimiento
de las empotradas ondas del neurótico perfume sobreaviso.
Los masajistas de improvisadas tersuras en el Ganges,
bruñen como pedernales de rotación etrusca,
el falo luciérnaga en el pelo lacio de la monodia paranirvana.
El *lingam* con su mascarón ornado de cuchillas japonesas,
penetra en las campanillas de la vagina pluviosa;
las espinas del esturión atraviesan el indiviso tegumento
y los gatos faraónicos chillan en las hipóstilas vaginales.
La humoresca extensión porcina busca cubrir con sus estelares
tetillas las fibrinas donde asoman sus pestañas las arenas
placentarias y Tetis, matrona de adolescentes semidioses;
allí la mandrágora ojizarca dilata el cristal de cada grano,
y la tierra despereza, decapita el tentáculo del ciego,
la gomosa respiración subterránea une el velamen de la semilla
con el perro tironeado por la raicilla y la dilatación por el tridente
del toro conversador y enmascarado por tirsos y gimnásticas jabalinas.
Después de haber quemado las anémonas del río, el falo carcajada
vacila al penetrar en la ciudad reducida a muñeco gigantoma,
o a vagar como luciferino insecto desprendido del hacecillo,
donde la prolongada cabellera navega por el arenal fosfórico,
allí se recuesta un dios hastiado de la inútil conversación
de Júpiter pluvioso y Juno reidora de los amargos desterrados,
mientras la calva nieve de la cabra se dora en luz derivada
y tauro muge corpulenta extensión para el secuestro,
la balandronada del falo bosteza la expansión de la vid,
al penetrar en la sala hiperbórea para las ondas de Anfión,

cuando la raíz ovillada con la mandrágora hiela
el bastón con sierpes congeladas y centellitas del Júpiter cosechero.

Despréndense de nuestro cuerpo las evaporaciones que tiran del manteo,
que sacan el pico unitivo de las mantas y las nubes,
y recogen el entrante de la arcilla cuando curvaba sus brazos
para ser remontada por el aliento musgoso en su boca
elaborada por el frontis musical de las aguas.

La penetración de las letras terrenales,
prolongándose en el origen maternal de las aguas,
procuran el esbelto cuerpo no tocado, hundido en su derivación,
pues todo cuerpo se trueca en alcancía abierta en los dentros
por los hurones, como los hurones resguardan los fortines sureños.
De pronto las evaporaciones se condensan y el demonio
traza sus capirotas en el cuarzo, llagada boca recompuesta,
cada bastión roto quiere llegar a las murmuraciones de su agonía.
El fantoche, sonoro calabacín con sus ojillos, remonta al empíreo,
la levitación anemónica se alza sobre la infernal gravedad;
el desprendimiento, impurificado carnal con el instante,
adquiere e! conversacional del pájaro con la brisa entrañada,
la hiedra interpreta el bailable del carnal sombroso a su higuera,
y el tejado minúsculo chorrea sobre el verboso absoluto esferoidal.
Si tengo que poseer la oreja de la liebre para la vergüenza del instante
y a veces dormimos mientras nuestra aventura se estremece,
la embriaguez y su irregular condensación de las nubes,
gimen el rendimiento temporal de la invasión musicada,
el tropel de las ondas intenta apoderarse de la nariz
en la gruta rota por el grotesco amanecer de un dios.
La flauta en su entrecruzamiento de fibrosa hoguera resistente
y oscura levedad en las satánicas rupturas temporales,
va creciendo su marea para su sargazo indiferente
–cariacontecido cocuyo áspero por los pliegues de la carpa–,
así comienza a reclamar el crujimiento de las nocturnas cantidades,
de aquella masa agujereada por los ojos del quebrantahuesos.
Alcanza la embriaguez la extensión sumergida somnolienta,
la templada división a su interrogación en proporciones cabeceantes,
cuando la cola de sirena en la mitad de su nocturna
se encuentra con la tachonada espalda en Casiopea.
El sueño gusta de quitarse la capa con un ancla,
de dejar la conchilla en el mismo escalón de la marea,
de rodear con las mecidas hojas musicales,
las testas ladeadas por sumergidos sombreros de cuarzo,

cuando la música se obstina en ocupar la misma extensión
somniafera, mientras las repetidas figuras decapitadas
se alejan de sus soportes de acantos y cabañas,
donde el pastor sopla reproduciendo las cambiantes sirtes de la brisa.
La rechazada ocupación de la música
despierta el conocimiento lejanía, la llave en el signo de nuestras manos
coincide con la puerta voluptuosa abriéndose soplada hacia afuera.
Nido de bambú donde se escama el esturión olvidado.
La mano apoyada en la repisa coincide con el lomo
del monstruo recordado, un fruncimiento en las arenas
y allí queda un ojo marino de claveteado párpado.
Las manos acarician las arenas y con un derivado desdén
cierran la visión marina en la arena quemada por el vino.
La embriaguez oscura de trenzadas botas obturantes,
donde el ensueño fragmentó los corales orilleros
y los exquisitos números corporales rompieron sus claves de apoyatura
ante las seducidas progresiones de la música,
se anegaron en la energía de su propio orgullo sin océano final.
Entonces la teja comenzó a desatar los furiosos lamparones carnales,
cada buey hinchado era grabadas iniciales en las aspas del molino.
El hombre tropezaba con el guerrero caracol de las esencias.
Aquí la embriaguez era evidente como la lanza cuando comprueba
el vino yagua justos.
La revelación levemente incendiaba las angostas proporciones
y el cuerpo alzaba su transparencia sin leer en el tapiz como los ángeles.
Diversamente concentrada hoguera
unía la diamantina embriaguez de la criatura revelada
con el conocimiento del libro, rotos los sellos,
donde cada cuerpo que nos ciñe forma el remolino medusario
del unificado dios mutilado por la lejanía.

Hundido, don armado, sin regreso,
el aire agrietado por el alfiler lluvioso;
de pronto, el acordeón decidió la enormidad
de un hechizo. Recorriamos las esquinas
para lucir la sombrilla, la amistosa tregua
y obligar a la proclamación de la docilidad de la lluvia.
Recorriamos, pero una bocanada nos hundió
en la sombra que pulsa el ordenamiento del acordeón.
A pesar de la estruendosa separación levantada por el sonido,
recordamos que allí no había los pasteles
de donde veníamos, ni la guayaba caliente
tenía el mismo aroma que nos penetraba
al arribar la mañana al descubrimiento del canario.
La lluvia se aglomeraba, rompiendo sus caras momentáneas,
y luego el acordeón paseaba los sorbetes de piña,
regalando pañuelos en escalerillas chillonas.
El pregón del azar era estirado por el sonido.
Como ladrillos de los hornos babilónicos, cada cuadrado
formado como una pechuga de faisán para lo temporal.
Un rótulo agrandado separaba el otro salón
de los oleajes bailados por la murga de níquel
voluptuoso. Cada mosca a su espuma conceptuosa.
Enviábamos el murciélago pinareño que se parece
a Don Juan de Austria; los mugidos del búfalo
tibetano que le regalan un escalofrío escarlata,
con pliegues de acordeón; el jardín chino
introduciéndose en la casa de la playa del comisionista
vienés, que, en la medianoche, logra encender
un Rey del mundo, con un fósforo mojado.
Los perros daneses de las pesadillas,
en el rótulo indeciso, pero de llamas,
que separaba el salón del acordeón y la esteparia
barbería vacía, donde estaba la pequeña
broma de Alaska, la provocación silenciosa
que enviaba la muerte afianzada detrás de la música,
el tiempo sin la mordida del compás de nuestra suspensión.

El agua era una afable señora, una esperada también.
Hablábamos del saber hecho instinto como en el canario,

y como así se puede sentir la estrella
del misterio del parimiento y cuando nos despedimos
despidiéndonos del pañuelo.
En el otro salón, el cuaderno donde se establecía
el timbre de cada fruta fría; los sorbetes
donde hundíamos nuestros brazos como en una manga
que no es la nuestra, pero al final acariciamos
la cabeza del gato que se retira, espantosamente cortés.
Llovía, acercamos más las banquetas hacia el centro de la mesa,
donde nuestros pelillos eran leídos como la flor de la escarcha.
Pero estábamos los tres aún en el primer salón,
la vitrola desenfundaba un *boogie* lento como el colorete
de la ceniza, y la cintura ladraba
en la persecución de sus resinas indostánicas.
Cuando el danzón encendió las lámparas,
la contadora aulló levemente, como un perro al despertar,
y el hombre de párpados lacrados y goteantes,
encendió un tabaco, desprendiendo avispas azules.
El niño virgen que se acercó con los palillos de la suerte,
acarició, sin tocar la, la sombrilla, trompo de la señora retenida.
El salón vacío movilizó sus cristales,
para apoderarse del aliento, no del infortunado signo,
pero todavía la palabra era de Dios y reía.
El niño virgen que se acercó con los palillos de la suerte,
que no querían tocarlos, y empezó a bailar con el perro.
El danzónn curvaba sus capas arenosas
y lanzaba líneas como delfines llorosos.
Sabíamos que los pasos de la danza del niño
no transcurrían dentro del círculo,
pero sus labios resbalaban por el interior de la oreja del perro.
El perro descansaba recorriendo los dos círculos.
El billeteo no regresa incomprensiblemente al Salón Alaska,
la música le lanzaba el reto gimiente,
pero adormecido esperaba el regreso del can,
misterioso como una constelación en las pascuas.

Pero nosotros sabemos que existen los dos salones.
Uno, para la música que se retira
y los paseos del perro con la oreja doblada.
En el otro las brusquedades del acordeón,
detienen la marcha de los ojos alrededor de las pestañas de la sombrilla.
La guayaba no existente cooperó a la *languueur* de las bujías de la contradanza,
entonces surgieron los pasteles pelirrojos y su aroma de violín.

Sin ninguna alteración, como quien acaricia la yerba,
conversamos acerca del Espíritu Santo del faisán,
que sólo se baña en los ríos paradisiacos cuando está en pareja;
del pisapapeles bovinal que busca la humedad del pozo
que no habla; de la sombra agujereada
por el girasol, vencedor de los aforismos de la calavera.
Teníamos también que hablar del indescifrable sueño de la gaviota.

Uno de los acordeonistas salió a comprobar
si ya había gelatinosamente escampado.
Su camisa lucía los signos de quien fue elaborado
para domar potros, pero tiene que deslizarse en el acordeón.
Comprobamos que cada mesa tenía un resorte
para llegar al techo, como la máscara
en una caja llena de etiquetas viajeras.
Mientras la lluvia contaba sus cabellos
y la sombrilla como un marisco buscaba la resaca lunar,
mirábamos el salón vacío, donde un polvo de cenefas
rodaba con las mortecinas tazas en un fregadero
hablador, que sumerge las interjecciones en la boca del diablo.
El humo desprendido por el acordeón
se espesaba como una muralla saltada por el perro
de la oreja doblada, por el jovial billetero de las cejas
de maíz, que parecía pulsar una voluminosa
viola en un tapiz medieval.

El lince inmóvil mostraba en su bigote dos carbunclos,
desconocía la distinción de sus amuletos,
pero el infierno diseñaba la pausa banal
detrás del otro salón, raspado por el perro.
El infierno es eso; las dos máquinas que se seguían,
intercambiando los faroles con la espina de los gatos.
El champán pinchado en la paila de la nuca,
que resguarda la puntada en la hornilla del desayuno.
El infierno es eso: los fragmentos del pescado,
con su coronilla de camarones; sílabas del bulbo
de la médula de la palma *gelée*; el espárrago
de la comedia de arte, métrica cremosa de flautines. :
El perro del billetero se pasea por los dos salones.
En el Salón Alaska, con una toalla enrollada
en el brazo izquierdo, para taparse de las estocadas
de los hilos. Se afeitará en el baño tibio.
Pero no, ya está frente al espejo y mientras

pasea por sus mejillas, el perro lo descifra
desde el primer salón. El infierno es eso:
los guantes, los epigramas, las espinas milenarias,
los bulbos de un oleaje que se retira,
las dos máquinas que se seguían, el *Orfeo* de Pergolesi,
los mozos recogiendo las migas ingeniosas en su fuga,
la puerta que se cierra como un *tutti* orquestal en el vacío,
mientras el japonés en *smoking* se inclina, ;
para recoger el clavel *frappé*, en el bostezo
de la cuarta dinastía de sus sandalias charoladas.

LAS HORAS REGLADAS

Toque blando en el sueño
y peluso, algo rechazo,
enarcó un pídano pedigüeño
en un raspado ocaso.

En un sin interpretación codazo,
saltó de los vapores el pequeño
homúnculo, hecha pedazos
la médula, volvía terco, zahareño.

El eco en el salto se adentraba
y en cada poro recordaba,
trasgo perdido en el castaño.

Pero la voz rajaba al hombrecito
y lo nadaba por lo escrito,
enmascarando el próximo peldaño.

Salta el pelo musicado
en la superficie brusca.
Tenue payaso redondeado
al pavorreal de Juno conduzca.

Roto el cordaje trisca
el humillo su techo clavado,
el oro merieval de la brisca
penetre en el infierno azogado.

Pregunten los reyes unitivos
la siria manada en relieve,
paréntesis de corno y traílla.

La liebre sacrifica a la nieve
sus recuerdos incisivos.
Brilla liebre — grito asirio —, brilla.

Gira el rostro y su tinta
va alanceando en la cursiva,
laberinto en la gota de cinta
si flautín en la mansión fruitiva.

Como cebra que borra su pinta,
lo igual con lo igual destila,
como homogéneos cisnes nos insta
anillar áureos ceros en fila.

Resguarda la firma el instante.
Argos pestaña el diamante
y las arañas se deshilan.

Pámpanos y armadas sin testa,
zumba el algodón su ballesta,
y al virrey incógnito embridan.

A fin de sumar alfileres
cabecea su corteza marina.
Irrumpe en el gusto ladina,
campanilla abdicada en donceles

hundidos al mostrar la extracción
selenita en su puño de gruta.
Traspaso gentil de la fruta,
golosina no de espuma a Glaucón.

Va entreabriendo arbórea en acecho,
y en opuesta memoria en cabrillas,
la función sudorosa del pecho

en su lámpara de ijares cosquillas.
En el gusto, sumando del doble,
divide de su plata el redoble.

Espuma de jabalí a su cuchillo,
piel de cabra tensa estira;
el papel, anchura de un hilillo,
por donde la muerte se retira.

Laminosas, oprimidas iniciales,
coloreadas con marrón de río.
Presagiosas las letras matinales,
testuz de reno frente al frío.

Resuelven las horas de paciencia
la brisa hilando el pergamino;
las siete gracias del camino

blanquean al papel su conciencia.
Eternidad adormecida en su rodaje,
acaricia la caridad hecha tatuaje.

Tuerce el agudo hierro aconsejado
por tantas flechas a su encierro,
el áureo rruiseñor del número trazado
borra los palacios del destierro.

Sus oscilantes ojos en espina
saltan en piel gusanos leves,
la precisa escamosa ciega afina
talón presagio a sus carbunclos breves.

Aún más la combatida sangre penetra
por la roca grabada en la altura
de la garganta etrusca, diserta

fuga en compases sin apoyatura.
La sangre lamida por un perro mudo
sigue su historia como el humo.

Cúbrenos diligente, oh irreprimible,
la embozada absorción de tu vacío;
la semilla en la nieve y la punible
identidad en sí raspada, ídolo frío.

Vacío y aliento amagan en la piel.
La piel comprueba los pasos de la brisa
por la nada, allí fuera escanciado papel,
limón helado a cantidad de la sonrisa.

Entre dos conchas el vacío aprisionado,
cono descendente, estigio rabo del lebrél,
entona la servidumbre del poro desatado

en las exigencias bruscas de la miel.
Las hogueras de Ítaca, oh pordiosero.
Oh encubridora, guardiana del cordero.

Su implorante mano no se hunde,
suspende sombrosa y nos anega.
La limosa oruga se difunde
en las ahumadas voces en refriega.

En el sueño la escuadra solícita,
escarba el oleaje o la cola mueve.
La ardilla saluda por la nieve,
en sumergidos pinares nos invita.

¿Qué hierre si se despide?
Ejército de truchas impide
al río en nombre del espejo.

En océano infernal va su desnudo,
arremolinado al pasar por el embudo
gime oculto y se astilla circunflejo.

Ya las interrupciones suscitando
o el continuo canoro solicita,
las pausas en el fruto dimanando
a las huecas cascadas nos invita.

Nube de cada poro presagiosa
la copa cubriendo lo mirado,
y en la deidad más perezosa
finge un agrupamiento ya tachado.

Tiznado chopo vertical se burla,
aspa alanceada malogrando el bulto,
cuando se lanza presuntuoso insulto

o se despeina en el rocío burda.
A mí el humo, bastón de tropa,
áureo hastío remando por la sopa.

Entre un violín que nos dice
y una desvelada tecla que convoca,
la alabanza en columna nos predice
la escala que más nos toca.

Fruto infernal que prodiga Eurídice,
mientras Orfeo entonando rota,
y la perseguida sombra nos desdice
el sueño que el descenso anota.

Gime y la más lejana cifra ondula
el compás del olor que suave esplende,
y ya el árbol gira cara en piedra.

Cuando penetra la mano de la yedra
en el árbol mayor, sauve desprende
el diapasón, como imán de nébula.

Aquí gravita entre la flor y el pan,
su ancla dócil de igual consentimiento.
Una es la brisa que bate su lamento
y uno es el redoble del cuello que gravitarán.

Pero el cuerpo se esparce suspendido,
cangrejo que reoja la navaja.
Roto el vinagre se esparce mal torcido,
resistiendo el lanzón de la navaja.

La panoplia renace por un ombligo,
el yeso suspira en el tesoro
del pie danzante que a la cabra sigue.

Tajos de la noche la cara del amigo.
Vuelven de nuevo a las fronteras de oro,
donde el silbato final sin tregua me persigue.

Como viene lo oscuro hacia lo verde
y la nieve acude al pico coloreado,
así la sangre en el paño prende,
y penetra al espíritu gentil del descarnado.

Como viene el árbol a su entrega,
dando la sombra a su reverso entera,
el cuerpo sentencioso ya se anega,
jurándose desleído en la noche verdadera.

El cuerpo que se adelanta a su quejido,
que más pregunta cuanto más se enreda,
y salta en la semilla que nos deja

creando el increado sin sentido,
se vuelve a la tenaz espalda de la seda,
con la sutil reverencia de la abeja.

Por donde se apoya la simpleza,
borrón moviente en hongo punteado,
hincan las hormigas su cabeza
en el lunar del palacio borrado.

Van visitando el agua por hilacha,
reconstruida en guija a su vacío,
cuando la nada bisela como un hacha
cada grito el humillo en caserío.

Salta desdibujo cornamenta en lazo,
nueva la piel no enfundó la oreja;
suspense oscuro brusco pedazo,

gimiendo el estiramiento la pelleja.
Mece la corza a vuelo en el trapecio,
farol su lengua hinchada en el silencio.

Monárquico vidrio, ámbito de copa,
una la estría en fiesta del otoño,
la desazón mosqueada la provoca
hueco el sonido preludio del retoño.

Aquí la flora, aquí el celeste viso
alcanzó en justicia su corona.
Aquí el faisán su infierno paraíso
calentó la astronomía de su doma.

Alada fruta, piramidal faisán,
tronos de vidrio en lengua calcinada,
tornan la flor insecto en su mejilla

oval, cascada personaje que no chilla;
serpiente amante de buey descompasada
finge colorete, tartajo o ramadán.

Desdobra, no el confín, flauta,
la onda en sus pies se retira;
araña al oído se mira,
clama silbar como nauta

la canción, sierpe en la pira,
rota al escalar su pauta,
exangüe número la lira,
peina el canario la cauta.

Conchas labian el vacío,
ramas, madreporas, brazos,
ruinas, tréboles escasos.

Prueba final de destreza:
cánones del desvarío,
la brisa en la llama ilesa.

Sin sarcófagos ni fuentes,
una joyosa nos anida;
malignidad de los tridentes,
fugacidad, la consentida.

Semilla aquiescente,
tropo gigante esclarecido,
Baco y Toro, escindido,
descorchado eternamente.

Grano de arena ¿para el pobre?
Ardilla la jaula un destello,
que sonrío en el plato de cobre;

pestaña al ángel el camello;
si el pavorreal atragantado eriza,
el erizo, ríspido tetarca, irisa.

Oh, granada, el acierto
termina en miel azulada.
Pestaña en su presto,
luz en velamen raspada.

Delfín al Mar Muerto,
suave gris escamado.
Estalla en ancla, tratado
en poniente a su espejo.

Gruñe un dios, la floresta
tropieza por la flauta.
Guiña estatua el reflejo,

malparada en su pauta.
Inútil hilado del tapiz,
escocesa mañana la perdiz.

Sumerge la onda el rescate,
grullas y masas de junco.
El sueño distribuye el encaje
del devenir en su punto.

Copia el garzón las huellas
perdidas al blanco azote.
En el recodo las centellas
el tonel de vino provoque.

Móvil clava su astilla,
lámina escapa al lamento.
Bebe el áspid la arcilla,

espuela en arcos de viento.
La luna sobre la hiena:
tiorba a su vid enajena.

El deseo, no en la fruta,
solloza inadvertido;
distingo en su disputa,
bruñe fiel el sentido.

¿En qué rama mecido
se ciñe con su sombra?
Silabea y se asombra
el Can adormecido.

Caricioso en la onda,
graba abeja en la rama.
Ciempiés de olor la fronda,

guirnalda se encarama.
Cascabel de lo oscuro
esconde lagarto maduro.

Cigarro a su desusado
si, metamorfosis tacho.
Bocaza de enano gacho
tras el cristal susurrado.

Al humo, el encaramado,
en la tiara malgacho;
sus escuadrones mareados
en la redoma rechazo.

Suerte de aroma penetra
el piedra oblicua del valle.
Enano sopla, que estalle

la noche, enagua despierta.
Ganimedes, entrepuente
mojado al indiferente.

Teresa, que es buena y ancha,
nos dice la voluntad;
la estrella suda y ensancha
a la escoba en humildad.

Salivo el supraceleste
donde la piedra respire;
el búho que no nos mire
y nuestra aguja se acueste.

Desequilibrada mina
oscuro pámpano apura.
No de luz, gracia y premura,

sale del monte a su ruina
el ciervo que no se alcanza.
Oh bosque, noche es balanza.

Buen mirar, si caigo,
brinco en soledad.
Se esconde, me embriago.
Chifla ¿quién tironeará?

Las insinuaciones, no;
si rabia, me alcanza.
Es... si pregunto yo,
Chipre y la peroración.

Truenan las insinuaciones.
Escampa ¡manubrio
hala música de su doradilla!

Insecto del astro dora
tus relojes. Almendra:
Pasta y temporalidad.

Empezando por las cien cascadas
y al terminar por el agua de vida,
Glaucón creía ser dios y no serlo,
querelloso el salmón en su rúbrica.

Cuando estaba pescando en Eubea
y ya había trenzado las yerbas,
quería ser dios y consolar al salmón
apaleado y encontraba los muros de peces.

Pescador murmuraba y hablaba
pez a pez de su leyenda,
del día que saltaron y oyeron.

Cuando Glaucón como dios
quedó sumergido, sólo apretaba
el cayado de las cien cascadas.

Recórreme ciempiés cuando alanceo
los ocultamientos de Orfeo,
si moja en el humo del Averno
el pronunciado algodón del invierno,

cuando esclarece en la serpiente
el triángulo de oro hirviente.
La diosa por los juncos decrece
la definición que no se mece,

entre el humo y el cuerpo recorrido
por el pez en su tesoro hundido,
al morder la espalda en su ironía,

traición para anclar su mediodía.
Con los sones en el humo dañas
el cuerpo exánime en las cañas.

Unidad del círculo ¿dónde?
Esencia universal, sustancia
necesaria ¿dónde pasas
tiznando la sangre, quedando?

Persona, concurrentes luces
hacen la persona y el acto
tercero; está la persona
en sí y en la otra unidad.

El aliento flota, muerde
el aceite, la llama
sobre el agua tira y reclama.

Círculo, clama por cerrarse;
reclama, abierta espiral.
Disfraz, persona unitiva.

La flor cierra sus dados;
el ibis graba su noche
en el limo sin retorno,
sin espejo nadado por el cerrojo

de número. Diorita,
talla el ejemplar igual,
aquí el pavorreal es el ave
de Minerva, las columnas nacen.

Jacinto sustancial, metamorfoseado
en jacinto por el ceño y la *voluptas*
de Júpiter. Ay, ay, la flor

reaparece en la metamorfosis
del instante, y Jacinto
Júpiter y Jacintillo graban el Ay.

Lápiz a su nube,
di, prosigue.
Borra lo que sigue.
Tacha lo que sube

al cuarto inclinado,
acecho de alfil,
infante enjaulado.
Seda de Boabdil,

luna semiandante,
¿ijar o turbante?
Riscos, aquí caracola.

Dice más la suerte
herida de muerte:
ópalo, batahola.

Oh, dúo, mensura
de las dos espigas;
idéntica noche,
las hojas recrea.

El círculo detiene
y sonrían las valvas
de arenas y anillos
rotos, peces discursivos.

¿El misterio toca?
Se ríe, saluda
y vuelve a su misterio.

Se ha quedado, mañana
no lo reconocerán, sonrío,
saluda: no está, no está.

PARA LLEGAR A LA MONTEGO BAY

(Permiso para un breve sobresalto)

Furiosamente las abjuro y clásicamente
las convoco al mismo redondel del frío
bajo, tosco laurel movido y al recojo
de sacra para siembra y arte.

De ese cristal que se baña en aguas de su orfandad
puede más, adustos del adviento, que si confinase
a la lluvia de cordel o la apartada del aire,
cuando le sopla un costado para buscarle la médula.

Dicen que los tejones, en aguas de su humedad,
burilan más, hocico en punta de atravesar
una sombra de escaramuza en jarra de vino,
sustituido por la criada del milenio gordo.

Pues sí por allá paseaba la soplada,
la que por dos platillos pasaba su sombrero;
ahora una gansada asombra la estufa,
y el mayordomo llega frotándose y se vuelve a retirar.

Los citisos evocaban la llanura de Platea,
el amaranto ridiculizaba las uvas en el toronjero,
y el frutero como las partenopeas buscando la brisa,
se descalza, brinca la luna y barba al maestresala.

La dignidad de la moneda de la joven corintia
y los palurdos buscando chinches de acordeón,
pues el carbón que se teje, bate en flanco,
y el acantilado muge en el ropero de la mugrienta.

La doncella es la papisa, el caracol y el alcalde,
los copetines del recaudador del oeste;
mi grito descifrado requiebra el hacha de la doncella,
pero mejor, el toronjero y la nueva estación de estalacticas.

No es un pie remedando las columnas cogidas por el talón,
ni la bolsa del cartero, santoral de increíbles nacimientos,
ni la paloma traza las iniciales de la afiligranada ciudadanía,
ni el abejorro retrata la abeja de la vieja.

Como los leñadores no llevan su hacha al juramento,
ni el capitán habla dormido, papirotando,
así los versos garapiñados y garañones,
anuncian la lluvia, el tocoloro, el abuso y compadre.

Tendrá que ser la abeja de la vieja, dice Hermes;
ya que no puede ser la vieja de la abeja, dice Euforión.
La abeja se posa entre el pamelón y la miel,
entre la dulce bobería y la bobería seca y funeral.

El canon en el mortero te mancha la nariz, la sección
áurea se presenta como el estofado de una Baviera
de juguete. El ojo no tiene por qué parecerse al sol.
¡Jehová del sargazo un cometa para esas brabuconerías!

Al lastimar el albañil, la amarilla frente al tapir,
recibe el disparo que le hace una corza de Río
Grande del Sur. Es gracia del año, que el artificio
mezcle las lunas, los collares y las gamuzas del Jefe.

No hay por qué llevarse los tizones en el rapto.
Días antes, las gatunas medidas de las ventanas.
Dos días antes, las lunadas, frías herraduras del caballo
que nos regaló Furgan, el hijo del hullero inglés.

Reaparece por el pueblo con la gracia y el sueño.
Con la gracia, relieve del sueño.
Y con el sueño, fortaleza de una gracia aumentada
por los astros que duermen y las playas despiertas.

Para llegar a *Montego Bay*,
el oscuro furor adolescente escondía sus flechas,
y no el retiramiento de participar en la ausencia,
sino el aposentarse en el escarbar y el agujero.
El odio a fingir el encerado, ocultando con el pañuelo
el rey de espadas, y la marmórea, obligada cerrazón
del cimbalón de las carcajadas lanzadas al asalto.
Y no el traspaso de la agujeta cenital, sino el manteo
de ir recubriendo el ciruelo con la otra carne lunar,
cuando vamos reclamando el hueco del almendro,
el ramaje que nos indica la aleluya de la flor,
si no la miel avanzando por el secreto de los pistilos

y cristalizando enterrones para el goce en la glorieta
de las montañas azules, que voltejean al viajero,
y en el despertar de un número lo entreabren
en las risotadas o en los siete ríos tirados
por una pareja de bueyes.

Las piscinas donde se sumergen los herederos de coral,
los herederos ingleses que han sonreído en las excavaciones egipcias,
fruncen el rizo, disecándolo, de la decadencia capitalista.
En el anuncio de un cigarrillo se hacen tantas pruebas
como en el inicio de un funeral minoano.
Y las abreviaturas de los espejos siracusanos, cortados
por el obturador de un rabo de ardillas,
agrandan sus venerables párpados de tucán,
para llegar a *Montego Bay*.

El negrón pastor que sacaba las monedas cabeceantes de un chaleco mozartiano,
portería de los bolsillos marsupiales del chaleco,
abría los flácidos brazos, como un centurión, en la piscina,
necesitando después para plegarse la síntesis de las sales odorantes.
Los densos murciélagos de la bahía jamaicana,
al despojarse de los reflejos de la piscina de los mirtos,
penetraban en los trazos cuneiformes del interior de un tronco de palma.
De la boca del negro gigante salía un ferrocarril de mamey,
sus carnes lloraban medidas por la guitarrita del tembleque,
dejándonos el disfraz de un bien llevado susto,
en la piscina de la *Montego Bay*.

Como la abierta canana de los soldados ebrios,
el negro pastor palidecía la ablandada mitad de su chaleco,
ante la piscina rizada por el triple salto de la piedra heraclea de los griegos.
Su chaleco como un endurecido ajustador de líquenes,
mostraba su divertida coquetería andrógina en la *Montego Bay*.
No en la infernal glorieta donde los murciélagos penetran por los troncos,
sino en la marcha de las hojarascosas nubes del otoño, expulsadas
por *the fire of the forest*. El refinamiento del bosque
de cocoteros iguala a la franja naranja de la cacatúa austriaca,
pues una esbeltez que parecía no traspasable su multiplica
como las quemantes naves de los aqueos delante de la frivolidad del Ilión.
El refinamiento del bosque de cocoteros lanza semillas
mascadas y ensalivadas sobre la estilización de los anuncios
de las marcas de cigarrillos en la *Montego Bay*.

La carnalidad obsequiosa del césped se tullía
para esperar un crepúsculo de musicados entreactos.
El *flamboyant* como la albina señorita jirafa,
estiraba su tronco hasta el cristal confitado de la flauta.
Y una pequeña copa roja de sombrero tunecino,
dominaba con su adelgazado fuego al negro preguntón,
enredado mansamente en el disfraz de correo de *her majesty*.

Un pelotón de burritos y un *rolls* condecorado
se estiraban frente al sargento de tráfico con prismáticos de almirante.
Pero como en los elementos sacerdotales de la física jónica,
the fire of the florest era sustituido por el *laughing falls*,
y las carcajadas de las siete aguas confluyentes,
borraba la agujeta inútil del fuego encorsetado,
antes de llegar a la *Montego Bay*.

El bosque de cocoteros y el adelgazamiento no sombroso
del *fuego de la floresta*, ondulan las espigas de la sesquipedalia:
el pescado largo está bajo las leyes del magnetismo.
Las palmas caminaban en el Eros distante, pues la lejanía
avivaba la irritada piel de la distancia, entre nosotros cada palma
lanza el voluptuoso contrapunto de su ámbito, y así la mirada
reconoce su carnalidad en el palpo de la coraza de la noche.
El bosque de cocoteros obliga al crecimiento del vegetal,
persiguiendo una chispa o la estrella caída en el cartucho
del carbón del estanciero. El *flamboyant* tiene que alzar
el tachonazo bengalí de su copa, para que el cerco de cocoteros
no casque el súbito coral de lo entrevisto claveteado.
La copulativa bahía donde llegan los espesos y el tuétano
de rótula de negros cabritos, invade con el sopor de su sombra
el bosque de cocoteros, apretándolo por la cintura de su médula.
Aquel adelgazamiento persiguiendo a la saltante chispa,
sólo es penetrable por el caldo sombroso de su anchurosa base.
La laminación cruje y se corrompe por la espesada evaporación
de las agua, si no la angélica transparencia igualaría en su sentido
a la espesura vertical de la carne vegetativa, y el reciente nadador
estaría inmóvil entre la penetrabilidad de la espesura y la transparencia
angélica, pero no, la sombra evaporada de las aguas puede penetrar
por los bosques de cocoteros de la *Montego Bay*.
La confluencia de los siete ríos en una carcajada y la simetría
de la floresta, hecha para la sutileza del insecto moribundo,
pues allí el hombre presiente que el paisaje rezonga
una carcajada que se apoya en sus espaldas, adormeciéndolo.

Las diez y siete ensaladas que se brindan en el *Hotel de los Mirtos*,
están elaboradas para el tapiz del antílope volador, no para la espesura
del sueño del varón de églogas y los recursos de su flauta suficiente.
El oleaje del vegetal no recogió el reconocimiento del nadador,
contentándose con un túmulo donde las evaporaciones del vegetal
no recordaban las cenizas para las solemnidades del viento presagioso.
El correo de su majestad se solaza en el olvido de las direcciones,
pues el destinatario se adormeció en el incesante destino vegetal,
su silbato no penetra en las adormecidas cortezas de la pirámide funeral.
El paisaje para el sexo del insecto y no para la memoria del hombre,
es que el que rueda las atolondradas lunas del oleaje en la *Montego Bay*.

Las laminadas y perseguidas cinturas de los cocoteros,
mordisqueadas por el tuétano sombroso despertado en la bahía,
lanzaban la chispa que coloreaba la distancia para el Eros
del insecto y su laberíntico azar de polen y arenas.
La erótica lejanía denomina la mecida extensión de lo estelar,
pero al caer la chispa en la bahía cuando llegaron los
esposos ciegos, no soltaban sus manos con el nacimiento de los peces cantadores
en la *Montego Bay*.

Las salientes desfiguraciones de la lengua seca,
después que el valle y la primera bahía se movieron
en el jardín sumergido, un húmedo polvo azuleando
se iba a la tortuga marmórea y al loto estalactita.

Los cuadros medievales de la hoja, burlados al rocío,
cruzaban como pecas el libro de horas hundidas, semejantes.
Cuando las hojas doblegaban sus verdeantes banderillas,
se carne se guardaba como el polvoso cuerpo de las dinastías.

El rabo, la lengua, humildoso bracito, sonreían saltantes,
en la antológica experiencia del diseño sumergido,
o la claridad sobreextendida, que ya no es al doblarse
en clavijas de ojazos y torniquetes de furor penetrante.

Cuidar una hoja bien vale el culto de rechazar
el fuego hasta los confines, bien vale amamantar
los delfines con vuelcos y brillantados yerbajos,
y alzar en su pontifical lomo las consagraciones humosas.

Los domeños y las pertenencias me obligaban a fruncir
la herrumbrosa sangre, y el paisaje alfilereado

en otro insecto de peluche con luna, pues su veloz laminado
no era para el cayado barbando en la nieve.

Llegaba con la sangre cuando rompe los dos círculos,
la mayor y el menor inagotables furiosos, pero la boca
del misterio de nuestra sangre volviendo después de haber ahincado,
después que nuestra sangre penetró por la ajena bahía y los dos brazos de mar.

La preguntada espuma saliva ses fábricas de sal.
Si penetramos de espalda el concilio de la marea,
retrocede el rencor de la sangre por las dos compuertas,
pues el misterio indual acoge y ciega la enemistad permitida.

El mar no se dispara al secuestro del tonel,
pues la sangre espermática se desenredó en otro cuerpo,
abandonando el inútil misterio tirando de los árboles,
y las preguntas, como orugas, tapiando laberinto de las hojas.

Lo que fue raptó, ahora se acostumbra a la siesta en la arenas,
y los peces recuestan alfabetos y los somnolientos instrumentos devorados.
El manglar protegiendo musicado los anchurosos vientres,
protegía a la sombra que penetra los cuerpos sin varón.

En la *Montego Bay*, el detestable tumulto de los hombros,
para abrirse en un árbol donde se descolgaba el nuevo doncel,
traía el horror del primer genio, que igualaba al hombre
con el árbol, manteniendo a la estirpe en el tedio del pedernal.

La tribu misteriosa, anterior al primer testimonio escrito,
volvía a los amputadores caballos de los escitas,
y no al relámpago raptor de los reyes etruscos.
La cariciosa doma y el traspaso de la sombra del árbol les bastaban.

Era el lenguaje de la tribu escapada de lo escrito,
donde la móvil sombra era la fija sombra arbórea.
La planta del pie tenía nocturnas raicillas,
la palma de la mano escondía estrellas descifradas y respirantes.

Los domadores escitas saboreaban la divinidad del rocío
y la pavorosa Nictimene encarnaba las condenaciones de Lesbos.
Las voluptuosas estancias, despertadas por el refinamiento de la hoja
del plátano, dejaban para los jinetes el rocío del sueño fálico.

Después que en las arenas, sedosas pausas intermedias,
entre lo irreal sumergido y el denso, irrechazable aparecido,
se hizo el acuario métrico, y el ombligo terrenal
superó el vicioso horizonte que confundía al hombre con la reproducción de los
árboles.

La prueba del desierto se llenaba de innumerables bueyes blancos,
que conversaban con los que habían sacado el misterio de las aguas;
la tierra, evaporada por la solitaria conjugación del verbo,
entre el círculo mayor y menor, enloquecida o titánica vuelve.

El hocico se enterraba hasta el fracaso del pozo,
los cuerpos tanteaban la llave de dos relojes,
pero la arena quemada no levanta a la murmuración
necesaria para la entraña del vegetal o el rendido secreto.

Los maestros montes, bueyes habladores, caían sobre la risa de la bahía,
saltando por las chozas donde se elaboraba la ilegítima cerámica.
Deshecha la tradición alfarera con peces de mediterráneo picassista,
el sensual y narigón jengibre del diablo babeaba la niña tocororo.

Pero el que fue, oyendo musicados números, a lavar los anillos
librándose de Saturno y de la levedad de sus manjares falderos,
desenrollando ceremoniosamente las campanas del cuarteto,
llevaría siempre con gracia a su mujer en la maleta de viaje breve.

El hispalense, castillo impedido por agodonosas tembladeras,
nos recibía, y la pareja cerrada por un sombrero cañero,
comenzaba sus tumultuosas caricias y sus eruditos escándalos,
rindiéndose con los cortesanos miedos del varón principal.

El raptor, salido en duermevela de la entraña hullera,
desdeñando al Niño Diablo que cierra el portalón,
alcanzaba el jocundo tornasol de la criatura derivada,
penetrando por la antes hostil voz intermedia en el aliento de Anfión.

CIELOS DEL SABBAT

Ahincadas o labiándose, por el parque o el mar,
trocar, Trocadero, anapestos, trocaicos, se deciden.
Sus sábanas de cuévanos sueltan hombrecitos, toallas
del ensayo bufonesco de las costumbres de los bisoños,
entrando en la galería con el antifaz de la merienda,
marfiles de las ornamentales tapaderas revisados
por el silbato que pellizca las carcajadas.
Se inicia la temporada del estampado venenoso.
Llegan con sábanas relumbrantes de piernas,
con vuelta de vueltas del disco pagado,
el pelo punzó, las piernas pescadas, los patos falderos
en toscas lunas de frasco de azul otomano.
Del parque o del mar le suena el embozo
por el cazón también alcanzado, si no fuese que el parque
o el mar mastican trocaico, anapestos, las mantas
prestadas, cloqueos del humo, para rechuparse
las escalerantes damas que barnizan el ancla.
Rotos de cadera y guitarra afinan la espina
evaporada en el bolsillo del día
del desembarcado. En el anapesto de vienasas lisonjas,
el vino y el ángel de la plaza de los embajadores,
para saltar la opereta de cornamusa, para las coronaciones
del sueño de cera fluyendo desde la caseta
a la ira justa del placer de la arena y el péndulo.
Agujeta, cucaña, burritos del escaparate de tres lunas,
onagro de enanos de quiebrahacha,
eneldos que escuecen salmuera a pescuezos,
zurrón que cobra los turnos a timbres bajantes,
hojas de calabaza, malvavisco echado a rodar
a los quince, toalla de sarampión, sala
con las tarjetas de *Fátima*, *La caballista*,
entra por las carteras con tijeras barbadas
y polvos cegatos para el estornudo que rompe
el éxtasis. *Melodías de Broadway*, taponcito, ratón,
de coral mordiendo la oreja, duro carrusel con puenta,
de gusado de seda, dulcero con la escobilla
por la oreja. Suave oración
silenciosa envolviendo el cuerpo en benjuí.
Ah, que apaguen, a su timbre los cinco

registros, aquí no llega el gusano escanciador,
Ganimedes de entrepuente, laberinto de añil
de la otra toalla, cierra cartero el bolsón
con los siete gatos de las Cabrillas,
reclama tu saturniano silbato, vuelve a la orilla
a oír y a chupar las esponjas.
Glaucón, lengüeta de la gaviota a su torre,
dulcero, cayéndose.
Aprendió en el légamo egipcio, luego se disfrazó
de morisca, su guitarra le roba a los marineritos.
Judith, mirando los zapatos de estreno,
zapatos azules con mal encordadas pestañas,
y el timbre le afeita el espejo, languando tarjetas.
Los grupos repasan la eficaz lentitud de la pelota
de cristal, reemplazando a la esfera mordiendo
su copiosa sustancia, las manos absorben
el cristal, aunque la manual cortesía se interpone,
traspasa el cristal su sanguinaria proyección.
La pelota se arrastra suave, en cada hoja, desciende
por su gracioso centro endurecido, va a romperse
en las baldosas, recibe el soplo mediador
tapiz donde se apunta el tanto con silencioso
griterío, sólo el ademán danzando de los labios
y la voz que no trenza descifra los chillidos
de la niebla, el árbol ha crecido para pescar
la pelota de cristal, salta de hoja en rama
sin intercalarse en la ocupación dormida de los pájaros.
El cristal evapora la inaudita procesión nocturna
de los juegos con la pelota de cristal, la sopla
hasta la copa de los árboles, si despierta un pájaro
intercambian sus cabezas los jugadores, desean
un exagerado rigor en la precisión de sus jugadas
y se van adormeciendo escuchando el nacimiento
del árbol que tiene las raíces sudorosas de cristal.
Los incansables jugadores persiguen la pelota
que nunca estuvo allí, pero la tierra se evapora
entrechocando el súbito de un crecimiento
y la pelota de cristal.
Las comprobaciones lavan el salmón, la escasa
luna divierte el cosquilleo de los gendarmes.
Su silbato iza el merengue de las braguetas,
esperando los tiosos del panadero bromeando
con el suicida, porque la americana se rubrica

con el muro, para no regresar con los encajes
verdes de Virginia y complimentar sus adoptivos
deseos con el manjuarí.

Los oscilantes pasos del trocaico resbalan
por la obsidiana sin reclamar el relieve
donde la tortuga destroza las puntuaciones
de la lanza y espera al jabalí.

La tersa, enredada lividez de la obsidiana
o la gorguera del gaditano caracol,
retroceden ante la piedra de cobre con fibrillas
de oro, o la presta anémona dócil
al rostro de cada brisa gira su boca,
acometiendo ciegos los poros al tridente.

El desembarcado está ya rozado por la pelota
de cristal, sube por el ancla recortada
en una piedra blanda y transparente
y en un disecado ojo de pulpo.

La caballista lo laminó entre dos sábanas,
se siente intercalado por la flauta
que le sopla polvillo de malvavisco
y el tazón nuboso que los acoge y adormece.

AHORA PENETRA

Ahora, se esconde en el río,
las demás son visitables.
Brusca, se quemó en el caserío,
fantasmas lentos, trastrocables.

Tieso, mil perdones, estofado,
penetró sombroso a su rincón.
Galón verde, arañado,
al comenzar el bailón.

Guiñando la reina mate,
tuerce el ánade su recado.
Cometa, vajilla de equilibrado,

sonríe el lunar mientras late.
En la polka fue aclamado,
brindando salmón sonrosado.

El alzapaños testigo, escoria
de cobre, vestir de oro.
En la gruta, tren sonoro,
zapatea el arlequín de achicoria.

Hay que ver lo que se pinta
la tejedora morena.
Casaquín de la opereta, linda,
Tatianov con su cruz Lorena.

El farol ya está en camino
cambiando sombras y tragos.
Malhayas de aquel espino,

tijera el verano de halagos.
En la muerte fue aclamado,
brindando el hijo resucitado.

Del saco donde sumerge
Sócrates la cabezota
y el humo, si no se embota
la razón, que nos protege.
¡Líbranos de todo mal!
Suficientemente carnal
la abeja de la razón,
ya no vuelve y no protege.
Oh buitre, logistikón,
en tu seguir al que sigue.

APARECE QUEVEDO

Pámpano corta en sus mallas
o italianiza disfrazado,
pule cuantas más rayas
pone en la noche embozado.
Su clavija ya rechina
si la sentencia adivina
un nadante cuerpo espeso
mordido por cada frase.
Aquí, donde el color yace,
costillar para ser preso.

Briseida, fragmentos de oro, diciendo:
quererte como te quiero.

Padre Nuestro, que estás en los cielos.

Se me regaló la figura,
se hizo ala la contextura.

Santificado sea el Nombre.

El nombre sí, que me ata.
Alguien, suave, lo desata.

Ven, con tu reino.

Cuando me empino no veo,
pero allí, redondo, lo creo;
ni fulgor ni sed, no es deseo.

La voluntad está hecha.

Tersa un ave no rasguña
el cielo. Que no rompa. Que no bruña.

Así es el cielo, así es la tierra.

Me equivoco y voy a dar al infinito,
en el infinito no está la gruta del grito.

El pan es nuestro también.

El gato se enrosca al final
del cuento. Ya no mira, va a empezar.

Fui tentado por el bien y caigo en la tentación.

El cuerpo tiene un orgullo visible,
es despreciable y es comestible.

¿Lo sabes? Líbranos del Mediodía.

Se entrega el tejado frío
al gato escarbando y no

tiene ironía el río
que de la flecha burló.
Nieva el tejado la casa
que las dos nubes enlaza.
Abre sombra a la manera
del aire del picaflor,
la casa vuelve y ligera
y vuelve al llamarse amor.

La linda de un caramelo
y el cielo puesto de lado,
forman el nuevo cielo
con nueva cara mojado.
Cabe siempre entre dos fresas,
entre dos, rocíos y sutilezas.
Verde la nieve tropieza
con la madera de olor,
ya no acaba lo que empieza
y vuelve al llamarse amor.

VISITA DE BALTASAR GRACIÁN

Es el que quiere salir
y el siempre muy vigilado;
la anguila quiere venir
silbada por el candado.
Si no rompe, si se encoge,
si nadie la vio y recoge
la ajorca, plectro de arena.
¿Qué mucho que su silencio
sea el pelo de la hiena,
sea la hiena del desprecio?

La carta aquella del diablo,
sin leer quedó en llamas,
salvándose el llamado Pablo,
buscón, bacinilla, perro de aguas.
Los que asistieron sin falta,
chasqueados fueron sin prisa.
No encontraron en la brisa
lo que en el gato se enarca.
Sin papel y sin tintero,
fantasma del imprentero.

Tocando en la medianoche,
San Juan llegó al convento:
abran me he escapado.
La fiesta de su granado.
Gracián escurre su coche,
la gracia no, el acento.
La gravedad y su sombra,
la sombra y el imprentero,
van sacando del tintero
la ceniza como alfombra.

Glaucón, el espumoso,
Dios que sabe de la anguila,
inmortaliza si hila
no en el mar, en el tenebroso
sin columna y sin punto.
Llega el Cronión cejijunto

la anguila, inmortaliza,
no dulzona, sí de mar.
En la bocota desliza-
se y ya no se vuelve a encontrar.

Si quería salir de órdenes
y en la amistad se enredaba,
con Lastanosa sudaba
su sobrino y sus desórdenes
en epigrama y soneto.
Sombrío vuelto perfecto
por hilo de propia sombra.
Conspira y no se le ve,
sombra que mejor nombra
la noche y su ojo de buey.

Los mismos ornamentos, sucesión de una espada
de obsidiana, respiran como la piel tamborileada.
Interrogaban con la cornamusa de Aldebarán, frío
estelar de un escudo en el mesón del retorno.
Hay allí peces, adargas, maldiciones, caídas de cuerpos
que llegaron picoteados como el maíz, irreconciliables,
pero su oro de hormigas, fracciones de tiaras melodiosas,
irrumper como una torre en la masa de azul ecuestre.
Pequeño sobresalto, interminable niño combatiente,
brumas de cobre alucinado, corre a una brisca
en el castillo con bonete de obispo en cada asiento.

"Di el precio de un jarro de trigo, pregunta
por los ladridos que rodean una promesa juramentada,
acércate a los oídos del trono, recurva al cuerno
de marfil golpeando la oreja del gamo pintiparado."
Vuelve al tapiz, pero la mirada lo volteja hacia los perros.
Vuelve al tapiz, no siempre el humo
de la medianoche te regala la fuga.
Las manos estrujan el gamo de artificio, favoreciendo
el desprendimiento de la hilacha que le corta
las orejas para aislarlo de su relieve en el viento.

VENTURAS CRIOLLAS

De los calderos en la luna baja y sus utensilios
soy invitado, y preguntando el sitio
estiro el codo y si ahora vuelve y se encoge
el ilusorio mayordomo y me dona el número,

vuelve a su sueño, ya que nadie vino.
Del invitado por la puerta gacho, ya en su sudor,
que es la campaña para el tacto en ojos.
Después, fuera de lista, en su sudor se estira.

Los invitados, sin balbucir el paso, tendrán
que pasar a la contigua que se cierra oyendo.
La puerta es baja y la ventana cierra quizás la flor.

Salgo rubiando, pero quedé untado
de aquel caldero que nos peinó a todos,
puesto que así llorando nos trajo el remoquete.

Ahora el encierro, puesto que más se cierra
el que salió orondo a su albedrío.
Lo que escogió, y estaba entrando al sueño
del mayordomo, tuvo festín de ahítos por la gamba
del concertino, que se fue a su tierra
ajena, donde el torcido iguala la armonía.
Así también, jinete del manteo, si se cierra en noche,
el cenital marcha de espaldas para darle sombra.

Hay otro nombre que le da la tienda,
hay otra pierna que se añade al hijo
y vuelve a soñar con la gaita al cuello.

Pues si nos llaman, nos piensan de otro modo,
son dos los nombres que el Uno se añade por la casa,
y así, prensado, de sobremesa, como el liquen, viene.

Por el aguzo, recamo o antecámara
el brazo se yergue sin entregar sus dones,
golpea suave la puerta de algas viejas;
las algas viejas son espadas secas,

mintiendo la sequedad lengua de las nocturnas
hordas mascando ceremoniales dichos.
La puerta de algas curva ramos al entreabrirse,
áspera somnolencia que el ordenanza brida

y el salto araña al ser reconocido.
La puerta de algas gira al húmedo cobrizo,
llega y le otorga su retroceso de humo.

Cuando el jinete avanza el doble cuello,
sesudo y quedado en la cerámica,
la puerta de algas huye, silenciosa pulpa.

No le reclama nadie la insolente friega
que ayer debió caer a ras de lluvia.
Otorga cabezazos que quieren disimulo
en la incompleta escoba de su alzada muestra.

Toca servillas, y mira. Perdido, cuenta,
queriendo que alguien le mire su descuido.
Cambia los pasos, barrilete en medio,
y al fin, se pierde, descuidado enfermo.

Nadie le miró la raya incierta,
abandonó la escoba y no adquirió la silla
que le seguía anotando el roto o el cosido

polvo, marca ya de empanada familiar.
Nadie le mira ¡horror! cuando se salta el tino
de la escoba "Marquesa", sombra de otra vaca.

Resiste como hielo, felizmente, no como roca;
como hielo que va cayendo hacia la mano,
no como roca, que empuja el hueso
y martilla la arena, hasta darle una cabeza.

Como hielo en la mano, que invade la filigrana
del gesto, y después, en avalancha, un calor invasor.
La roca suma gestos, suma pájaros escamosos,
pero no es la buena señora sumadora de la choza.

Por la mañana, con un papel inmenso, prepara la alta gruta,
desfilan los tomates, las algas yodadas, los tronos bizcocheros.
Cierra después la gruta, poniéndose un paño negro en la casa.

Algo falta en la lista, viene un grano de arroz.
Algo sobra por hoy, rueda un garbanzo iluso.
Imponderable lista pautada de lo que sobra y lo que falta.

De la tortuga el agua en la papada,
empavesa farolada nao de esqueletos,
al saludar jovial la mona encaramada
en el monitor chillón, sus dos pequeños disertos.

Comienza el galleo, el terraplén en tinta
retoma la espuela, costillar en grito,
el pintiparado, con el crío inscrito,
charol inaugurado, prueba la buena pinta.

Cabalgata en el cirio, la almendra que se cierra;
el diablo paga silbando tres toesas de tierra
y se amarra al muñón tiesa la gubia.

La camisa en el piñón, sirvió la vela,
hirvió como fantasma en la pamema,
colúmpiate lindón que el viento estudia.

No le reclama ya lo que le plazca,
va a su abandono de ensalzado búho.
Tiene la llave y acordela siete puertas,
recoge su pecho suyo y la cara trabucada.

El sueño trae la cama a la saleta y alza
las cuatro fuentes de la brisa y río.
Le pone cofia al reloj de los primeros
armadores, abuelos incomprensibles al desastre.

Pasó la solfa en la glorieta, después ladeando,
como un anclaje pasó el olvido por su vientre.
El regreso está ahí y lo tuvo que recostar.

Pasó la otra puerta, la otra palma, las herraduras,
los naturales arroyos del espejo. Volvía a empezar.
Otra puerta... Su cabeza empuñó atrás el río.

Hipandro Lácteo teje, el tejón,
tira con el farol de la gaveta,
los seis seguidos nueves de receta
le van bullendo al centro el botellón.

De la reserva enhiesta la lasca jamonera
va a su rebato con teje de roedor,
pues preparando en seco la alquimia de jaulera
le pone arrugas al priapo verdor.

Con el bastón a cuevas la aldea se atraganta,
como una nuez se abre a la semilla de oro
y con clavos endulza su trono de garganta.

En la glorieta trisca monito su cuidado,
ya que el cansancio comienza tocororo
y al final del rejuego está meado.

Como el teje se rompe con el maneje,
y como el guante, cuchillo del buen dedo.
La línea del horizonte a su cama de harina
y el recuerdo se acoge al borde de los labios.

A su reseco cascabel emporio templado
y es la semilla escándalo, compay de buena suerte
Como el exceso sangra a su hachazo, y el cordaje,
cabello a cabello sangra y es manchón.

El ojo seco se enlaza a la semilla,
si lo tiramos contra tierra abre un fajín,
de donde saltan las viejas acuñaciones, reina

tambora, glap, mejillas, mariscos apestados.
La suerte abre a la reina gordiflona
y esconde su canguro en las dos tetas.

Cada parcela se adentra a su pocillo,
cada color tiene su boca de agua.
Vender las tierras bajas con pozos falseados
es un tapabocas, esconder puercos por las palmas.

Las tierras restallan su espiral, con ladrillos
viejos se cubren las ijadas, y el pocero,
seco elemental, enjutado, péndula la necesidad,
y va por dentro, mano a la raíz de la lechuga.

El pocero descuida las persianas del pozo.
Cuando hace alcohol, la tierra seca el agua,
y el agua enjuta se trueca en la lombriz.

El pocero se fue a ver una hija que nadie la tenía
por la mañana cambió la cinta carmelita del sombrero.
Cuando regresa, el recién puercos cava y llora en el melón.

El helecho tiene su honguillo y la caoba el suyo,
la mano los colecciona soplándose su brisa.
Una piel de soledad gastada entona
sus peces de raspa, sus escudetes sobrevivientes.

El honguillo de Islandia y el de extramuros,
provocan un paseo a oscuras con peces voladores.
Toda la margen ciega, riqueza de la piel,
tiene su pan podrido, puerta de horno mal cerrada.

El hongo, leve de la humedad, es al rocío
pantalla donde la lluvia hizo un gracioso vientre.
Crecimiento romano de arena con sudor de caballo.

El monte estático de los helechos, siempre al lado
de los hongos de horror en la luna menguante.
En ausencia de luna, el hongo, especie extinta.

Puesto que están los hongos, tendrán su historia reconocida, el maniquí que mascó su veneno, entrelazado al tabaco de sobremesa, a la carcajada que se despidió montada a caballo, trotona.

El mayordomo, suela rameada y palangana ecuestre, sabía que estaba allí, pero no lo tocaba. El dueñante antes de irse a la hamburguesa, pensaba un regreso preestablecido con hongos pontificios.

En su borradura rasante, el mayordomo no las tenía, daba rodeos indescifrables, para no sonar el hongo bajo sus suelas con iniciales, perdiendo las barbas postizas.

El hijo sifilítico del viajero hamburgués lo había cercado, con pinzas le quitaba las hormigas y, cantando, regaba al hongo con agua acidulada.

El papalotero, a trechos, tachonazos,
colores secos de pronunciación secada.
El morado, de alfombra natural, tornadizo;
el azul corbata, vitral de monóculo, camello.

Más allá, se ocupa alguien, cuidador,
los colores en barra de última lámina.
El azul y el morado, rizándose, cobertura;
morado y azul, oblicua del fueguino, tetera.

Empieza, en su aire, a caminar el azul,
tiñe así el baúl por el cielo.
El azul abre una tapa, cupieron los dos brazos.

El morado, camello, retrocede ensalzándose.
Escarba, escarba, en el aire una franja.
Cierra la tapa, cierra, de lejos. Vendrán a reclamar.

Ver *una hoja*, igualarse a lupa de espalda;
recorrer, matinal, a tiento de gusano,
crujir las piedras de una nervadura, tozuda;
como cuando el caballo masca el grillo, suprimiendo

la lengua, pisándola con sus cascos, siguiéndola
con los clavos, basta lengua con clavos de olor.
Ver una hoja es sentir como alguien la envuelve
en la colcha de la boca del horno en ruinas.

La hoja viene al círculo hecho por la mano;
forma el gallo verde en la combustión piramidal,
gallito que no quiere ir a la cruz del círculo.

Su volverse a levantar es mero éxtasis de estilo,
empujón que enfatiza tronando en la veleta,
soltar piernas largas en el trasmundo decadente.

Dormir la hoja, bien puede ser un dicho y lo será;
ventilar al trasluz, aquí, volada y lejos.
Un sueño sin apoyo, volante, lejos, entrando por la frente,
y ocupando, más y más, el circo en los bolsones.

La musiquita que seguía a ese sueño preferido
— las ancas de los caballos en la harina se le acrecen —
se espesa como la ropa de la loca tirada al río
o la frente de la madona apoyada en el brazo izquierdo.

La hoja duerme desde siempre, pero camina.
Su misterio, la balanza de los cumplimientos,
ondula hacia atrás en el ahogo de los perros.

Miríada de miramientos, saltito de balanzas,
le hacen nacer el polvo del rocío
y fijan el refranero, rocío: *Dormir la hoja*.

Que la otra persona se elucubre,
que el que no está pregunte por la alcoba,
que se eche a dormir el dormitante,
que rodea los sueños descifrados, y rencorice.

El que está olvidando el tajamar,
y el que no está clavando clavos de los míos.
El preguntón se hincha mareoso
y al preguntar entierra al apagavelas.

El que no está, está por guerra a la paloma,
y el componente del simposio, helado,
pues el péndulo afeita, elegantiza.

Que el pronunciado muerda el rebencazo;
el torniquete gamucine el cuello,
y el informante la moneda sople.

Por los alrededores y al descampo el tirasábanas,
los mugrientos alza vistas tuercen el enredo.
La palma clava a la nube y se va vistiendo,
salen el chato calaverón, la escoba alada y la planicie del manteo.

Tira hacia atrás la lluvia a su costado,
quita y despeina, suelta y otorga lo que hizo mando
a la caída de las tejas, ceja y calabaza a su refrito.
Silba a boca tapada, suena pierna serpentín en el clarín de su degüello.

Extendiendo en el caballo, se desdice en los ijares,
pues veloz se fundamenta como almohada,
y cuando cae se ríe y se ríe en la romanza.

Ensaliva los estribos para sutilizarse en el recuerdo.
Su llegada se hizo con lluvia a lo furtivo
y se despide mugiendo su trotera que no suena.

Por el fantasma escuece su príapo,
pintarraja el soplo o relaja el suspirante,
sábanas de cuyas aguas salen cien carazas,
orejas destornilladas, nariz en esófago de rana,

ojos cruzados con cáscaras gomosas, pisados
por el galpón que tirabuzona bien su cuerpo.
Chapuzón al asombro, levanta ínclito las sábanas
y las cestas mueven su medioevo en carcajadas.

Por las colinas hinca sus marsupias con los cactus;
la enfilada hormiga león le envenena el éxtasis,
y brinca la calabaza, escondida en el lanzón.

La tierra llovida entinta los escudos,
la luz poblana rasga y firma el sabañón
y la milicia lee el pliego clavado en las tabernas.

Pero el fantasma masca sus designios
y regala un cabello, se desniega por la nuca;
abre en el matorral golpes de flautas
y graba en la flauta signos de preso bajo el agua.

En el arroyo pinta que tiene piernas largas
y así pide un caballo de jornada en brisa,
se lanza en aguas muertas removiendo
oscuro el légamo, llevándose una carta.

Las piernas rotas las cuelga como botas,
en los serones cuelgan zapatos y pescados,
salta blandiendo, nada escuchando.

Le rebuscaron balas y tapones,
pequeño tapándose las sienes:
el bobito, frente de sarampión, mamita linda.

Traspiés del picaflor, que niega tierra,
se alzó de los petróleos al *cantabile*,
cuando se estampa en la primera piedra,
se pinta en somorgujo coloreante.

La piedra tropezada deriva a lasca
de las miradas que la apresan, que allí estaban.
Lo sigue a cojo inaugurado y lo tocan,
le revisan el botón, la rosca y la lamprea.

Por los bolsillos, negro del mandoble,
penetran filas de ociosos historiados,
y en los bolsillos el agua de la música sin sueño.

Cuando pasea, le van paseando por la espalda;
a la colina, y en su rostro se le acampan;
se da su cuerda, y lo ensueñan perros con campanas.

Mira en el baile sin tocar la carne
de la tortuga secular que mueve
sus grandes lámparas de recorrido
y sus arpones para unir la sangre.

La mal marida trabucó en el baile
y el bicarbono se le fue a sus anchas.
Entre trampas y manos que no estaban
paseaba entera tapadiza del pañuelo.

Por el baile claroscuro las vitrinas móviles;
curvan espaldas y fantasmean por las fuentes,
pues el que escoge inmoviliza lo escogido.

Y el mirador de bailes sin tocar la suerte,
frío ante el anillo en la redoma,
asombrándose la mano en los bolsones.

Es cierto lo del oleaje de los bailes,
tienen la tapa que sobrevive al cerco,
el nadante por el techo pechugado,
el nadado tirado a volar sobre la orquesta.

Se siente metido por pulpa de un oscuro
y cabecea en una orilla amaneciendo,
de las dos carnes que le cubren vano
sería poner el cristal frente a su cuero.

El baile ahora lo cubre y lo hace entero,
en la interpuesta cascada ya se escucha
y se vuelve a entonar en la otra línea.

La impulsión le regala el peldaño
que desconoce, *la siguiente línea, la otra.*
Es cierto lo del... reencuentro de dos desconocidos.

Se encamina con piel tirada y larga
al cafeticho: lluvia de lluvia sorprendente.
Las arrecidas series pitagóricas se desenvuelven
por los marfiles, peso del embarazo en cerrazones.

Del bostezado nauta el anclaje tornasola,
las moscas en el mediterráneo de su nariz a la servilla.
Las tacadas en sus potros sumergidos
y los marfiles por su canal como los potros.

Machaca la sordidez un bando en tizne
de herrumbrosa madera, aquí el metal y la madera
se ahijaron para hacer de las horas rigodones

yertos, danzas para orejas dobladas y aplomadas.
Las tacadas mastican la madera
y la madera ríe el tornillo de los codos.

A despecho tal vez de insania guitarrera,
a mordedura lenta del fuego en el hojoso,
se fue descifrando el relincho del reciente.
y la cañada hizo una piedra con ojazos de buey.

Por el entronque espera la iguana mensajera,
tirándole su cuello gordo de siesta al coronel.
La iguana y el caballo truecan verde carnosos,
color igual al mosquito del tabaco.

Larga ventura para los insensibles al recuento.
"El grupo tostado, que se pierda a recodo derecho."
Las mantas azules se embarazan de pulpa de guanábana.

Podemos, mirada en serafina, volver a recontar.
Perdidos el caballo y la iguana circenses.
"Volvamos al recuento. ¿Y el grupo del recodo derecho?"

Vienen los primos a tenderse en el andamio,
empapelan el estuco en cipresales.
Volteadas las lunas del ropero, cascan
chisteras y bastoncillos contados en tristura.

El otoño rasguea ya en los portones,
el papel secante y la vaca están recién visados.
El estuco lloroso vuelve a su disfraz,
le despapelan una hoja chupadora, azucarada.

El andamio crece en el caparazón crecedor,
los primos silban soñando el laboreo
tonto de aplanar y hervir escamas y raspas.

Nadie parece que llegará;
la sitiería entona gallos y doctrinas
y decide despertar entre dos escaleras.

Si media escalera y medio andamio
bastan para ofrecer la puerta con un farol boquirrubio,
asegurar su maciza franqueza de noche al oído,
noche de mal gozne que araña su caballo.

Con la madera y el metal iniciando relatos,
y los inicios de paseos para irse reconociendo en el sueño
y establecer la distancia eficaz del lenguaje.
Nuevas tiras poéticas cubren la casa con ríspida insolencia.

El andamio de yeso pulpa los papeles
que lo ciñen, hundido por un puño
que quiso desenredar la falsía de su carne.

Las parejas comienzan a deshacer su recorrido,
perdiéndose por esa gruta de papeles
y encarnando sus sombras escarabajos y andamios.

La noche va a la rana de sus metales,
palpa un buche regalado para el palpo,
el rocío escuece a la piedra en gargantilla
que baja para tiznarse de humedad al palpo.

La rana de los metales se entreabre en el sillón
y es el sillón el que se hunde en el pozo hablador.
El fragmento aquel sube hasta el farol
y la rana, no en la noche, pega con su buche en el respaldo.

La noche rellena reclama la húmeda montura,
la yerba baila en su pequeño lindo frío,
pues se cansa de ser la oreja no raptada.

La hoja despierta como oreja, la oreja
amanece como puerta, la puerta se abre al caballo.
Un trocito aleve, de lluvia, va haciendo hablar las yerbas.

HIMNO PARA LA LUZ NUESTRA

De la inteligencia de la misa
a los placeres de la mesa,
el rayo vital no cesa
de engrandecerse con la vista.

Aunque el oído me da la fe,
la visión como un mastín rastrea
lo que el Arcángel flamea
en el punto donde no se ve.

Hay un perro que escarba quieto
el pozo donde el mendigo destella
la paloma, su buche secreto
rueda la mano de una estrella.

La música divide las hojas,
el otoño condecora el organillero.
De pronto, el hormiguero
sonríe, para que escojas.

La encina se encinta de penas,
los ecos en el bisonte y su mugido.
Las fiestas del sin sentido
estallan el acordeón, cruz en la arena.

No araña una piel blandida
por el humo de escala secreta.
La piel quiere ser recorrida
por un humo y por una lanceta.

Apolo disuelto como un terrón,
ante la luz de difícil ombligo.
Huera metamorfosis del lirón,
Venus, en su otoño enemigo.

El joven luz, Apolo justo,
separa la hoja de la playa
de la tortuga que no raya
la meta del tiempo. Qué buen gusto,

magnífico paladar que se apoya
en la hoja que va a su desgaire.
Plumón y cierzo Don Aire
peina al revés la corriente que ignora.

El mercado dice la primera ley,
que la lluvia divida y escape.
Allí también el loco maguey,
ojo del diablo en su sarape.

El chillido del loro viejo
y el nacimiento de la alondra.
El mejor curador de pellejo
y el que vuela sobre una alfombra.

Diamante de los ciervos de antaño,
oculto su desliz en el espejo.
Cucaña del árbol añejo,
en la costumbre del espejo me araño.

Pero la luz descuriendo su rostro
y el agua consagrando su estatua.
Las cenizas que afloran al agua
reavivan al centenario Cagliostro.

Hay un cielo que no crepita,
cuando concurre a la siesta
en guirnaldas. Abre la espita,
acolcha la toronja su ascua.

Redondo amarillo que irisa,
fiesta del oro que estalla.
En el entreacto, la repisa
diseña el mantel tempestuoso.

No voy al oro final del bosque,
no escucho el trueque de guedejas.
Cierren el conciliábulo del preboste,
encadenen al puerto de Ostia.

Oculden la sortija del pez retornante,
destruyan el filtro que estaña

los extremos. Alejen la guardia
del infante a la casona del este.

El dios mayor, armado todo
de metal, de lluvia y de semilla,
hasta que la insolencia de las estaciones
rompió en risa la luz temprana.

Si en el metal no toca la despierta;
si la cantante no extiende el mantel
para las lluvias; si la semilla
no es raptada por la manta profunda,

va una espuela a su herrumbre mortecina;
va la lluvia como llanto a la grupa
del caballo de circo, y las emilla
se deshace en el caño azucarado.

El halo canónico de la trucha
hiere la uva del poniente.
Diga la luz que nos escucha
la compañía del astro sonriente.

Ya que el espejo de Apolo no interpreta
el que servía a la luz, trayecto
en luna, desdeñando el metal que reta
al rayo, a su ceguera fue devuelto.

Amargo fue, su ondulación extraña,
medir la luz en su balanza,
ser y ser lo que no se alcanza,
resplandecer y ser huraña.

El murciélago que labia el fuego,
desdeñoso humeó en su gruta,
borraba del poliedro de la fruta
la oscura pulpa que nos ruega.

El secreto del castigado desdobra
el mando: sopla la boca
sobre la tierra cocida del barbero,
que desgarró las presunciones de la tiara,

ocultar las arrugas del armado
infiel, pámpano de las napeas,
cuyo traspiés al ritmo del Apolo,
lástimas son del oído mal juntado.

Órficas se consagraron las dos lunas,
tocar y la dorada muerte del jabato,
cuando busca en los muslos la ciega orilla,
cuando la primera noche esparcen los colmillos.

Nos molestaba el quinto día de la luna,
la sabiduría sin poseer ni ser poseída,
cuando Júpiter movió el casco con la testa,
robusto acostumbrado al abrazo de los árboles.

Su piel sin tregua en el trineo,
las flechas salían del árbol al fuego,
armado todo, romper el círculo
fue lección al despertar lo venidero.

Apalea la serpiente al parimiento,
cuando los muertos son las ranas.
Délfica también la luz al templo
asciende, yerba de la herrería divinal.

Pero la luz igual bajó al hombre,
se enredaba en las zamarras barbiluna,
en el cántaro sin agua, una
señal tejida se decidió a ser nombre.

Con su cítara penetraba las ovejas dormidas,
se le rendían los cielos en su potestad superior,
la música total en las proporciones escindidas
y el ritmo en el gusano arador.

El arpa del niño y enfrente las barbas de oro,
en el templo la imagen del dios con estambres de abejas.
El pastor establece el ganado sonoro,
los métricos deseos y las guerreras quejas.

Cambia de nombre, pero no de progresión,
nuevo engendro del gusano y la plácida araña.
La arena reseca en fiebre el cordaje del son

y en el caracol se hace música y se daña.

Febo, efebo, Fos: que era del linaje del fuego,
y las respuestas para un tridente cruel y locuaz.
Dadnos la tierra que interpreta, es el ruego
de la saeta, de la semilla y del demoníaco rapaz.

Ocasiona muros, rapta el número que respira,
baña cada guerrero en su escudo agujereado.
Hay en la conducción secreta del fulgor de la ira,
los órficos compases del carbón preñado.

Luz junto a lo infuso, luz como el *daimon*,
para descifrar la sangre y la noche de las empalizadas.
Las tiras de la piel ya están golpeadas,
y ahora, clavad la luz en la cruz de la Pasión.

PRIMERA GLORIETA DE LA AMISTAD

(Para Fina García Marruz)

Señora piel... oleaje,
punto en boca del pez.
No el wagneriano crinaje,
sí la hoja en su envés.

Luciérnaga del poro,
extensión con su pino
de Noel y el egipcio lino.
Se pliega, esfera de oro.

Incomprensiblemente se retrata
con una orquídea japonesa.
Su alianza es como la plata,

cuando en el examen reza.
Hable la fresa en su rocío
del baile de los elfos en el frío.

(Para Bella García Marruz)

La *Diana*, la leona,
pinta el azul en estera,
tortugas en las cuatro lonas,
trifolias en la cafetera.

Primero, baila en el mito;
antologiza el acanto
después; pitagórico rito
binario levanta el canto.

Compruébase con la risa
y el esmalte dice en la estría
del mueble ascendente lento.

Niñez del fantasma estira
el telón de los *Cien días*
o las máscaras del viento.

(Para el Pbro. Ángel Gaztelu)

¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
que en Fray Luis, las *serenas*
son las sirenas?

Y que la primera sirte cancionera, *Querento*,
es la ciudad, el arroyo, el amigo o dinastías,
después que, como el humo, treparon adormecidas.

Que las ingravidas amonestaciones de Cháscales,
dirigen las *decretalis* a los confines donde los caballos
tasan su espuma por su igual confitería.

El taponado oído, que es también sirena,
conserva su parábola chorreante,
mitad lince bigotillo o jabalí lloroso,
entre la cueva y la mano en hilo.

Pero al caer de la cera en el oído enrejilla el secreto,
graba las inscripciones contra Aquiles de la tortuga en el peto.

Pero hoy las sirenas están en la capa, en el cubrefuego,
o ya en los contraídos nudos del hipérbaton latino,
pues la ciudad cabecea, se vuelve ondear marino.

Pero el demonio sigue haciendo con el tiempo una masa harinosa,
que el homúnculo no puede ya cortar,
percibiendo la planicie de un zumbido en torno de la higuera.

Así usted, mi querido Ángel de las Escuelas,
sabe que el tiempo se disuelve contemplando el *esse sustancialis*,
y la Forma, hecha de la arenosa resistencia.

Y que la divisa de un candoroso, enfermo heresiarca:
Conozco aquel en quien he creído,
sólo llueve en la flauta cuando él nos quiere conocer,
y nos escarba hasta transparentarnos.

¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
que en Fray Luis, las *serenas*
son las sirenas?

Su decidida nariz y su paladeo de merluza con aguja del paladar,
y su rapidez criolla que sabe de la torrecilla en la espalda,
tienen el despertado naciente del sello de la alianza,
nos hacen creer en la misteriosa artesanía del mantel
que se acerca y del volante verbo la mazorca,
y todo ello resurrecciona cuando usted brama en la puerta
y alboroz.

(Bodas de Julián Orbón)

Dispone la contrarréplica, bien haya!
La réplica arropada en trineo, abanicada a lo egipcio.
Roto lo causal entre cuatro tocados, potestades,
la contrarréplica mece la seda arrinconada.

La réplica inunda a clavijas de sótano,
y se alza brusca a la luciente piña, sortijón;
entona por una presencia del estarse o tejerse,
pues el enfrentado tiene la potencia y la réplica.

El enfrentado en su frente que se abre como una cuchara,
tiene la caballería de humo y el antílope crítico,
por eso su *furore* tiene la criolla dulzura calderoniana del “áspid de metal”,
y Tanguí invenciona la contrarréplica, entera de criolla,

hojosa de piel descalza, retirándose para hablar al final
de los diez y siete cuartos, y volver a la primera semana
donde se casaron, juntos con una espada y un gato,
y el enloquecido, maravilloso negro de Santiago: ¿está el niño Julián?

(Para Lorenzo García Vega)

Miraba y rompía como lince circular el no encuentro,
pero a veces reclamaba tropezar y conversar,
enumerando con tibieza la oscura cantidad
de cuerpos y jarras rotas y de maltrechos arcos.

La puerta por donde tú seguías entrando día y noche,
después me hablaba con calladas afirmaciones baritonaes,
me decía la puerta que la compañía de hondura laberíntica,
tú la traías con tibieza criolla de alucinación y temblorosas manos.

Tus ojos están parados en dos pies como los estirados caballos
y tu manera de dividir las palabras como las migajas
que conservan la sustancia después que la casa se la llevó el humo.

El paréntesis de la pausa en que respiras,
se hace espeso para mí como el tictac de un saco
de arenas, pues mi vida se narra entre los cujes.

(Para Cintio Vitier)

Se nos fue la vida hipostasiando,
haciendo con los dioses un verano.
Viene el *ictus* a la choza cantando
el efímero y los dioses de la mano:

Queríamos la carne de los dioses,
el aliento, el *pneuma* ya guerrero.
Estaba en el malvado mandadero
el *intelligere* del Bosco de los goces.

Unía el río la piedra con el alma;
la estrella en la fibra de la palma
sonríe la bisagra de dos mares.

¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?
El aliento y el bostezo divino enlace
si el pez y el relámpago son pares.

(Para Mariano)

Es, y sí, el Gran Elector,
toca, reencuentra y exime
el pedazo que percibe,
bello animal a su olor.
Escoge frambuesa de junio.
La esponja del plenilunio
escoge ciego; chorrea en su telar
la línea de la gaviota,
elector no elegido. Y, pelota
del Ananké, vuelve a hilar.

Arena de aquel destino,
y no fatalidad de fatalidad,
el bálsamo de Fierabrás
se destapa como el vino.
La suerte empieza,
cada vez que despereza
se da el salto a otra fuente
y el árbol se carga el crío.
Cobalto del ruiseñor, moviente
la rama iniciala el caserío.

*(Para Alfredo Lozano,
por el Obispo, el Ícaro y el Pez)*

Vueltas el fuego recobra,
como que arde en su centro;
como que pronto reobra
en el espejo de dentro.
Tira hojas a la pira,
pero salva a Orfeo, su lira,
hija de la tortuga lasciva.
Veloz inmovilizado
ante la piedra cautiva,
en el Ícaro estrenado.

Estira el yeso el Obispo
amortajado, plancha el hábito
con varas de Trismegisto
e incógnitas de Pirilampo.
Escala en la eternidad,
Can del tiempo, pero mudo.
Sonríe desde su encierro
al ver el muro roqueño,
que cubre como un cristal
la sonrisa de lo eterno.

Al borde de la mañana
los desmanes de Diana,
con toronjas de cristal.
En un parque vive un pez,
que mira bien al través
de las rocas y los álamos.
La mano que en las agallas
trazó las cuentas de ensalmo,
regaló cometas calmo,
hizo el juego sin murallas.

(Para René Portocarrero)

Tú sabías,
que el aroma de la piña era el vals del paladar;
que la reaparición del juglar era en un patio del Cerro;
que el ángel y la tortuga paseaban por nuestras azoteas
en el mediodía, con la transparencia espesa de la piscina
invadida de cuerpos intocables en su embriaguez,
pues podías haber pintado la Legión tebana o La retirada
de los diez mil, pero preferiste llevar a tus banquetes
nuestra novela de bolsillo, donde la dama con un mantecado
sombbrero y un lazo para los mosquitos,
lanza el mantel en las confusiones del naufragio.
Cuando la luna desciende a los infiernos
o enciende las plateadas chozas incaicas en las altas rocas,
el juglar tiembla al elevar una escalerilla de copas,
soplando la alfombra que volará tirada por balcones ciegos.
El ángel que salta asustado, como si saliese de un cascarón
vigila la ciudad donde pasas el invierno,
donde planchas tus corbatas con la receta del Doctor Fausto.
Tus banquetes donde el hijo del carnicero sirve la jarra
al monarca de incógnito, reconocible por su indiferencia
ante el pescado de ojeras babilónicas,
van recibiendo invitados, que surgen de un desfiladero,
escapados a las flechas de los persas minuciosos.
Parece decir:
las corbatas escocesas son un dije en la eternidad.
Pero dice:
*la imaginación es una casa al lado del río,
y el río es la primera ley de lo visible invisible,
que no se transparenta hasta que el ángel
se zambulle uniendo sus manos, mordiendo la mejorana.*
Cuando te mudas la ciudad habla por sus grietas,
pues las voces subterráneas te soplan sobre las nuevas pesadillas,
que las brisas aconsejan en tus ventanas desdoblables:
la que va de tu pincel a la granada de Deméter,
la que trae Orfeo huyendo de las Amazonas.

(Para Raúl Milián)

El polen es un ente,
potens el dicotiledón.
Reverso del poniente,
chupa azul el terrón.

Por esporas... el tridente
pincha en el acordeón;
una estela a su puente,
gránulos de algodón.

As de oro a su acto,
la semilla navega
el contorno en su esencia.

Tiara en sangre su pacto,
a su ocaso se entrega
la flor, su resistencia.

(Para Eliseo Diego,
por su Calzada de Jesús del Monte)

I

No el plectro mece
la arada consistencia
de un peldaño en la esencia
de su espejo, y parece

borrar toda frecuencia
– todo humo escarnece
su propia intransigencia
que lo ovilla y perece – .

La mano que no existe,
en su ademán persiste
y cubre la otra mano.

La frase, ceja;
la lentitud, abeja
y aguijón de la mano.

II

La brisa lo secuestra
y densa como un chaleco,
en la mesa de noche recuesta
un apagado eco.

La almohada y el seco
caracolillo condensa,
y si caen como un fleco,
permanecen en la permanencia.

Aljabas por los alrededores;
maúllan sus corredores;
bebe en la placeta.

*“Completamente, dice,
el terrón volatice
en pico de la ola secreta.”*

III

Lince gordo, lince
que su pincel no entrega
al aire que lo anega
en voluta o esguince.

Conoce la esquina, luego
el présago mancha de vino
—cerámica a su fuego—
otra alacena, el recado fino.

Diestro amigo. ¿No sabe
que me alegra? Alabe
otro como cae su sentencia.

Diga el plectro el servicio
y mármol de su ejercicio,
y cómo ordena y silencia.

(Otra vez el Padre Gaztelu)

Norma, que se devuelve a yerbazal lunado,
creciente a torre de buey y ejemplar cuidado;
canon, entreabriendo el tricornio presuroso
y cerrándolo en triple basto de fuga ceremonial.

Ley llovida por los avances del claro de rey
y escampada regalando el escudo del mesón.
No podrá olvidarse con caracoles irónicos,
la firmeza de teja coralina que se empuña.

Métrico, buen instrumento le dio sus narices,
para el airecillo en pausas retruécano.
Su despertar saborea el tiempo medido.

... pues olvidando la oda navarra y el buen segurete,
se va acercando a criollo lasquear y a compaseo,
llevado al menear la cabeza y al brusco estar quieto.

(Para Fina, por Las miradas perdidas)

Neptuno gira el pescuezo,
y la alguilla si se irrita,
el tridente se nos quita
del avérrnico mastuerzo.
Enigmático palomar,
sube agua del fanal.
Gato en su oscuro discreto,
la escalera se retira,
cuando la mirada mira
a Neptuno vuelto secreto.

Cuando ganan las miradas
el mar lo suma a su roble,
precisa hojas pisadas
para amanecer redoble
y monstruo de su atavío,
no escarcha ni peje frío.
Y el tridente alza el pacto
del mar, viejo de heridas
con *las miradas perdidas*,
Neptuno sonríe el acto.

(Para José Rey de la Torre)

Un dedo puede sentarse como Omar
sin la conjugación del mar latino.
Árabe *voluptas* y romana *dignitate*,
el arco romano en el árabe albogón.
El frío del Condado de York, qué bien aleja,
la pinarita, honguillo habanero, qué bien prepara.
Sanz le dio el llavero a Rey para el antifaz
del Gobernador. “El guardián, dijo, que vaya a ver
a su novia inexistente, y que duerma después en casa
de su tío, el alférez colorante.”
El dedo del Rey, qué bien con el llavero
clavando, dulcemente, el cometa, oh guitarrero,
todos sus dedos nadando por el llavero.
En estos días pascoes, se lo juro, el procónsul
Juliabro y yo pecador, encontramos la Torre deseada.
Aquel cometa, abrigado por su guitarra,
en estos días pascoes, se lo juro, salta del Condado
de York a la Mejorana: los tres andamos, los tres reímos.

*(Para José Rodríguez Feo,
en los días de Orígenes)*

Como ardilla que rueda y no se empaña,
las dulces bien medidas diversiones,
persigue doblado en mitad de la campaña
el velo que excita, descubre las interjecciones.

Como es oro sutil lo que él apaña,
y si va al campo a robar interjecciones,
la flecha griega odiando lo que entraña,
rompe el ánfora de aporías y diversiones.

Por tierras de nieve sin rejillas,
prolonga la miel de las mejillas
apegado a un cristal que no se duele.

San Jerónimo y Orígenes acrecen,
cuando ambos parece que se mecen
en contrapunteada raíz, que no se mueve.

(Para Octavio Smith)

Aspas, bastos, flautines, ojos,
niebla, aliento, sombra, cerrojos.

Aproximación a las proclamas del estío,
cuando la madera chilla dentro del caserío.

La entonada raíz el agua mece
y el leñador pegando en la sombra acrece,

como dos vasos de agua removidos,
por barajas y linceos estremecidos.

La niebla es el sombrero de una vida sumergida,
quitarse el sombrero es lo invisible que convida.

(Para Agustín Pi)

Si quieres que te recuerde,
sóplame.
Conviérteme en una hoja.

En el halo hay una mosca.
Se despierta,
nada entre su cuerpo
y la almohada.

¿Cómo sentir a la abeja?
Retrocede,
pinta el aire, acaricia
el perro en el frío de la noche.

Columna de la primavera:
entra la sombra al árbol,
despierta con un paño
entre sus piernas.

Las puntas de las estrellas
tachonan la espalda
de la serpiente.
Orden de la caridad:
serpentina y generosidad.

Presuntuoso mismísimo,
se recuesta en un panal
a la sombra.
Se inclina más... La otra mitad
es tan blanda.

Se ocultó,
anegado en una nube de apoyo.
No se diluyó el paseo
en errante punto amargo.

El pez que agoniza
fuera de su moviente pregunta,
fue la invención del espejo.

Trae un cordel en la boca,
pero no encuentra
ningún laberinto, y se pierde.

Viene la noche a ceñirle.
Está en el recuerdo
de la hoja. Húmedo mismísimo
y nada entre su cuerpo y la nada.

(Para Sergio Vitier)

Trotón, teatro de alambre,
trota en la gruta de espejos.
Crótalos de muy lejos
su madeja de estambres.

La escalera sin uso
y el cordel que no quema.
No hay principio en la arena,
sí escafandra en lo infuso.

Mira: allí viene escribiendo
una mariposa en latín.
La cantimplora sin fin

rueda el verso entreabriendo.
Guarde la paloma por su raíz
el zodiaco de la semilla de maíz.

DOCE DE LOS ÓRFICOS

Cuanto más penetra la luna en el caldero,
fijo tuétano y móvil sangre lunar,
el mayordomo desliza en el silencio.
Cronos no ahonda el cuidado de su sangre,
enredado en sus pasillos como el centinela que él ya no ve.
El murmullo de los invitados se aleja dejando el remoquete.
Sudan buscando la compuerta, el sobrenombre,
los cerditos graciosos esperando la fuente del tapiz.
Vuelve a contar, sueña que tropieza con el invitado
grueso, que conduce el roto báculo del epigrama
del crepúsculo: las manos de Hera baten la crema de la hijastra...
El crecido violín penetra con el epigrama batihoja,
preparando la sombra del mayordomo cuando retrocede
de espaldas, pues tiene que penetrar en la otra cámara
sin mirarla, retrociendo llega cuando el liquen
aprieta al copero balbuceando. Y suelta
al mayordomo, ya bautizado, con apopléticos raídos verdes.
El tintineo parece ahogarlo, fríamente
recibe las laberínticas miradas, las devuelve
el ahorcadito cuando silabea el horóscopo bufón.

El duende, eterna copla de dividir el fuego,
saluda o irrita las ventanas del rey sin cosecha.
El mismo rey tiene que retroceder, untada escoba
o hablador caballo, a las filas últimas donde la pira lo recoge.
Bobeo el duende, sabiendo que el fuego tira su acechancia
y divide el bastón de ágata con la eterna mitad que salva
a la tortuga, pero el duende borra su mitad y lo cóncavo recibe.
La metáfora del rey bien pellizcada por la imagen del duende,
será esparcida en la asimilación de las resinas.
La visita del mago y el bufón cuando el duende
deshilacha furiosamente el fuego, van pasando pieza tras pieza,
alfil o faisán, jabatos o flautas con amuletos para el oído de los saurios,
y las varas son mustiadas por el mago cuando el bufón encuentra la piedra,
donde orina que nadie lo va a buscar ni conoce la puerta de su sueño.
El duende, lenguaje saltado desde el fuego, colecciona las varas,
y sabe que la rueca tiene que oscurecer, entrañándose,
pues sólo gira donde la luz se ausenta y desciende la escala por la tinta del
múrice.
La rueca humedece la suerte infernal del doble,
y Atropos (las tijeras) empiezan afinando entre el prestidigitador y las resinas.

Volcadas las copas, los tragos enemistan
a la Sacerdotisa con la Reina, los dos cuernos
de la luna y las dos llaves no caminan hacia el espíritu
maternal, pues las malas cosechas persistían
hasta que la Sacerdotisa no se aclarara en la Reina.
El Círculo no era el Canto,
los tragos no conducían sus ríos hasta la humedad
de la Reina y la herrumbre manchaba sus canales.
El círculo de la Reina y el canto de la Sacerdotisa,
los dos cuernos sobre hojas verdes y las dos llaves
reclinadas en la boca de la granada, no descifraban
el tercero con rostro de sacacorchos
del bóreas y pasamanos del septentrión.
La espera de la penetración de las aguas,
enemistaba a la Sacerdotisa con el espíritu maternal,
y el canto despreciaba el instrumento del círculo.
Los duendes, en la ascensión de las langostas, devoraban al Rey,
adivinando la ceguera de los tragos en la prolongación
de las aguas por el espíritu maternal.
El reloj de los armadores y las fuentes de la saleta,
vacíos por la enemistad de la Sacerdotisa
con la extensión regalada a los tragos por la Reina.
Las copas cubiertas por la manta del tejón,
ladeaban pudriendo el círculo de ramas curvadas y los iniciados cantos,
ocultando aún más al tercero con cara de novillo embadurnado.

La sonrisa de la Emperatriz adensa el aire para las sílfides,
allí el terror de la muerte está entre el aire y las espadas.
La cuarta parte del cielo es el reino definido para las sílfides.
Si para clavar la muerte intentan asir el sonido,
no podrán interpretar los helados dictados de la sonrisa de la Emperatriz.
Las sílfides abandonan la astuta dignidad del mensajero,
que tiene que entrelazarse entre el aire, las sonrisas y la espada.
Emperatriz de cáustica cola por la cuarta parte del cielo,
enviando mensajeros pegajosos a la herrumbre y la carcoma.
El gran juicio, la muerte de la Emperatriz como un maniquí,
que no se cruza con la yeguada y mensajeros.
La helada sonrisa de la Emperatriz rota
por los palillos de las sílfides, pellizcando
las arenas del juicioso cojitranco.
El mensajero cabezoncillo trata de nuevo de asir el sonido,
en su llegada las podridas abejas son las sílfides
y la cuarta parte del cielo bisbisea.

La cara de cada uno de los gnomos en un pentáculo o moneda,
corren como lagartijas por la afilada nieve, y ya blancos,
en la blancura se disfrazan y rompen con más ardor la grieta.
Sus arremolinadas fugas, que tosen en la punta de un color,
dejan sin apartarse de su reciente somnolencia los primeros tres números.
Al girar los gnomos entre la malhumorada torre y los entreabiertos carbunclos,
tienen que saltar de un número a la cabeza de un animal en la gracia.
El cuatro y la cabeza de Aries se entrecruzan y rezuman,
tienen la espesura de la noche musicada que rueda por la memoria muscular.
El cuatro se apresura a su Hades como un tonto desprendimiento,
los cabezazos de Aries tienen su ascenso estelar,
pues la distancia tiene que engendrar su propio rostro,
y un descenso por la acordonada sangre de los árboles,
donde al final conversamos con la pérdida de la destreza en Radamanto.
Viejos los gnomos, reemplazados por la Sota, comienzan
a reírse de sus traspiés, de la ingenuidad de la Ley y el Nombre.
El Mensajero como una esponja agrieta las Sucesiones,
y suelta sobre el Nombre el ligero cometa de lo ocultado.
La Sota planifica quedamente los cuatro tamborcillos de la tierra,
y decadente intenta reconstruir la ley y el árbol del nombre.
Desaparecida la arena de lo blanco, en la blancura, el Resultado
irreconciliable con la primera noche en los bastiones.
El bastón del signo por debajo del agua y la armadura,
para ver y ocultar despiden reflejos y chispas que alejan
la manta del tejón, o la cabeza de Aries en los cuatro menguantes.
La rapidez de la chispa de la andariega armadura,
hace ver el signo entre dos cuerpos y la púrpura fiel de los coperos.

Las varas y los duendes hablan, pero la armadura sólo añade sombra, y nos traspasan con el aliento los cristales de cuarzo. Así hablan.

El sonido de la voz alcanza su arco con el sonido que no se intenta asir, con la misma indiferencia del mensajero que limpia su hebilla con aceite de nuez.

Llegaban anticipados y querían oír lo que no se dice, su cimbreante arrogancia los llevaba a ponerse ellos antes que el sonido. Entraban para asir el sonido y la voz se les hacía indetenible como el murmullo.

Fingían que oían y ya no dejaban entrar, impidiendo la errante seguridad de la luna, cuando entre la torre del mastín y la torre de la garduña bautiza la llanura.

Aquí las dos torres hacen perder el camino a lomo de burlas y antifaz del cangrejo negro.

¿La voz puede asirse? ¿Las chispas de la armadura pueden asir el sonido? Sensación final del rocío: alguien está detrás.

La aparición de los trasgos, con sus anchurosas
colchas líquidas, impiden a los animales más sutiles
acercarse libremente para que también puedan reconocernos.
¿En la coincidencia del reconocimiento hay un misterio
de equilibrio, en que se conjugan el arco de los imanes
y la elipse gomosa? Cuando queremos rehacer el equilibrio,
aparece el fruto dorado y la tenaz naturaleza de la tentación.
¿Es un equilibrio o una naturaleza la levadura y la ananké?
¿Puede la reina dar órdenes al ejército de coperos?
La reina domina la humedad que necesita el cangrejo negro
y tiene la clave temporal de la absorción de la tierra.
La venatoria la coloca en el tapiz oyendo lo que nadie dice,
anticipándose a los desprecios indescifrables del murmullo.
El linternero quiere cobrar de nuevo sus servicios,
que señalan la oportunidad de caer sobre los imanes y la elipse.
El linternero reconoce lentamente las dos vasijas
y púdico elemental se retira cuando comienza la tentación.
El mensajero suda al desvestirse y los trasgos
le aportan la media jícara y los dos imanes.
Cuando la esfera deja de escindirse en el cuadrado
y la conjugación del verbo reúne lo semejante con lo hostil,
el aliento, la cantidad de aire penetrador es también un signo,
rocía la indistinción de la torre negra y de la noche.

Lo semejante sólo se rompe con la resurrección.
¿En qué forma allí se liberan nuestras efímeras sucesiones
y el tedioso señalamiento de la causalidad operadora?
Pero la resurrección casca el secreto del saber en el humeo pompeyano,
y la búsqueda se adormece en los encontronazos de la berlina.
La indistinción de la torre y de la noche semejante,
surgen de la dualidad gozosa de Tiresias
y las miserables interrupciones de su cayado en el placer de las serpientes.
La socarronería de Tiresias reúne la tentación y el conocimiento.
¿Puede llegar la resurrección en la conjugación del verbo,
o el círculo de imán puede decapitar a la elipse?
Sin el reloj cognoscible de la torre negra no podría existir la tentación.
Si el cayado no fuese una serpiente seca, no podría
intervenir en el círculo copulativo de las dos serpientes.

La posesión quiere penetrar por la balanza de la justicia apolínea,
hay la manera de poseer del duende y la del trasgo:
quemar en el lunar de un solo punto o la musicada
extensión del lince recorriendo la sangre;
la posesión por el fuego y la posesión por el agua.
Y la otra posesión: ¿leer es poseer el libro de la vida,
donde tiene que leerse nuestro nombre, y ya no somos poseídos ?
Es visible el miedo ante la mirada, pero es invisible
el miedo cuando somos mirados; lo que se nos escapa
y nuestro juneteo hasta la orilla del mar, donde el duende
clava la pira funeral para unir los dos reflejos
del sabeo y del adriático, el entrañable y el pulimentado.
La unión del ígneo posesión de la mirada y la ocupación del trasgo,
en la balanza apolínea eliminan el brazo de codo torcido,
el diablo, el diablo como hongo de cuarzo transparente;
como maniquí que hace de pelele y de ventrílocuo;
el diablo de sobremesa cuando recuenta las aljabas verbales,
y las va sorbiendo en la falsa sucesión y la espada robada,
como enano loco que chilla cuando alguien quiere reconocer
a su amo. Él no quiere reconocer, ocupar o poseer,
sigue jugando a los dados delante de la estatua
de Hércules Buraico, pero ya sin misterio.
Él es el espíritu mediador, el que se entrega podrido,
en las operaciones monstruosas de la noche a los duendes o a los trasgos.
El diablo escamotea el pentáculo con el Resultado.

Los dos ejércitos, como la indistinción de la torre y de la noche,
usan capa larga y se tapan la cabeza,
y justifican que el linternero quiere cobrar sus servicios.
El papalotero, cuando no se precisaba si el Mensajero subía la torre,
cobraba los emblemas de su poderío, el camello que rompe
los vitrales dejando el cangrejo negro de su corcova.
Vienen a reclamar y las tapas no se cierran, contempla
al caballo mascando hojas con grillos, y la hoja
viene al círculo, entonces los vasos comunicantes,
las groseras colchas de los trasgos espesándose.
Los dos vasos comunicantes, ya no hay regreso.
La hoja escapada de la rumia va al círculo,
donde los grillos raspan de nuevo del quelonio la armonía.
El diseño de la rumia favorece la elipse de la venatoria
del dios Pan, es entonces cuando la hoja
se escapa hacia los vasos comunicantes, no al círculo.

El perro conversador y la serpiente como flecha,
nos obligan a cerrar los ojos: entonces surge la inocentada de los niños inocentes.
El bufón acuesta su rostro en la huella de los cascos,
oculta en su capa y lo deposita cerca del cocodrilo.
El cubo negro, carrozas y el desierto, los sacerdotes
giradores y los aulladores. El girador acude a la mesa
del café de los enmascarados en estío y por las lluvias.
Los sacerdotes giradores siguen los doce planetas,
y los aulladores conversan con el perro en el billar.
¿Podemos asir el sonido del marfil cuando los tres juegos
distinguen las tres lunas? ¿La caña y el marfil
se unen por el golpe en el desierto? Espero.
Los giradores van rotando sus mesas, y los aulladores
extraen la espina del bambú del golpe en el marfil.
Hay un ritmo también en el bolsón del cuello de la iguana,
la penetración del agua y su golpeteo por el junco numerado.
Los aulladores están allí, para percibir el cuello
de la iguana cuando se transfigura en lo semejante.

Los monstruos somnolientos tropiezan en la sala de las rejas,
los disfraces, imanes, jícaras y semicírculos,
se enroscan como pellejos viejos al caldero,
y los días de cosecha se transparentan tras pasados
por el cuarto de luna sin lenguaje.
Los trasgos, como Buridán, entre dos lagos, se esconden
en las esponjas, que pisadas chirrían el sonido
que se extingue al asimiento de la hijastra.
Endurecida la musical esponja se rompe
en el órgano ecuestre del confesionario.
El rezongado lago del mamut creciendo,
alborota las entrecortadas sílabas de la esponja.
La escamosa sala y el audible lago,
preparan los andamios y los polvorosos floripondios,
que van a ser fumados por los trirremes del mural.
Las ahumadas escaleras coinciden con la demagogia del entronque,
donde las sillas romanas esparcen blandamente el calendario.
Tropa por la gotera y por la escala, ya en el centro del armonio,
liga las cuerdas reacias al conjuro, cuando asciende
el ahorcadito relame el horóscopo bufón.

II

AGUJA DE DIVERSOS

I

El Emperador y el sobrino están dispuestos a saltar
sobre los marfiles del oculto Belerofonte.
Andan despaciosos por los bordes de la taza,
sus conversaciones lavadas en arroz
y en sus apartes en las columnas
orinan suaves la calva del romano.

II

...Pues el Decreto tiene que fijarlo así:
que los cerdos no brinquen por las calles.
No por los ojos del hombre,
que saben trocarlos en un circo neblinoso,
mirando hacia el rebrote claroscuro.
Pero los caballos brincan al ver al cerdo,
sus ojos cinturonean su sangre,
que quiere exclamar granada y granazón.
Y el susto de un caballo le revienta el bajo vientre,
y el hombre ha hecho de su terror un *soplo*,
que mancilla sus cueros y que sólo dobla
sus instantes, pero lo dilata y exhala.

III

Cuando hiende, corto de risas en nosotros,
la ligereza en sus tocados golpes, vuelve
en su nombre de soplo a remover
despierto un sueño que desdice y no nos toca,
pero llega hasta allí, donde también nosotros
paseábamos, y, nube, él también por allí.
Oscura coincidencia que tiene el precioso sueño
de penetrar en nosotros, después de haber pulido
en los trigales intocables correa de sus instantes.
La que cien ojos se hace río, la que cien silbos
fríos de flauta se revisten de un flamante
instrumento, puerta de clavos fríos también y penetrante
al instrumento con sus mugidos adelgazados.

Y nosotros mismos penetramos por nuestro soplo
en cavidades de otras medida en el sueño,
y también las herimos o despedazamos con brusquedad,
como si hubiese dos lunas y las dos caras suenan
leves al frío de conocerse o ahuecarse, para llegar
a un instante en que un hillillo las despedazará con un sobresalto
frío, tamaño que alguien le prestó.

IV

Le mandaremos las mismas mulas predisuestas
por la constancia de un metal escogido; las enmascaradas
mulas cargadas de la ligereza de un metal
que pronto tripula los saltos de la corriente.
Los habituales símbolos de la dádiva
habrán borrado su relieve, la jubilosa firma
del que envía ahumará sus iniciales.
Y así se entonan ciegas cumpliendo
el igual paso de la justiciera claridad.
Las mulas agarrarán toscas por un hilo
que las llevará al cumplimiento, no a la acogida.
Continuaban discutiendo, ya en la marcha,
si las alforjas abrirían sus puertas;
si el estilo de una recompensa se había alterado;
si las perdidas mulas serían reparadas por el obeso gladiador...

V

El padre de los guerreros revisa la boca del caballo
y entre las agudas precisiones la imprecisión de los recuerdos.
El cronológico teclado de las encías
se borra en los maullidos del amanecer.
Cambian así los colores de las encías, haciendo una ancianidad
bermeja de pesado palafrén y plata doble.
La boca parece que hunde un arbolillo como un ascua.
Los dientes los recuerda como una espina, amuleto
en la boca dura fregada por la tierra seca.

VI

La flota del vino desea que las aguas no la interpreten,
que las algas salvajes le corroan el casco de planchas bolivianas
y que su espolón caiga sobre el viejo puente que se hunde.

La cepa y la elaboración caen apretadas en la bodega,
donde los prófugos van reinventando detrás del privilegiado aro del tonel.
El numen de la flota del aceite busca que el agua la nomine.,
que la bondad de las algas se entregue a su destino
y que su rostro revise las viejas torres en las ciudades reconstruidas.
La gota de diferencia y de profecía le quema el lomo
y a su almirante barbado y suave sólo le queda el habla ronca.

VII

El lino tiene rebuscadas credenciales,
ciñe la tergiversada, aventurera inanidad.
Su inexorable calidad es la de transparentar
el cuerpo cuando no puede apoyarse sin hacer
caer la no interrogada compañía.
La semilla de lino tiene una ancestral amistad
con el aceite; lo transparenta, lo hace atravesable
por la esperada ligereza de la luz.
El lino envuelve al inane homogéneo con el uno
y transparenta el papel. Sutileza de una semilla
con inmóvil medianoche y ligero mediodía.

VIII

Hay que guardar la cuchara del palacio
de Dijón, con seis chimeneas para asar seis bueyes
reellenos de corderos, los corderos reellenos de capones,
los capones de palomas. Desde la altura de una silla,
cuello de escalerilla ata, justiciera como estrado,
el cocinero pega a los desleales, prueba
el codicioso espesor del tuétano del cordero
y proclama el ruego de regalar justicia.
El escapado de la soga penetra en la nueva
santidad de la cocina, tan alto señorazgo
derrama el cucharón sobre su testa,
nuevo bautizo para la salvación de su cuerpo.
Con la nueva piel estrena una flamante chaquetilla
de azurita, y el cucharón sigue en un reposo
de campana, entre las piernas, flor de la Casa de Borgoña.

IX

Mi representación precisa objetos que la burlen;

los contornos que no sean segunda naturaleza,
objetos sin equivalencias formales.
El lomo del gato recostado secularmente en la chimenea,
cuando el azul negro de la chimenea lo deshace
y se incorpora a la noche que destruye a la columnata.
El plato de cerámica en la mañana albina,
gira como el estuche hialino descendiendo en las aguas,
pues la luz se tiende y abomina el escudo de sostén.
El sacacorchos dentro de la botella traza su imaginario,
pero el laberinto al penetrar en el vino
nos ofusca y se escabulle con el relato.
El tapón al saltar sigue unido a la botella
y recobrado, indiferente tapado con un hule mendicante.
¿La salud del objeto es su posible reducción
a forma? ¿El acabado alcanza su transfiguración
en la forma? ¿La forma es un objeto?
¿El objeto creado por la forma es un fragmento?
El espíritu del río y del poblado,
se enreda en la glorieta del extenso lienzo chino.
Al doblar la página no advirtió
que había despegado la mirada
y no se sostenía en la proclama repentina.
El retiramiento es más que el tiempo tajado
por el hombre. La superficie de la materia
se descifra en la palma de la mano
y la mano tropieza con el amargo aguarrás de la boca.

X

Estudiaba las medallas y tenía que oír el relato de la señoría;
el entumecer malhumorado en falso relato a bandazos:
la visita había temblado más que las cortinas,
el placer penetrando en un peine de hilillos y de guantes.
El hundido borde de una moneda usada por gentes
rivales, o los collares de agujeros sucesivos que borraban
los años sucesivos, interrumpidos por el saboreo
de las manos buscando la otra tibiedad,
que alargaba las sábanas hasta alcanzar el brusco
despertar en la cola de los caballos.
Tenía que acompañarlo en el nuevo tintineo
de las monedas portuarias, cuando el relato
es imposible en la tocada frialdad del cuerpo lunar.
Por sorpresa el murmullo rodaba una moneda

hasta el pañuelo atrapado del escucha relatos.
Cuando llegaba a su monóculo para escarbar
en el polvillo, de nuevo la señoría frotándose las manos.
El reencuentro de los metales que hacían la carne
de la moneda, pesaba como el ramo de naranjo
y el as de bastos de su aceptable lectura.
Cuando se agolpaba en la ranura donde se entregaban
las obligadas deliberaciones de las asechanzas
de cada metal, la señoría dejaba caer de sus manos
el polvillo que tapaba la navegación de cada moneda,
y salía a encontrar el sonámbulo marinero
que despertaría la tersa colección de Abakul,
mono de arena que se aleja masticando las monedas.

XI

La misma diferencia abunda en su inexistir,
pues la distancia encarnada en la llanura diversifica
los rostros. Esa misma testa vorazmente
en la mía, en el terror del placer recobra
una diferencia cuyo centro de semejanza se pierde,
y así su mendicante oscuro decae con el rostro en la copa
de la mano. La diferencia es semejante al indistinto de cada árbol,
pues la tercera variación alcanza o depende de una distancia
de la que surge el instantáneo embozo de un cornúpeto trineo,
y el triángulo de diferencias es como la superficie sin tiempo.
Pues es la coincidencia de dos rostros,
con la tercera persona increada en la distancia,
sólo un acercamiento del dominó al nuevo foso.
Y si alguien se adelanta para lograr
aquella suma de los rostros en el entreacto del placer.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
La desnudez del plato elabora
que mientras el perro corre en el círculo
la mujer entregue las nuevas uniones con el descendido
impenetrable, ya que para disminuir su regreso el perro
aumenta su locuaz carrera por el plato horneado.
Sobre la marina la moneda con un rabo,
después el gajo de anémona sirve de trapecio,
donde se establece la mujer etrusca con su canasta
de múrices. Después de los primeros gritos de recorrido,
la tediosa fruta en su música cansada
rastrea los metales que no están hechos para su carne.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
¿Estarán buscando la cueva del pincel?
¿El aguardar del toscó dedal haciendo flor
de un tirón de la piel?
Conversador el peine comienza por inventar
su relación con el dedal. Cambiando las hebras
sumergidas en la cueva tiene que reinventar la cabellera.
El pelo de la ardilla se hace coincidir
con los agrupamientos plumosos del ánade o la perdiz.
Y aún la cola del gato se deshace para abanicar
con la ardilla el entintado muro.
Pues hay también la casta del pelo,
origen que recibió en el oro de las fiebres
los venenosos consejos de la luna.
Toda punta que se aplique sobre las formas,
precia reminiscencia del ánade y la cola del gato,
reminiscencia gobernada de una descripción.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
La línea que se sigue encuentra la parábola
del muro, quedan unidos después los muros
para recibir los gritos y los mongoles que se dispersan.
Detrás de esos muros, la vara de los inútiles
aguadores, pesadores, combatientes de la espina
y el marfi, nobles que el tiempo toca
con amarillo veteado en la pirámide funeral.
Las relaciones de los muros se valoran
por las contracciones de la masa de mercados
escultóricos, resistentes, el tiempo sólo se frunce
por las tiendas y el diseño del sueño de los pesadores.
Pero las relaciones se solazan o distienden por el ligustre
de los jardines — el fugaz del mercado
no se pliega a la modorra final del espejo —,
forma de nuevo otra masa que reclama
el movimiento que no son ya las primitivas contracciones,
deseoso doncel abandonando el roto de su capa
con la bocanada de vino y el multiplicador ocio.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
Las colinas trabajan el manto de la epifanía,
y el despertar inicia el asombro entre las arenas
y el movimiento pleamar, línea que apoya
el cuerpo con su invisible reconocimiento, compañía
del asombro que abandonamos y la aparición
que raspa con su cordaje la sequedad.

El asombro es una envoltura que cae, y atraviesa
las dos nubes de su transfiguración, y la epifanía
tiende a reconstruir su leve sobre los objetos,
y por eso necesita la momentánea puerta del asombro
y la meticulosa negación del fulgor, su arrancar,
su tirar hacia atrás, *su entre dos, su ya no está.*

La aparición tiende a mantenerse y el asombro
a desaparecer, por eso reincorporamos lo aparecido
cuando nuestra envoltura cae. Y cuando nos ceñimos
hemos ganado la esencial, lo mantenido raptado
por el fulgor del asombro. Hemos ganado una esencia
y la epifanía clarea su rostro.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

Las hispánicas brujas están sentadas, esfinges
vacilan ante la revelación de las piernas y la firmeza
del sexo: abandonan la tierna revelación de las ventanas
y la firmeza entreabierta de la puerta mayor.

Esfinges entre el sexo y las piernas, se sientan
invariables cerca del espejo echado como las cartas
por la tierra: arte mayor el de esas brujas
sentadas fundando, rodeado por las piernas,
el sexo y el horizontal espejo en tierra.

Las hispánicas brujas se sientan, no revuelan
en el tropel del sábado, sentadas cerca de la humedad
y del espejo que devuelve el sexo,
saben que la orgullosa longura de las piernas
está entre la humedad y las robadas juncias del espejo.

"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

Las contracciones de la masa, flauta o serpiente
que lleva la sucesión anillada de sus oídos
contra el muro, son descascaradas por el tiempo
silbando contra los rebaños de renos y alquitrán.

El tiempo ondula la superficie de las láminas
áureas no para elaborar momentáneos fragmentos, anillos
que van pasando deslustrados por la hoguera.

Esos tijeretazos en la masa deshacen
la moviente unidad de aquellas contracciones,
que llevaban los puntos relacionados hacia el foco
de iluminación. Tosca tijera por el sueño
errante y reclamación incesante de la mano
por el paño de abejas y campestre mecedora.

Ahora el tiempo no resquebraja aquellas contracciones,
sino sopla, borrando la tosca la tosca escultura del rebaño de renos,

el agrupamiento de los helechos, sucesión de las manos
hacia el remolino, truncado el remolino.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."
Lagrimones, escarcha en un cucurucho secular, las ventanas
dobles hundían el celo del grillo;
la miel fría de diciembre envolvía
a la musiquilla en bufandas pedigüeñas,
y la bondad del organillo regalaba
escarcha en anchurosos cartuchos de nubes.
El charol conversa rápidamente con las cajetillas
borradas, sus iniciales y coronas suenan
magistrales bajo nuestros pasos redondos de castaña.
Un pájaro de zinc y hopalanda nos trae la hoja
de *grana paradisi*, ahora la melancolía se dormirá
en los anchos sillones que nos prestaron, derretida
por paños historiados no estará ya en nuestra grasa,
formará las nubes permanentes en torno de la lámpara.
El pájaro transporta otra esbeltez de otra hoja:
la diagalanza. Se establece por la abandonada
cordillera de los mármoles sucios de brea
y laminadas preguntas que aplastaron al gusano
de sueño ancho caminando por cien sueños.
La diagalanza introduce a las nubes
en el gusano. Y el gusano le da la vuelta
a su guante para mostrar sus entrañas de nubes.
"Estoy oyéndolo, siga, volvió a decir."

XII

Con el relámpago surgiendo de los hígados celestes,
el recuerdo se deja leer, la primera inscripción.
El dado brotado de nuestra momentánea ceguera,
también se lee con las reclamaciones del relámpago.
La vida doble del dado y la inscripción nos entontecen,
pues la lectura de la inscripción nos impide la yesca
simultánea. La contemplación de la máscara y el atrio
necesitan del fulgor, si no los ligamentos del lino
y la ciudad entrevista por los viajeros apestados,
cubren con la borrosa máscara de agua la lectura.
La carpa bate el oscuro en torno del atrio toscano
y la espera del fulgor reduce el lenguaje de las telas.
El relámpago rastrilla el vaciado que el oscuro
sarmentoso va comiendo, hasta detenerse

en la piedra cocida con diminutas inscripciones
venatorias y el tumultuoso nacimiento de los dados.

XIII

Las bases no tienen que estar por los profundos;
la piel, la superficie del mar y la cara de la hoja,
mantienen su indisoluble y la tosquedad de la cuchilla
no logra inaugurar la enemistad ni el enloquecido
dispersarse, pues el rostro parece enraizarse
en la segunda raíz de lo propio, en la identidad
voraz que se hunde y continúa como la cabellera
extendida en la lámina interminablemente homogénea.
La superficie del mar no refleja la incontinencia de sus entrañas;
la lámina al tapar la boca pocera
no se frunce por el oculto cisma de las palabras.
La severa fundamentación de las espumas
no nace del incesante interrogar de las entrañas.
El rostro y las raíces tienen el mismo canal
para particularizarse el airecillo. Y el rostro
enterrado en el aire o la raíz que vuela
dentro de la tierra, tienen el mismo surgimiento
para que la voz y el aliento se encuentren.

XIV

El gato Jámblico, calderoniano, fluidamente
sentencioso, redondea las historias del cortinón.
Suave opulento rompe la unida diversidad
de la luz, arañándola por el asomo
de su rostro entre dos líneas acometidas.
Carnoso disimulado enemigo hunde su pincel
para llevar la luz a su rota descendencia.
Indiferente superficial quiere seguir la luz,
creyendo que su casa tiene las llaves en el brocal.
Enojoso de espaldas cree que la luz no lo descubrirá
ni dejará en su lomo clavado su rebrotante
cosquilleo. Paso profundo de risa se redondea en mancha para borrarse.

XV

Si el salmón roza las heladas plumas, las risitas
— confundidoras de barrios por el truhán de la luna —,

mudan de antifaces y de antílopes, rodando
por las puertas dobladas de los naufragios.
Las comadres y las dinastías que fríen ajos,
han olvidado la dirección del marmitón,
cuando lo llevan y lo acuestan, fruncen
las sábanas sin su cuerpo y remueven el polvillo.
No ya el buscarlo anula los clavos coloniales,
las banquetas altas con segundos de urracas,
picoteando la ginebra y la mentilla, los maletines
donde los enanos centellean, pues por allí
sólo aparece con su raída trifolia pluvial,
la del día de excepción que no da recuento ni posada.
A las seis pasó por el silbido del tren parado.
En la escogida se le borró perrera andante
y hacía mandato lo que olvidaba: a la casilla de saltimbanquis y flautistas.

XVI

Sobre la mesa la lista de los proscritos
trepaba su escultura con la sangre falsa del tinetro.
Todos los nombres parece que allí rubrican
y se deshacen inocentes en un abismo de hielo.
La conspiración se cerró en lista y vuela
siempre hasta el tosco borde del nogal.
Ha sido leído silenciosamente en el redondel público
y nadie ha oído las sílabas que le conciernen.
Pasa su nombre por las ventanas dobles
de cada cámara inaudible y se rompen las iniciales
de las gorras. Gordos comentarios rodean
la tablonada casa de los conspiradores.
La lista de los proscritos estaba sobre el nogal
y ningún conspirador prestaba su juramento.
La exquisita broma del plenilunio
rompía la lista, pero el pregonero
sin leer la partitura ahondaba las gotas de plomo.

XVII

El diseño de los búfalos chinos cubría las aspas
de una pared; los colores del devenir marino por el este;
de la cintura hasta la tierra llenará un confín,
las grietas de la humedad y el engendro;
la suerte de los rostros en la cuarta pared,

mordiendo su ira particular el metal sin diferencias.
La decoración tiene que ser hecha en una noche.
Por la mañana alguien asomará la desnarigada cabeza
y comenzará el castigo o la pintada carne de alabanza.
Se pinta a oscuras y el nacer de los colores
hace la luz, cada color apoya el golpe mate
de su compañía y después nacerá otro color
en cuyo rostro se despereza la danzante.
Saliendo de las manos, después de recorrer las siete sierras,
las figuras se incrustan en la pared de su destino.
Inmóviles pregonan su cornetín de amanecer,
la llegada del nuevo extranjero en el fiesteo.
Cuando se asoma el veneciano inquisidor,
la camerata revienta de inmóviles visitas
que rehúsan las pruebas de la danza, el vino o los paseos.

XVIII

El cuerpo y el cuello de la jarra obligaban a la mano
a permanecer ciega, la inocencia del caricortado marmolero
en su alegría haciendo coros en torno al dórico sostén.
La embriaguez de la marcha se lanzaba
por los oscuros musiquillos donde la voz no iba más allá de las columnas
y la mano rendía la adquirida calidad de su lenguaje.
Enterizos demiurgos galopaban sobre la jarra, entrecruzándose
entre la anilla y los murmullos, la inaplazable sucesión
de sus anillos intercalaba la piedra enemistada
con las aguas que la ablandan y le cierran el suspiro.
Los pasos marcando el reajo al romper el cerco
de las columnas, saliéndose del caído cuerpo
y breve cuello, rompían el acabado de la jarra.
El acabado musicalizaba el ingenioso escondite
de los dedos y la regencia del pulso mantenedor.
Los dedos sorprendiéndose al entrar en el barro,
reclamaban la cuña de madera artizada por el pulso.
La aventura de los dedos decide terminar con las grietas
del pulso, pues el desafuero
de las clavijas es un aviso al que penetra.
Acostumbrado el barro a las caricias se entreabre,
el cuerpo de la jarra se contrae para crecer,
y el deleznable cuello semejante a la boca de la tambocha,
reclama una esbelta longura para oír las brisas superiores.
Es la materia la que reclama su excepción

sel contrapunteo de los dedos está quieto en su humildad.
Si la ruptura comienza por prescindir de la materia,
el capricho se hace sucesivo y se regala en la proliferación.
La resistencia de la materia tiene que ser desconocida
y la potencia cognoscente se vuelve misteriosa como la materia
en su humildad. Deseosa comprobación del tacto artesano
que actúa rigiendo y mantiene su propiedad misteriosa.
La aparición del elyro litros tiene más carnal aprovechable
que los años en que Picasso comenzó sus platos.

XIX

"Cuando el tercero, de rencorete, cada seis meses papirotea,
las paginitas de sumalele inflando ombligo de chilindrón,
y linfa cipriota de agua de balde cose que cose el pescozón,
que da un verso, infarto de otro y los sumandos de Jean Cochin
le dan cabida al inspirado de ojos papúa, ya convencido que cada libro
le lleva su baratura al anterior, en calo y hueso, en sangre y señas.
Cada tres días cruza una raya de diagonal, el poemante del envidioma,
como en bahía cada tres días apean sacos de seconal
y el fumadero cubre de cal pared de dragonteada.
Oficinista del poeticantro bala la baba del signo de Aries.
Buen asistente de la lechera, dormido al teto,
pelea a la lanza con el ternero, jarrita en mano.
Tira que tira en el banquito, la rauda tinta, el tinterillo
y el abultajo le van trayendo cada seis meses
el fetocido de escayolada con la pelambre ya sin fibrina.
Da vuelta al saco de campanadas,
lo que antes chilla, ahora susurra, las nutriciones de Fragonard;
lo que antes se tamizaba por la enramada, buen apetito pasivisión,
mece la rama un actor viejo de buey traidor,
quedado haciendo purgas con el cuaderno del sonetero capín capó.
Jorobadito, verde palucho, de rencorete, el viruelero,
tira la jaba al mismo sitio que otro llenó de peces de la estación.
Va con la jaba, tapado el vientre de frotaduras para alumbrar,
soñando en plata doble ración,
él escupía la jaba buena que Dios soltó
en los rincones de promisión."
Esta proclama se dio en Viñales, cuando la visión se alzó sin la mirada
y el invisible adquiere forma sin pudrear en muy visible.

En el portal de la variada casa de la playa,
 en la languidez del refrigerio verde transparente,
 o en la primera noche cuando los tironeados muebles
 sueñan sus gambas, alejados del afanoso
 deseo de las comprobaciones lunares, sorprendemos,
 lo que no sucede cuando paseamos la varilla
 de nuestros tobillos por el níquel frío de los muebles
 de la tropezada oficina, la precisión de los animalejos
 – como si lo que alejamos en la ciudad retornara
 con una carta de piel fruncida como la ciruela –,
 que se dirigen a nosotros, desenvueltos y conversadores.
 Descubrimos: que la araña no es un animal de Lautréamont,
 sino del Espíritu Santo: que tiene apetito de hablar
 con el hombre; que tiene el convencimiento de que la amistad
 del hombre con el perro y el caballo ha sido inútil
 y holandesamente contratada. Si se le dejara subir por las piernas,
 no en los bordes de la pesadilla sino en el ancla matinal,
 llegaría a los labios, comenzando su lenta habladería secular.
 El ámbito de la araña es más profundo que el del hombre,
 pues su espacio es un nacimiento derivado, pues hacer
 del ámbito una criatura transparente lo inorgánico.
 Simbólicamente la araña es el portero,
 domina el prelude de los traspasos, las transmigraciones
 y la primer metamorfosis, pues nada más posee
 un surgimiento visible y redondeado.
 El cangrejo llega hasta el hombre, tiene la plausible
 asimilación de las cortinas, la cama salpicada y el paredón.
 Llega a la cama y se detiene, saborea la medianoche,
 permanece inmóvil mientras el hombre ocupa su segundo espacio.
 Posee el cangrejo el segundo sumergimiento,
 ha penetrado más en la hostilidad, en la ruptura del reverso.
 Cuando abandonamos nuestro caparazón playero,
 finalizando las vulgares y danzadas estaciones,
 se encuentra también al cangrejo retirándose por las artes
 que prefieren el bullicio al oleaje, las móviles conversaciones
 y la inmóvil sucesión de las aguas, sustituyéndose.
 Si nos encontramos con el cangrejo en un cuadrado
 de arena y el cangrejo nos presiona con su tenaza
 de huesos, una energía se recorre por los círculos del hombre
 y aumenta su tonalidad comunicante, sus hilillos
 de radiaciones por el diafragma y el centro génito caudal.

Cuando el hombre ha soportado que es más profundo
el ámbito de la araña, tiene que recibir la otra
injuria: la rana respira mejor que él,
pues el aire le penetra hasta el temblor de las patas;
su cuerpo recibe con más delicadeza la caja de aire,
y transporta con más distinción de naturaleza cantidades de espacio.
Por eso la rana tiene la boca de la salida, parece
que alguien fuera a saltar de la boca de la rana.
La flexibilidad para el parimiento, por la cantidad de aire
que invade su cuerpo, le permite devolver al escondido.
La piel de la rana es para el escondite secular,
pues cuando le sale el cuerpo que le ocupa,
su piel de hoja marina devuelve los secretos
de las invasiones que había soportado, pues el cuerpo
que adelanta su boca demuestra que el sueño no ha destruido
el recuerdo de sus otros nacimientos y la espada jurada.

¿Ustedes saben quiénes han pasado por ahí?
Los dos enanos.

XXI

Después que la voz lo enderezó dentro de su plumada
de nueva vida y alejaba la posibilidad del polvo,
que comenzaba a rodar por la canal de sus piernas.
La voz había entrado como nube por la boca
y ordenado movimiento al nuevo adquirido yeso
del cuerpo. Se sacudió, resquebrajándolos, los bloques
con que la noche se adhería, apretura para apuntalar
los puntos de su recorrido, reconocimiento
que se hace porque el corcel se inmoviliza.
¿Cómo esperarán la segunda muerte? La de morir
su otra muerte, ya situado entre la muerte
y la otra muerte después del valle de esplendor.
¿Aquella resurrección entrañaba ver de nuevo
aquellas apreturas y el detenimiento
congelado del corcel? ¿O penetrar en las esencias
que habían hecho signos en sus párpados?
Siempre aquella indefensión y el temblor
al escribir la historia del resurrecto.
En ese desconocimiento de lo situado entre las dos muertes,
prefiere situarse antes de la resurrección.
¿El resurrecto se dispone a su otra muerte?

El corcel sobre su detenimiento y el cordel tascado,
no penetra en aquel reino donde transmite la voz
con la llave del mercado.

El resurrecto, situado ya entre la muerte y la muerte
en el valle de la piedra irradiante, avispero de centrales metales,
pues el germen no puede reabsorberse en la flor
de otro germen, sino por el ensanchamiento de su vientre
de enigmáticas refracciones pisciformas, que llega a laminarse
como la piel que recubre los granos odoríferos, las monedas
de los muertos, los arcos asirios, conmemorativos
del arco del antílope.

El perro se pierde en la bruma de sus noticias, pues el resurrecto
no puede penetrar de nuevo en el bosque y el que transcurre
deja caer en su plato lo que suena sin ser reconocido.

Al ir penetrando en la capucha tirada del caballo,
el fragmento con sus escalas y triángulos para la luz,
recibe la transparencia, el visible antes de perderse
en la suspensión, gimnasta que sólo tiene el sentido
de una orilla, hasta ser guardado como un pececillo
en la esfera del niño, sin contemplar la otra figura
que une el espíritu con el germen. Nos regala
el sentido la otra figura, mientras nosotros nos perdemos
en aquel bosque donde el caballo detenido fraguó
la pérdida del reino y las brumas del perro aventaron
sus noticias. El perro perdido en las abejas de su halo,
espera saboreando la carne de la harina con miel,
inmovilizando el rabo, ladrándole a las grabaciones
en la puerta, cuando el cuchillo y las uñas hablan
a la puerta en reverso ante la voz y el murmullo.

Pues si nacer al otro nacimiento es el apetito,
voracidad de transparencia ganada después de aquella suspensión,
y en que el apetito se hace con nosotros como la segunda
naturaleza de la gracia, ya que el cuerpo dañado
es la no transparencia y la hibridez de la voracidad;
morir la segunda muerte, la muerte del resurrecto,
tiene que estar dentro de la repugnancia, pues el hombre
no se inmoviliza como el corcel, sino puede tocar
dañado y continuar humedeciendo su repugnancia.

La repugnancia del resurrecto no tiene tumultuosa retrospectiva,
la hoja en la urna sin lo oscuro que mantenían
su levedad viajera y manumiso sin respirar.

El sentido es el fruncimiento de la impulsión
y en esa cacería gravita el relieve en los extendidos

brazos de la visión, su lejos es el tamaño de penetrar,
y en la erótica final tan voraz como el germen
de consumación, se tiende el alimento para el caballo
que se inmoviliza y los dedos dañados del resurrecto.
Después de la suspensión del interpuesto bosque,
el mismo perplejo de la raíz de aquella fuga,
hasta que el caballo, la capucha tirada era una piel
de rana, pueda cantar sin la harina del payaso.
El apetito se acerca a los hoyuelos surcados
por el líquido que recrea la lombriz del relámpago.
Dentro de esos hoyuelos una luz que une techo
con techo, ciegas puntadas de extinción,
mantiene el murmullo agolpado bajo tierra.
La repugnancia tropieza con que las hojas
unidas a la suerte de la arena agraviada por el agua
muerta, forman el tabique que se detuvo
cuando la suspensión soltó su corriente sobre el espejo.
La repugnancia del resurrecto, el paréntesis
entre dos muertes, el puente de hojas para las hormigas
albinas, que ya no podrán cubrirse con la capucha
tirada por aquel que cubre el árbol sin acercársele.
Los sumandos del resurrecto tocan la transmutación formal,
sucesivas hojas en las frondas sucesivas del ladeado espejo,
pero ya en ese menguante las hojas fijaron un rostro
y las frondas se cubrieron con las canosas tablas consejeras.
En ese operante ya no crepita el apetito las puntas
del pan, sino el resguardo de la harina húmeda
y los cuernos de oro del múrice retocado,
inician su opereta entre dos farolas
de entrada. El apetito tiene que luchar con el jabalí;
el frío de los metales se instala en sus mezclas
resurrectas, el imán de los hoyuelos vacíos descaece.
Longinos o el jabalí cierran la puerta del apetito
y el alanceado se embota en la carne del resurrecto.

FRAGMENTOS

Los murmullos tienen, plásticamente, una seda estrujada,
un gran pañuelo reducido por la mano, y después saltan.
La fluidez y contracciones, los graciosos dones líquidos,
desean un ceremonioso recogimiento, y después alegremente
vacilan ante su libertad. Murmullo que es esa vacilación
del candoroso repliegue entre dos lunas y la ancha boca
de ondas apoltronadas.

El abultante del ojo espinado tira el platillo de la gran pascua,
sin prender la rama clásica de oliva y trojes.
Los esponsales son por la nieve, enfrente el fuego,
van por la noche, no por la cueva, para ceñirse
la marca del cinturón. Lo desigual enarbolaba
el hinchamiento del bosque sacado del bucentauro,
enfrente el fuego, enfrente el bosque. La rama ardiendo.

Los murmullos agitan su nueva caldera de plata,
el príncipe y el condotiero sienten la ligereza
de la luna por las baldosas, cuando sorprenden el crescendo
que llega hasta el balcón, hostil plumón
en donde el sueño recibe el ancla del naufragio.
El pequeño oscuro tiene un oleaje contraído
Y la perra cubriendo las baldosas ladra la fuga de un reflejo.

La seda nos toca con la cola de su ciego calamar.
La jactancia ilusoria de la seda vuelve a ser reconocida
por la caricia que se extiende llevando sueño
hasta sus términos; su jactancia se tolera lentamente
y con lentitud despiertan sus guardianes el contorno.
Tiende a caer la seda sobre la piel, navegamos entonces
sin tocar las entrañas del mar, la piel del monstruo nos acoge.

Nerviosos animalejos de sumergidas cabezas,
mueven las piernas como lombrices avanzando por lo húmedo,
caracteres de la lluvia a la salida del salón de otoño.
Alguien que espera que la verde mujer termine de dormir,
mientras las sonrientes paredes improvisan sus ventanas,
se abraza a la pierna reconociendo la esbeltez
de las antiguas humillaciones, desembarcando en una ciudad quemada por los

persas.

Los tres cuerpos sonrían en la detallada estructura de su piel,
otro cuerpo parece que lo entreabre o pare la fronda hojosa,
y queda asegurada la curvatura como mancha gris abullonada,
que lucha con los recobrados otorgamientos de la piel.
Las lanzas de las escamas toledanas
están reemplazadas por los verdes obispos de otro otoño,
que no está dictado por las frentes tridentinas, sino por los escarceos elíseos.

A las once y media los comedores vueltos de espalda al hombre,
el sirviente con la chaqueta escamosa golpea la plata con sus patadas,
van acumulando la atmósfera para que salte a su mesa
el malabarista que llega cuando se remueven las flores
tiznadas en la pared, los quince días de temporada
esperará que entren los tres joyeros que le quitan
el sabor de vaciedad al comedor y así almuerzan enlazando las posibles anillas.

El cuidador no podrá impedir que la bailarina saltase en la calle,
como la casaca roja de los museos no puede impedir la idiota policromía de las
mariposas.

El gesto fiero del rubicundo también lo convierte en espectador
y tener que romper el farol para extinguir las candilejas.
Alguien pasa por el medio, y así consigue el espectador que no aplaude.
La anterior lluvia encera el piso, riesgosa lección
para el rubiales que atiesa su contemplación en un entreacto trabajado.

La pera supera su amable grito amarillo por la carmelitana carne
de su madurez, piel rota de la corrupción,
pero la manzana asciende para recibir el rocío de la sangre.
En ese rendido curso de los labios,
las uvas de fondo profundizan con su esfera cantante,
y el mantel o la cesta, reciben brisas arenadas
que les cuarteán o ennoblecen el rostro suspirante de los nobles crecimientos.

El cuerpo completo en su doctrina es que el que escoge,
su sumerge, cae o posesiona, como la tierra posee
el sentido curvo de su visión, los escalonados muros
derruidos por la espiral de la mirada, pues no es el espacio
sensibilizado sino la ocupación del temblor vaciado
por un golpe el que inaugura las bodas del conocimiento,
ya que el dolor del otro cuerpo es que comenzó por un vaciado que recibe.

La soberbia del paladeo, sin su sentido, se anega en la extensión;
la aparición del sentido según se aleja de la línea del horizonte,
hacen que el otro penetre en mí anegándome, ijares
de mi costado que mezclan la púrpura con las variantes
de la piel. Ijares que comprueban el sentido de mi destrucción.
Si yo camino, abandonando mi cuerpo, son las imágenes las destruidas
por el tedio de las secuencias, oleaje de mármol con pinos sepultados.

Reino de las imágenes por el artificio del inmóvil conocido,
pues el cuerpo tiende a la otra extensión de su escultura
y a establecer en el sueño los juegos del rescate no pagado.
Si no llegasen los números del sueño retendríamos al inmóvil desconocido,
lo que no se demuestra ni se puede dar por demostrado:
la gracia o aprovechamiento de las imágenes que desconocen las escalas de
nuestro cuerpo.
Nuestro oleaje, al que desconocemos, es despreciado como trampa.

Pero cada imagen llega a nuestro cuerpo guiada por aquel golpe.
Interpretando los deseos del príncipe de romper la escala,
perpetrando por aguas muertas y antílopes ajenos,
burlándose de sus cronistas y flamencos, venablos de imágenes
multiplicándose en venatoria, chisporroteo terroso del potro enajenado.
El enajenado o sepulto sentido conjura los cuerpos grabados en el cuarzo,
y el príncipe, sin antifaz, secuestra a la hija del copero ordenador.

Nos maniatamos también al herirnos que ningún rostro
permanece asomado al cóncavo sin que se hagan añicos.
Cada añico raspa en el loro su palabra diferente.
Turno de buey que friega con su baba el tonto espejo;
espejo de raspas, caducidad, friega de la valona,
y por demás, el añico, hijo de punta de papel,
a su erguido amanecer de lamida y bochornosa novedad.

Pulpa sin los colores, reino albino del pedernal,
secante soledad de la tinta del mascarón.
El lánguido pedernal humedece la pulpa del carnaval,
cuando la plateada rueda acaricia los pétalos de hule
y el sombrero de la domadora resuelve las mezclas de negro y azul.
La corneta de los añicos convoca para la navidad de las salamandras,
agotado el fuego ríe la salamandra en su papada de amaranto.

¿Y cómo se hace esto, pues yo no conocía a la mujer?
El vegetal consentía en ser escarbado por las uñas de la luz.

La copa de los árboles recibió el semen de la luz cognoscente
y los dogmas de la luna brillaron sin pareja.
No lo cubrió la mujer sino una sombra repleta.
La carne de esa sombra, cubriéndonos, apretada al acrecentamiento
de nuestro pecho engendra la potencia del único acto visible.

Sólo le preocupa al ángel el sentido de nuestro despierto para la música.
Si oye, cuando los demás se transforman en doncella o en pez,
el árbol visibiliza sus transformaciones ante la penetración de la música,
la sombra carnal regalada por el vegetal nos transforma con la invisible
lentitud del sueño. La raíz en lo húmedo de la mujer o del cuerpo extenso
hacen las transformaciones indetenibles, las evaporaciones de nuestra porción
son tan lentas como las del vegetal, y entonces saltan la doncella y el pez.

No será imposible para el hijo toda palabra,
pues la brisa penetra en el vegetal, pero la palabra penetra por el golpe.
La brisa tiene que adquirir el color del ámbito del árbol,
y la voz persiste con la primera caída del enemigo.
La palabra penetra por el costado con la hueste
de la sombra del árbol; el golpe, no el soplo, es su diverso.
El tropel va penetrando lentamente, pero las decisiones de la voz llegaron
rápidas.

Las imágenes proclaman nuestro cuerpo,
caen en lo sucesivo o en la esfera, siempre en una voz
que le prestó el centro de su aliento.
Nuestro cuerpo llega a ser un obstáculo donde la ajenía
se revuelve. Ay, nuestro cuerpo a horcajadas en otras imágenes,
que no eran para él, oscuro y musical impedimento
penetra en la desolación, el soplo que transfigura a la hoja no es el que recibirá
como terror.

LA RUEDA

Hombre untado de negro. Ojos rojos.
Está en la garita de centinela y mira en torno.
El codero duerme en su cabellera.

Otro hombre con los dientes y los pies
muy blancos y muy largos.
Tiene los cabellos como carbunclos.
Enloquece y piensa en los misterios eleusinos,
en cuclillas sobre un tapiz.
El toro reposa en la parte posterior de su cuello.

Una mujer que asciende, como un pájaro con cabeza de mujer.
Es muy calmosa al coser.
Pide gemas, quiere prole.
La sigue en su ascensión un espejo.
Una mujer detrás del brazo izquierdo.
Un hombre detrás del brazo derecho.

En su cabellera se ven tres flores rojas,
atravesadas por tres alfileres verdes.
Empuña un bastón de rama de tamarindo.
Bebe y canta con los marineros.
Aprieta entre los dos pechos y la garganta.

Se parece a un negro.
Trabaja en la Quinta del Ñato.
Horrible, lo desfigura el fastidio.
La carne y las frutas forman un líquido
indescifrado en su boca.
En la mano lleva una jarra
con el mismo líquido, vuelto transparente.
Está entre los dos pezones y el ombligo.
Cuando se despereza se extiende
de pecho a pecho.

Se ve ascender un hombre negro, está lleno de pelos.
Tiene tres tatuajes: uno, en la piel; otro en la seda.
El tercero, en un manto rojo, que es el que usa
cuando porta un tintero negro.

Abre el libro, repasa lo que llega y lo que se va.
El sexo es la gruta marina del escorpión.

Vuelve un hombre con cara de caballo etrusco.
Lo envuelve un saco de fibra elemental.
Lleva un arco muy flexible.
Quiere cazar, pero el terreno es una salitrera.
Se sienta. Está de nuevo en la garita de la soledad.
Se sienta otra vez muy fastidiado.
Pesa el vientre, lo que está dentro, oculto.
Lo que está fuera, repleto.
Un platillo es para la noche.

La mujer que vuela, muy bella, está desnuda.
A sus pies, el círculo de una serpiente.
Se encuentra en el mar, pero se acerca a la tierra.
El escorpión como llave. Penetra en el sexo
y mata un hijo.

Aciende un hombre de color de oro.
Lleva dos ajorcas y en los brazos
dos pulseras de granadillo.
Hiere vestido con la corteza de la palmera.
Duerme en un trono rojo.
Flecha, retrocediendo hasta la muralla de los muertos.

Asciende de nuevo una mujer. Los ojos inmóviles.
Tiene el color de la calabaza.
Es la misma que sabía coser.
Usa gemas de hierro.
Hunde los cuernos en los muslos.

Ahora es un hombre barbado, barbas coralinas.
Su cuerpo como los de un negro.
Muy ceremonioso, con su arco y sus flechas.
Lleva un saco lleno de piedras preciosas.
El agua que cae del cántaro,
se extiende por sus piernas.

De nuevo la mujer bella, blanquísima.
Se encuentra con un barco y su pecho
está cosido a los barandales de estribor.
Allí están la parentela y los amigos con vinajeras.

Llora y nada hacia la tierra.
Las dos piernas sobre dos pescados.

LOS DADOS DE MEDIANOCHE

Llega y se esquina con las esquinas del pañuelo,
cuando abierto como una bandeja se equilibra
en el aire, endureciéndose su lámina de cuchilla
y trayendo para el aire las visibles consignas
del agua, su transparencia que se retira saludando
con lentitud en los ojos de la sierpe.

Para llegar reconociendo el manuscrito en las esquinas
de la muerte, se hace visible como un pañuelo.

No será el pañuelo de las Danaidas, tirado por sus esquinas,
frente al inflado de Eolo, llega el semitonel,
hecho para colar en el jugoso tegumento lunar
la acuciada lona de las conmemorativas regalías;
ni el pañuelo de los oficios, donde las cigarreras hunden
el tiempo en la cuchilla del pañuelo
que nos va a penetrar.

Escondido en el acaso de las manos, burilado animalejo
que nos ronda, pero sin encontrar el paso para reposar
en nosotros, adormeciéndonos ya en el sargazo.

Su propicio secreto para penetrarnos, cuando se despliega
flotante transparencia abriendo brecha en cada poro,
y colocando en los dentro las adormideras
que llevan su flor hasta la piel, y allí sueltan,
saltada por egipcios insectos, su fúnebre cabellera.

Las leyes de los más antiguos ceremoniales, las curvaturas
donde las concesiones del hombre esperan o despiden,
semejan ese momento en que nos inclinamos
para historiar más de cerca la sutileza del pañuelo,
y nuestra ya irreproducible transparencia en la bandeja
sin bordes, penetrante.

Curvos principios la rama se delgadez aconseja.
Íncrito rayo del árbol, fría la luz
describe la última rama.
Los constantes ejercicios de la luz le guarnecen
el éxtasis de la brisa interpuesto
en las dos capas arenosas donde la sierpe lanza:
el espacio que se torna;
la otra, el apoyo, el punto que nos ahoga.
Comprimida la rama por lo rodado; comprobándose
hebras dora en el racimo.
¿Cómo el pájaro se le avecina y le ocupa el centro
de la rama y el espacio?
La rama de su esbeltez no se cierra en la posible
circunferencia de su gemido.
Equilibrio del oído y de la rama pecho avanza
en el sonido. La delgadez de la rama sorprende el peso
sobregado de aquel pájaro que respira el centro
vegetativo e inclina el cuerpo a los remeros
del aire. Pecho aquel ablandado en el sonido.
La escultura deseada de sus brumosos hijos
al diálogo ondulante entre el pájaro y la rama.
Rama que ve por brazos que no se ven.
La caja que aspira el pájaro,
transparente poliedro traspasado por los gemidos
del hijo de su escultura,
se alza sin ser mirada.
Un punto de ese cuadrado apoyado en la punta
de la rama, caja que incorpora
la resistencia aspirada, sopla,
vuelve ya por su recuerdo a su espejo original,
el pecho de aquella agua.
La diagonal de la caja por el pájaro aspirada,
la rama su apoyatura sumergida descubriendo,
cuerpo nuevo que es un ámbito con nuevas leyes
de equilibrados remeros, secretos del expandido sombra en agua.

Buscando la increada forma del logos de la imaginación,
las serenas provocaciones del pájaro cuando se detiene
y queda suspendido o la pesadumbre del pájaro apoyada
en la punta de la rama sin doblegarla,
me encontré con los sentidos necesarios para demostrar los axiomas,
pues hay cosas que nos reclaman la caída de su demostración,
aunque se nos diga que el paredón de los axiomas
no necesita consumirse en su plumada.
Si demostramos que el pájaro rueda por dentro
su dado de aire, lanzado con despreocupación
en la medalla de su éxtasis,
y que ese dado le crea por fuera de su cuerpo su centro
de resistencia, y que la punta de la rama refuerza
su impenetrable, burlándose de la gravedad o la llamada
y de la necesidad que tiene el pájaro de demostrar sus axiomas.

En la carrera o el rapto los jóvenes deciden
el ademán, los gimnastas redondean en el hastío
la brusquedad de sus ejercicios. El raptor
se despide con el artificio del guante
y el iluso definidor entreabre
sus bisagras, conversa como si escuchara su sombra
por denajo de las aguas, y niega el cuerpo
y el reverso de la luz, parece contemplar
las respuestas que lo niegan o las liras
que lo comentan. Oh, Charmides, cierra
la opulenta justicia de tus túnicas.
En las interrumpidas reclamaciones del vino,
cuando la falsedad de la furia se ofrece sin resguardo,
las venillas que renunciaron a la oscura oportunidad
de los símiles cambiaban cifras con las hojas.
Sus cuerpos desdeñosos del compás pueden adquirir
el orgullo del canto, o la fragancia del arco
de sus espaldas; riéndose de las pausas de la armonía,
crean las generosas y nuevas vicisitudes de la danza.
Cuando reaparecen afirman que la bondad
es un gesto que se alzó a su escultura,
pues ha consentido que los que fluyen y los dialécticos
burilen sus comentarios sobre las nuevas formas adquiridas
por los teoremas de sus cuerpos y sus saltos.
Sus rupturas, campanillas de aguas nocharniegas, encuentran
la soldadura del método e la serpiente,
y la claridad de los comienzos de cada uno de sus ademanes,
terminan con el misterio órfico de la constelación, suavemente irradiante, de
sus cuerpos.
Los deslizados que quieren acogerse a la sutileza de los saltos,
para proyectarlos en la pared de sus cámaras, para definir
y escamar, cuando les cae por dentro que la consistencia
es la unidad sin radiaciones y que el lleno
de la composición es la cifra del bárbaro.
La madurez es la barbarie y el equilibrio en la grosera consistencia;
la barbarie del maduro no sube a lo alto de las colinas
para saludar el retorno de los fronderos,
soplándose la niebla;
cuando desea rompe disfrazado la no particularidad,

deseando su nombre más allá de sus deseos odia
la doble imagen de los espantos, el abanico facetado
de los cíclopes abejas, quieren la imagen
del can dormido sobre una piedra, del sostén
en la columna de diorita calculada por los egipcios.
Gurda abrillantada la torta de miel que le tirará
al Can en los Cañaverales, pero ha continuado
confundiendo la grosera consistencia con la penetradora
duración, pues se obstina en no reducir la magnitud
a extensión concebible y continúa vagaroso
ofreciéndole las enigmáticas inscripciones, coleccionando
la amargura de los discos que antaño lucieron
sus consagraciones en la obediencia a cuerpos hermosos
y solemnes, pues la duración de la luz los amigará
con el nuevo diálogo de los guerreros y las ruinas.

El reflejo busca reaparecer desconocido en otro baile,
ha cansado a sus momentáneos cuerpos derivados,
y después de un desenvuelto sueño recostado en el muro,
va penetrando con su nuevo disfraz de murmullo.
El murmullo concentra el reflejo para oír
y el reflejo queda como el murmullo en la mirada.
El descorchado, leve frenesí que pregunta en el manteo
de los mercados, con la semiluna que enloqueció
las cinco puertas que se derramaron como copas
ante la aulladora generosidad de los mancebos.
Cuando la caballería colgaba los peludos cuernos
de las tiendas, en las decisiones hirvientes de la mañana
para la pelea, los centinelas encontraban su temblor
para la inapropiada cualidad de corrompidos
reflejos, que asistían para igualarlos a los fugados.
En ese vagaroso en que el murmullo levanta
el orgullo de un reflejo apoyado, aunque saltante,
comienzan los inapresables de cola y holoturia
para pegarnos en nuestros predilectos abandonos;
los inaudibles, adormilados cros que transcurren
dialogando en el chorro, descubriendo
la abundante oquedad de las bocas,
las enanas historietas de los reflejos,
el zumo de almizcle que entierra sus llaves
en los siete mares de los ovalados vidrios,
después parece nuestra hormiguera saliva
la que borra y saborea esos polvos de cabra
de los resquebrajados pies de gibaos y paso de granaderos.
En la afianzada casa de los continuados proverbios,
de dilatado jardín carnal y recorrido por la pelusilla
de los violines, se ofrece en la tercera caída
de las aguas de su menguante, la irisada pertenencia
de un murmullo que quiere obligarnos
a que nos sentemos frente a él, como en la casa del mar.
Si variamos la quebrada decisión de nuestros pasos,
seguimos calculando la altura de la llama
de ese murmullo y nos sentimos cerca de su frenético
pasatiempo para ingurgitar el murmullo.
Cuando el reflejo se fija o concluye en la posta

que viene con sobrante lunar a preguntatr en la casa,
salta mordido por la pimienta del remolino.
El murmullo de aguas en la tapa afinca
los reflejos de la calculadoora osamenta, llevando la guardia
a la esquina donde se encuentra el murmullo
y el reflejo. El terror parece alzarse
en esa coincidencia en que se oye
el deslizamiento del reflejo y el murmullo disfrazado
de la llama juega su carne y su trazado
oscilante; cuando el murmullo se sumerge
y el reflejo cobra tricornio de arlequín,
el terror perdido su apoyatura tonelete
y el transparente disfraz de sus símbolos,
comiena, inseparable, andariego enloquecido.

El brindis del pescado sigue el mismo cordaje,
la ligera curva fácil del mayordomo
para sacar sonoridades a la curva
del comedor, y los galoneados, festivos emperadores.
El esbozo de un nuevo color entre los agravios
del aceite, el círculo del dipnoo tirando el anzuelo,
esperando el relajado timbre de los bailables.
La trucha a la siracusana o la carpa de Brindisio,
iniciaban las inacabables historias finiseculares de las carcajadas.
Con las dos manos cruzadas sobre los diseños del placer
y los envíos del proyector arrancando los pornográficos sombreros,
ironizaba la voluntad del índice o la humedad de los desmayos,
mientras el cuerpo sumergido tropezaba con el ballenato
de las carcajadas, sorprendiéndose de la perfección sin éxtasis
de la carpa paseada por el mayordomo, tambor de las carcajadas.
Los coros que alzaban la entereza de los lenguados, prole
del infinito gustativo, recibían las serpientes del salobre;
los coros alzando la ironía de la descifrada vehemencia
de los delfines, acuciosos preguntones, saboreaban las más despreciables bahías.

En la primera luna de las batallas,
transmitir al ojo el testimonio que anotaba,
el desinflado aliento escondido por los vacíos de la cerrada armadura.
Detrás de la armadura ¿qué separaba la respirada agonía
de la extensa muerte? La gravedad de los fluctuantes
y bruñidos hierros marcan la sutileza del recorrido aliento.
¿Qué separa la armadura del fantasma que le huyó?
Y si alguien duerme en aquel costillar ¿cómo sus sueños
podrán endurecer las orgullosas manchas de las nubes?
La batalla rasgaba de nuevo sus enumerativas crónicas
y el costoso jugo de sus variaciones se alejaba del río y la armadura.
La armadura de la muerte que ocupaba el primer término de la composición,
el testimonio del sobreviviente sólo registra la destreza
de la composición y el sitio donde la armadura recibe los más historiados
reflejos;
abre la puerta del instante entrañado en el cristal extraído
de cenagosas corrientes y de los acuchillados saltos de la sangre innominada.
Recostada la armadura en bruscos sacos arenosos,
se ve la muerte como desinfladura, el pellejo
recostado en la armadura, adhiriéndose como tierra costera.

Como le pesa más el hombro izquierdo,
está allí, enredado en la reja de sus pies,
el idiota. Vuelve a su abecedario desleído,
agua con hilachas marchosas y cáscaras sedosas.
Este idiota está dañado, se entrega empujando
al revés, a los merengues corporales; babea
sobre el *phalus impudicus*, babea
sobre los manchones de la retrasada tosferina;
babea sobre las tumultuosas enmiendas de la plana.
La mosca huye a Terranova para evitar el babeo.
Bob, Bobby, La boba tiene cuenta corriente,
abre cuenta corriente, babea el billete
de pago por babear otro cuerpo.
No sabemos dónde está, La boba
escarba en los hormigueros coliflores.
En el tercer acto de Giraudoux,
en el servicio tiznado de marmolite granadino,
babea lentamente las excelencias de una sílaba,
o cubre en *Le mouton sans fleur* con baba de piedra
dos perdices rosadas con mandarina almendraleja.
"Oiga, usted se le parece tanto que le ordenamos
la siesta, oiga, oiga."
Enreda con baba la filológica lectura
y pregunta por Ivan Yusuf La Condamine.
Sobre su rostro el santón bosteza las nubes de sus parábolas.

El caballo se aísla y acolcha su relincho,
se mueve aún en la cámara mortuoria
de asta de reno horizontalizando su cabeza.
El relincho no alcanza el relieve del galope,
pero si su cabeza deja de absorber la sonrisilla
del rocío que ha entintado suavemente la destilación
terrenal, y se extiende como una flecha estirada,
capaz de romper la musical prolongación de sus hilachas,
como si su cabeza descansase en el lomo del reno.
El movimiento se resuelve en la grabación del péndulo
de su cabeza, y aclarando la delicadeza de su ley pendular,
la horizontal graba la decisión de su marcha
en la cámara mortuoria de asta de reno.
Después la exigencia de la realeza del infante,
busca su heráldica en la brusca penetración del corcel.
Allí la ebria tiesura del péndulo al galope
cobraría más prestancia que los pergaminos de antílope
y los guantes de nieve descifrando el desdén de las hojas.
Basta entonces apretar y oír la reducción del infante,
su enfurruñada marcha hasta el cuello del corcel.
La marcha no es entonces la horizontal del péndulo,
sino las pesadillas del infante abrazado al pescuezo desprendido.

Entredichos del regente, el can, las burlas,
las consabidas fiestas derretidas, mal prestadas,
fueron a un tiempo a llevar la cabaña y al traslado
burdo de la corona sin hueso desgastada de cerveza, tontilla.
Relampagueante de solaz y a escaso trecho de la primavera,
la hojalata mece el péndulo de Escocia, cucurucho
donde el gorrión borra las letras de repisa y circunvala.
La cabeza de buey que le han prestado al carpintero,
le reiría nuevas colinas a la papada pascual
cuando las dobles babuchas destrozan el dictado cimarrón.
Fiesta de ruedas portuarias y al acecho de regalía,
gobernador que tira los lazos musicados y los platillos
de algodón que golpean media cara.
La fiesta inmóvil comienza su escultura y la lanza
mayor rueda el fajín de su tití verdeante.
El turbante tití instala el descalabro
y el gobernador lo grita en el bastón trepado
por el tiempo reglamentario y el escote querendango.

La piedra y la extensión, domesticadas por el hombre,
pueden dejar de ulular en sus tatuajes matinales.
Como la piedra y la sal ululando en la feria
bizantina, pueden reabsorberse de pronto como la lluvia
secuestrada por los jinetes, despidiendo las alharacas
pintadas de limón y alzacuellos gigantes.
Después la firmeza de esa extensión se ha hecho sórdida,
responde extinguiéndose, llevando siempre a sus comienzos
la campanilla del heladero, entrando siempre por las dominicales
ventanas la campanilla, la campanilla pulsada
por el muñeco del ventrílocuo siempre.
Por el oblicuo de la esquina van penetrando,
pozo que le roba las escalerillas simultáneas,
casa tras casa, silencio de su desfile lividez,
cadalso de risotadas desapareciendo gordezuelas,
con el ungüento de arena, fiebre seca de la cabra
reducida a rodar su osamenta de coronación,
alguaciles mano en jarras, fila de los corchetes rechonchados.
La sordidez pasa como la ausencia de la piedra,
después que su gravitación no se acoge a nuestro pecho,
cuando los posibles de su espera ya no conversan con nosotros.
La materia muestra su escándalo cuando no oye,
las escalerillas del relieve de los presos en los desfiles marinos,
y el hombre siente, con su acompañante torre, que no oye la materia.
En el centro de esa extensión de sordidez, el cafetucho.
Oblicuo toque a la extensión, penetra como la cuchillada
por la cara de la piedra, y se acaba y se sienta.
La pianola del cuarentrante se comía al periódico
y avanza después con las manos hastiadas de utensilios.
Y el saltante pequeño, slaterio nacido para traernos
los cigarros, llevaba las monedas en el paño del monito.
La aniquiladora extensión y la rapidez de aquel
oblicuo cafetucho, colocan en la sombra venida para la piedra
la campanilla del heladero en las manos del ventrílocuo.
Son las casas de la feria las que reclaman la extensión
y el turno se hace por el rincón del cafetucho.
La sumergida campanilla firma la torre de la primera compañía.

Pertenecer a la tribu del Gato Montés
implica, a veces, el deseo de quedarse atrás,
siguiendo la doble línea que siguen las langostas.
La lluvia se encarniza y produce las variaciones
en la línea que conduce hasta la cueva.
Dañado en una pierna seguía el rastro
de las estinfálidas, de los otros hombres no dañados.
Las langostas le siguen mirando la humedad
de cobre que vuelve a rodar por la gruta de su boca.
Está dañado y sus pasos se vuelven sobre el círculo.
Si no puede ir muy lejos ¿por qué no penetra
en la caverna? Si tiene que trazar sus límites,
¿sus preferencias no han de escoger las hojas de la gruta?
En cada lluvia le persiguen de nuevo las langostas,
que suben y crecen por su altura y su vacío,
y el lagarto tintinea su bolsilla saboreando
la saliva del que sigue la línea hasta la gruta.
Está también cansado, pero no se detiene en la sonrisa,
sigue las líneas dobles donde suben y crecen las langostas,
y las hojas que él ya no puede tocar, de aquella gruta.

El fragmento dañado se subraya al mirar en torno
y recrearse venecianamente en la identidad de su mirada:
la diferencia de tonos por la distancia es su silencio.
El fragmento cuando está dañado no reconoce los imanes,
furiosamente se encaja en la esfera que giraba
impulsada por la rueda de otro apetito, de otra penetración irreconocible.
El diálogo carnal en el dañado, la doma circular de sus palabras,
no cae en el misterio suspensivo de la otra noche flechada en el desembarco,
sino se desliza errante preguntando de excepción y de ruptura;
el pez relámpago no penetra en el bosque donde está adormecido.
El fragmento de apetito está tirado por el centro de la esfera, su hambre
busca el alimento que lo abarque, la investidura del ceremonial
de las estaciones donde la línea del horizonte es siempre un enemigo.
El fragmento que está dañado desconoce el sentido de su marcha
y no puede caer en la plomada de su espina central,
pues su ceguera está fría y se detiene
y carece del nacimiento de la irradiación, errantes ojos despedidos
de su centro para ser tan sólo el contorno de su chisporroteo,
pero sin que la chispa una la cabellera del agua cayendo
y las danzas de la hoguera que caminan hacia la desmesurada silla por la que
repta el delfín.

En sus momentos de volante tierra cristalizada,
la lluvia, como una divinidad que se ciñe doblemente el manto,
se ríe en sus potencias de que no puede ser interpretada.
En torno de la cámara ahonda su murmullo y no se aleja
y pasa como los pasos por un tejado en la medianoche.
Si potencialmente aislamos el espejeo de sus letras,
se torna en el genio con rostro tapado al hundirse
en la fuente: allí, como una música fundida al volver
sobre los torsos, se deshace en el espejo del instante,
cuando sueña que incorpora el remolino,
como la airada divinidad que surge en el desierto
y se sumerge voraz en los líquidos intercambios
de la raíz del dátil, allí repite y sueña
en la corrompida humedad del alba.
Venablero del tablón roedor, colabora en la clásica
definición de las naranjas, espera
el matinal *simpathos* de los sentidos.
Las sabihondas gotas escarban en los poros,
bañan a los sentados dioses del paladeo,
levantan en sus agrupadas definiciones los tejados.
La aguja del trirreme interpreta el remolino
y sus cobres astillan lo estelar.

EL COCHE MUSICAL

(En recuerdo de Raimundo Valenzuela y sus
orquestas de carnaval)

No es el coche con el fuego cubierto, aquí el sonido.
Valenzuela ha regado doce orquestas en el Parque
Central. Empacho de faroles frigos, quioscos cariciosos
de azul franela, mudables lágrimas compostelanas.

Saltan de la siesta y alistan la cintura.
para volar con las impulsiones habaneras de la flauta.
La flauta es el cordel que sigue la cintura en el sueño.
La cintura es la flauta destapada por las avispas.

Como un general entierna el vozarrón y regala cigarros
en las garitas, Valenzuela recorría las marcas zodiacales.
Cada astro enseñaba su orquesta en una mesa
de casino, Valenzuela las poblaba de azúcar.

Azúcar con sangre minuciosa, toronja con canela combada,
azúcar lapislázuli. En alevosa sopera la profecía.
Con su costillar juvenil, su levita no necesitaba del tafetán,
no avisaba saltando desde su coche, haraganeaba en comandos de música.

Se detenía con los gaiteros, con los planchadores de ceniza.
Al desgaire rendía la clave secreta, las ofertas.
Le enseñaban la muestra de un pantalón centifolio,
con la tela en el oído, reconocía la mano inconclusa.

Carita de rana, El Gobernador, Segismundo el vaquero,
entraban al bailete con las nalgas de cabra,
con retorcidos llaveros mascados por los perros.
Una candela, un balazo, y el tapabocas, daban luna en las redes.

Por los alrededores del Parque Central, las doce orquestas
de Valenzuela. Cuatro debajo de cuatro árboles.
Otras cuatro en el salón de lágrimas compostelanas.
Tres en esquinas resopladas. Una, en el uno de San Rafael.

Ya decía el sofoco, la brasa que alumbra los juncuales,
el mamoncillo en piel de un río mal entrado,
el costillar juvenil con las bandas fúnebres del tafetán.

Despertaba, saltaba a otra orquesta, como en un trapecio.

Entre su amanecer y el sueño, la orquesta como un majá.
Lo que él dice está escrito en una columna que suena.
La columna que cada hombre lleva para pescar en el río.
Ay, la médula con un relámpago aljofarado, también aljamiado.

Cuando se apaga una orquesta, ya llega el costillar de refuerzo.
El da la clave para la otra pirámide de sonidos.
En lo alto un guineo, un faisán. Una estrella
en la esquina de un pañuelo regalado por la querida de White.

El dragón, el bombín, gritan las baldosas ahogadas,
que como un mortero restriega la cera pinareña.
El cornetín pone a galopar las abejitas piruleras,
se derriten cuando el oboe las toca con su punta de pella.

El fiestero, quinceabrileño de terror, descorrió las sábanas,
lo sudaba la trinchante corchea, loba de espuma.
Como cuando en el terraplén de la playa seguía una gaviota.
Salía del sueño y el pitazo de hulla lo balanceaba sobre el mar.

El trompo que lo azucara, es el que lo remoja,
todavía está incongruente para llevar su columna al río.
Mira el anca y se confunde con el anca del caballo.
El anca de las ranas lo interroga como al rey vegetal.

Lo cogen de la mano para llevarlo a lo tromba orquestal,
pero llora. La tromba es un tímpano donde el niño tira del rabo.
de la salamandra plutónica, después le tapa
los ojos con piedras de río, con piedra agujereada.

Mira, mira, y lo barrena un trapiés;
toca, toca y un antruejo lo embucha de agua.
Gruñe como un pescozón recibido en la sangría del espejo,
cuando va a pegar, una carcajada la maniata con su tírabuzón.

Como una candela que se lleva en un coche,
Valenzuela restablece los números mojados.
Un antifaz alado ahora lo transporta a las lágrimas compostelanas,
y con el ritmo, que le imponen oscuro, le quita piedras a la sangre.

Va descubriendo los ojos que se adormecen para él,

la piel que suda para romper lo áspero del lagarto,
que mira desde las piedras un siglo caído del planeta.
El lagarto que separa las piedras pisadas por un caballo con tétano.

El coche con la candela avivó el almohadón marmóreo,
después la mano que lo llevó del remolino a la nube,
Salió del sueño al remolino, del remolino al río,
donde la nutria del rey lavó los pañales egipcios.

Los números mojados no es alusión al impar pitagórico,
sino que corrieron a un portal al llegar la mojadita.
Cuando pisoteó el antifaz, era el final del río.
Sangraba desnuda en un caballo de circo.

Le prestó al caballo un cayado de maíz y erizo,
el caballo lo empujaba con sus patas, como una bandurria
rota es el comienzo del domingo del payaso,
verde y negro, cerámica china, historizada por el equilibrista.

Aquí el hombre antes de morir no tenía que ejercitarse en la música,
ni las sombras aconsejar el ritmo al bajar al infierno.
El germen traía ya las medidas de la brisa,
y las sombras huían, el número era relatado por la luz.

La madrugada brillantaba el tafetán de la levita de Valenzuela.
La pareja estaba ahora dentro del coche que regalaba los avisos pitagóricos,
la candela también dentro del coche nadaba las ondulaciones del sueño,
regidas por el tricornio cortés de la flauta habanera.

La pareja reinaba en lo sobrenatural naturalizante,
habían surgido del sueño y permanecían en la Orplid del reconocimiento.
Colillas, hojas muertas, salivazos, plumones, son el caudal.
Si en el caudal ponían un dedo, inflado el vientre de la mojadita.

Después de cuatro estaciones, ya no iban a la prueba del remolino.
El salón de baile formaba parte de lo sobrenatural que se deriva.
Bailar es encontrar la unidad que forman los vivientes y los muertos.
El que más danza, juega al ajedrez con el rubio Radamanto.

En la espalda del oso estelar la constelación de los gaiteros,
pero la flauta habanera abreviaba los lazos de tafetán.
Es el mismo coche, dentro un mulato noble.
Saluda largamente, en el incendio, a la cornisa que se deshiela.

RECUERDO DE LO SEMEJANTE

¿Hay una total pluralidad en la semejanza?
La diversidad multiplica con los siete martillos
terminando por ladear la lámina regada
por la luna con el tegumento de lo indistinto.
Crear que la pluralidad se opone a la semejanza,
es olvidar que todas las narices forman el olifante
que convoca a los rinocerontes para la risotada
crepuscular, la que traslada como Sísifo
por largos corredores y el escarabajo por las hipóstilas.
La semejanza no coincidirá con lo homogéneo.
¿Acaso el oro consiente en sus hebrillas
y las bruscas decisiones de los saltos
del pelele por el manteo del sueño?
Lo semejante añora su emparejamiento, reaparecer
en el tizne del sucio nadado y que ese tizne
despierte las participaciones del germen,
la antiestrofa golpeante de la primera luna del soplo.

¿Cómo lo semejante puede crear la copia?
Es lo semejante ancestral que aleja la imagen,
hasta sentarse en la fuente más allá de los bastiones.
Si la copia destruía la circunstancia de lo semejante
y los alrededores se alejaban de las contracciones
del ablandado mármol central.
¿Podrá reaparecer lo semejante primigenio?
¿La indistinción caminadora de las entrañas terrenales?
Sólo nos acompaña la imperfecta copia,
la que destruye el aliento del metal ante lo semejante.
El hijo de Príamo trepa por la somnífera gleba
y se encuentra ya con la visión y el deseo
de tocarla, aunque se derretirá en el apuntalamiento
que ya no quiere ser nube ¿acaso la muerte
lo ha sutilizado frente al nacimiento de la visión,
donde nuestro índice se hunde en los escondrijos de la luz?

¿Entre esas miradas y el espanto puede percibir
los deseos de conocerlo? ¿Estaban allí aguardando
la entrega de la estatua frotada con lenguas infernales?
Lo uno tiene que llegarnos como un bulto

con el cual tropezamos, pues lo uno se acecha
por exclusión; el tonel destripa la apretada
masa líquida sin contracciones y la diorita
de la ausencia se percibe como un légamo
llevado por el acecho de las grullas. Es el bulto
o el pañuelo el que se trenza con la punta
de la lengua y forma la cursiva que se sigue
en nuestra agua invisible. Ese uno por nuestro círculo
tocable, sólo participa por una contracción o reorcimiento
de la vena que se hace tan invisible como el agua
acuchillada. Es el almácigo hundido
por el dedo que nos hunde
en la nube cerrada y acrecida.
Pero ese retorcimiento nos levanta
el orgullo de la quinta cuerda
y cuando el cordel retornando arde,
el sueño de los demás, hurraño destemplado,
se apresura a la sordidez de Casiopea.
El hombre despereza entre el hombre y el ángel,
perra la perra y suda el palio.
Los corderos se asoman a los vitrales
y ven que se dibuja un relámpago,
los corderos asoman su insistencia...
Las lanzas del manzano se cruzan con el granizo
y las burbujas se adhieren al brazo de la muerte.
El bosque y su dotación de treinta mil perros
le aúlla a la lanza del manzano, a la escalerilla
que descubre el calaverón y le fija el garfio.
El bosque disfraza un oso hablando que continúa
apretando los dos hombres y el ángel.
No se precisa si el oso lame hacia la muerte
o si el hombre, arriba le toca en punta.
Los treinta mil osos por el bosque reclaman
al que se quedó hablando en su disfraz hacia la muerte.
El lebrel de las rebuscas de la nieve
quiere penetrar en la coraza del oso empacho.
Es lo que el ángel ha situado entre los dos hombres
que se aduermen, no despertarse finalizando
el combate del oso hablando con las víboras,
deslizándose por el altivo cuello de oro, decapitando.
Después del sueño, empiedra el río espeso.
Pues si después del sueño salta mojado el ladeado gorro,
el abejorro de las lámparas le pega.

Después del sueño, el ladrillo del río negro
pega su brazo, incontenible, cinchando huracanado.
El número carnavalesco sinuoso hacia la unidad,
pero ya la unidad no puede asirse o deslizarse con el número.
La unidad saborea la trinidad de la planicie bizantina,
pero el número que le toca ¿dónde disfrazó su corporeidad?
Si el número no se dirige a la unidad,
se pierde en la indistinción, pues su crecimiento
se verifica en la semejanza, blanco conejo
por la nieve, sin el lunar que lo recobra
de la nieve. Sólo salvable aquel lunar
de contraseña, pues a veces el número y la unidad,
la semejanza y el lunar, se cierran en carnosos portales.

Lo otro está entre el número y la unidad,
ya que las cosidas espaldas del número no se consideran la unidad,
ni la unidad puede formarse de aquel río,
sin otorgarle el brusco tajo que regala la cáscara de las mejillas.
El perfumista nos rodea y nos deshace los encajes,
con un bastoncillo nos persigue las entretelas
y las venas de anacrónico marfil y de novedoso
azafrán; el pastorcillo golpea minuciosamente las patas
del ibis y lo desriza sin apenas despertarlo.
Es el prelude de la revisión de mis cabellos,
mientras el remedo del armador de Bombay
afina la lenta sangre del bambú.
Compruebo la desazón de las monedas,
faltan tres centavos para los tres últimos
cabellos, y mi testa moverá una incomprensible
pesadez, y rebotará tres veces arenosa
contra el hueco bambú de tímpanos dispuestos.
Entre el perfumista y el barbero está la fuga,
que subraya las hebrillas del ombligo.
Recorro los corredores de oficinas y deshielos,
los acerados tirantes se ahuecan guiñando
la luz albaricoque con un pastel de Aldebarán.

La escalera parnasiana conlleva la anchura de una cocinera,
ladeada con asordados cristales de presas iniciales.
Estoy en un peldaño con cabina para seis fugados,
y los estirados brazos del armador de Bombay,
me trasladan anchamente por el retratado peldaño.
Salto en los entreactos de la fuga a la escalera

menor, donde ya desciendo sin temor
de que los cinco faltantes de la cabina
lleguen para pegarme con su coco frío
en la punta de mi lengua que iza
su exágono de sal o su taburete aljofarado.
Brinco el estrujado sombrero, así me achico
con la túnica que me dualiza y tergiversa,
y salto a la pequeña escalera de un solo barandal.
Los musgos y las flores acuáticas
se recuestan en el otro barandal que la siesta
de los empleadillos radicó como inútil. La puerta
se ha cruzado con las algas y el moco de la golondrina
polar, pero sus goznes muerden por el salobre.
Los clavos de cola de puerta de diácono de alquiler,
ablandados como pulpa de siesta que no se alcanza,
atravesan el sombrero de la guardiana de negros
espejuelos de madera; la contentada puerta
es ahora una cadera recostada en la cesta
con los vidrios rotos del espejo.
¿Hay un placer que no se sumerge recorriendo
la extensión del amor? Cuando del hombro
brotó el árbol y el placer no se hacían indistintos,
pues sólo un crecimiento dentro de la somnolencia crecía,
y del árbol iba descendiendo otro ser innominado y de pie
lejanamente tensa, sin que el homogéneo arbóreo descendido
mostrase una cicatriz en el hombro, el *omphalos*,
el ombligo del mundo como un ojo removido.
Pues ningún placer minoico, anterior a las mezclas
de la Dama de las Serpientes y el Príncipe de las Flores
igual a el placer del pulpo fijado por el fuego
en la tierra cocida, y lanzado sobre la curva
y allí los lestrigones que luchan con el pulpo
caído sobre la curva de una jarra con la desaparición,
en el espeso oscuro donde desanilla en el sueño.

La curvatura de su caída en el vaso cinerario,
parece resguardarse en dos muertes indistintas, pues el término
habitado por una forma es el término,
y allí los lestrigones que luchan con el pulpo
rompen también las jarras.

Todo lo que no es demonio es monstruoso.
La sutileza del demonio es tan alada como el ángel transparente,

si el demonio es el que escoge en el momento de escoger,
hasta que el águila se hace bicéfala y el lince engorda
no se hacen audibles y cobran sus leyes naturales,
pues todo lo que no es nosotros tiene que hacerse hiperbólico
para llegar hasta nosotros, y penetrar lo ecuatorial
por la delgadeza, provocando la preñez harinosa.
El que quisiera retornar y tiene que alimentarse con los frutos del infierno,
Eurídice puede desear a Plutón y Proserpina pasear con orfeo,
pues allí el conocimiento sólo actúa sobre la piel
levantada del sapo a ras del légamo primigenio.
Los alimentos del infierno hacen del hombre el pulpo
que rodea la curvatura de la jarra, no llegan nunca
a la boca, donde el molusco pierde su relieve
y se deshace en la primera dureza húmeda de la distancia.
El *omphalos* huye de nosotros y nos deja el sabor
de comenzar por un retroceso, la concurrencia de los coperos
regidos por la primera noche de un maestra sala
extranjero. Lo enigmático es también carnal,
y la carne de la esfinge es el aislamiento de la noche,
que chilla en los indecisos secos de lo híbrido,
donde la indistinción alzó un velo y el placer prefirió
acogerse a su desfigurado rostro. No es ya la insinuación
dejada sobre las hojas, sino el deseo de cumplimentar
en el espíritu del bosque la carencia de un fragmento.
Los posesos, después que el placer tapó
con centinelas cada una de sus grietas, por un alimento
hiperbólico, pues habitan una casa dejada por un desconocido
a un viajero hipnotizador; los posesos antes que el invasor
coloque sus bastiones para la luna dictándole a las aguas,
prefieren crear el *proton pseudos*, y ya la hoja puede
caminar como un cangrejo si le hincamos un velamen.
La fiebre es un solo brazo y allí los escudetes mirones
del pulpo crecen hasta completar los ojos necesitados por la copia.
Es el brazo que mueve la prueba del horno de Babilonia,
interroga, enceguecido, más abajo de la ajena criatura.
Áurea la orden de cubrirlo por arenas a la sombra
morada de los términos y rasgar el desierto fragmentario
con las correas que no hincan en la carne, pero fruncen
el desierto de los lejos, llega y nos arranca
el sortilegio de pegar en las arenas para recorrer
un árbol y musicar la levadura del cuerpo,
cuando se hincha sumergido en la cueva con hachones cervatos.
Los posesos, extraídos ahora de las dos ruedecillas

inversas de las relojerías, aúllan, paseantes saltamontes
burlándose de la guillotina y esperando el vientecillo
ingenioso que les devuelva la testa y las sílabas poéticas.
Desconfían, bailando, de aquella burlesca sentencia,
que penetró por su aguada y allí realiza
el perseguir agrandados por uno de sus viajeros puntos
o reducirse para el índice de la agrandada nube.
El poseso destapa frente a la sentencia, destapa
para poner a correr entrañable el aliento de Satán.

El aliento de la sentencia trenza la imagen de la suspensión
que volvió a tocar el cuerpo, después de una nadada
para musicar las leyes de la distancia en el Eros.
La imagen nace de la interposición de las aguas,
pues el que en su infancia soñó con las lianas y cascadas,
desoyó el consejo de seguir en la otra vasija,
cuando la mujer se hundió en la copia de lo semejante,
pues el cuerpo separado por las aguas es la matriz,
el conocimiento erótico toca al río en su flauta y en su organón.
La imagen de lo hiperbólico llega escondida por las aguas,
es el adormecerse bruscamente en el destaparse del principio.
El pulpo minoano se lanza sobre la curvatura de la jarra,
reaparece como el paredón frontal del pulpo declinante,
gira el poliedro de la jarra y se hunde el pulpo
en la cueva con hachones y allí se entinta
y se fabrica propia noche.

La imagen, detrás de ese espato de Islandia, al ser tocada
se hace sobreabundancia y el destino sentencioso
comienza a sustantivarse como música en la intemporalidad.
Así como la forma se retuerce y se transforma, pues al ascender o alejarse
de la luz, el pez de hace pluma en la hostilidad o la pluma
se hace pez allí donde el acuario desdeña sus cristales.
Así también como la figura se transfigura, a veces es la estructura
la que cruje, la misma cruz del espantapájaros
juega en la primera medianoche los enredos de sus paños y sus clavos.
La abundancia es el lleno comunicante, pero la sobreabundancia
es un sacramento, ya no se sabe de dónde llegó, tocaron alguien
a quien sin saberlo se dirigieron y le hablaron y de pronto
se emparejaron sin la interpolación de las aguas.
El sobreabundante es el poseso que posee, muestra el sacramento
encarnado y dual, dos a dos, prescinde de la vasija de seguir y se risota.
El poseso es el que recibe esa sobreabundancia oscura e indual,

alguien se posa en él y lo exacerba y lo comprueba.
Esa sobreabundancia tiende al hombre y lo aúlla.
El sobreabundante tiene la justicia metafórica, como el monarca hereda y engendra el bastardo, se disfraza y saborea el regicidio, confundido con el parodista de Bizancio. Lo mataron en su granja y el parodista declama para los invitados reales.
El Príncipe de las Flores acaricia el pulpo en la curvatura de la jarra, avanza sobre el vidriado para reencontrar los mirones escudetes y la Dama de las Serpientes se retira en espiral, girando la jarra, sobre los rostros repetidos por el bambú y la diorita. El bambú como la curvatura de la jarra llama a los rostros y la diorita sepulta el ancla de Mitilene y la lección de lo llamado en el chapaleo. La sentencia no concuerda la decapitada testa con aquella de San Dionisio, medida para decir su lugar y llenarlo de un zumbido de botas altas, de tejado por tejado, de un vidriado alzando el color sin encarnarlo, de una tierra puesta al fuego, pero allí se subdivide y se hace esfera.

La imagen lleva el cigarro que se cae, el lagarto con la cola de cuchillo para la piedra blanca, amigándolo con el podrido papiro egipcio y la hipóstila con agua muerta subterránea, pero reduciéndose en los escudetes de la justicia metafórica. La imagen se despierta cuando el viento del principio hunde la mano en la carne del líquido espejeante. La sobreabundancia se clarea en la ley de la distancia y en el agujero del foro cuando comienza a embeber la mayor altura cenital, oவில் de túnica al fin se expande en el cuadrante de la cola medianoche. La imagen reducida a la sentencia, punta de túnica entreabriendo la serpiente, hace del bastardo virrey en Tánger, fiesta mora entre la rueda de la pólvora china y el romano carnaval. Si la imagen entraña la sobreabundancia, el árbol y la distancia se entremezclan en una copia de lo homogéneo participado. Y la copia de ese homogéneo resguarda la diversidad de cada rostro, pues sólo la sobreabundancia inunda los rostros y los encarna, y no los detiene en la correspondencia de los términos, entre el Óvalo del Espejo y el Ojo de la Aguja.

NUNCUPATORIA DE ENTRECruzADOS

Si acaso como príncipe rehace las impuestas escalas de la sangre,
como condotiero saborea la indiferencia de la posible
ley del remolino. Recibe la plateada lamprea
de una norma, teniendo que agujerear
la correa que lo ajusta. Viviente fatalidad que ya oye,
tener que abandonar el caballo y el doncel, los aprendidos
combatientes. Y buscar en otra vida sus juramentos y halcones.

La jarra de Abakul con ornamentos irreconocibles,
y la otra jarra con dátiles de doblegadas hojas,
se aprietan con la seca granada, creando el otro espejeante barro.
Viejas historias: la definición del mediodía a lomo
del lagarto, paseando la extensión de las azules paredes,
produce la gruta fría del violado. Ahí resurge
el abuelo pescador y el perro salmón salta mordisqueándose la oreja.

No es el cuello del caballo la libertad del movimiento,
pues su escultura tiene que ser mantenida en la noche
cerrada para el gotear del vegetal. Irrompible pescuezo
en su severa anécdota enfría el nuevo relato de la mano
forzada al diálogo. El cautiverio de la esencia
gime buscando la libertad del movimiento del cuello
del caballo. Ley violada en los comienzos de un reinado.

Cuando la nieve varía no nos regala un rostro,
se cierra y el dedo largo nos doblega, enmudeciendo.
Torpe fuego que no alcanza, pues la nieve
pinta un reflejo cortado por los dedos de los pinos.
Lo que nos quema es el reflejo, rama
de la audición desconocida, lenta mece
un tiempo sin rozarnos su medida –reconstruido cabeceante.

Afirmaríamos que aún diciendo el *reflejo heridor*,
el reflejo como aparece en la nieve impresionista,
tiene agua cascada. Pero el reflejo de antaño es el terror
de nuestras pequeñas horas, retrocedemos y preguntamos por la antigua
lección del reflejo en la nieve, pero ahora el terror penetra
por nuestro cuerpo sin que el reflejo ondulante lo despida,
pues las cosidas estrías de la luna rechazan la sensación particular.

Ensayan sus finezas, desvían sus flautas, delante de dos rostros
por testigos. El movimiento surge de su disciplinado secreto
en el amanecer, remeda un crepúsculo la nobleza del ejercicio.
La madurez ingeniosamente está en la provisional aceptación
de la luz, el hormiguero y el colibrí la mastican con semejante furia.
Qué sumergido animalejo la doncella cuando con dos dedos aprieta su talón
o el anaranjado aro por donde la ansiosa vislumbra al público inmóvil.

El murmullo, el reflejo y el terror saltan, escuchan,
divididos muestran el frío peine desdeñado por una libertad vanidosa.
El sonido leve y concentrado, la hilacha recostada en lo cóncavo,
y cuando sentimos, sin hacerse nunca visible, que alguien lejos
quiere llegar hasta nosotros, mientras el frío caballo
recorre sin conducir ninguno de esos dos cuerpos,
no obstante definidos. El murmullo y el terror retienen, ocultos juegan.

La novedosa notación, aun en el momento de las lunas desiguales,
corre el cerco persa de embalsamarme con las mismas estatuas y ramas báquicas.
Una estatua mutilada no nace para la libertad decreciente,
el deseo de fragmentar para llegar al castillo rocoso no tiene la ceguera
reclamada a los dioses sino la frente deshecha se completa a su agrado;
la mutilación forma parte del acto procedente, de la adelantada completez,
pues la mutilación es el lenguaje para la luna y el cuerpo actualmente descifrado.

La ausencia de mi nombre borrado de la manchada lista de las invitaciones,
me excluye en el semicírculo y me llena en el lecho de fronda evaporada.
¿Qué ligera culpa puede nacer en mí de esa lista hecha por bárbaros emigrantes,
que unió el pintarrajeo de aves desconocidas para la liga del príncipe tachado?
La brutalidad de la culpa no se une a los rebglones de esa indefinida lista,
sin embargo, el no haber estado en esa fiesta de hastío puede enloquecer
levemente.

Un mortal interrogatorio cae sobre la lista de los no invitados: ¿dónde
comenzarán a reunirse?

Las estrías áureas de una pasión que amanece inconfesable en los relatos
del vagabundo, entreabren en la ciudad los ruidos de un apretado inútil,
de una corteza ceñida en los dominicales obeliscos, pero para ser interpretados
por los campesinos.

Los relatos del vagabundo se entonan en la húmeda lejanía del rústico
amanecer, cuando los oscuros despreciadores del cumplimiento duermen la
inmóvil clorofila.

El vagabundo no saluda al campesino de rameados verdes y entresilbos,

el campesino escucha al vagabundo hundiendo su bastón en el napolitano lagarto.

La ociosa conspiración que transcurre entre vagabundos y campesinos, por apoderarse de la noche del flamboyán, avivada por los estudiantiles pájaros de Bombay, sudorosos por las pesadillas de su transmigración, y los abullonados escarceos del marfil erudito. El vagabundo y sus venerables rapsodias buscan la sombra para cubrir con gabán viejo el ébano de sus crónicas. El campesino ahonda su indiferencia frente a la línea del horizonte y mueve la sombra con el conllevado misterio del anillo, del artesano de vitral.

El campesino no descifra las alusiones del hormigado pasquín; el vagabundo se hunde en las espaldas de las nubes no lectoras, la suerte de las letras anematizadas no se relaciona con la marca del castigo que sobrelleva, cuando absorbe lejanamente las letras de las posadas de enmendadas sorpresas. El pasquín en las aguas del Tíber no fue moralizado por el campesino, ninguna burda sentencia reclamó las letras deshilachadas y navegantes ilustres. El vagabundo con lograda indiferencia persiguió una letra hasta que trepó por un gajo.

La indiferencia vagabunda punteó la corteza de los universales y los labios particulares que repetían las sentencias que no se encogían al sufrir las comprobaciones marciales de los gimnastas. El cuerpo muestra el arco de los universales, no las carteleras manoseadas por las aguas del Tíber, trasladado con la gradual protección que entreabre las rollizas estatuas de los autos sacramentales, que inician sus cohetes y cubetas para los campesinos con ramas báquicas y para los vagabundos enamorados fijamente de las letras de una frase ondulante.

Inmóvil, todo rostro mutilado cobra claridad al regalar compañía, pues todo lo que se acerca nos ofrece la novedad de la mutilación. Huyendo de la mutilación el noble florentino tuvo que abismarse. La misma inmovilidad para la mutilación; para abismarse, la misma inmovilidad.

La nobleza y la abismática mutilación se entrelazan y anegan. La nobleza es la costumbre de la mutilación, no visible por la secularidad, y el abismo es la máscara o fábrica de mutilación, tatuaje o secuestro.

El rostro que se desprenderá de nosotros para anclarse en el recuerdo, será el guante de nuestra indolencia paseando por las piezas de marfil. El rostro colocado entre dos máscaras y la jarra ascenderá sin perdón. Desde la lejanía de la mutilación a la fatal presencia de la indolencia,

las artificiales máscaras moverán sus quijadas para reírse de la mutilación.
Cuando se evapora la lejana mutilación, el noble florentino desea
abismarse, y que la novedad no sea la mutilación de las estatuas,

sino surgiendo del oscuro del perdido abismático, del apretado por la oscuridad
rezumante.

En la nobleza florentina coincidió lo invisible de la mutilación y la abismada
indolencia.

El ocio tiene la vigilancia de la plegaria que no alcanza el murmullo.

El ocio tiene el pez invisible, pero saltante en las redes de la planicie,
no es un paseo entre las máscaras y las jarras, sino el alborozo de los rostros en la
proliferación de la música.

El ocioso ha destruido blandamente el recuerdo de la mutilación y la obligación
abismática,

sabe que el destino invadirá su granja con asesinos antiestoicos y normandos.

Dos monedas juntas, en la soberbia de la misma acuñación, mal sagrado
de un rostro que se apoya en lo inútil semejante, pues sus emblemas
pierden el sobresalto de cada matiz para perderse en la indistinción tintineante.

La lejanía de cada moneda crece con el peine de estopa del primer recordado,
y su mareante sucesión se acoge al húmero blanco del febril yerbazal.

El rostro y los emblemas se muestran como la joven corintia entre el bambú y el
gorrión,

y cuando una moneda se apoya sobre la otra, se borra como la quemante cera.

El instante interrogante que el rostro de las monedas entrecruza inútilmente,
pues cada moneda aislada flota en una harina reminiscente, que como las
hormigas

distingue brutalmente el baúl que cargan, describiendo el desierto.

Inmóvil, como el día que fuimos a buscar un cinto nuevo, y alguien asomando
dijo ¿es de sierpe de Djamil? y se suprimió como saltando por encima del
hombro.

Y ahora siempre estará sobre nosotros, el rostro entrevisto que se acercó con una
pregunta,

penetrando rápida como el sonido de la luz cuando toca el centro del escudo.

O cuando repasando los diversos, las zalemas de las filas, apretando el lomo
por arriba como un animal marino, en los lánguidos crepúsculos del librero,
sin estar nadie de pie frente a las incongruentes sucesiones: *ya yo lo leí*,
se oye. Y repasamos subrayando con la uña de la mirada el final de las
caracoleantes

divisiones y destrezas, sin poder situar al que profirió, al que sopló,
sin que nosotros lo deseásemos, sino por el contrario, ahora lo alejamos con los

delfines,
situándolo más allá de su bailoteo, pero él vuelve con su terrible rotundidad sin
cuerpo.

En el amanecer el ómnibus traquetea la fea hondura de su vaciedad,
su empuntado silencio redobla como los huevos de la tortuga enterrada en la
arena.

Nos despedimos de alguien que estrenaba su insobornable vestido de lino,
su conversión en absoluta gravitación parece que traqueteaba también en la
madrugada.

Nuestra soledad interpretaba los chiflidos sonsos de los jóvenes aurigas.
En un inexistente espejo penetraba el rostro del que llegaba al estribo,
y después, por los corredores del ómnibus, subrayaba los peldaños del cierzo.

El chiflido de los pintarrajeados aurigas, suspendía las comunicadas bromas del
amanecer.

La flatua chocarrera sonaba sin fin, rompiendo la madurez del misterio,
su tosca persistencia rompía el espejo que dictaba la entrevisión del estribo.
¿De dónde llegaba el acompañante en la madrugada de pintar a los muertos?
Su gravedad merecía estar rota por la sucia flauta de este pacotillado Caronte.
Cuando regresamos de contemplar el vestido de lino, el elaborado misterio
se rinde en el lento reconocimiento, alejado ahora por las fatales secuencias de la
música desdentada.

Lo avérnico es esa entrevisión que sigue golpeando el alejarse sin cuerpo,
el halcón surgido de nuestro contrapunto escarba en la identidad paradisíaca,
pero a veces alguien pone sus manos en esas redes contrapunteadas, penetrando
cordel por círculo, cometa por esfera, y la entrevisión de su llegada no se rompe
a medida que va desuniendo el cordel. Apenas sus manos cayeron en las secretas
estructuras adquiriría gravedad la fuga de lo avérnico, y seguía penetrando por el
cordel,
en el saludo entrecortado de la jarra rota y en lo incesante de la máscara clavada.

Rodeada de los burgomaestres la parida clásica y cínica recuenta,
el ladeo santurrón de su cara no evita los antecedentes pornográficos,
las tiasas gorgueras rehúsan volverse hacia la vulva fangosa y fiestera cochinilla.
Decadentes romanas corporaciones y tributarios holandeses entornan la parida,
haciéndola cambiar de almohadón a cada pausa bufonescamente circular.
La distancia de los redondos relatos a la canal de la nariz se identifica
con la cera y pestaña de la llave dormida en su quesero escondrijo.

Lo avérnico entrevisto se deshace en el ventrudo testimonio, nubes
no lectoras fijan en el espejo su destierro lloroso y olvidan su choza alpinista.

La parida enarbola sus hachas contra la novedad estatuaría de la mutilación,
pues el parimiento tiene lo invariable del tonel, clásicas visitas y ornamentos.
La parida repasa sus incontables visitas y los regalos de dulces almenas,
y el entrevisto del estribo le despierta el chillido de la gaviota,
y si alguien adelanta su voz y el bulto del cuerpo, se retira en la muerte.

La desdentada flauta del ómnibus crece su despreciada serpiente,
el traqueteo infla la vaciedad sembrándole el pornográfico enano.
Las áureas estrías del ceñido vestido de lino se ahonda canaletos,
cuando el reído auriga despide en los recientes escombros del humo.
El peregrino retoca el burlesco Caronte y el jinete de la impalpable madrugada.
La coraza del ómnibus se deshace en el humo de los cañaverales
de la Estigia, cuando alguien despega y alguien se queda.

POEMAS NO PUBLICADOS EN LIBRO

PROVERBIOS

I

Allí la luna hundida al centro
de los árboles, donde extiende
la susurrante malla de los llegados
anteayer y ya busca los hilos
interpuestos entre el plato de cobre
y los remeros. El almendro
a decidir llamado entre flautistas
que conducen el humo hasta la aurora
y los cuerpos evaporados por el río.
Los cuerpos nacidos a la música
del eco que atesora suspicaz
el extinguirse de las ondas de oro.
Murmura el coro de pastores,
semidormidos, su insolencia
ante el varón de las hojas
del almendro. Sus coros
se plegaron al amanecer de los delfines,
traídos por el eco y los sumandos,
ágiles tejedores, del ramaje.
Los dedos, llaves de la brisa,
deciden la corrupta agudeza
que rasguña los sentidos.
Pies peludos, sílex que no canta,
sus manos ocultan la zampoña,
considerando bosques a su aroma,
aroma al crespito de la fruta.
Las manos, como el agua antaño,
revisan la corteza tachonada,
la pulpa hormigada por los dientes,
como el viento glotón de los junquillos.
La zampoña, el cuero lleno de lunares,
le da a la algazara su compás.
Lánguidos los pastores en su siesta,
cambian el uniforme agotamiento
en algodonosa marcha de guerreros.
Es el bicorne, músico dios Pan,
igualada la sangre con el vino,
antes que la uva jurase por su estío

y la vid trepase dirigida
por las verídicas rodillas del gigante.
Precursora la hoja del almendro
del guante que la sombra alarga,
hasta en el encumbrado pecho
endurecerse. Es el enviado por su madre
para exprimir la esponja melodiosa.
Resbala la hoja por las patas
del fauno, resbala por el azul
bolsón de este barbado.
La hoja al llegar a la zampona,
le avisa al triunfante con sus alas,
mejiloso secuestrador de melodías,
aún Apolo no le ha roscado
la boca con su flauta.
Es el dios, es el bicornio,
música acantilado atesorando
las sirenas y los danzantes juntos.
Resuelto coro de pastores
alegra al chivo dios de la colina:
Almendral, tú dirás la verdad.

II

Desarticula justa la neblina
el sombrero de los árboles.
La conspiración disciplinaria
taladra sus vestigios
al sentarse en la mesa
del huidizo puente, ablandado
en la algazara donde el compás
pregunta por la muerte.
La neblina es la sangre ascendida
por la noche y el azul cometa
fraguando el risoto del monte neptuniano.
Había que aventar los coros de pastores,
diferenciar las manos que en los rostros
respiran presionando los sonidos.
Confundido el triunfo del caprípedo,
neblinoso camina por las olas,
donde el pez lo mira y lo devuelve
círculo ya frío, pues la onda,
navegante tumba le da incierta,

cuerno hueco, rabo mustio.
Había igualado su zampona
la sangre con el vino,
pero no la sangre con la nube.
La emigrante manada de la niebla,
raspa los trigales arco pétreo,
donde los trojes guardan el oscuro
y le humedecen la capota.
La harina es el reposo de la iracundia
del fantasma, tiende a hundir,
como el agua bebedora de la tierra,
al grave que avanza con sus botas
a la cuchilla que graba canon e iniciales,
chillantes pájaros al fuego.
La harina goza la raíz de las almenas,
la anchura, gravamen de dos levas,
donde los arqueros cantan el Mosela.
Al crujir el levadizo
y sentir la quejumbre de la niebla,
deshechos cartuchos harinosos
llevan piedras al cuello del plumón.
La ley del gluten en sus carros
– vuelan renqueantes los cabestros
buscando cabizbajos la pezuña
del secular sochantre de los morros –,
rechaza el cupo corrido de las nieblas
que aprietan al carro con sus piedras
pintadas con el negro comienzo de las sierras.
Madrugador el tabernero silba
al héroe conductor de lo harinoso,
despechugando el trote de la tinta.
Su canción comienza en la sentencia:
Año de neblinas, año de harinas.

III

Pero la neblina sangra los cabellos
negros. Hay la respirante diferencia
de los oficios, las manos que al apretar
sudan el hierro. Los dedos adelgazados
por la entrada y fuga dentro del aire,
quedando los tejedores adormidos
tan pronto el aire no sostiene el rostro.

Los probadores de campanas
que tienen que vivir junto a los ecos,
o vivir la ascendente lejanía,
junto a la escolta que no espera.
Hay la diferencia de envoltura,
que anticipa la semejanza de la entraña
del caracol azul y el rosicler,
nutridos los dos de restos de naufragio:
el pelirrojo, el sombra verde,
el cara pez, el tomatoso,
el llora ciervo, el camina bailando.
La neblina, impulsada por la sangre,
borra los cabellos negros.
La imagen llora la pregunta,
con su pelambre de tortura
trae la cifra de los Dioscuros por el muro.
Cortante un hilo,
un hilo en la luna de las nieblas,
dualiza al hombrecito de cabellos negros.

POEMAS

I

Ceñida fuga se elabora
con la precisión de tramontana.
La lejanía orilla la mañana,
Niké saltando por la prora,

Argos, hija de Ynaco, Eco,
tiran extremosas de la brisa.
Pámpano icárico la risa,
guiñando al monte seco.

La escala de Aldebarán
y el reloj de Salzburgo,
cubren la peluca en el fuego

de la casa del burgo-
maestre ¿nombres? ¡están!
Todas las miradas en el juego.

II

Ahora no pasa, el aire niega,
es un polvillo lo que nos deja,
y aquel polvillo suave reniega
de su sombra con una queja.

Pregunta al deshacerse, al sonreír,
responden los elfos con su rocío.
Se doblega en la glorieta del vacío,
la incauta, la que se niega a venir.

Dice menos que la brisa y pesa
sobre los hombros como una campana.
No pasa el humo, el humillo espesa

la cabra que soporta la mañana,
debajo de los huesos su mirada
pone cuernos al hilo de la nada.

III

Rompe empero la llave de ceniza;
donde abrió, donde abrió la hoja cierra.
El viento que se extiende en la repisa,
pisa el rabo del fuego que se encierra.

Ventura la salamandra en el bolsillo triza
el cristal hinchado al soplo de la perra.
Perra, la perra sin collera va a la guerra,
el cometa en el hilo del niño se esclaviza.

Se apuntaló en el centro inexistente,
cuando vuelve a la sierpe la corriente.
Dentro del fuego al reusar, rehízo.

Viene la noche y se monta por la tabla
y el humo es el que escarba y el que habla.
Como necio el sol temprano quiso.

IV

De la piel, tierno venado,
vuelve el cielo a noticiar;
reconstruye el desvelado,
el desvelo, silencioso, al caminar.

Como tibia teoría ambulatoria,
el recuerdo, buen verano,
se cierra en la blanda mano,
y comienza a ulular su venatoria.

Es el silencio de las sábanas, no el dormido.
En el ábaco del posadero está metido,
el gato, desgarradura del intérprete.

Aquí se fue el sonido a su cascada.
La seda cariciosa fue rasgada
y el que se iba tuvo tiempo de oír: piérdete.

V

Con la inopinada mariposa, oscuros trazos,

un rápido norte le acomete las pestañas,
una corriente de aire le aclara los brazos.
No dejes la araña en el vitral, la dañás.

La sombrosa, la que se doblega, la de estambre
aventado por la enigmática mano abierta.
La escapada al cerrarse la puerta,
la sentada en las lentas emigraciones del hambre.

Llega rodando, son corpulentas las piezas de marfil,
de un murmullo sale la serpiente, enrosca
y palmorea la levedad sinuosa del alfil

que tras la bañera del ánade trisca.
No ves la corteza del bulto, acompaña.
No dejes la araña en el vitral, la dañás.

VI

La que acaricia teorías y le regala el perejil
al lácteo ensanche zodiacal del caracol.
La hundida al temblar las campanillas de abril,
la rota en la insistencia labial del girasol.

La alfombrada, la cabalgante, la decapitada,
la que se prolonga más allá de su corona de piña.
La azuzadora de los ramajes, la sonaja de la rapiña,
en la púrpura de las moscas y las letras fue escanciada.

No atolondres el inciso, sedeña la apostilla,
una oscura rotación de tinta y de ceniza.
Las enaguas en flor, la misma marisabidilla

que en la carcajada del hondero desriza
el pantalón relleno de arena. Ironiza,
están de humor la fresa destilada y el rabo de vulvilla.

VII

Aquí el daño especial, aquí el rasgar,
se hundió torvo en la nueva torneadura.
Su arte en el viento, embocadura,
que contra el cielo el tuerto vuleve a cribar.

No fue tan sólo un desenvolvimiento contra el muro,
tenía dos capas: la de arena pegadiza, la de plomo
que en las almenas soplabaz azufre sobre el lomo,
era la fulguración de siempre entre dos montes de lo oscuro.

Se arrodillaba en la neblina que barajaba las botellas,
el limón picaba la viruela, ijar de las centellas,
aglomeradas en un globo tachado en rabia de tacón.

Iba cayendo en un cielo elaborado con un cordel, las manos.
La frente desjarretada en el hendido corcel de los ulanos,
iba cerrando su concha, dormía la zarigüeya en las arrugas del bolsón.

VIII

Entra en la brecha a ver el inflexible,
rodeado de una caspa iiritada de motines.
Vuelve a lo inerte, pero antes flameó tan inaudible
que su transparente apuntaló el acantil de los delfines.

Dichoso soy, me tachan y la brisa me atestigua;
ardí, pero me paso leyendo en la otra empalizada.
El humo por los corredores, la otra pieza, la contigua,
donde está la napolitana del antifaz, en la panoplia escarranchada.

Es la almena doblada del castillo, el vozarrón,
mendaz la corva y el hilo hueco en la cohorte de Agamenón,
cambian la guardia y nadan para burlarse en los junquillos.

El rayo por la lanza, amanecen tenaces, confundidos.
En la terraza escarcha el patín de los huidos
y el mulato frío cierra los ojos y burila los dijes amarillos.

IX

La cofia y la ceniza, penetró en la galería, un búho.
El borrachón sochantre duerme en el vacío que ingurgita.
El búho y el sochantre, qué pecho, palotan el mismo dúo
y los peces ciegos fosfaron su columnata a la lunita.

Cúideme usted las llaves, son tres, el empujón primero,
oscila el agua sobre el baúl que cierra las fronteras.

Cera la espalda mojada sobre el proverbio en el gotero,
que cae sobre el arpón de la ballena en el fanal de las neveras.

Arde la grasa y el resbalón me amiga con el suelo.
El resbalón me lleva a las cuatro hogueras contra el cielo.
Allí el tambor empieza —los hiperbóreos— por arañar el embozado.

La manta azafranada del manitú tiembla el ensalmo.
La foca aullando resbala por la piel de un cielo calmo,
pero cae como un bulto negro en los pasos medidos del atigrado.

X

Esconde bien las manos, del cuello de la bolsa el maíz saltará,
entre el cuello de la bolsa se interponen huraños
danzarines, en el desfiladero un humo lento se elabora. Morirá
el arreglador de las campanas, nieto del jefe de cien años.

He salido a las maniobras del oeste, el gamo en el atajo
sonríe a las serpientes enroscadas al hylán, será respetada
su esbeltez. Allí el lazo ancho vuela y la piedra venerada
organiza su lenguaje, caerá como el fuego soplado en el yerbajo.

La desnudez del nieto se iguala con la alegría del cervato,
el corno sanguinolento se repliega y lento el toque de rebato
hace que el gamo se ofrezca para llevar el ligero desangrado.

Lo lleva a la corriente, sin cuerpo comienza a nadar
el nuevo despeñado, las hojas tiemblan, comienzan a ladrar
al ligero, que ya está a salvo en el gamo acorralado.

XI

No hay ala en la ola cuando me miro,
ni extensión en el sol cuando me olvido.
Es una gracia buena en el mejor retiro,
la que congrega y sopla en el llamdo del testigo.

Allí la sombra de la glorita tejida en el recuerdo
de la lluvia, de la madre que atraviesa los tres
cuartos, sin saber dónde la miro y pierdo,
y en su silla la describo en el reducto de su envés.

Me achico con mis miedos y leo las costuras,
devuelven al miquillo de plisados cielos.
La que curaba el miedo, tiempo tiene y está.

La razón hierve más, es la tajada humana,
la que dice la agüita de los cielos,
y no el tamaño gigante del hielo que siempre crecerá.

TELÓN LENTO PARA ARIAS BREVES

I

Mueve matinalmente la colita,
para no caer en el esmalte blanco
de un jarrón. Su postrer abrazo
con el plumero, rompe la gruta
donde su fantasma zarandea la gamuza,
marca el fuego que la desnudará,
hasta el grito del cactus.
Verde es el cactus, la lagartija es verde,
pero es de uva el color de aquel plumero,
ancla de cobalto y gorguera de Aldebarán.
Lagartija blanca, aguada en el esmalte
de un jarrón blanco,
cambia la servilleta por la lengua,
pero no el tolón de un reloj despertador
por el trueno de un mapa de verano.
Franja del arco iris borró el esmalte blanco
pero la *lagartija habanera*,
contenta como la tabla de multiplicar bien sabida,
le abre la puerta al azafrán del plumero.

II

Canta la guitarra sentada en el mulo,
canta el mulo buscando la pestaña.
Viene la pestaña el dije de legaña
y la mañana entera a correr, a correr el guineo.
Celebra alada, coceado grabado tudesco,
puntitos negros y mirilla arenera,
cartucho picoteado por el pico guineo.
En fila las moscas llanto de unicornio
y la cesta de peces,
tronco de faisán, halago de corneta,
rompe el telegrafista manual,
aislando los puntos negros y blancos
del guineo matinal, el guineo
en el reparto del pan.
¿Están en la pechuga del Conde del río?

¿En el escudo de la lechuga?
¿Dónde el guineo cenará?
Se anuncia el guineo en el centro matinal,
los crespos fondistas cáscara de papas
hierven sobre la cerca
con la vacía cantina a cuestras,
pero su susto es alegre:
a correr, a correr el guineo.

III

Hay un fuego privilegiado, no el hornillo
de la Moira, es el horno de las tortas,
en las tierras sin agua sirve para el barbero,
pero en la gloria con su río, hornea el terrón
con la harina y la vainilla de Estambul.
Aquí al quitasol de Marco Polo
le llamamos guayaba, pájaro escarlata
que dice tú y marca la raya.
La casa de los crujidos está en Morón,
tintineo de la espera y cucharas de plata,
fogón merovingio donde hierve el agua de coco,
refectorio de Zurbarán para la torta reciente.
Se come la torta
con un cinturón bordado, viendo largamente
al escarabajo reposar en el tabaco siena,
con ojos de almendro y pellizco,
con golpes de la punta del pañuelo
sobre la camisa para ahuyentar
la dulce tierra blanca.
Los caballeros de estambres plegadizos,
preguntan a la flor del pozo:
¿Quién hace los dulces?

IV

Tiene cara caída, tiene bolsillo húmedo,
tiene viruela y tiene luciérnaga.
A todo va con lento paso, embajador con cayado,
a todo ciñe, friolera nocturna, colchas,
las rizadas colchas del naufragio.
Sacude la mano dentro del río
para entibiarlo, horqueta

de perejil para Mamá Manatí
y los curieles baldados.
Al gunos murmuran que tiene cielo
bífido y le saltan manchas,
azogue lacrimógeno, porrón con rastrillo,
pulga con tarlana y antifaz
de pesadilla, en cuclillas, gelatina
de estrella de mar.
¿Usted pregunta quién hace los dulces?
El que dice: el pobre.

V

Pensó ir, pero no fue al teatro.
Tocó el timbre, pero habían puesto algodón
para que no sonara. Orejas ahogadas,
con peces muertos en la lámina nocturna.
Un dolmen herido cubre la llanura,
lazadas y cuchillos lo zarandean y muerden.
La silla, donde nunca recibió sentado,
está en el museo junto con la Tabla de esmeralda.
De pie sobre la silla, arengando
le iba dando uno por uno la mano
a los muertos. No se sabe si es bueno
que nos reciba o nos dé las espaldas.
Le buscó en el templo,
pero le dicen que se fue a un bautizo
en otro templo, pero allí tampoco imantaba
la fiesta, hubo pepitoria casera.
En el café: "hoy es el único día
que no ha venido, siga preguntando
en la hilera de árboles".
El timbre cubierto por un sombrero,
mordido por las manos,
se hiere sin sonar.
No suena el timbre y vienen todos los cervatillos.
Me dicen siempre que no está.

VI

Había guardado un pulpo dentro de una redoma,
hundándose le había dado clavo al centro
en la verja de la ventana. Así, cuando se secó,

tenía algo de araña y algo también de estrella de mar.
pasó frente al relato,
cállese dijo al rastrillar su fósforo.
Era un perro malsano, le plateaban
las pulgas, monedas
con las que el niño compraba los pericos cojos,
las latas de tolú para los viejos fumadores.
Cállese, cállese, por favor.
Atahualpa jugaba al ajedrez con Hernando de Soto,
mientras los distraía, la muerte iba creciendo,
pero Atahualpa tuvo tiempo de indicarle
el agua mágica, habladora, que aprieta
de nuevo los cabellos en el agua nocturna.
¿Perdió la partida? ¿La ganó al morir Hernando de Soto?
En seco: *Cállese.*
Pierde la serpiente con la tortuga,
pero asusta al gamo.
Pero sólo el gamo oye la noche de la ciudad,
la sábana que se estira hasta llegar al trineo.
El gamo, asustado y temblón,
gusto de la noche placentera.
Cállese.

VII

Rodeo de la piña claveteada
con flecos coralinos
y los ombligos como escudos de los coraceros,
apuntando el flequillo.
Añicos dominicales, alfileres cabezoncitos,
un día que creció más que los otros días redondos,
que sostuvo el techo como un árbol habanero,
un día que jugó al dominó
con todo el barrio, oloroso a guayaba extensiva.
Isla de San Luis con las gasolineras sin banderolas,
bolas de colores para la boca del Caimán Chico,
perinola para el costado de Caimán Grande,
bufanda operática para el Caimán Brac.
Serpentinas para el cochero borracho,
perseguido por el frac del trombón de vara,
feliz al salir de las termas,
cisneando un vals vienés.
Después de *un día cabezón,*

picaflor en el agua del armadillo,
sudando la montura para parir la siesta.

VIII

Todo el desdén estaba barnizado,
las estalactitas eran escaleras
para descender a perderse
en el sótano de las cepas o en el tálamo
de las legumbres ferruginosas.
Todo estaba licuado para quitar
la escalera, favorecer el trapiés,
quitar la malla del espejo enredadera.
El taraceado desdén, fingido,
como el cuerno de la venatoria en el menguante,
necesitaba de sus tres corderos,
de sus carcajadas en mediciones complementarias.
Necesitaban de sus serpientes flautas
y de su tambor sentadera para el batutín lejano.
Como un punto necesita del desprendimiento
de las condensaciones, para componer
con las ojivas de un búfalo
sin terraplén ni ladrillos rodados,
necesitaban de su estable quinqué,
y de su incesante mantel giratorio,
el mantel para las prisas del ángel no caído.
Llegó el terror del año postrimero.
No vino más.

IX

El día que penetra
en la ausencia de la lagartija,
el día sin zapatos muscíneos,
sin cántaro boqueante, ni papada
amaranto para el arca de Noé.
Se abre hacia dentro, como un alfanje
que siguiere el consejo del albogón monótono.
Como una pulpa de pez raya,
no salgo y salgo, no salgo y llego
al castillo ablandado donde me aprietan.
Salgo y taconeo todos los platos
de vajillas trifolias, mansos trilobitas

golpean sus frentes en las vitrinas claustrales.
El día que crece como una medalla
de arena tocada por la resaca abuelita.
Cabalgata algodónosa, blanco
de un capilar roto en el bostezo del gato.
Crepúsculo del tercer despertar, machacando
el hielo de las seis de la tarde,
caballeros, qué domingo.

X

Descolgarse por el espejo, agarro
un pelo, pero no, la podadera
empieza a cortar la yerba verde.
El inmenso rostro penetrando en el cono
del agua, derrumba fragoroso
de la ducha con la rodela
de Solimán. El previo asordamiento
necesario para pasar la noche
en una gruta. No es la merienda
en la gruta tiznada, ni los remilgos
cimbreados del bastoncillo de Citera.
La barca del espejo, donde la navaja,
con la naranjada flotante, acaricia
la doblada yerba facial.
Si pudiera cortar todo lo inútil
— lo que crece y puede ser arrancado —,
para nuestro mal *si se pudiera*
va cortando la noche con el día,
la ascensión del rostro hasta el humo,
cabeceando en la marejada del espejo.
Deja el desnudo en la orilla,
carga con el desnudo hasta el manglar,
la pulpa del pez raya ingurgita,
desde el azul del mosaico,
hasta el horizonte inútil de la yerba facial.
*Se afeitaba, frente al espejo
del baño, cuando...*

EL NÚMERO UNO

I

El número Uno en las Tablas del Tarot:
el prestidigitador, el farsante.
Oye los aplausos enguantados y la respiración retrocediendo,
las paticas del mico arañando el jarro
por debajo de la mesa de granadillo,
pic pic pic, pero la distancia borra el sonido.
Si no le escuchan con asombro, la maruga será una colada de plomo,
pero es el asombro sonriente, la carcajada entre el polvo
de la plaza, como moscas nacidas del carillón.
¿Quién respira? pero el aguador mira al melonero
y se sonríen, tendrán que esperar el final que rubrica la mentira.
Es la mentirilla en la flauta agrietada,
la que rompe el escalamiento numerado
de la camella, el jinete y el turbante,
o la voz cejijunta que dictó que un pañuelo indiano
no pueda parir un gallito con un perejil en el pico,
cuando un pañuelo abierto reproduce toda la cara de la luna,
la inmóvil palidez y todos los murales del infierno.

II

Avanzan conmigo hacia el árbol del pan
y nos aprieta la noche claveteada.
Los clavos de oro con el ajo del desierto.
Los amigos buscando la ciudad amistosa,
detrás del espejo de los árboles que impiden el crecimiento
secreto, el dátil como un murciélago en la luna.
Cada árbol se aprieta con la sucesión de los árboles
y el tonelete verde rueda por la hojosa canal.
Recuéstate, última pregunta de la sangre inmunda
y cuéntanos las estrellas del vaivén prometido.
Es un aullido, un pedazo arrugado
de terciopelo que entona como los rollos de una pianola.

III

Sobre nuestra cabeza el anillo de los pájaros azules.

Y cada evidencia una forma de maldición,
graznando, extendiendo el ala sobre el acantilado,
las formas banales del suspiro y las mediciones del tiempo.
Los sacos de arena avanzando, el carillón de aquí
hasta la medianoche, dos tajos silenciosos.
Bajando, y la escalera con la primera puerta,
con el candelabro transparente como un carámbano
y la oscuridad saltando como un rodeo con una campanilla.
Pero a veces la oscuridad se escinde,
las órdenes galopando tropiezan con la primera puerta
y adormecidos peinamos el candelabro como los pájaros azules.

IV

Dime, pregúntame, susurra, di la brisa.
Se acerca su inconfundible:
¿qué has hecho en la mañana?
Mi cara cerrada en el centro de lo lívido,
y entonces ¿cómo estás del pecho?
¿Has tenido algún disgusto en el trabajo?
Te preocupas mucho, recuérdate de tu padre
que se murió tan joven,
ésas son las cosas que tienen importancia,
lo demás es pasajero, lo demás es poco,
muy poco, tan poco!
¿Cómo comprender, entonces, la infinita numeración de la muerte?
Cómo ella se pega al pez de cabeza resbalante,
a lo que se escapó antes de que el pañuelo se abriese.
El momento en que llega la muerte a la amistad,
aunque la amistad sigue su incesante caminata,
pero al llegar a la esquina una frase es de la muerte,
al discutir una palabra silbó la flecha de la muerte.
Cada uno de los amigos se queda en su casa con la muerte.
¿Y el amor? La manera de repasar una garganta
con los dientes o con la saliva fría que no dice
y se extiende como la astilla morada de las ruinas.
Cuando el día comienza con el amanecer de las abejas
o la noche se extiende para morder el mantel del mediodía,
es la mitad amistosa, la mitad y la sombra del amor,
los días suenan incompletos, las nubes sin sabor.
Pero un día la muerte recobra el absoluto de su oleaje,
y su ola lenta reina en la extensión de nuestra espalda,
entonces comprendemos que la amistad estaba muerta y el amor se extinguía.

V

Pero hay una envoltura superior
a nuestra decisión y a la palabra,
amistad y amor se quedan inmóviles
como el jabalí acorralado
antes de la primera mordida.
Las palabras amistad y amor
se han quedado como dos armadillos,
se miran debajo de su corteza estelar
y esperan la envoltura que los recoja
y los lleve a una graciosa
pista de patines,
donde los de la chaqueta de seda blanca
bailan con los del pantalón de pana negra.
Pero todo desaparece en el crescendo
de una cabalgata que es la envoltura estelar,
tiene de la lluvia que desciende
y el vapor de la tierra que asciende
sin ojos conocidos.
La envoltura que nos ve
y nos aprisiona.
Tampoco nosotros la vemos
y nos lleva en coche cerrado.
Es el antifaz
que vuela como una mariposa,
y donde colocamos nuestros nuevos ojos
de animal carbunco.
La envoltura nos lleva cerca de un árbol
y el árbol comienza en nosotros sus carcajadas,
mientras pasa el jabalí puliendo los muslos sagrados
y el armadillo sonriendo inaugura los nuevos patines.

VI

Dichoso voy entre nieblas
que así desatan el árbol,
que preguntan entre anillos
el lento sabor del agua.
Nadando voy por lo oscuro,
abren valvas los moluscos
en la noche acariciados,
sin manos que reconozcan

la ronda del carboncillo sin nombre.
Las dos puertas del espejo,
una, tiene la voz tan tapada,
que huye a la casa en la playa,
escudo y techo de arena,
que va destruyendo el rostro.
La otra puerta sonando, sonando,
sopla llamas al espejo,
voltereta de la noche, juglar
con un pisapapeles inmenso,
sale en la noche por la corteza
de los árboles quemados.
Dichoso toco en lo oscuro,
cerrazón de la invención de la casa,
cada capítulo es hoja
de un árbol que cabecea
en la nocturna playa,
donde sólo se oyen cantos
que ahuyentan
a los músicos absortos.
Ataco huyendo,
retrocedo para clavar
a la noche sin métrica
cabellera y sin estrellas
semejantes a la evaporación de los rostros.
Dichoso voy en la niebla,
avanza caballo blanco.
Voy huyendo y traigo a la noche
con la cabeza inclinada.

ODA A JULIÁN DEL CASAL

Déjenlo, verdeante, que se vuelva;
permitidle que salga de la fiesta
a la terraza donde están dormidos.
A los dormidos los cuidará quejoso,
fijándose cómo se agrupa la mañana helada.
La errante chispa de su verde errante,
trazará círculos frente a los dormidos
de la terraza, la seda de su solapa
escurre el agua repasada del tritón
y otro tritón sobre su espalda en polvo.
Dejadlo que se vuelva, mitad ciruelo
y mitad piña laqueada por la frente.

Déjenlo que acompañe sin hablar,
permitidle, blandamente, que se vuelva
hacia el frutero donde están los osos
con el plato de nieve, o el reno
de la escribanía, con su manilla de ámbar
por la espalda. Su tos alegre
espolvorea la máscara de combatientes japoneses.
Dentro de un dragón de hilos de oro,
camina ligero con los pedidos de la lluvia,
hasta la Concha de oro del Teatro Tacón,
donde rígida la corista colocará
sus flores en el pico del cisne,
como la mulata de los tres gritos en el vodevil
y los neoclásicos senos martillados por la pedantería
de Clesinger. Todo pasó
cuando ya fue pasado, pero también pasó
la aurora con su punto de nieve.

Si lo tocan, chirrían sus arenas;
si lo mueven, el arco iris rompe sus cenizas.
Inmóvil en la brisa, sujetado
por el brillo de las arañas verdes.
Es un vaho que se dobla en las ventanas.
Trae la carta funeral del ópalo.
Trae el pañuelo de opopónax
y agua quejumbrosa a la vista

sin sentarse apenas, con muchos
quédese, quédese,
que se acercan para llorar en su sonido
como los sillones de mimbre de las ruinas del ingenio,
en cuyas ruinas se quedó para siempre el ancla
de su infantil chaqueta marinera.

Pregunta y no espera la respuesta,
lo tiran de la manga con trifolias de ceniza.
Están frías las amadas florecillas.
Frías están sus manos que no acaban,
aprieta las manos con sus manos frías.
Sus manos no están frías, frío es el sudor
que le detiene en su visita a la corista.
Le entrega las flores y el maniquí
se rompe en las baldosas rotas del acantilado.
Sus manos frías avivan las arañas ebrias,
que van a deglutir el maniquí playero.
Cuidado, sus manos pueden avivar
la araña fría y el maniquí de las coristas.
Cuidado, él sigue oyendo cómo evapora
la propia tierra maternal,
compás para el espacio coralino.
Su tos alegre sigue ordenando el ritmo
de nuestra crecida vegetal,
al extenderse dormido.

Las formas en que utilizaste tus disfraces,
hubieran logrado influenciar a Baudelaire.
El espejo que unió a la condesa de Fernandina
con Napoleón Tercero, no te arrancó
las mismas flores que le llevaste a la corista,
pues allí viste el aleph negro en lo alto del surtidor.
Cronista de la boda de Luna de Copas
con la Sota de Bastos, tuviste que brindar
con *champagne gelé* por los sudores fríos
de tu medianoche de agonizante.
Los dormidos en la terraza,
que tú tan sólo los tocabas quejumbrosamente,
escupían sobre el tazón que tú le llevabas a los cisnes.

No respetaban que tú le habías encristalado la terraza
y llevado el menguante de la liebre al espejo.

Tus disfraces, como el almirante samurai,
que tapó la escuadra enemiga con un abanico,
o el monje que no sabe qué espera en El Escorial,
hubieran producido otro escalofrío en Baudelaire.
Son sombríos rasguños, exagramas chinos en tu sangre,
se igualaban con la influencia que tu vida
hubiera dejado en Baudelaire,
como lograste alucinar al Sileno
con ojos de sapo y diamante frontal.
Los fantasmas resinosos, los gatos
que dormían en el bolsillo de tu chaleco estrellado,
se embriagaban con tus ojos verdes.
Desde entonces, el mayor gato, el peligroso genuflexo,
no ha vuelto a ser acariciado.
Cuando el gato termine la madeja,
le gustará jugar con tu cerquillo,
como las estrías de la tortuga
nos dan la hoja precisa de nuestro fin.
Tu calidad cariciosa,
que colocaba un sofá de mimbre en una estampa japonesa,
el sofá volante, como los paños de fondo
de los relatos hagiográficos,
que vino para ayudarte a morir.
El *mail coach* con trompetas
acudido para despertar a los dormidos de la terraza,
rompía tu escaso sueño en la madrugada,
pues entre la medianoche y el despertar
hacías tus injertos de azalea con araña fría,
que engendraban los sollozos de la Venus Anadyonema
y el brazalete robado por el pico del alción.

Sea maldito, el que se equivoque y te quiera
ofender, riéndose de tus disfraces
o de lo que escribiste en *La Caricatura*,
con tan buena suerte que nadie ha podido
encontrar lo que escribiste para burlarte
y poder comprar la máscara japonesa.
Cómo se deben haber reído los ángeles,
cuando saludabas estupefacto
a la marquesa Polavieja, que avanzaba
hacia ti para palmearte frente al espejo.
Qué horror, debes haber soltado un lagarto
sobre la trifolia de una taza de té.

Haces después de muerto
las mismas iniciales, ahora
en el mojado escudo de cobre de la noche,
que comprobaban al tacto
la trigueñita de los doce años
y el padre enloquecido colgado de un árbol.
Sigues trazando círculos
en torno a los que se pasean por la terraza,
la chispa errante de tu errante verde.
Todos sabemos ya que no era tuyo
el falso terciopelo de la magia verde,
los pasos contados sobre alfombras,
la daga que divide las barajas,
para unir las de nuevo con tizne de cisnes.
No era tampoco tuya la separación,
que la tribu de malvados te atribuye,
entre espejo y el lago.
Eres el huevo de cristal,
donde el amarillo está reemplazado
por el verde errante de tus ojos verdes.
Invencionaste un color solemne,
guardamos ese verde entre dos hojas.
El verde de la muerte.

Ninguna estrofa de Baudelaire,
puede igualar el sonido de tu tos alegre.
Podemos retocar,
pero en definitiva lo que queda,
es la forma en que hemos sido retocados.
¿Por quién?
Respondan la chispa errante de tus ojos verdes
y el sonido de tu tos alegre.
Los frascos de perfume que entreabriste,
ahora te hacen salir de ellos como un homúnculo,
ente de imagen creado por la evaporación,
corteza del árbol donde Adonai
huyó del jabalí para alcanzar
la resurrección de las estaciones.
El frío de tus manos,
es nuestra franja de la muerte,
tiene la misma hilacha de la manga
verde oro del disfraz para morir,
es el frío de todas nuestras manos.

A pesar del frío de nuestra inicial timidez
y del sorprendido en nuestro miedo final,
llevaste nuestra luciérnaga verde al valle de Proserpina.

La misión que te fue encomendada,
descender a las profundidades con nuestra chispa verde,
la quisiste cumplir de inmediato y por eso escribiste:
ansias de aniquilarme sólo siento.
Pues todo poeta se apresura sin saberlo
para cumplir las órdenes indescifrables de Adonai.
Ahora ya sabemos el esplendor de esa sentencia tuya,
quisiste llevar el verde de tus ojos verdes
a la terraza de los dormidos invisibles.
Por eso aquí y allí, con los excavadores de la identidad,
entre los reseñadores y los sombrosos,
abres el quitasol de un inmenso Eros.
Nuestro escandaloso cariño te persigue
y por eso sonríes entre los muertos.

La muerte de Baudelaire, balbuceando
incesantemente: Sagrado nombre, Sagrado nombre,
tiene la misma calidad de tu muerte,
pues habiendo vivido como un delfín muerto de sueños,
alcanzaste a morir muerto de risa.
Tu muerte podía haber influenciado a Baudelaire.
Aquel que entre nosotros dijo:
ansias de aniquilarme sólo siento,
fue tapado por la risa como una lava.
En esas ruinas, cubierto por la muerte,
ahora reaparece el cigarrillo que entre tus dedos se quemaba,
la chispa con la que descendiste
al lento oscuro de la terraza helada.
Permitid que se vuelva, ya nos mira,
que compañía la chispa errante de su errante verde,
mitad ciruelo y mitad piña laqueada por la frente.

LOS CORDELES

Los cordeles
que sostienen el plato de cobre,
oscilan, trepan o sonríen
las escaramuzas del tanteo
del salto de las hojas
en la caída de la noche.
La noche, trepadora de corceles,
desciende por los címbalos
del aire presagioso.
Los cordeles aún no equilibran
esos dos platillos de la noche.
El cordel izquierdo,
el rubicundo ojo de la mermelada,
el rasguño brillantado por el vinagre,
el testículo vidente del caballo,
abierto como un ojo
en el hachazo al mediodía.
Las doce
—eructo de los palotes fantasmales—,
en el frío terciopelo del naufragio.

RETRATO DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Sin dientes, pero con dientes
como sierra y a la noche no cierra
el negro terciopelo que lo entierra
entre el clavel y el clavón crujiente.

Bailados sueños y las jácaras molientes
sacan el vozarrón Santiago de la tierra.
Noctámbulo tizón traza en vuelo ardientes
elipses en Nápoles donde el agua yerra.

Muérdago en semilla hinchado por la brisa
risota en el infierno, el tiburón quemado
escamas suelta, tonsurado yerto.

En el fin de los fines ¿qué es esto?
Roto maíz entuerto en el faisán barniza
y en la horca se salva encaramado.

HAI KAI EN GERUNDIO

El toro de Guisando
no pregunta cómo ni cuándo,
va creciendo y temblando.

¿Cómo?
Acariciando el lomo
del escarabajo de plomo,
oro en el reflejo de oro contra el domo.

¿Cuándo?
En el muro raspando,
no sé si voy estando
o estoy ya entre los aludidos
de Menandro.
¿Cómo? ¿Cuándo?
Estoy entre los toros de Guisando,
estoy también entre los que preguntan
cómo y cuándo.
Creciendo y raspando,
temblando.

MI HERMANA ELOÍSA

El pestañeo oscuro del comienzo conversable,
la mesa con el jeroglífico celeste,
el lenguaje anunciando la caída como el arco iris,
cada palabra una lengua voladora.
Piedrecillas con fuego desprendidas,
torneadas como el cuerpo del toro.
El sacerdote de Mitra rajando el zodíaco,
el veinte de abril naciendo nuestro planeta.
Lavas en espiral, descifrables
líneas en el hígado, entrañas humeantes,
y también las palabras, tersas mandatarias,
apoyando el hálito en el *humus*,
como el torbellino en el caos,
y el mejillón japonés en el *guaicán* verdinegro.
Cada palabra un *apeiron* de arcilla,
sostenida por la respiración nocturna.
Parménides ciego tejiendo la alfombra de Bagdad.
Comienzo porque sé que alguien me oye,
la que oyó mi nacimiento.
Mi madre, estoy muy ahogado,
voy a quemar los polvos,
despiértame cuando llegue Eloísa con su hijo.

DEJOS DE LICARIO

1

Ecuestre lección domina el plañido
vacilante, pero también el pitazo del búho.
Sobre la mesa el aspa afeitada del otoño.
Caminadoras cortinas, el goteante verde.
Príapo como murciélago.
La sogá podrida de la coreografía,
resbalando en despreciables fragmentos alícuotas.
En la claraboya pregunta la salvaje granizada,
pero allí está el calcetín del tío Santiago.
Hurra, hasta mañana estamos salvos,
pero la caldera sigue bullendo.
Suspirar y dominar,
ay, sin las cosquillas del delfín mediterráneo
ni los pectorales cruzados del manatí con su crío.
No jugar con el agua ardiendo
ni con la otra mitad sin derramar.
Superar, ¿no estamos dentro del arpón?
Dominar ¿cortando el rabo?
Nademos sin respirar
e interpretemos al cangrejo
que da la muela por la mano,
mientras Seurat pinta el cancán.

2

A veces reaparezco,
floto en un charquito con un fósforo doblado,
que entresaca una franja morada
en el coleóptero que se hincha y no recuerda.
Caigo en un hollín de chimenea
y tiznado recuerdo al doble cuatro,
recuerdo un matorral,
donde me lastimé el calcañar añoso.
Sin pedirme consejo en una esquina,
soy el aire soplado,
en un cornetín de Navidad.
Me puse en la fila de las langostas,

pero ahora estoy en el tinajón tapado por la noche.
Caramba, rodé desde el tejado
y enseñé el hociquillo con yerbajos
en la pequeña ola que me envuelve.

3

Tómbola de relámpagos y entrepuertas
ascendiendo a medias pez paletó,
astillas areneras de plata negra
y hacia abajo el agua claveteada
por el peine y las arañas.
Y ascendiendo como un sombrero fangoso,
lleno de tachuelas, recuerdos
del rostro cortado por el ímpetu
del manantial en el amanecer,
y así sabemos que los pinos y las arañas,
las arañas y los peines,
están engarrotados, secos,
por lo lineal que nos rodea
y que se rompe en nuestros labios
sin hablar.

4

Doblada en su buñuelo,
la ola falta en la fila desdeñada,
lejos de parecer un cordero,
se echó un cordero sobre sus espaldas
y se fue errante al fabulario.
Se retiró saltando a su albedrío,
un pie de mármol la devolvía
a sus confines, el confín
se aclaraba en un pie de mármol.
La doncella siracusana lleva los granos
de orégano al calamar de Mitilene,
y crece la ola reiterada.
Se rompieron las sucesiones,
el alción numerador del oleaje,
los techos y jorobas plañideros.
Burlada Ariadna del oleaje.
No viene a su retiro
la ola reiterada que delira.

5

No borre, compadre,
 la caldera de la entraña terrenal,
 dibujo contemporáneo del fango humeante.
 El dédalo aún no discrepa del fuego
 y los animales están absortos,
 contemplativamente electrizados, escarbando.
 Llegó la noche y se separan,
 cada uno a su gruta, el fuego despierta
 aislándose de la luz de los comienzos.
 Los animales tiemblan, dan un paso, retroceden,
 mascan la madera que luego va a arder.
 La hoguera comienza por la madera mordida,
 por el temblor desprendido por la piel del cachorro,
 semejante a la camisa venteante
 frente al espejo y la primera nalgada.
 El tragante reabsorbió la hoguera,
 y los animales cumplieron en el sueño,
 asemejan campanadas.

6

Ya todo es tarjetero de sandía,
 graznado bulto en el despeño,
 imprescindible grave el cazamoscas.
 Un inmenso pie sobre los ríos
 conduciendo pisapapeles codiciosos.
 De pronto el trono real de la toronja,
 móvil columna las abejas.
 Revive el espumoso tarjetero,
 enmieladas hormigas enfiladas.
 Un rostro sobre un rostro, esqueleto
 y pergamino, infinitud: cascada bostezante.
 La última gaveta de los manifiestos,
 guardaba la cabeza de un chivo sanguinosa
 y un fragmento de dórica columna.
 Ahora la gaveta en cascada tarjetero,
 guarda el jabón resbalante de la luna
 y la poliandria en ceniza de alfileres.
 En su fase saturniana,
 el pepino en herrumbrosa ratonera

ni siquiera es una naturaleza muerta
del seráfico Sánchez Cotán.
Un rostro sobre un rostro, ardiendo el toronjal.

7

Pasar el papel por el rodillo
de la máquina de escribir es un placer
semejante a darle una soplada
al ángel cervecero de Rubens.
El papel surge cisne y perdiz,
sucesivo o en migajas coloreadas.
Un cuello de caballo surgiendo
a cada vuelta del círculo de hollín.
En la distancia millares de letras
removidas atragantan el colador
de la cal. El rodillo enseña el pecho
a cada vuelta del manubrio napolitano.
El papel carbón sobre el rodillo
profundiza el estero sudando uvas caletas;
el infantilismo del círculo saltante,
enturbió el avuspero en su búsqueda de la nuca.
Ojizarca la mina con los tiburones,
y el rodillo piando letras
sobre un barril de cal.

8

La palma de la mano sobre el río.
La palma paso a paso, hacia mí, leyéndome.
Narciso mascado por la niebla ascendente,
vuelven los dioses descensores, Orfeo
y Stephanophorophoro.
El índice demuestra, señala la inflexible
llanura de la nieve, demuestra.
El índice demuestra la carreta sobre un hilo,
la diagonal con cuerpo de cocodrilo
y cabeza de gavilán,
el anillo de oro en el tumor de la luna.
La mano se extiende sobre la llanura
de nieve, la palma de la mano
acompaña la boga del río.
La carreta conduce un canoso

reloj de pared. Ícaro con dos guadañas.
Saturno se come las alas de cera.
Se extiende, demuestra, se deja leer.
Ícaro, ya caído, nadando,
habla con el Resucitado sentado en el légamo.
El vencido por el sol regresa con las estaciones
y el que triunfa de la muerte se vuelve a morir.
Es un bodegón de cebolla, manzana y amapolas.
El aire está exprimido en el puño
que se cierra, el arador por la palma de la mano
deja el reminiscente batido y batihojas,
el deseo paliducho, la serpiente, el doble
del comienzo, el truchimán vindicativo,
círculo que golpea en las narices.
La capota caída se mide por su sombra.
Ícaro vencido y el Resucitado vencedor,
el Resucitado esperando la muerte
y el Ícaro eterno relator.
En su sangre el laberinto y el torete
oscuro luchando con el tigre dormido.
¿Quién de bruces acompasado en la ebriedad del relojero?
Arrugado, puro detesto, cara de rompeolas.
El Príncipe de Praga, relojero sin deseos,
ahogado en el reloj de agua,
ola por ola, ola sin sucesión,
ola para ojos.
El tiempo caminando detrás de las pestañas
como elefante; casquetes, medialunas,
ensortijados monos lloricones,
verde portezuela y amarillo prestidigitador,
abrían el bostezo en la cantina escandinava,
un penique por cada bostezo
y va de contra el bigotillo
para el perroquete circulante,
pero el tiempo no es como el aguacero
que tapa las grietas
y baldea el puente parabólico de la guitarra.
Tenemos que medir el tiempo por el vaivén
de los ojos y cerrar los ojos
y el murmullo que nos va devorando
cuando nos sumergimos en la madre de carbón.
Sumergidos toda inocencia puede llegar a ser culpa,
tan pronto surge la polifemaida del otro,

los martillazos desconchados
en el cálculo de la resistencia sombreada.
Los entorchados del fusilamiento, el pez egipcio
saltando al sol, pueden hacer el pecado inocente.
El tictac raspado es pecador en Isis
y después es inocente en Osiris.
El jinete escita peca sin testes y la franja
celeste rompe el cántaro de las bodas.
Así seguimos colocando ladrillos en el muro
y sobre los muros cascos de botella,
así nos cosimos la oreja en el cancán.

LA PRUEBA DE JADE

Cuando llegué a la subdividida casa,
donde lo mismo podía encontrar el falso
reloj de Postdam los días de recibo
del ajedrecista Kempelen, o el perico
de porcelana de Sajonia, favorito de María Antonieta.
Estaba allí también, en su caja de peluche
negro y de algodón envuelto en tafetán blanco,
la pequeña diosa de jade, con un gran ramo
que pasaba de una mano a la otra más fría.
La ascendí hasta la luz, era el antiguo
rayo de la luna cristalizado, el gracioso bastón
con el que los emperadores chinos juraban el trono,
y dividían el bastón en dos partes y la sucesión
milenaria seguía subdividiendo y siempre quedaba el jade
para jurar, para dividir en dos partes,
para el ying y para el yang.
Pero el probador, paseante de los metales y las jarras,
me dijo con su cara rápida de conejo color caramelo:
apóyela en la mejilla, el jade siempre frío.
Sentí que el jade era el interruptor,
el interpuesto entre el pascaliano *entredeux*,
el que suspende la afluencia claroscuro,
la espada para la luminosidad espejeante,
la sílaba detenida entre el río que impulsa
y el espejo que detiene.
Da prueba de su validez por el frío,
el señuelo para el conejo húmedo.
Todas las joyas en la lámina del escudo:
en la mañana el conejo oscilando
sus bigotes sobre la mazorca de maíz.
Qué comienzos, qué oros, qué trifolias,
el conejo, la reina del jade, el frío que interrumpe.
Pero el jade es también un carbunclo entre el río y el espejo,
una prisión del agua donde despereza
el pájaro hoguera, deshaciendo el fuego en gotas.
Las gotas como peras, inmensas máscaras
a las que el fuego les dictó las escamas de su soberanía.
Las máscaras hechas realezas por las entrañas
que les enseñaron como el caracol

extraer el color de la tierra.
Y la frialdad del jade sobre las mejillas,
para proclamar su realeza, su peso verdadero,
su huella congelada entre el río y el espejo.
Probar su realidad por el frío,
la gracia de su ventana por la ausencia,
y la reina verdadera, la prueba del jade,
por la fuga de la escarcha
en un breve trineo que traza letras
sobre el nido de las mejillas.
Cerramos los ojos, la nieve vuela.

MINERVA DEFINE EL MAR

Proserpina extrae la flor
de la raíz moviente del infierno,
y el soterrado cangrejo asciende
a la cantidad mirada del pistilo.
Minerva ciñe y distribuye
y el mar bruñe y desordena.

Y el cangrejo que trae una corona.

La batidora espuma, la anémona
desentrañando su reloj nocturno,
la aleta pectoral del Ida nadador.
Su pecho, delfín sobredorado,
cuchillo de la aurora.
Ciegos los peces de la gruta,
enmarañan, saltan, enmascaran,
precipitan las ordenanzas áureas
de la diosa, paloma manadora..
Entre columnas rodadas por las algosas
sierpes, los escondrijos de las arengas
entreabren los labios bifurcados
en la flor remando sus contornos
y el espejo cerrando el dominó
grabado en la puerta cavernosa.
Su relámpago es el árbol
en la noche y su mirada
es la araña azul que diseña
estalactitas en su ocaso.
Acampan en el Eros cognocente,
el mar prolonga los corderos
de las ruinas dobladas al salobre.
Y al redoble de los dentados peces,
el cangrejo que trae una corona.
Caduceo de sierpes y ramajes,
el mar frente al espejo,
su silencioso combate de reflejos
desdeña todo ultraje
del nadador lanzado a la marina
para moler harina fina.

Lanzando el rostro en aguas del espejo
interroga los cimbreantes
trinos del colibrí y el ballenato.
El dedo y el dado
apuntalan el azar,
la eternidad en su gotear
y el falso temblor del múrice disecado.
El mascarón de la Minerva
y el graznar
de las ruinas en su corintio
deletrear,
burlan la sal quemando las entrañas del mar.
El bailarín se extiende con la flor
fría en la boca del pez,
se extiende entre las rocas
y no llega al mar.
Roto el mascarón de la minerva,
otrora la cariciosa llanura de la frente
y el casco cubriendo los huevos de la tortuga.
Subía sobre la hoguera de la danza,
extendido el bailarín, sumado con la flor,
no pudo tocar el mar,
cortado el fuego por la mano del espejo.
Sin invocarte, máscara golpeada de Minerva,
sigue distribuyendo corderos de la espuma.
Escalera entre la flor y el espejo,
la araña abriendo el árbol en la noche,
no pudo llegar al mar.

Y el cangrejo que trae una corona.

ENTRE DOS PUERTAS

Entre dos puertas,
con su humillo, la palabra *entelerido*.
Las mantas sobre los huesos
y la avanzada en los dominios
del frío, del frío que borra la cara
de las espuelas.
El desfile en sus voces coloreantes,
de la lámpara al pajar,
en las hinchadas mejillas del granadero,
dormido guardián.
El miedo entre dos árboles,
saltando las estacas del parral,
vistiéndose en un sillón tan anchuroso
como la palangana con los libros.
El frío se aclara en el miedo.
Frío entre los perros,
flujo en la crecida de la medianoche,
allí donde lloró el antílope.
Después de frío y de miedo,
viene fatalmente: sobrecogido.
Enteco entre dos árboles.
Lloroso, borrado, impalpable.
Vestido de pimienta bailón,
en su sueño el lagarto
comienza a humear.

DÉCIMAS DE LA AMISTAD

(Para Armando Álvarez Bravo)

Un libro como patena
o un gato como nieve
la delicia que se atreve
cerca de la Nochebuena.
Cuando la fiesta está plena
toda la casa se avisa
la sílaba con la sonrisa,
se cuela en cada estación,
el pincel y el melón,
la baraja, profetiza.

(Para Mariano)

Un gallo color ladrillo,
en su centro y su compás,
pitagórico tomillo
dijo: yo no espero más.
Una cinta enredarás
y otra en el aire acuesta,
esa es la mejor digesta,
casi al borde de la mar,
y como el diamante remar
lo que no tiene respuesta.

(Para Jorge Camacho)

Calaverón metálico
salta el alfiler punzó,
la hogaza que no ladró
y el pistón silábico
que dijo sí y dijo no.
Cada pluma, buena pesca,
y se ausentó en la grotesca
rondalla en Argos cenital.
La muerte es el pavo real
y el fantasma vio la yesca.

1

(Para Pablo Armando Fernández)

Viene la noche y lo irisa
un movimiento y un gato,
ya Tic Tac y Cada Rato
meneándose en la brisa.
En la escoba el desacato
en el sábado va entrando,
furor del cómo y el cuándo.
La lengüilla del lagarto
en los domingos de parto,
meriendas de Pablo Armando.

2

La llanura y la candela,
el jinetuelo y guitarra,
van prolongando su tela.
La Nochebuena desgarrar,
no hay Nochebuena de seda,
ni abuela semimecida.
Lo reconozco, su herida,
como en el ciervo el acecho,
busca en el agua de helecho
la sucesión sumergida.

AGUA DEL ESPEJO

Se salta de la imagen al acero,
así Hesíodo dicta en ciego,
no ciego como Homero, cegato
porque va reconociendo al dar la mano,
sin conocer lo que interrumpe en seco.
La imagen con la serpiente corrediza,
trae la muerte con la tortuga
al fondo. Se va acercando con lentitud
acuosa, absorbe lenta como el carbón
y lentamente disimula lo devuelto:
los ojos en el rabo que comienza a descaecer.
Pero el acero, el primer espejo natural,
tan artificial como el espejo ecuestre,
se come los ojos del que ve,
de la otredad que silba,
los ojos no pueden ser semilla porque son
la semilla entre paréntesis.
Del otro que viene, como las moscas, a caer
al espejo, la mano agarra el torbellino.
En una página de Hesíodo aparece el acero,
y al reverso, ya lo vemos fraguando
la amputación de los testes.
Tanto el acero como el espejo
van a su yerta paradoja de remedar lo estelar.
Acercar la tapa azul con pichones de nubes
y abajo el caldo del vaivén horizontal,
incopiable porque el espejo es un árbol
y el acero degüella el último ejemplar de los sirénidos.
Sin saberlo el espejo nos da el *amplexus*,
el abrazo de las dos esferas con centro
intercostal intercambiable,
es decir, la imagen abrazo tiene la inversa raíz en lo estelar
y el *quies*, reposo estelar, busca hundirse
en el amasijo umbilical.
El espejo nos da el abrazo sin testigos,
las dos manos cruzadas sobre el pecho,
las dos mamas como diamantes de serpiente
unidas por el tercer pie de Tiresias.
A caballo penetramos el espejo

y el acero nos devuelve con cosquillas.
Del espejo saltamos, miramos, nada reconocemos
y el acero agranda la avutarda en carcajada.
Para perderse el espejo, el acero para reconocerse:
El azogue y el metal traen el homúnculo.
Así son tres las invenciones de lo perdido
y su reconocimiento, los malditos enanos
soplados en el ombligo:
El espejo, el acero y Euforión
saltando por el fuego,
como la salamandra de amianto iridiscente.

VUELTAS EN LA PARRILLA

La vi llegar como a los peces.
Se acercaba a una pared transparente,
su hociquillo como un ramo de perejil
lamía la curiosidad que se acercaba,
sombrillas, cartuchos de arena, avispas.
Rodaba como arañando una mesa,
el silencioso arañazo de los muebles,
al rodar en espera de la visita.
Un grupo familiar que se ríe
en una cartulina doblada, saltando
en una cascada, qué carcajadas.
La anchura del cristal no impedía
la lentitud de la conversación, pero los gestos
eran indescifrables y los muebles resbalaban
de la saleta al patio vacío.
Allí crecía lo que hablaban, interjección
la yesca debajo del farol. Se tocaban
el hombro y el farol ahumado
como una zarigüeya saltaba en el menguante.
La mica de Micaela, apoyándose.

El rocío
descubre la hierba con luna
y sobre la sangre
desciende laminando.
La abierta
llamarada de la iguana
reoja en el crepúsculo
y ríe el movedizo tendedero.
La gota centra el remolino,
coagula en la punta de la lengua
el trasudar sanguíneo
y el aire preguntante.
En la osteína también el grano
tiene que morir.
La cinta
del aire todo lo machuca,
todo lo convierte en hueso.
Asciende en panal y frutas,

en innumerables fiestas subterráneas.

La luz también es secreto,
anda sumergida,
devuelta por el apisonado yerbazal.

Cuando la luz
transparenta la fruta,
se reproduce sobre sus ojos
y el polvo de nuevo danza
sobre el río.

Entonces, como un insecto que se posa,
que ha descubierto la coagulación,
de la sangre y de la fruta,
cogemos el sabor con las dos manos
inmóviles.

Cuando ardemos restituimos.

Asciende el fuego entrecortado,
las manos creciendo en los reflejos,
la ciudad chillando en las terrazas
y los pinos serviciales al avance
del fuego picoteando en las arenas.

Resta un pino y clava la sudorosa
estalactita, filigrana en sus mugios
nocturnos, árboles subterráneos.

La ciudad como basura en la campana
hierve los pedregales de la frenética
siesta y el hule de traviosos corredores.
Indistinto el olor de la cebolla
tiene la podredumbre en la mañana,
la otra ceniza del despertar.

La ciudad se extingue junto al río,
y la luna cae en la rodada maleza,
trae los hongos y comienza.

Dice el picotear de las verjas
cabeceantes y dice la manteleta
del honguillo inaugurando nuevas galerías.
El fuego restituye el tigre a su mirada.
Preparemos, el fuego trae.

El tigre trepando por las piedras,
ascendiendo, innumerables escenas fálicas,
lianas, cabezas entrelazadas,

y el niño absorto, pero pegando en las ancas.
Tiaras y belfos caídos,
pamelones y sorbetes napolitanos,
jabalíes con las patas quemadas,
van trepando las estalactitas con ojos
y escamas ladeadas como sirenas,
peces apoyados en lanzas trepando.
Una soga vertical como serpiente en punta,
el guerrillero o el flautista cruza
las patas del ejército de colmilludos.
Alalá, alalá, las vidrieras son cenizas
o aumenta el sortijón de las volutas.

Preparemos, el fuego trae.
El punto, dos aspas cruzadas,
el hilo de un punto y el punto de un hilo,
y la incandescencia entre los dos extremos.
La muerte como fuerza de arribada.
La frente, trompa de malaquita, irisaciones,
escamillas de plata sudadas por el albugón
en la casa dibujada sobre el espaldar
con flautines y añicos.
Y las resonancias invisibles, semimecidas,
con el amanecer llorando y lloviznado,
sacudión de las lentejuelas.
Polvo, polvo sacudido y emebestido, enjaulado,
polvo con focos y sardanas.
Los desfiles grotescos y desvalidos,
banderolas con monedas cosidas y raídas,
el vulgar chapuzón en las peceras,
dejando atrás por la matraca dominical
que inflama al pez, resbala
en el relámpago. Todopoderosas anclas
despreciables, sin atravesar la nuca,
que restituye lo que raspa inalcanzable,
mar por playa, por piscina, por pecera.
La muerte como fuerza de arribada.
Nadantes de incunnábula,
piscina que la la sobrenaturaleza,
oecera del tiburón cantante.
La espiral del tiburón, primer *réquiem*.

Se descubría el rumor, se afincaba el gallo,

en su pico crecía la gota de agua.
Se descubrían coordenadas de silencio,
mareas del vacío que penetran.
Unos listones, unas paredes.
El cuarto vacío crecía como un velamen,
crecía como el silencio.
Crecía como un pico de azor, como un pelícano.
En el techo orinando la totuga,
abría puertas a una cerrada galería ahumada.
Puerta sobre puertas,
y al fondo, con la frialdad de la plomada,
piernas cruzadas y sonrisas.
Ascendía la soledad del cuarto vacío.
De pronto, la mano del picaporte
palpó la mañana.

El timbre de la gaveta daba un teléfono,
el flotar y el sumergimiento
creciendo en el agua de la luna.
Los dos paredones avanzan, se saludan y retroceden,
espárrago con la melena de Disraeli.
La gaveta habla como el pez buzón,
llegaba al sol mayor y me daba un teléfono.
En San Juan, el de la ballestilla de Don Diego,
en el ojo de la mañana,
el esbleto, ciego como Demetrio,
salta del trampolín,
pero la matría acusosa había huido,
y la muerte y la piedra aullando al teléfono.
Entonces fue cuando encontré
un niño de piedra en la gaveta,
la oscuridad de la placenta lo seguía filtrando
y se movía con el oído sobre la marea,
acompañado como las estrellas de mar.

La pelotilla, relacionable minuciosa,
entre el arador y las nubes,
se escurre como el agua pequeña
en exceso de tierra informante.
La luceta en la cornucopia
de flores y luces triangulares,
parto del cangrejo estelar,
ostenta el sobresalto de la pelota

en el carbucnclo de su cuenca.
Relaciona el ojo abierto en la luceta.
La luz y su diversificado roto
caen en la gaveta
que dice un número de teléfono,
y el niño de piedra gira
otro costado y se dora.

La fundamentación del fuego es la anchura,
la esparcida sal suelta en colores,
en un punto toca lo estelar.
Todo va hacia el turbión,
los fragmentos no podrán alzarse
con el botín ni con el instante
del pestañeo al bañarse en el agua solar.
En el remolino el ojo empieza
en el vértice que raspa terrenal
y después el ojo se aposenta
en la anchura estelar y salta.
El fuego y el remolino son iguales,
pero nos llegan con máscaras diferentes,
como la carreta de bueyes y el relámpago.
Preparamos, el fuego trae:
la hipócrita calipígica de alas negras,
la mica de Micaela, apoyándose;
equivalencias del escarabajo pelotero,
tonto Toto, Toto total.

FRAGMENTOS A SU IMÁN

DESEMBARCO AL MEDIODÍA

I

Los dientes eran el piano
de estribor; el antejo, una tripita
que sale del cristal
izquierdo, el puente en la nariz
estalla, lluvia de charreteras
confitadas, gaviotas
en su retraso para el fisco
entre dos nubes alumbrado.
El coco con dos ojos
pintados se sonríe,
aclamaciones, la pólvora
diseña un mariscal cegato
hurgando con la lanza.
La pelirroja haciendo señas
con la flauta, atrae
a la tripulación que ya reclama
fornicar a la intemperie.
El farol en la cabaña oscila,
reciben nalgadas los tamboriteros
que entran temblorosos en el sueño
del hijo del jefe de la tribu.
El tamboritero alza un vaso
de aguardiente, también orina su sandalia.
Lo sombreado desliza sus tres hijos,
echando en el oído
no el plomo ensimismado,
sino el oro y oropel
de las piedras de la orina.
Su prole sonríe invariable-
mente detrás de una máscara
de oro granulado.

II

Redondea una conchilla,
enlaza rúbricas en la brisa,

guarda resquemor la toronja
por su piel ancestral.
Su punteado amarillo viejo
rectifica la presuntuosa
marina matinal.
Su rechazo a las preguntas,
inmóvil zarandeo global,
tecla sonriente y gamuza
que quiere pulimentar la clorofila.
Oso marfil y violonchelo,
entre patines y bandejas
la avejentada toronja matinal,
en el imán de las herraduras.
El Mercurio de Juan de Bolonia,
con los brazos cruzados del arco iris
en la marchita espalda de la toronja.
Calva del clown
más besado por la vecinería.
Esfera armilar y clavicordio,
partidos en cuatro como un mazapán
y como un queso.

III

Esta es la noche octosilábica,
con sílabas que avanzan
hacia la pulpa de una fruta.
En cuartetos y pareados
se verifica la horrible bifurcación
de la noche, escogiendo entre dos ríos.
Las sílabas se alzan en dos patas,
como los caballos ante las letras
aljamiadas del relámpago.
Las sílabas musitadas en el cónclave.
El acordeón que se despliega
con el aire genuflexo
y vuelve como una pasa
a esconderse debajo de la faldeta.
Avanza y se pierde,
luego recoge las sílabas como granos
de maíz picoteados por el guineo.
Cada grano de maíz
asciende como una sílaba

por la garganta del acordeón.
Las flechas, cuando son pájaros,
atraviesan las manos con anones,
buscan el renacimiento de la vihuela,
y las sílabas se agrupan y sobresaltan
en el porrón de las cenizas.
Las flechas encandilan los despojos,
y salta el bailarín.

DÉCIMAS DE LA QUERENCIA

(Para Fina García Marruz)

Mariposa en entredós
vino la décima, Fina,
fingí astucia divina c
omo un griego, quería dos
plieguitos en la encina
fijos, me fingí airado
porque me fuera otorgado
el doblete del bailón,
y siento en buen alegrón
dos décimas he sumado.

No tengo el genio ni el rayo
de Jove, ni escapado
en el halcón del mes mayo,
sí el tomeguín azulado,
no en la ventana cipayo.
La aristía, la protección
de Minerva en el turbión,
con la que usted me acreciera,
no vale – Dios lo quisiera –
su caridad, su corazón.

(Para Carlos y Rosario Spottorno)

Sin aumentar su poder,
Júpiter con su merienda,
el instante que entienda
la lucidez sin ceder
el rasguño de la venda.
Naturaleza fascina
a la escama que se inclina
más al cordel que al cristal,
y ya peina el calamar
a la cipriota divina.

(Para José Triana)

La electricidad recorre
a los muertos, determina
la cortina que se corre
a la luz que el vidrio afina
de la ciguapa en la torre.
El baile pide un cedazo,
costumbre de un buen retraso
el muerto pierde la idea,
la noche relampaguea
un bastón, un bastonazo.

(Para Juan David)

A los hombres de Karnak,
seis veces nuestra estatura,
borra el silbo del carcaj,
los dañaba en su escultura
y en el antruejo su holgura.
El detesto y la mudanza,
canguro en su suave danza,
con un misterio sin ley,
albricias le dan al rey
metamorfoseado en lanza.

(Para Darío Mora)

Salpicándose en la arena
o viviendo para un brote,
salta el delfín la ballena
y se vuelve el estrambote.
Suerte tenga el que lo toque,
si perdiz en roja teja
no espina en la bandeja.
Chino y persa con Ceylán,
órficos sonos dirán
linda esfera que se aleja.

(Para Reinaldo Arenas)

Una soga y un reloj,
un tenedor al revés,
el terciopelo y el boj
vistos en nube al través,
y el picaflor en su envés
va a su siesta milenaria.
Sin preguntar por su aria,
el carbuncho desconfía.
¿El fuego será un espía
o la abuela temeraria?

(Para Luis Martínez Pedro)

En el mar y en la llanura
y en la llanura del mar,
el tornasol aguamar
su nacimiento inaugura.
La brisa en la mina apura
la medusa traslaticia,
todo germen allí inicia
a la espiral que se ajusta
a la lengua que pregunta
cuando el pez rayando oficia.

Mañanas en la Sociedad Económica
De Amigos del País

Mezclar proverbios, manzanas,
una pelea de sombras
entre libros y mañanas,
el café y las campanas,
las tardes que tú las nombras
en El libro de los Muertos.
Atravesamos desiertos
buscando el agua y el verso
en el enigma diverso,
no en parlanchines disertos.

(Para Reynaldo González)

Pregunta, diga el reverso
el cumpleaños del verso,
sonrisa de la toronja,
la amarilla luz esponja.
Fiesta y final de la luz,
vuelan los huesos en cruz.
Azul oscuro la trampa,
la tapa ya se levanta.
A la altura de los ojos
tiene el verso sus anteojos.

(Para Miguel Barnet)

Décima sin escritura

Entrelazada sortija
el idolillo le lanza,
trasfondo de la botija,
la muerte, la contradanza,
y la flor que no se fija.
Invocando al dios tiznado,
– el ajo está machacado –
cada línea es un dedito
de Anfión como Pulgarcito
bebido, no escriturado.

INALCANZABLE VUELVE

No importa la reducción
entre el índice y el pulgar
que se mueve como un azogue
casi dormido.
La imagen brinca con el árbol,
que engaña con su tronco
contorneado y lucha con alfileres
de provocación verde
que le recorren la espalda
cuadrículada como un mapa.
El árbol no termina,
el aire le llena su lenguaje.
Los relinchos entre su copa y el revés
de la copa lo aproximan al saurio de las llamas.
Las chispas verdinegras del caballo
colocan insectos sonrientes
en los sombreros que se ocultan.
Un farol de comparsa estalla,
las chispas con las luciérnagas mezcladas
reconstruyen la manga del mandarín
que llena la candela de cintas y de peces.
La cabeza gira hacia la banderola con los naipes.
Los peces se acercan al cristal de la copa
de los árboles y coralizan sus penachos japoneses.
Uno sólo logra que su aliento sea descifrable
y la rama como en un circo nos da un manotazo.
Hacia allí vuelan los escuadrones de arena colorante
y el cangrejo sonríe la pulpa de un calaverón.
Blancos roedores entre sus raíces
y el infierno central
saltan indistintos, pero todos reconocibles.
El árbol no termina, siempre
está completo. Blancos roedores
entre las raíces que se hunden,
copulando con los reflejos.
En el espejo del tronco
una amarilla ave de cetrería
tolera al ave blanca masticando la nieve.
Al pie del árbol, juramentos

las tropas otomanas colocan arañas de rocío
sobre el blanco lomo de los corceles austriacos.
Dos espejos inclinados esperando,
el tronco en la mandrágora de la imagen,
comienza a ensalivar a las hormigas.
Sobre su cabeza un dedal de oro,
se acentúa un procesional color tabaco
y en las sienes se sangra manotazos.

NUEVO ENCUENTRO CON VÍCTOR MANUEL

Hay que ser un Sócrates o un Carmides,
hay que hacer una sabiduría para un joveneto,
hay que ofrecer el humo de la sangre
como en un sacrificio,
para uno de los pocos venerables.
Recorrer una larguísima calleja,
donde la perennidad del diálogo
borra a Cronos y a Saturno.
Allí más viejo significó más sabio,
donde más joven significa más ardor
para abreviar en las metamorfosis de la sabiduría.
En los enconados matices de las generaciones,
de torcer hacia el camino contrario,
de querer hacer otra cosa que sea la misma cosa,
pocas excepciones hay en nuestra cultura
que tenga un rango semejante al tuyo,
pues todos los días empezabas la mañana
y terminabas tu obra.
Había que acercarse y alejarse,
sentir en tu presencia furia o sosiego.
Nos hacías sentir la justificación de una charla
de esquina o profundizabas desasusadamente
el hastío de las horas muertas.
Eras un elfo con cuernecillos de caracol.
Una vez me pidió el *Emilio*,
era para regalárselo a un amigo,
y qué pocos son capaces de pedir un regalo
para regalarlo.
Percibíamos en su presencia,
uno de los misterios de nuestra cultura,
como estaba dentro del orden de la caridad.
Se deshacía para restituirse
en la suprema generosidad del fuego.

Había recibido una gracia
y devolvía una caridad.
Ligero como la respiración,
era también paradójicamente palpable
como un poliedro de cuarzo.

Era la persona menos concupiscible que hemos conocido.

Todos los días nos demostraba
que la luz se materializa en el esplendor
de los cuerpos a la orilla del mar
o en el hastío de la fascinación
de las hojas, buscando en los parques
la mano del hombre.
Con una pasmosa sabiduría
igualaba la luz en los cuerpos
y el cuerpo de la luz andando
en la gama de los azules.
No tuvo que buscar la luz,
la comprobaba en la marcha
y en la ondulación de sus colores.
La gracia de la luz
era en él perennidad de sus instantes:
un rostro, un río, un balcón, un árbol.
Se asomaba para ver
y veía siempre una interminable fluencia,
pero no traicionó nunca las posibilidades de la mirada.

Era uno de nuestros misterios
y por eso conocía las misteriosas
cien puertas de la ciudad.
Me veo con él cortando la espuma de la cerveza.
De pronto, se acercó una vieja limosnera,
el instante se sacralizó cuando Víctor le dijo:
Bésame.
Le oigo un epigrama rapidísimo:
Un señorazo que llega y dice que se siente feliz.
Víctor me insinúa casi inaudible:
Aquí yace la felicidad.
Y se sonrió,
entonces palpé una verdadera alegría,
muy semejante a la música estelar.

Ligero y grave como la respiración,
nos enseñó en su pintura,
que la esencia de los arquetipos platónicos
está en la segregación del caracol:
chupa tierra y suelta hilo.
Nos dijo de nuevo

cómo un rostro era el rostro y los rostros,
cómo el árbol de Adonai
era el bosque de Oberón,
cómo un parque era también el origen
del mundo y el nacimiento del hombre.
En el misterio de las calles antiguas,
colocaba también su misterio.
Se perdía y reaparecía,
sin darnos tiempo para saludarlo,
o para despedirlo.
A la caída de la tarde,
en la placita donde O'Reilly y el Obispo
desenfundan su Tarot,
lo veo ahora desaparecer,
como siempre, convirtiendo el laberinto
en una de nuestras calles ancestrales,
y como un primitivo siento crecer
en mí la ingenua pregunta
de si el sol, el niño de Whitman,
que sale de su casa todos los días,
acompañará de nuevo nuestro despertar.

OCTAVIO PAZ

En el chisporroteo del remolino
el guerrero japonés pregunta por su silencio,
le responden, en el descenso a los infiernos,
los huesos orinados con sangre
de la furiosa divinidad mexicana.
El mazapán con las franjas del presagio
se iguala con la placenta de la vaca sagrada.
El Pabellón de la vacuidad oprime una brisa alta
y la convierte en un caracol sangriento.
En Río el carnaval tira de la soga
y aparecemos en la sala recién iluminada.
En la Isla de San Luis la conversación,
serpiente que penetra en el costado como la lanza,
hace visible las farolas de la ciudad tibetana
y llueve, como un árbol, en los oídos.
El murciélago trinitario,
extraño sosiego en la *tau* insular,
con su bigote lindo humeando.
Todo aquí y allí en acecho.
Es el ciervo que ve en las respuestas del río
a la sierpe, el deslizarse naturaleza
con escamas que convocan el ritmo inaugural.
Nombrar y hacer el nombre en la ceguera palpatoria.
La voz ordenando con la máscara a los reyes de Grecia,
la sangre que no se acostumbra a la tenaza nocturnal
y vuelve a la primigenia esfera en remolino.
El sacerdote, dormido en la terraza,
despierta en cada palabra que flecha
a la perdiz caída en su espejo de metal.
El movimiento de la palabra
en el instante del desprendimiento que comienza
a desfilar en la cantidad resistente,
en la posible ciudad creada
para los moradores increados, pero ya respirantes.
Las danzas llegaron con sus disfraces
al centro del bosque, pero ya el fuego
había desarraigado el horizonte.
La ciudad dormida evapora su lenguaje,
el incendio rodaba como agua

por los peldaños de los brazos.
La nueva ondenanza indescifrable
levantó la cabeza del náufrago que hablaba.
Sólo el incendio espejeaba
el tamaño silencioso del naufragio.

SORPRENDIDO

No puedo. Es así. Y el caballo dobla el naipe.
Voy. La toronja escampa, deletreo.
¿Qué pregunta cabe? ¿Qué codo se entremezcla?
El turiferario se remoja, abandona.
Son juramentos, perogrulladas, testigos.
Un índice torcido como una nariz,
no sirve, ceniza, redondea.
Una estocada de cartón, presunciones.
El costillar al trasluz, una tromba
engorda el farol repartiendo cartas de Navidad.
Araño, voy y me sumerjo, ya no hay navegantes.
Toco, vuelvo la cara, ya las persianas repiqueteando.
Cruce de peces por las piernas abiertas, tijeras.
No llegó a parir, se aconseja, el naipe calvo.
La ventana ensalivada masculla el pimpollo,
centra el parpadeo, errante el vidrio roto.
Allí el tironeo, el vuelco del tiburón.
Pusilánime araña las botas el rastrojo,
vuelve arrastrándose por la acera al mediodía.
La salamandra sigue saltando
del chaquetón con mucha fiebre.
No puedo, voy a acostarme, despertaré sin el resguardo.
Las arañas alfombran confundiendo sus hilillos.
Don Aire congrega y descabeza.

NO PREGUNTA

Un abreboca y no un punzón con ojos astillados,
una ponzoña con mano izquierda,
en el escampado
una pelota con relieve
en los ojos hacia adentro,
en un rápido botarate lenguafuera.
Dondequiera, cabalgadura avinagrada,
en las rodillas letras de hueso,
en las rodillas brazos y pelucas,
lanzando un entrecortado humillo
de azufre en el tambor infratierra.
Camina hacia el escondrijo,
la carcoma en el perchero queda.
Un encontronazo de cabra y cemicaja,
casi y casi roto en polvo,
dondequiera.

LA MADRE

Ví de nuevo el rostro de mi madre.
Era una noche que parecía haber escindido
la noche del sueño.
La noche avanzaba o se detenía,
cuchilla que cercena o soplo huracanado,
pero el sueño no caminaba hacia su noche.
Sentía que todo pesaba hacia arriba,
allí hablabas, susurrabas casi,
para los oídos de un cangrejito,
ya sé, lo sé porque vi su sonrisa
que quería llegar
regalándome ese animalito,
para verlo caminar con gracia
o profundizarlo en una harina caliente.
La mazorca dura como un diente de niño,
en una gaveta con hormigas plateadas.
El símil de una gaveta como una culebra,
la del tamaño de un brazo, la que viruta
la lengua en su extensión doblada, la de los relojes
viejos, la temible
y risible parlante.
Recorría los filos de la puerta,
para empezar a sentir, tapándome los ojos,
aunque lentamente me inmovilizaba,
que la parte restante pesaba más,
con la ligereza del peso de la lluvia
o las persianas del arpa.
En el patio asistían
la luna completa y los otros meteoros convidados.
Propicio era y mágico el itinerario de su costumbre.
Miraba la puerta,
pero el resto del cuerpo permanecía en lo restado,
como alguien que comienza a hablar,
que vuelve a reírse,
pero como se pasea entre la puerta
y lo otro restante,
parece que se ha ido, pero entonces vuelve.
Lo restante es Dios tal vez,
menos yo tal vez,

tal vez el raspado solar
y en él a horcajadas el yo tal vez.
A mi lado el otro cuerpo,
al respirar, mantenía la visión
pegada a la roca de la vaciedad esférica.
Se fue reduciendo
a un metal volante con los bordes
asaltados por la brevedad de las llamas,
a la evaporación de una pequeña
taza de café matinal,
a un cabello.

ELOÍSA LEZAMA LIMA

Una sonrisa que no termina.
Una sonrisa que sabe terminar admirablemente.
La sonrisa se agranda como la noche
y los ojos se reducen a una pequeña piedra
escondida. Calidad de un mineral
que se guarda en un paño de aceite
milenario: Saber reírse y dar la mano.
Las pausas y los hallazgos de la risa
transcurren con la sencillez de una silla pompeyana.
La mano ofrece la brevedad del rocío
y el rocío queda como la arena tibia del recuerdo.
Ofrecerá así siempre la sencillez compleja de la risa
y el acuoso laberinto de su mano en el sueño.

OIGO HABLAR

Oigo hablar a un pájaro moteado:
cuacuá.

En la cabeza tres círculos verdes
y los ojitos que abren y cierran la noche.
Las banquetas para los violinistas
y en medio de la pechuga aljamiada
una garrafa saludando como en un minué.
Las levitas y los sombreros
manchados de luna, con alas pequeñas,
corrían a ocultarse detrás de los árboles.
Los violines también detrás de las hojas
crecían escindidos pisados por la escarcha.
El violinista de levita morada exclama:
cuacuá.

Y todos los trombones borrachos en la medianoche
saludaban, alzaban las ventanas,
elevaban por el aire el pelo del violín.
Una pausa y después se oyó:
cuacuá.

Los animales hablaban primero,
el pájaro perfeccionó el diccionario,
la orquesta sólo lo hizo girar, girar,
soltar sus espirales y recogerlas
en la manga con botones heráldicos.
El pájaro en su casaca de abril
nos regaló el lenguaje interpuesto,
el pelo del violín cruzado con el rameado sedoso,
el ojo del pulpo en el ancla al mediodía:
cuacuá.

El violinista con sus pelos angélicos,
impulsados por la orquesta y su tic tac
de escarcha amoratada, saludaba
de nuevo la hoja reverente
y dejaba caer una gota
hidrocéfala con los ojos sangrantes:
cuacuá.

**UNA FRAGATA, CON LAS VELAS DESPLEGADAS, GIRA GOLPEADA
POR LA TEMPESTAD, HASTA INSERTARSE EN UN CÍRCULO
TRANSPARENTE, AZUL INALTERABLE, EN EL LENTO CUADRICULADO
DE UN PRISMÁTICO**

Las velas se vuelven
picoteadas por un dogo de niebla.
Giran hasta el guiñapo,
donde el gran viento les busca las hilachas.
Empieza a volver el círculo
de aullidos penetrantes,
los nombres se borran, un pedazo
de madera ablandada por las aguas,
contornea el sexo dormilón del alcastraz.
La proa fabrica un abismo
para que el gran viento le muerda los huesos.
Crecen los huesos abismados,
las arenas calientan
las piedras del cuerpo en su sueño
y los huevos con el reloj central.
El alción se envuelve en las velas,
entra y sale en la blasfemia neblinosa.
Parece con su pico
impulsar la rotación de la fragata.
Gira el barco hacia el centro
del guiñapo de seda.
Sopladas desde abajo
las velas se despedazan
en la blancura transparente del oleaje.
Una fragata
con todas sus velas presuntuosas,
gira golpeada por un grotesco Eolo,
hasta anclarse en un círculo,
azul inalterable con bordes amarillos,
en el lente cuadriculado de un prismático.
Allí se ve una fingida transparencia,
la fragata, amigada con el viento,
se desliza sobre un cordel de seda.
Los pájaros descansan
en el cobre tibio de la proa,
uno de ellos, el más provocativo,

aletea y canta.
Encantada cola de delfín
muestra la torrecilla en su creciente.
Hoy es un grabado
en el tenebrario de un aula nocturna.
Cuando se tachan las luces
comienza de nuevo su combate sin saciarse,
entre el dogo de nieblas y la blancura
desesperadamente sucesiva del oleaje.

PALABRAS MÁS LEJANAS

La mañana suda una palabra,
apesadumbrada desaparece,
correteando dobla la esquina.
Entra silenciosa en la taberna,
todavía allí los cantantes metafísicos de Purcell,
el eco de la campana la adelgaza.
Pondrían la mano sobre su hombro,
añadirían otras palabras al oído.
Jugará a perderse
con las arenas que la bruñen.
Está alegre porque ha venido
a verle su nueva cara, se adormece
en el ahumado rodar de las monedas.
Desaparece como una ardilla
en la medianoche de la otra esquina
recién apagada.

SE DESPRENDIÓ

Se desprendió el humor de la patata,
reía en la profundidad del saco
la cercanía del verde en la lechuga,
después su gravedad fingida
en las manoseadas arrugas del cartucho.
Cuando llega en el temible tamaño
del saco con sus piedras comestibles,
adquiere sus fantasmales tijeras
y comienza a saltar por el tejado.
Espera el hollín para tatuarse,
para sacralizar su cáscara
con las magulladuras que le regalan
un rostro dispuesto a dejarse
devorar por el humo en el pico del buitre.
Espera dura, es pera dura decimos,
comenzaste su avaricia de lana
caliente, la cejjunta lana
que guarda las monedas en el sótano.
La papa vino a profundizar
a las viejas porteras europeas,
les cuidaba el reuma en los bolsones,
bendecía el pasado mañana.
Ahora diestra las hacía cabecear
con alegría el secreto comfortable:
la reluciente cantinam diamante al mediodía,
y nuestro sudor que mira el dorado
que va proclamando la saliva pretenciosa.

EL SUPLENTE

Vendrá el suplente en agua a conversar.
Se dirigirá hacia el norte donde tejen,
desconocido llegará a los que lo protegen.
Se arrancará su diente y a sembrar.

Vendrá el suplente en vino a pelear,
esgrimirá la traílla en zumbido planetario,
tropezará con el estilo rufián del carbonario.
Se apretará el chaleco y a bromear.

Los dos suplentes no se encontrarán en la escalera
aunque dejarán sus huellas en el molde de cera,
al mismo tiempo se tapanán con las dos hojas de la puerta.

No se saludarán al valsar los largos corredores,
pero se embriagarán con los mismos escanciadores.
Ya llega el otro suplente para tirar del rabo de la puerca.

EL CUELLO

El cuello de la botella,
incitación arco iris,
es como la garganta del diablo.
No pasa un dedo
y la mirada tropieza con las culebras
del fondo profundizado por la borraja.
Yo, como una rana,
dentro de la botella, mi cuerpo
es un Atlas entre el tapón
y el anca que lentamente recorre
todo su fundamento maternal.
La uva emparenta con el cristal,
un equilibrio indescifrable,
como el aire en la balanza de Osiris.
El rocío sobre la uva en la mañana
se iguala con la respiración del pájaro,
bulto, después cuerpo de niebla
que comienza a respirar.
Descorchan los ojos de vidrio de un indio sioux,
el instante del pelillo ante la luz,
y después la cascada ceñida de anillos
y de gritos que rodean el cuerpo dictando
los nuevos cuerpos que tropiezan
en la carnalidad rocosa del ombligo.
Dentro de la botella,
un tercio de año en la humedad de la cueva,
un esqueleto, un molino, las bodas:
el barroco carcelario.

ME HACE PROPENSO

El ramo de espárragos intacto, ondula
apretando la carne del anón,
dos blancos fáciles de descifrar.
Una blancura cremosa y la nieve blanqueando.
El blanco crema para el sombrero finisecular
y el blanqueante en las manos
que hurgan la repisa con un paño escocés.
La bombilla con una pantalla verde
mezcla en un *lamentoso* hipante
el espárrago lunar y la escarola lagarto.
La túnica del dominico de verba derramada
se pinta con el barniz innato
del blanco del espárrago.
En la mañana, tropezando con la blancura del pan,
se mira una túnica
y se pinta un espárrago.
Se intenta dibujarlo
y brota un fantasma dificultoso,
entre la extensión de las manos
y las manos cortadas, bailando
ya en la cesta de las mangas.
Hundiendo dos dedos en la raspa lunar,
el espárrago brilla como un ojo de pan.
Esa blancura
me hace propenso
como si todos fuesen otros.

ATRAVIESAN LA NOCHE

En la medianoche un pisicorre,
lleno de músicos,
traquetea las viejas piedras,
con astillas de plata,
como las que vi en Taxco,
entrando en la ciudad.
La cómica gorda
y el galán enlombrizado
tropiezan con el cerrojo
de la ventanila – melindres
y se arrancan cabellos – .
Gritos y campanillas,
los tintes de una mejilla
resbalan al vozarrón del orine
de los caballos nadantes,
con sombrillas sobre las ancas infladas.
Pardo terrenal
y ráfagas violetas,
alardean los tumbos
que el farol descifraba.
Una casa sin nadie,
con vaciedad teatral,
apuntala los músicos
que pasan.
Ahí se detiene el apóstrofe
del brazo demandado
fuera de la ventanilla,
con escarcha de diferentes plumajes.
Entra entonces al grupo
un reloj de péndulo
que tropieza con las carcajadas
de los músicos hundidos
en su almohadón con cascabeles.
Las borlas del tiempo,
creadoras como las pistolas
de Montecristo y los bolsones
espermáticos desinflados en el río.
¿El gallo?

Abrió las piernas
y señaló con el índice.
Y el cacareo
en el ascua del cigarro.

AQUÍ LLEGAMOS

Aquí llegamos, aquí no veníamos,
fijo la nebulosa,
borro la escritura,
un punto logro y suelto la espiral.
Aurora del contorno y baila el remolino.
Dentro de la niebla un punto
salta, un gato madrugador
con antifaz mueve su cola,
como dos piernas pegadas con correas,
que comienzan a girar
como un péndulo de agua dura.
Tajando hacia dentro,
parece preludiar un tórax abombado,
la fábrica de los cuchillos
abre los ojos de la camerata
donde la espada semidormida brilla.
Pero no miramos allí,
a pesar de las luces que despide,
el gato con antifaz
domina la próxima pieza de dormir.
Allá el brazo pesa
como un cartucho de agua,
pero suelta de pronto sus cohetes
y nos quedamos ciegos,
mientras nos palmorean las espaldas.

DISCORDIAS

De la contradicción de las contradicciones,
la contradicción de la poesía,
obtener con un poco de humo
la respuesta resistente de la piedra
y volver a la transparencia del agua
que busca el caos sereno del océano
dividido entre una continuidad que interroga
y una interrupción que responde,
como un hueco que se llena de larvas
y allí reposa después una langosta.
Sus ojos trazan el carbunco del círculo,
las mismas langostas con ojos de fanal,
conservando la mitad en el vacío
y con la otra arañando en sus tropiezos
el frenesí del fauno comentado.
Contradicción primera: caminar descalzo
sobre las hojas entrecruzadas,
que tapan la madriguera donde el sol
se borra como la cansada espada,
que corta una hoguera recién sembrada.
Contradicción segunda: sembrar las hogueras.
Última contradicción: entrar
en el espejo que camina hacia nosotros,
donde se encuentran las espaldas,
y en la semejanza empiezan
los ojos sobre los ojos de las hojas,
la contradicción de las contradicciones.
La contradicción de la poesía,
se borra a sí misma y avanza
con cómicos ojos de langosta.
Cada palabra destruye su apoyatura
y traza un puente romano secular.
Gira en torno como un delfín
caricioso y aparece
indistinto como una proa fálica.
Restriega los labios que dicen
la orden de retirada.
Estalla y los perros del trineo

mascan las farolas en los árboles.
De la contradicción de las contradicciones,
la contradicción de la poesía,
borra las letras y después respíralas
al amanecer cuando la luz te borra.

EL PEZ Y LOS OJOS

Los ojos, como un dedo que restriega,
repasan las escamas coloreadas,
sudan una escarcha y son cristales
que burlan la prisión que los fija.
La mano inmóvil y lejana
comienza las caricias, se interpone
un recto aire melodioso que busca
las flautas entre la hierba,
donde se extiende, como en un despertar,
un pez lastimero, tan caricioso como lastimero.
Las abiertas cuchillas de las aletas
van manchando la plumilla de las olas,
reciben el memorial sellado
de los cisnes ciegos, tocados por la chispeante
vejiga natatoria
y sus preguntas de energía ceremoniosa.
Todas las escamas van hacia la escama,
un ojo aplastador cegador,
donde la luz es sólo la extensión.
Las escamas son la luz en el rotar
de la extensión, sin el caballo de mar
que lo inaugura y el mercado donde canta
en las canastas sudorosas de la siesta.
El ojo y la mano para la escama,
aun el ojo que se aleja
y la mano que se inmoviliza
sin asir la escama que se hunde,
están apuntalando su paso que rebrilla
como el ascua en la cola del cometa.
Están en el vacío, en una caja de corales.
Se enciende la mirada con las rayas
de las algas, bordea el fósforo diamante,
se restriega el pez en las manos
y se fija el puente que separa
los dos ojos. Sumergido fluye,
flecha silenciosa o pez semidormido,
el demonio del mediodía.

EL ASCENSO

La escalera del árbol
y el árbol de la casa,
levantan por el centro
el mantel blanco y dormido.
Por la escalera trepa una hormiga,
un ciervo que se va apoyando
con los cuernos mojados en la luna.
Una muchedumbre que va ascendiendo,
pero la escala es insensible
al peso de los pies tropezando,
sumando botones y cordeles.
Pesa más un costado, rectifica
los brazos, al fin asciende
borrada la escala.
Su cabeza penetra en el tejado,
allí su mano percibe, con los ojos
sellados, la piel fina
del murciélago, con miradas de garzón
inventadas por la madrugada.
El murciélago se trueca en los ojos
que comienzan a saltar los peldaños.
Refuerza los huecos ascendentes,
los ojos torcidos por el aletazo
que borra los estiramientos del cuerpo.
La escala atraviesa del desván cabeceante.
Allí un trueno atestigua el brazo
y los peldaños son la línea del horizonte.

MI ESPOSA MARÍA LUISA

En la azotea conversable,
con riesgo de tu vida,
lees la Biblia.
Era toda su casa
que ahora tropieza con el humo.
Lees la Biblia
donde una hoja
traspasa el agua
y las generaciones.
Lees con temblor,
recordando los hermanos
muertos, el Salmo 23.
Tu madre se lo leía
al hijo que se va a morir.
La hija se lo lee
a la madre a la hora
de la paz de Dios.
Eres la hermana que se fue,
la madre que se durmió
en una nube frente a la ventana.
Las cuatro, a mi lado,
me levantan todos los días
para fortalecer la mañana
y comenzar el hilo de la imagen.
Lenta, con dignidad silenciosa,
rompes *la silla de los escarnecedores*.
Cuando sacudes las almohadas
llenas de plumas de ángeles,
recuerdo en lontananza y repito
con precisión: *en delicados
pastos me hará yacer*.
Cuando la muerte sopla la puerta
de entrada, en la muralla momentánea,
traes la vara y el cayado.
Así mido la nueva extensión,
allí hay que caminar como un ciego.
Con el cayado sorprendo
la altura de la marea desconocida

y palpo la esponja de entresueño
para volver a la tierra.
Contigo la muerte fue anterior
y efímera y la vida prevalece
por amor de su nombre.

ANTONIO Y CLEOPATRA

Las galeras, brazos
cruzados sobre la serpiente
y el ojo de la turquesa manchado
con polvos de azafrán.
Las aguas de seda
contemplan con ojos plateados
los gusanillos que surcan las velas
del trirreme romano,
con una voluptuosidad que araña
dulcemente los agujeros de la flauta.
La luz fragmenta al ser tocada
por la proa y la gaviota tiembla al recibir ese impulso
inesperado, que remueve como una cosquilla
las plumas solares de la pechuga
que intercambian los colores de la hoguera.
La tiara resbala a nivel de las aguas
y allí imanta la subdividida sonrisa de las sardinas.
(Cada sardina una mordida en la tiara.)
(Cada tiara en los volcanes de la luna,
echa a bailar un monillo con tafetán morado.)
El viento dilata las túnicas
cuando el acordeón de los senos se acompasa.
La sierpe busca el dátil, no el pezón,
el índice anillado dirigía la mordida.
El hechicero enseñó la pantorrilla,
quería participar en el banquete
y no leer en las nubes que deshacen sus letras.
El mensajero espantado por los eunucos,
murmura al lado de la galera de seda.
En la popa lo cubre un toldo
de algas, la desnudez de Horus
se iguala con la muerte.
Se astillan los remos en la cabeza de los cocodrilos,
prepara los saltos del monillo
vestido de morado.
La galera se detiene, un golpe de címbalos
en la embestida de cada ola.
La serpiente salta a la toldilla de los músicos.
Decimos galeras de seda

y cerramos los ojos.
La reminiscencia milenaria
mueve de nuevo la sierpe, allí
el pezón se reconstruye.
Vean la cochinilla caminando la lechuga.

JE DIT: UNE FLEUR

(Para Chantal Triana Dumaine)

Un diamante se advierte
tocado por un junquillo;
la destreza la divierte,
un alfil de compasillo.

El enigma de su piel
es gravedad en la brisa;
lejos, cerca se divisa
el clásico hidromiel.

Definición la ventana
donde brinca decidida,
sorprendiendo a la mañana

la pregunta sonreída.
Pañuelo en punta de pies,
digo Chantalit *precieuse*.

ENEMIGOS

Entremezclados el furor y el delirio,
van a romper su oscura clara de huevo,
ni una antigua edición ni una piel nueva,
ni las flechas para un aprendido martirio.

Se destruye una antigua flecha, la punta
se enemista con la fantasmagórica corza,
la parábola de los extremos junta
y el insomne siguió trabajando la hilaza.

Aquí hay dos irreconciliables, armados de bronce duro,
el brazo se petrifica, el brazo más maduro
pende como las pesas del reloj de la torre.

El furor y el delirio, cada uno va a buscar su caballo.
Tiene que dividirlo la agujeta del rayo
y unirlo el trueno que los borre.

AGUA OSCURA

I

La oscuridad desemboca
más allá de su morrión,
borra las letras que toca
con aceite y con lanzón.
La oscuridad que se invoca
roza mis labios con fuego,
su escritura salta y luego
traza un pavón auroral,
los designios del coral
y los perplejos del juego.

II

Agua tersa va muriendo
en los juncales del río,
el techo del caserío
se inclina y va lamiendo
los entorchados del frío.
Un fulgor y dos a dos,
tejidos como entredós,
sin estorbo y sin sonrisa,
cuando la toronja avisa
una mañana con Dios.

III

Prepara los contragolpes,
el vino y los borbotones,
el fantasma y los mandobles,
mientras ascienden sillones
impulsados por redobles
que crujen en la pizarra.
El jinete se desgarrá
al romperse la campana
en tropel de filigrana
y en badajo que desbarra.

IV

Llegan consejos, suspiros
de un andar de medianoche,
el deslizarse del coche
va soplando los vampiros
que oscurecen el derroche
de un chal y de una lumbre
que cubren la muchedumbre
de astros en sus chirimías.
Tamañas algarabías
y un cielo de podredumbre.

V

Al despertar el confín
media aurora y media granja,
se vislumbraba un sinfín
de un amarillo naranja
donde bailaba un delfín
la ronda de la pasión
de una nueva creación
de playa y de horizonte,
como si creciera el monte
hinchado por la canción.

VI

En el hotel se inmiscuye
el patio con algarrobo,
la noche que restituye
un caracol y un lobo,
después la noche concluye
su obertura, lo que queda
en la mañana de seda
brinca como un tornasol.
Guadarropía del sol
con el plumaje de Leda.

VII

Con la vejiga nadante
digo la respiración,

recupera ya el *andante*,
y no suda en el balcón
sueños de un febricitante
que fulmina un comenario.
Rebrillos del lapidario
en la mañana escondido,
y así entona sumergido
el ojo del lampadario.

VIII

El brillo, el metal, aurora
que vuelve al metal hervor
una hilacha de fulgor
rota al centro por la prora,
el pañuelo, el decidor
en su mejor elegancia,
va diciendo la fragancia.
Es la función del anzuelo,
tirar un pescado al cielo,
llenar de azul la distancia.

IX

Miro al través de una reja
una luz que se bifurca,
por encima de la teja
salta, como una trifulca,
un bulto que no nos deja.
Les disparamos venablos
a los diversos retablos
con figurillas de cera,
un buen olor nos espera,
ya se fueron los mil diablos.

X

Músico sin instrumento,
girasol sin rumbo al sol,
terso y plano caracol
caminando contra el viento.
Risotas para un lamento
mueve su cola al revés,

es paradoja tal vez
ver un cielo en la bombilla.
Gracias de la cochinilla
en un pezón al revés.

XI

El patio del corralón
baila tijeras inciertas,
están siempre recubiertas
de un cegato pañolón.
Así en fila, descubiertos
van pasando en extramuros
un desfile de canguros.
Como un atlas de lo informe,
la noche entera deforme
y el rezo de los Dioscuros.

XII

Existe aquí un doblaje,
el tesón del brazo duro
que recurva en el boscaje
como un carrusel maduro,
o la cinta del lenguaje
cuando procura encubrir,
más que todo desdecir
el choque de verbo y aire,
como la pluma al desgairé
hace imposible mentir.

XIII

Canoro y métrico coro
en los puntales del día,
una raya como un oro,
tortuga del mediodía
y un clarinete sonoro;
al lastimarse la quilla,
con la presión la rodilla
cubre seda al calamar,
trenzando al fondo del mar,
peluquín sobre una silla.

XIV

Alrededor de una paila,
un tridente sacamuelas
enreda las entretelas
donde un gnomo vuelve y baila
tijereteando las telas.
Sentado sobre un castaño
aparece cada año
este gnomo y este arquero
tiran sobre un minuterero
que a sí mismo se hace daño.

XV

La mentira se rompió,
una parte voló al cielo
y a sí misma se entendió
forjar como un caramelo.
¡Magna interpretación
a la altura del balcón!
Dueño de este rocío
la mentira fue forrada
y ahora yace arrebolada
en los discursos del río.

XVI

Viruta de platabanda
las alas del pectoral,
en la sacristía ya anda
el espíritu del mal,
con campanillas desbanda
un tumulto desigual,
el terror ya residual,
fuera de toda condena,
sigue como un alma en pena
la más triste bacanal.

XVII

En la roca desespera,

cortada por el helecho,
allí solitario impera
la espuma de un blanco lecho
que sigue en eterna espera
de dos espaldas lunares,
llenas de anclas abisales
y quitasol de cipango.
Con pasos lentos de tango
el ciclón en los maizales.

XVIII

La voz se rompió el alcor
solitario se perdió,
fue más grande que el terror,
la espina dorsal sintió
lenta como un estertor
que en la ventana de olvido,
signos donde está perdido,
un extraño caminante
que se acercó tan gigante
y en lo blanco fue hundido.

XIX

Borrando la comprensión
de una alegre juglaría,
los instrumentos del día
tiran, rompen su acordeón
y su compás que medía
media esfera y media espira.
Ya se levanta y expira
cerca del césped fruncido
y va quedando dormido
en la noche de la pira.

XX

Un chispazo mineral
separa las dos alcobas,
como si al cubrir las ovas
se derramase la sal
burlando los rompeolas

que bifurcan ola y ala
en el centro de la sala
donde sonríe el acuario
la teoría de un planetario
que el fuego callado exhala.

XXI

El dueño de la corneta,
el infante bien nacido,
la sangre y all  fue herido
al quitarse la careta
ráfaga del sin sentido,
gritando desde el trasfondo
el último *cante jondo*
que en espirales se pierde.
Aviva la sangre al verde
desde el matiz hasta el fondo.

XXII

Rompiendo la donosura
y acabando con la iguana,
buscando otra hermosura
más alada y más humana,
que en el vacío murmura
del caos y de los vientos
que borran los juramentos
que siguen astro por astro,
ya van recreando el rastro,
pegando en la cola al viento.

XXIII

Une la casa cercana
con el lejos de la ola,
el oído en caracola
reinaugura la mañana,
blanca arena en tersa cola.
El retrato, un garabato,
polémico caricato,
se va desti iendo el sobre,
quedando en placa de cobre

el maullido de un gato.

XXIV

Viene la noche irónica
con remedos de botín,
al pasar un serpentín
se muestra aún pletórica.
La noche cae al confín
como si fuese una larva,
más escarba y más escarba.
Al penetrar con su lanza,
como una esperanza parva
al ciego de bienandanza.

AMANECER EN VIÑALES

Ya el tatuaje de un pescado
o los castigos de un *yes*
Fierabrás va encaramado
en pitagórico tres.
Fiesta, llegó el convidado.
Síncopas, viejo remero,
es el ¡ay! del melonero,
el matiz del amarillo,
desde el escolar sencillo,
ondas del río primero.

El espíritu sin libro
y el libro espíritu
¡con el *daimon* ya me libro,
los manes de Manitú!
El romance sin peligro
siguiendo la serventía.
Se pronuncia como el día
el nublo de dos jinetes,
el cortado en jarretes
y el triunfante Mediodía.

No sabrás que buena luz.
¿Sin sierpe hay melodía?
No es el farol, es el día,
sin antifaz ni capuz.
Queda aún la celosía,
su capuz, la noche grata.
La hormiga de cada mata
acrece como un frijol,
ancha como el guarandol
de un girasol de piñata.

En la reunión nocturna
cae la palabra, señores,
no hay lechuza ni embadurna,
sí flautines, ruiñeños,
collares de cundiamores,
mosaicos de azul turquí.

De San Antonio a Maisí
Fierabrás traza su Eros,
el chivo de los santeros
con el sabor del anís.

El queso con la guayaba
o virreyes al rocío,
la palabra deslizada,
escaramuzas sin frío
de la granja aljamiada.
Muelle plumón y ventana,
sí el verdor de la rana
en la madera pulida,
salta la entremetida
de la noche a la mañana.

De la noche a la mañana
se interpone la neblina,
pero este pez serafina
con anchura de campana
ya trasuda arena fina.
Derriba como Anfión
con larghetto de acordeón.
No tenemos el invierno,
ni descenso al infierno,
el no, topo, y el llorón.

Bisiesto del caracol,
suda tierra y vuelve hilo.
No peluca en coliflor,
el arcoiris en vilo
sabe rezumir la flor.
Robar los melocotones,
son las más sabias lecciones,
sal de la longevidad
y el filósofo Sang Fo.
Un palmeral es su yo,
y otra vez la eternidad.

RETROCEDER

I

Retrocedo hasta el borde de la piedra,
donde termina con ojos prestados
y solares. Abrir los ojos es romperse por el centro.
Retrocedo hasta donde la piedra se cierra.
Allí donde la piedra se duerme sobre la mesa.
Una mesa patas arriba, una mesa que camina
como un reloj y de pronto lanza su reojo.
Con excesivo trabajo roedor
llevo la piedra a la humedad de la esquina.
La piedra resbala por mi espalda,
se divierte al rozar la oreja.
Del cuarto he salido al acantilado.
Allí me encuentro con un ciervo
que raspa con los cuernos el cielo
apuntalado entre dos estacas temblorosas.
El ciervo lame la mesa de lectura,
rompe el cristal con estampas polares.
Cuando lo voy a acariciar queda
un vacío barbado.
Absorto por el acantilado sin pensar
que pudo encontrar un pañuelo
con iniciales de encías sanguinolentas.
Se detiene, se esconde un cangrejo gigante.
Es la misma mesa con la piedra.
La piedra que inaugura su respiración en la esquina.

II

La cornamenta difusa
suda tinta, la tinta escrituraria
que forma parte de la noche.
Oh, fragmento barrido por un aguacero
que envuelve los bultos al saltar
de un barril a las losetas del suelo.
La tinta los lleva a retroceder
a los agujeros que se saltan

y a un cansancio inapresable,
que se escapa con grandes risotadas.
Todo allí está roto, con soplos arenosos,
con fondos de botellas que se clavan
en la cornamenta difusa,
y allí surge como una anémona
que tiene el secreto nocturno de la apertura
que domina la casa del pescador ciego.
Con su aire que gira hacia el poniente,
hacia el último retroceso carnal,
los crepúsculos del calamar,
los corpúsculos del camarón sobre la lentitud de la lengua.
Retrocedemos, pero las lianas se entreabren
y surgen los ojos que llenan el espacio
de una raya ígnea, mientras la otra mitad solar,
las camisetas con sus himnos de tijeras y lunares,
van dejando caer una gota sobre la flor decapitada.
Retrocedemos para guardar esa gota
Retrocedemos para guardar la camiseta.

III

¿Qué encontraremos en aquel confin?
Allí donde las moscas desprecian
el humor de la tierra, las vueltas
impasibles sobre la almohada inapresable.
Un río arrastra un brazo con un pájaro,
resbala allí como en una canal fangosa.
Es el brazo que abría la casa en la colina,
era el pájaro maestro del polen del girasol.
El golpe de una nube aleja más la casa,
sus techos fueron remplazados por grandes carcajadas.
Esas risotadas en una casa sin techo
son los buitres, pero la piedad de las nubes
sopla ligeramente su sombrero sobre la casa
y la quiere envolver en cintas dominicales.
Allí he tenido que retroceder, el gamo
que apuntalaba el cielo no puede aparecer
frente a la casa levantada por el humo.
¿Qué podía esperar? ¿Dónde apoyar
siquiera un dedo en el polvo?
Ya no podía retroceder más. Entonces sentí
la respiración primaveral de la almeja. Una

muchedumbre silenciosa se apeó de sus caballos ciegos.
El rey Arturo besa la serpiente.

VIRGILIO PIÑERA CUMPLE 60 AÑOS

Como un pistoletazo en el violáceo azufre
los ángeles pactan con los demonios,
buscando el gran ojo primigenio.
Vuelven los demonios a pactar con los ángeles,
buscando la sabiduría
de las ondas del pífano
al penetrar en la ciudad.
Un ruidillo en la nada,
innato o con prestaciones vergonzantes
precipita el coro de los diablillos
que van a sostener el manto del niño de Praga.
Llega entonces el inalcanzable
paraje de la nieve,
la pequeña luna caída
en la profundidad infantil del tazón
o en el ballenato tedioso de los mares,
allí la silla destrozada, la del obispo encadenado,
allí se vuelven a ver los demonios y los ángeles
correr hacia un punto, volcarse en la laguna,
peinarse más las plumas que los cabellos.
Sus pequeños rostros sonríen con dientes de leche.
Sabemos, qué carcajada, que lo lúdico es lo agónico.
Como sólo existen el bien y la ausencia,
los demonios y los ángeles se esconden sonriendo.
Su mano madura, como decimos las uvas maduras,
han dado un fuerte manotón sobre el tablero.
El ángel avanza rápido como el alfil.
El demonio salta como el caballo oblicuo.
Sus manos cruzadas golpean los sesenta
golpes de la cábala,
el hierofante y la emperatriz duermen ya
en la cámara de la reina.
El ojo y el mar se abren en círculos concéntricos.
Sobre un tablón,
jugando lo terrible,
el bien y la ausencia.

DOBLE NOCHE

I

La noche no logra terminar,
malhumorada permanece,
adormeciendo a los gatos y a las hojas.
Estar aprisionada entre dos globos de luces
y mantener, como una cabellera
que se esparce infinitamente,
el oscuro capote de su misterio.
La noche nos agarra un pie,
nos clava en un árbol,
cuando abrimos los ojos
ya no podemos ver al gato dormido.
El gato está escarbando la tierra,
ha fabricado un agujero húmedo.
Lo acariciamos con rapidez,
pero ha tenido tiempo para tapar
el agujero. Hace trampa
y esconde de nuevo a la noche.

II

Entré en el cuarto,
no me decidí a encender la luz.
Estaba un hombre sentado en un taburete,
su espalda toda frente a mis ojos.
No lo sentí como extraño
ni alteraba la colocación de los muebles
ni el botón de la luz.
Como en una explicación casi inaudible
dije: Uno.
El otro, con su cuerpo inmovilizado,
moviendo sus labios con sílabas muy lentas,
me respondió: el cuerpo.
Temeroso, con gran culpa, encendí la luz.
El otro seguía en su taburete,
comenzó entonces como un debate ciceroniano
en el senado romano,
golpeando las almohadas con los puños.

El gato absorto y lentísimo
comenzó de nuevo a esconder la noche.

LOS FRAGMENTOS DE LA NOCHE

Cómo aislar los fragmentos de la noche
para apretar algo con las manos,
como la liebre penetra en su oscuridad
separando dos estrellas
apoyadas en el brillo de la yerba húmeda.
La noche respira en una intocable humedad,
no en el centro de la esfera que vuela,
y todo lo va uniendo, esquinas o fragmentos,
hasta formar el irrompible tejido de la noche,
sutil y completo como los dedos unidos
que apenas dejan pasar el agua,
como un cestillo mágico
que nada vació dentro del río.
Yo quería separar mis manos de la noche,
pero se oía una gran sonoridad que no se oía,
como si todo mi cuerpo cayera sobre una serafina
silenciosa en la esquina del templo.
La noche era un reloj no para el tiempo
sino para la luz,
era un pulpo que era una piedra,
era una tela como una pizarra llena de ojos.
Yo quería rescatar la noche
aislando sus fragmentos,
que nada sabían de un cuerpo,
de una tuba de órgano
sino la sustancia que vuela
desconociendo los pestaños de la luz.
Quería rescatar la respiración
y se alzaba en su soledad y esplendor,
hasta formar el neuma universal
anterior a la aparición del hombre.
La suma respirante
que forma los grandes continentes
de la aurora que sonrío
con zancos infantiles.
Yo quería rescatar los fragmentos de la noche
y formaba una sustancia universal,
comencé entonces a sumergir
los dedos y los ojos en la noche,

le soltaba todas las amarras a la barcaza.
Era un combate sin término,
entre lo que yo le quería quitar a la noche
y lo que la noche me regalaba.
El sueño, con contornos de diamante,
detenía a la liebre
con orejas de trébol.
Momentáneamente tuve que abandonar la casa
para darle paso a la noche.
Qué brusquedad rompió esa continuidad,
entre la noche trazando el techo,
sosteniéndolo como entre dos nubes
que flotaban en la oscuridad sumergida.
En el comienzo que no anota los nombres,
la llegada de lo diferenciado con campanillas
de acero, con ojos
para la profundidad de las aguas
donde la noche reposaba.
Como en un incendio,
yo quería sacar los recuerdos de la noche,
el tintineo hacia dentro del golpe mate,
como cuando con la palma de la mano
golpeamos la masa de pan.
El sueño volvió a detener a la liebre
que arañaba mis brazos
con palillos de aguarrás.
Riéndose, repartía por mi rostro grandes cicatrices.

LAS BARBAS DE UN REY

¿Las puertas? Las barbas de un rey gótico
que preside la caída de una piedra.
Atravies la puerta, la nieve
en la punta de los dedos escurre
como una mirada que extrae granos de arena.
¿Salimos o entramos? Te aprieto las manos
y nos quedamos adormecidos con saltos y sobresaltos.
¿Salimos? Una playa con un reno
oye en la altura vozarrón de una nube.
¿Entramos? El bosque se retira, la decoración
se aproxima a una fiesta campestre finlandesa.
¿Entramos? Yo tiro de tus brazos.
¿Salimos? Saltan los ojos mortales de un mineral.

LO QUE NO TE NOMBRA

Buscando la tesitura
de una fiesta que no llega,
se presiente por la altura
una diosa que nos pega
al juzgar la criatura.
Borra el pájaro el borrón
y se acerca de rondón
a un montón de breve sombra.
Si es lo que no te nombra
es la estrella que se escombra.

LAS SIETE ALEGORÍAS

La primera alegoría
es el puerco con los dientes de estrellas,
los dientes vuelan a su cielo de nubes bajas,
el puerco se extasía riendo de su desdoblamiento.
Al lacón, lacónicas preguntas.

A tan capitosa sentencia eructos de aceituna.
La segunda alegoría
es la Diosa Blanca fornicando con un canguro.
Él le da la hincada absoluta,
con gloria y dolor que es la hincada lasciva.
Lo lascivo son los labios
por un cristal en el rocío de la Navidad.
Sin embargo, el inca no era muy voluptuoso.

Después la otra alegoría, la que se apoya.
La Rueda de Rocío.
El ojo se hace tan transparente
que parece que nos quedamos ciegos,
pero la Rueda sigue agrandando el ojo
y el rocío dilata las hojas como orejas de elefantes.

Otro descansillo lo ocupa la treta alegoría.
Brilla cuanto más se reduce,
cuando ya es un punto es la semilla metálica.
Une el resplandor y la lisura de la superficie.
Se reproduce en gotas de resplandor.
Parir una de esas semillas
justifica la pareja.
Pero ese punto que no se ve y brilla
es el fruto del uno indual.
La lluvia cae sobre un casco romano.
La gota resplandor en el cuenco de la lanza de Palas,
muestra la desnudez de su brazo
y con él penetra en las circunvoluciones de Júpiter.

Saltan las aguas sopladas por la gran boca.
De esa boca sale el espíritu que ordena
la sucesión de las olas.

Es la quinta alegoría,
como otra cuerda de la guitarra.
La alegoría del Agua Ígnea.
Un agua salta,
quema las conchas y las raíces.
Tiene de la hoguera y del pez,
pero se detiene y nombra el aire,
llevándolo de choza en choza,
quemando el bosque después de las danzas
que se esconden detrás de cada árbol.
Cada árbol será después una hoguera que habla.
Donde el fuego se retira
salta la primera astilla del mármol.
El Agua Ígnea demuestra que la imagen
existió primero que el hombre,
y que el hombre adquirirá ¿dónde?
el disfraz final del Agua Ígnea.

Teseo trae la luz,
el extante alegórico.
La luz es el primer animal visible de lo invisible.
Es la luz que se manifiesta,
la evidencia como un brazo
que penetra en el pez de la noche.
Oh luz manifestada
que iguala al ojo con el sol.
Un grupo de encinas
derrribadas oculta las prolongaciones
de la luz sobre la repisa fría
con objetos inmutables.
Es lo primero que se manifiesta
y será lo último manifestado.
Teseo frente al monstruo cuadrado
trae la luz evidente
y la manifestada.
Las repisas brillan
y se hunden a los hachazos.

Volvemos a la tetralegoría,
a la Simiente Metálica.
La luz buscando la raíz
de las encinas.
Buscando la resina como un óleo,

tocado por la respiración manifestada
con la luz manifiesta.
La Simiente Metálica buscada por Licario.
Con la luz resinosa,
regalada por la raíz golpeada por el hacha,
comienza el frenesí de las danzas corales.
La ciudad bailando
en el desfile de las antorchas fálicas.

ESTOY

Estoy en la primera esquina de la mañana,
miro a todas partes y comprendo que no es la nada
con su abrigo de escarcha.
Es la mañana de las espinas,
me detengo con la respiración entre dos piedras.
Contemplo un hombre saboreando una espina de pescado.
Brillan como la luna, las espinas, los dientes,
las uñas.
El pescado vuelve a hundirse en el bolsillo hundido.
¿Las espinas del pescado
serán la primera forma en que se hace visible la nada?
¿La espina tocada por la luna es la nada?

Paso a la otra esquina,
una muchedumbre de ciempiés va brotando en una oficina
destartalada. Las voces se confunden
y llegan al oído como una última ola.
Un gordezuelo se dirige a mi rincón.
No puedo decir si me habla.
La nada se agitaba en mi boca
como un bulto forrado,
como una papilla que crecía
como si quisiera salir por la nariz.
Mascar, el buey de nieblas, la nada.

La esquina se llenó de lluvia.
Descendía el agua por una escalera,
rectificaba sus pisadas.
Comencé a subdividirme con la lluvia.
El buey de nieblas levantaba el farol de la esquina.
La lluvia le prestaba guedejas,
como un rey asirio con su arco de plata.
La lluvia era el pestañeo de la nada,
reaparecía como el dedo gordo del mago.

En la otra esquina se oyeron
los pitazos de un tren.
El tren penetró en su bolsillo,
era una culebra de madera.

Después el tren se colgó
del farol de la esquina,
tapado con el cuero del buey.

El que traía el acordeón,
como siempre, comenzó a hermanarse
con el farol movido por la lluvia.
Venía disfrazado, emparentado con el buey de nieblas.
La nada como espina de un cuerpo desconocido.
Lo sorprendí, también hundía las espigas
de pescado en los bolsillos hundidos.

VI

Vi lo que no vi,
pero ¿el ojo?
Precisó.

El silencio mascullaba las hojas,
crecía como un ombligo capitolino,
pero el ombligo y los árboles
estaban en las cloacas silenciosas.
El silencio de las cloacas
después que han engullido el viejo tiburón
que no se ve.
El tiburón que vi pasar por el puente.
La barriga hinchada de la cloaca
es silenciosa como el tiburón.
El tiburón se desliza por la cloaca
como por una boca que lo espera.
El silencio duerme entre la cloaca y el tiburón.

Un niño inmóvil frente al mar
que lo saluda con respetuosa majestad.
No se oye el movimiento de sus piernas.
Flexiona, respira oyendo su sangre.
Pasa un manatí, le habla al oído.
Se lanza después, dando gritos, sobre el mar.

El enano en el aserradero
domina el mediodía.
Lanza con las dos manos aserrín sobre su cabeza.
Envuelto en una hojarasca de oro
comienza a silbar.
El aserrín crece sin sonido.
El tronco no se agota jamás,
pero el enano es milenario
y canta y baila.
Al fin se encuentra un oso
y lo recuesta sobre el árbol.
El enano oye la savia
y cuando desaparece
galopa en el árbol con un arco.

Un topetazo con la plancha de acero
y se vuelve pegajoso como el alquitrán.
La mitad de la noche
pesa más que su silencio.
Un relámpago interpuesto
unificó aquel desfile:
la cloca con sus contracciones,
el tiburón que penetra en los anillos del tabaco,
el niño que canta en la bahía napolitana,
el enano con su serrucho que rebrilla,
el aserrín que nos baña como una cascada,
el oso con sus collares planetarios,
la plancha de acero que camina como un muñecón,
el alquitrán que adhiere al lagarto con el hombre.

Vi lo que no vi,
pero ¿el ojo?
Precisó.

EL ESPERADO

(Para José Rey de la Torre)

Al fin llegó el esperado,
se abrieron las puertas de la casa
y de nuevo se encendieron las luces.
Una sombra ligera había repasado
las paredes, que brillaban como ojos metálicos.
El esperado comprobó cada uno de los secretos
que guardaba la casa mágica
llena de los amigos que fueron llegando
para sentarse en torno de los instrumentos
musicales, lentamente comenzaron a sonar.

La conversación, como un animal caricioso,
se extendía por la humedad criolla de la noche,
mientras las estrellas nos regalaban sus ojos.
Todos volvimos a penetrar en la casa
y los contentos villancicos para el niño, las vihuelas
de cordaje dorado, las transfiguraciones
del piano en la esquina silenciosa
nos acariciaban el cabello.
Nos tapaban los ojos
y entrábamos en las promesas
de la tierra lejana,
de la confluencia de los ríos
que se amigan en una noche
igual a todas las noches,
porque en aquella casa, el timbre
amistoso convocaba al castillo
en cuyos secretos duerme una doncella
y despierta en la brevedad
de aquellas noches que traía de nuevo el esperado.
Eran breces aquellas noches,
porque cerrábamos los ojos
y los abríamos en la tierra lejana.

Fuimos pasando de nuevo a la casa.
Éramos los reconocidos de siempre.
Nadie había faltado a la cita.
El clavicémbalo con sus agudos de fuego
nos convertía en momentáneas estatuas

y después nos deshacía
en un agua soterrada,
haciéndonos reaparecer de nuevo
en la casa mágica.
La casa iluminada
nos prestaba un sencillo vestigio de la eternidad.
Las tazas de café
se habían convertido en joyas alucinadas,
que regaban la casa de gnomos que se
reían al encontrarse con los conocidos de antaño.
Cada día reconocemos la casa
y volvemos a reunirnos de nuevo en ella.
Nada era fantasmal ni borroso,
cada vihuela era reconocida
como el sonido del timbre del amigo que llegaba.

NÚMEROS TRENZADOS

Números trenzados nube tras nube.
El rehilete que traza círculos
que se borran alrededor de nuestra cabeza,
como cansados planetas
que llevan sus huesos a las arenas.
La reconstrucción de las veladas familiares,
donde el tío ebrio entraba por la puerta hendida,
con viejas zapatillas de giga.
El periódico comienza a arder
y todos cambian de lugar,
intercalan sus piernas con los sombreros
tejanos, el bastón con puño de delfín
es un cohete que divide la noche
en tazas plateadas y en estanques
con gorgueras nadantes, en campanillas
de congelados sonidos como albatros.

Hay un rincón
que se abre como un libro de cetrería
y se cierra como un antifonario
en la medianoche temblorosa.
Sus páginas son la escarcha
que penetra en un paquete sellado.
Sus silenciosos tumultos
son llamas en el agua,
que ven de cerca, día por día,
el reloj coralino
que ensaliva la eternidad.
Una eternidad sucia, confundida,
que da tropezones en la ley matinal
y se reconoce y se come a sus hijos,
como el caballo de la noche
que relincha sin tregua.
Es una bobalicona batalla
en donde todos nos quedamos
dormidos. Y nos van diciendo
quiénes son los vencidos
y los que siembran maíz,
polvos de arroz,

confundidos con la grasa de la mula
en la coronación.

La talanquera mugiendo con las vacas.
Los flautines bucolistas,
dije de ostras lagañudas,
inician el asedio.
El incendio tamboril
desordena el asalto.
En el bostezo, nubes
y números de nubes,
de confín en confín.

DOS FAMILIAS

Su padre, un "diplomático de carrera",
como él decía para diferenciarse
del aluvión de disfrazados *politicians*,
cierto que con una clásica displicencia modesta.
Fue al Brasil,
allí donde una nuez es igual que un coco
y las *mortinha* se baña en una playa.
Pensaba sin remisión en los galanteos
de Talleyrand y en las condecoraciones
de Mitternich, con bigotes escarchados
y sentado siempre al centro de la mesa.
Allí se casó con una brasileña,
de una familia que había sido protectora del Aleijadinho.
Murió él muy joven y dejó una hija de siete años.
Después el padrastro fue embajador en Suecia,
recordaba ella que había vivido en una casa
toda rodeada de ventanales
donde la nieve resbala muy despacio
atrapando a la mosca verde.

Después estudiaría en un sombrío internado del Sacré-Cœur.
Cuando la sorprendieron con un libro de Musset
con discreta sorpresa recibió la noticia de su expulsión.
Y su madre lloraba delante de una monja
inexorable, cubierta con una llameante máscara de hierro.
La "petit Louise" lanzaba sus ojos más allá de la ventana,
donde una abeja rosada vibraba
pesando menos que el aire,
apoyándose en la cabecita de una jirafa
muy lejana, tan lejana que no oía que le preguntaban
por su salud o por sus alfileres.

Pasaron después a Viena,
eran los días del estreno del *Tercer Hombre*
y las alcantarillas estaban musicalizadas por Mozart,
mientras el gato nos reconocía
por los cordones de los zapatos.
La "petit Louise" estudiaba el bachillerato,
desde luego en un colegio

de catorce sílabas racinianas.
Su madre le daba vueltas a los dedos,
se los cortaba con una tijera de plata,
cera blanda se los volvía a poner,
como si fuera a esgrimir el espadín
de la reina del siglo XVIII.
Un médico siquiátra, joven analista,
no exageradamente remilgado, no muy presuntuoso,
se había enamorado de la muchacha
que se escondía de las sillas
y preguntaba ¿dónde estoy?
Entonces se sintió transparente,
no se podía tocar,
ni miraba sonriéndose la gran puerta rococó del colegio.
Le dijo a su madre
que le diera una escoba para barrer
esa piedra que ella había puesto
al lado de su cama.
Así tuvo la primera visión de la muerte,
un estuche de ébano,
con un estilete secreto.
Sentía frío la muchacha y quería temblar,
pero no podía y el miedo no avanzaba en sus brazos.
Sentía frío y enseñaba los pechos.

Si alguien le decía
a su madre que era brasileña,
le enseñaba sus modelos de Christian Dior
y extremaba sus finales de frase.
Quería pronunciar como una flor de Renoir,
o un desnudo de Manet,
o aquellas músicas de Ravel
que no tenían nada de jazz.
Pero sus ojos eran negros,
como quien mira a una playa
y despertaba cantando
las carnavaladas que de niña
le había oído a su vieja cocinera.
Cuando estaba a solas
y se miraba frente al espejo,
se ponía un gran lazo rojo,
como una mariposa de Pernambuco
posada en sus cabellos.

Se creía más francesa que Madame Du Deffand,
la traductora de Newton,
la amiga de Voltaire.

La "petit Louise" fue a Londres,
sus chimeneas como un dedo dorado,
cortado en trozos apilados.
Los pelirrojos la hacían reír,
como si viera un gato rosado
o una cucharilla de azúcar
que entrase por la nariz.
La delicadeza de Shelley
se había debilitado en muchachos
lánguidos y ágiles como las gacelas.
Allí conoció un autor de teatro,
cubano con seis años de España.
Le mostró a la francesita
la segunda naturaleza, el combate
de los espejos con sus flotas
llenas de banderas y saludos
matinales. Las flotas chocaban
rompiendo el espejo.
Los personajes saltaban de las lunetas
al centro del proscenio,
todos se conocían después del asesinato
de Julio César, pero no se saludaban
para no despertar, dormidos
se daban las manos,
como si las hundieran en una piscina
y comenzaran a nadar.

Él la hizo cubana
y fueron a Pinar del Río
a dormir sobre la blandura
carnal de las hojas de tabaco.
Era una carne universal
que la llevó de nuevo a Francia.
En una excursión al valle pinareño
vio un colibrí muerto de éxtasis.
Su piquillo se hundía en el azucarado polen
y parecía más vivo y coloreado
cuanto más muerto.
Allí aprendió la "petit Louise"

que la muerte es un éxtasis,
que la vida consiste en dormir
envuelta en la carne de las hojas de tabaco,
en la evaporación universal.

EL ABRAZO

Los dos cuerpos
avanzan, después de romper el espejo
intermedio, cada cuerpo reproduce
el que está enfrente, comenzando
a sudar como los espejos.
Saben que hay un momento
en que los pellizcará una sombra,
algo como el rocío, indetenible como el humo.
La respiración desconocida
de lo otro, del cielo que se inclina
y parpadea, se rompe
muy despacio esa cáscara de huevo.

La mano puesta en el hombro de la mujer.
Nace en ellos otro temblor,
el invisible, el intocable, el que está ahí,
grande como la casa, que es otro cuerpo
que contiene y luego se precipita
en un río invisible, intocable.
Las piernas tiemblan, afanosas de llegar
a la tierra descifrada,
están ahora en el cuerpo sellado.
Comienza apoyándose enteramente,
un cuerpo oscuro que penetra
en la otra luz
que se va volviendo oscura
y que es ella ahora la que comienza
a penetrar.
Lo oscuro húmedo que desciende
en nuestro cuerpo.
Tiemblan como la llama
rodeada de un oscilante cuerpo oscuro.
La penetración en lo oscuro,
pero el punto de apoyo es ligeramente incandescente,
después luminoso
como los ojos acabados de nacer,
cuando comienzan su victoriosa aprobación.

La mano no está ya en el otro hombro.

Se establece otro puente
que respaldan los cuerpos penetrantes.
Ya los dos cuerpos desaparecen,
es la gran nebulosa oscura
que apuntala su aspa de molino.
Los dos cuerpos giran
en la rueda de volantes chispas.
Como después de una lenta y larga nadada,
reaparecen los cabellos llenos de tritones.
Miramos hacia atrás separando el oleaje
Y aparece el desierto con alfombras y dátiles.

Los dos cuerpos desaparecen
en un punto que abre su boca.
Lo húmedo, lo blando,
la esponja infinitamente extensiva,
responden en la puerta,
abrillantada con ungüentos
de potros matinales
y luces de faisanes con los ojos apenas recordados.

El dolmen que regala los dones
en la puerta aceitada,
suena silenciosamente su madera vieja.
Los dos cuerpos desaparecen
y se unen en el borde de una nube.
La manta, la lechuza marina,
seca el sudor estrellado
que los cuerpos exhalan en la crucifixión.
El árbol y el falo
no conocen la resurrección,
nacen y decrecen con la media luna
y el incendio del azufre solar.
Los dos cuerpos ceñidos,
el rabo del canguro
y la serpiente marina,
se enredan y crujen en el casquete boreal.

UN APETITO

Un apetito que se queda
en el desmesuramiento de la boca.
Un apetito en el sueño,
del tamaño de todo el cuerpo.
Un apetito que espera la lluvia
y el paso de las hormigas.
La boca infinitamente abierta
y una minúscula medida,
siguiendo la marcha por el desierto
en el sorprendido caracol.
Dos dedos, como dos pinzas,
ponen el caracol sobre la corteza de un árbol.
Allí incrustamos el viejo marfil
de la pulpa de la piña.

El caracol y el humor de la piña
empiezan a mezclarse con la sangre del árbol.
El caracol inundado por el líquido amarillo,
ya está ladeando su barba.
La esponja, sin cansancio aparente,
hunde sus dedos en el amarillo lamprea
y lo resbala por la piedra del caracol.
La copa del árbol
se reduce a la noche del caracol.
Se incrusta también en el árbol
una hormiga dorada.

El árbol prostituido por el rocío
de la boca de la mula,
mostró una oscura muchedumbre
de tetas alfombradas.
Coincidieron allí el caracol,
la hormiga ladeada
y la cáscara de la piña.
En aquella protuberancia
que no quería recordar,
el indio lentamente
inició sus tatuajes como una escaramuza.

Sus flechas eran el rabo del caracol,
su hacha dividía las hormigas,
sus plumas nadaban en el líquido amarillo.
La cáscara de la piña, como los ojos del caracol,
se incrustaba en el humo
que despaciosamente brotaba de sus hombros.
Las pisadas del indio
fueron absorbidas por las raíces
que dormían en la musiquilla del pozo.
Y ya el agua de las profundidades
tenía una cabezota que reía.
Con ella conversaba la lluvia nocturna.
La baba del caracol le hace pensar
en los patinadores perdidos.
Y la sogá comiéndose avaramente
la babilla restregada con el dedo
que toca el dado.
El dedo que hace saltar el dado
siguiendo el rastro del caracol,
con el capote de las seis estrellas sureñas
y el diamante cortavidrio.
Se incrustan en el árbol
y suben como una serpiente
que se verticaliza,
para abrir desmesuradamente la boca.
La lengua llena de polimitas,
de corales que sangran con lentitud,
salta al tropezar con el verde del apio.
La hormiga mira en la punta de la lengua,
descubre el violeta del septentrión
y se esconde detrás de la campanilla de vidrio.
La lengua se incrusta en la corteza
raspada por el cuchillo de Marduk,
que separó el cielo de la tierra.

Venían corriendo del río
y se escondían en la casa
que temblaba en lo alto del árbol.
¿Qué murmuraban en aquel escondite?
¿Cómo restregaban sus espaldas
en la clorofila que abominaba
el antiguo círculo de la sangre?
Fueron colocando la hormiga

en la hoja y se quedaba dormida.
Fueron resbalando el caracol
por las raíces y se deshacía en arena.
Fueron uniendo las cáscaras de piña
para formar las espaldas de un hombre.
La guardarropía temblaba como el árbol,
las máscaras fruncían sus frentes
al extraer sus nuevos cuerpos,
que comenzaban por dar tropezones con las raíces
mascadas por el frío de las hormigas.
Saludamos entonces con el tricornio del caracol.

UNIVERSALIDAD DEL ROCE

La universalidad del roce,
del frotamiento, del coito de la lluvia
y sus menudas preguntas sobre la tierra.
¡Qué engendros para una nueva raza!
¡Qué nueva descendencia del hombre y de la piedra!
Una caja de fósforos esparcida
sobre los cabellos que comienzan
agitándose como fragmentos que se unen
en un gusano lleno de plumillas.
La tijera cortando las aspas del ventilador
y el marco de una ventana que se cae
sobre un jarro de leche.
El anverso y el reverso
en el borde de la hoja.
Acaricio el nuevo monstruo,
después, ya me acostumbro,
y lo veo caminar
hacia el oeste del abismo con pinares.
Entrechocado,
frotándose los pies
con la llave maestra del patio secreto
que asciende en el elevador.
Precipitándose sobre una cascada congelada
la rotación convertida en un coito universal,
de la abeja con la respiración,
del sombrero con los siete anillos de Saturno.
¿Qué hijos darían que siguiesen
conversando cuando sopla la lluvia?
El gato copulando con la marta
no pare un gato
de piel shakeasperiana y estrellada,
ni una marta de ojos fosforescentes.
Engendran el gato volante.

ESPERAR LA AUSENCIA

Estar en la noche
esperando una visita,
o no esperando nada
y ver cómo el sillón lentamente
va avanzando hasta alejarse de la lámpara.
Sentirse más adherido a la madera
mientras el movimiento del sillón
va inquietando los huesos escondidos,
como si quisiéramos que no fueran vistos
por aquellos que van a llegar.
Los cigarros van reemplazando
los ojos de los que no van a llegar.
Colocamos el pañuelo
sobre el cenicero para que no se vea
el fondo de su cristal,
los dientes de sus bordes,
los colores que imitan sus dedos
sacudiendo la ausencia y la presencia
en las entrañas que van a ser sopladas.
La visita o la nada
cubiertas por el pañuelo,
como el llegar de la lluvia
para oídos lejanos,
saltan del cenicero,
preparando la eternidad
de sus pisadas o se organizan
inclinándose sobre un montón de hojas
que chisporrotean sobre el jarrón
de la abuela,
huyendo del cenicero.

CABRA Y QUERUBE

Truhán espadachín la sensación
araña la perdiz en remolino,
quejándose en sentencia o desatino
de las opuestas leyes del turbión.
Vuela flor o mariposa prefijada
irrumpe en halconero encaramada.

El aire que no despeina en el espejo
ya no está en la flauta en su perplejo,
no es devuelto ni tocado, la carmañola
ha dictado la envoltura de la ola.
Bailando el bonete en la hostería estalla
del delfín champanizando la batalla.

La unidad de la manzana, pero el gallo
es también una manzana, el tigre o el rayo
tienen el círculo, cornos y serpientes
en medidos sobresaltos correspondientes
al pez mascando silencioso una nube
o la estrella en el mar desconociendo donde sube,
si es cielo o roca marina, si desnuda
se metamorfosea en la cabra más lanuda
o en los sonsos fondillos de un querube.

UNA BATALLA CHINA

Separados por la colina ondulante
dos ejércitos enmascarados
lanzan interminables aleluyas de combate.
El jefe, en su tienda de campaña,
interpreta las ancestrales furias de su pueblo.
El otro, fijándose en la línea del río,
ve su sombra en otro cuerpo, desconociéndose.
Las músicas creciendo con la sangre
precipitan la marcha hacia la muerte.
Los dos ejércitos, como envueltos por las nubes,
se adormecen borrando los escarceos temporales.
Los dos jefes se han quedado como petrificados.
Después cuentan las sombras que huyeron del cuerpo,
cuentan los cuerpos que huyeron por el río.
Uno de los ejércitos logró mantener
unida su sombra con su cuerpo,
su cuerpo con la fugacidad del río.
El otro fue vencido por un inmenso desierto somnoliento.
Su jefe rinde su espada con orgullo.

CONSEJOS DEL CICLÓN

Cuando el negro come melocotón
tiene los ojos azules.

¿En dónde encontrar sentido?

El ciclón es un ojo con alas.

Cuando el jubón se mancha
de hielo frapé

la cara se llena de arrugas.

¿En dónde encontrar sentido?

Cuando la banderola se alza
en sentido contrario a las agujas
de un reloj, torcemos el rostro.

El ciclón es un ojo con alas.

Cuando el negro come melocotón
toca el violín a medianoche.

El ciclón le da un ojo a su ventana.

¿En dónde encontrar sentido?

Cuando soñamos un conejo
la nieve humea gotas de sangre,
la cabaña rueda por la ladera.

El ciclón es un ojo con alas.

NACIMIENTO DEL DÍA

Su casa era el espacio de la mañana,
la geometrización era impía.
Insertar una casa en un círculo
era suprimirle la visión del río.
El cuadrado era la casa de la ausencia o de la muerte.
Iluminaban las grutas comiéndose una fruta
amarilla, con mironas escamas
y pequeñas espaldas de hiriente
color arenoso, se volvían sobre el libro
secreto y recibían las aguas ciegas.
No les llegó
la vida vecinera o la irreconocible ausencia.
La bestia se amigaba con el fuego desconocido.
No caminaban hacia el río o norte,
despreciaban la esbelta hoguera meridional.
No miraban los dioses ese mantel claveteado,
el airecillo no venía a jugar en sus piernas.
Primero desaparecer, después meterlos en la tierra,
enterrar el aire insostenible,
la posible llamarada de la supresión de los sentidos.
El calor tendía a comerse la luz,
a evaporar la sonrisa de los dioses,
el furor de las hachas en el puente.
El cuerpo ceñido por un hilo,
marcaba la total diferencia,
no los entrantes y salientes del clavo oscuro.
Era el mismo cuerpo el que iba
a unirse con el alto aire de las torres.
Torres incomparables, humareda universal,
el cuerpo subiendo hasta perderse,
comido por las nubes como pájaro.
El miraje de aquellas tierras altas
reproduce los techos de nieve, la melodía
del pez en la cascada.
La quietud del buen trabajo de la tierra
se reproduce más allá de las torres imantadas.
Todo tiende a entreabrir sus ojos
en el empíreo del destierro.
Podían decir volver, no resucitar,

no se sumergían en la tierra dividida.
El cuerpo se escondía en la casa de las imágenes
y luego reaparecía idéntico y semejante
a un fragmento estelar, volvía.
Su ocultamiento había agrandado
su armonía con el humo universal.
Se incorporaban la uña de su anterior
pertenencia, el helado cuerno de lunar.
La caballería iba reconociendo, era el desfile
de la cordillera, los gigantes silenciosos en su nieve.
Por allí pasaba opulenta la mujer
del sol, cada poro lleno de nuevas
conchas que saltaban, se bañaba
en una festiva agua de arco iris.
Las mujeres del sol calentando los ríos,
la espalda de los ríos llenos de pelusillas,
la hormiga que solamente
era un ojo, un ojo colosal,
como una piedra que ve
de nuevo sus recuerdos crecer y andar.
Es diario ese ejercicio,
el cuerpo atado a la gran hacha,
el sueño liberaba la atadura.
Cada cuerpo y cada sueño
mandaban los fragmentos del humo universal
a la oscilante casa de la nieve.
Las manos reemplazaban la escritura,
tocan la fruta, la acometida de la espalda,
llevan la mano a la extensión pensante de la piel,
detener la flecha de la entraña del pez.
Las manos con el innumerable antifaz de los ojos,
así tocar un árbol era contemplar
impasible el milenario estelar.
Venus corriendo a la luna entrelazada,
lo intermedio y apagado se cuelga
como un ojo trapecio del Eros estelar.
Venus rotando en su cubeta de agua,
Baco llameando gritándole al aceite
y las langostas saltando de la esperma.
La luna con su cántaro en el pecho de Venus,
avinagrando el agujón de Tauro.
Allí la mujer blanquísima
no cuidaba del fuego, por la mañana

toda la casa le abría sus puertas al sol.
Donde hervía el caldo de la vida
el toro orinaba las constelaciones
y su cuerpo era repasado por las vírgenes.
Pero quedaba un corredor oscuro, la pareja
siempre con los brazos cruzados,
pero esperando la nueva especie
más allá del fuego, una hormiga
totalmente azul y dorada
destrenzaba graciosamente su cabellera planetaria,
siguiendo el remolino con la guitarra sobre el caballo.
Frente al sol un tejido,
tejer la carne del caracol,
como quien dobla un cántaro
entrelazar los hilos.
El sol como una araña
y las vírgenes prolongadoras de su tela.
En la casa cerrada reconstruyen
el sol por un hilo,
un hilo entre las manos
y entre los dos oídos.
Un hilo, una cuerda donde el hombre salta.
¿Qué cuerpo van a vestir?
Las telas se aglomeraban frente al sol,
las oraciones son los hilos
y el tejido es la aparición de la luz.
El hilo es el aviso o la campana del fantasma.
Alguien tenía que salir de la casa de la nieve
o de las murallas del sol.
Los pasos van formando un cuerpo
y el cuerpo salta del tejado a la nube.
Ya es un espíritu del lago,
ya es el Conde de Niebla
y le llega el rayo de la escritura,
con la platabanda mejicana y la guinea de Borneo.
La *hybris* del metal y el ave
forman un perfil irreprochable.
Pero allí surgió la maldición de la culpa.
Toda comunicación con el padre
se hace más allá del tejado,
asciende y desciende como el mercurio.
Todo hilo del papalote fantasmal
quiere ascender hasta el padre,

saltando en la cuerda entre los dos oídos.
El zumbido tensa la cuerda del padre.
El padre sufre la maldición y la ve
en el hijo irascible que golpea,
hasta que el hijo deposita los huesos
secretos en el padre, la traza de los enemigos,
y que él tan sólo sufrirá el riesgo del combate.
La alharaca por todas partes de la fruta que revienta,
las chirimías con las plumas mojadas por la saliva del gallo
los sones dilatados hasta trasladar las piedras.
Lo que envía el sol tiene siempre un nombre,
las mismas sílabas lo atraen.
El aire se organiza en conjuro,
en innumerables llaves de órgano.
El mismo cuerpo y la misma voz
reaparecen y engañan en la diversidad.
Cuando el sol toca las piedras,
un cuerpo resucita y dicta en la montaña.
El brazalete con el tizón coloreado
giraba sus planetas alrededor del brazo.
La copa mágica para parir el fuego,
sus facetas terminaban en el ojo de la rotación.
Las caras de la copa impulsan las burbujas,
las vejigas respirantes después del fuego en el buey.
Los caminos se abrieron cariñosos a las piedras,
trepaban por los brazos, se escondían en el sudor,
adquirían soterradas metamorfosis.
Crótalos blandos, holoturias
y después enteros a sus cuerpos de piedra.
La piedra se borraba en el río,
para adquirir su nuevo cuerpo transparente.
El cuerpo aligerado por la luz
y clavado frente a los gigantes de la nieve.
La piedra enrollando la luz
y después entreabriendo la palmera de la imagen.
Sus dátiles de contrapunteada aproximación,
llenos de las graciosas contracciones del río,
el procesional de los brazos en los cántaros,
de los brazos en los brazos en los brazos.
La obsesión de transportar los montes,
reliquias de la calcinación planetaria,
de acariciar la anterior imagen sin el ojo,
el que penetra la superficie interna desolada.

La cal se rendía al barro que reanima,
la cal y la arena enemistadas,
la arena para el caliente pie rosado
de los griegos y la crepuscular
romana sandalia de cuarzo decadente;
la cal para resguardar los huesos
y empollar los huevos la serpiente.
La sal aviva el fuego,
pero no come con baba rastrera
a ras de tierra sumergida, cayendo
con un vaivén voluptuoso y charolado.
Muerde la maldición sobre la tierra,
pero la sal trae el sabor de la sabiduría
y la amenaza replegada de la danza.
Lo que ella engendra pierde el nombre,
aunque se apoya en el lingual ofrecimiento oscuro
y la bóveda se tachona de fragmentos.
El faisán es el fin de la metamorfosis
y entonces comenzamos a reír,
pues sabemos que hay un gran engaño
que precede y que termina, y que con lo bello
se pretende cegar por un instante,
para que el dios dorado ocupe toda la gruta.
El otorgamiento es la medida de secuestro,
aquello que fue como un regalo de la melodía,
fue como una suspensión en medianoche.
Parecía venido a darnos los abrazos
y nos aplastó con la gran caja de aire.
Con dar ojos y conciencia
a los corpúsculos de la luz, sin apoyarnos
en el terco sustentáculo de la muerte,
hubiéramos sido alegres sin saberlo,
respirantes sin ser y sin estar.
Brisas del noroeste, acompasad vuestra llegada,
despertadnos sin ruidosas sorpresas,
que el sucesivo oleaje toque nuestras piernas
y nos vaya diciendo lentamente la embriaguez misteriosa.
Dadnos el secreto, brisas de la mañana
que comienza, de la noche que nos libera
en el océano estelar, donde ya somos peces.
Brisas que comienzan a unir lo invisible
y a separar los desterrados fragmentos
homogéneos, las piedras piramidales,

la diorita mortecina con sus húmedos huesos.
Brisas que en el sueño nos dais otro cuerpo
que ha podido asimilar las ambrosías prohibidas
y retornar solemne al mar que lo acompasa.
Brisas que tenéis el secreto de los dos oleajes,
el escalofrío del rocío en la piel de la anémona
y el desprendimiento del cuerpo de otro cuerpo clavado.

LOS DIOSES

Vasavadatta siente
todas sus oquedades atravesadas por flechas.
Los ojos levantan una incandescencia,
reduciéndose a un punto deonde los cuerpos
adquieren el total vigor de su presencia
y una incesante evaporación.
La nariz, acelerada por el calor del metal,
invenciona nuevas obras,
más fragantes que el amarillo oloroso
del melón de miel, y ya sin evaporación,
toda conversación entre el hombre
y lo que está dentro de las murallas
se borra, como sumergido en un agua desconocida.
Amigo del pez,
y no del hombre ni de los árboles.
La boca masticando y lamiendo
el metal trocado en una piedra inextinguible.
Vasavadatta es ya Sarasvatti,
nuevas maneras y estilos.
Comienza a hablar, se burla,
pero entre las palabras
se interponen caravanas de nubes,
animales anteriores a la cultura,
frisos manchados por los murciélagos.
Enano mentiroso, enano mentiroso,
enano mentiroso.

Una flecha atraviesa el oscuro de la boca,
otra pega los labios como el alquitrán.
Le dan una nalgada
y se precipita gruñendo en una cueva.
Ahora es un antruejo bailando
ante la luna que le corta el cuello.
El unicornio, con dos jinetes,
comienza a lamer las flechas.
Van a la nieve de la extensión,
a la invariable línea del horizonte.
Regresa el unicornio, los jinetes
se perdieron al contemplar

las flechas cubriendo los ojos,
la boca y los labios balbuceando
el aislamiento de las letras,
sin ser pesadas por la boca,
ni derretidas por los labios.
Los jinetes regresaron con un nuevo lenguaje,
tardaron demasiado tiempo
en ser interpretados
y huyeron de nuevo.
Desaparecían y ceñían
la novísima discontinuidad
del tiempo, roto el sueño
de la sucesión numérica.

Las flechas curvándose
en las colinas del oído,
convierten el mar en la "estéril llanura"
de los antiguos, las algas salitreras
se retraen del alejamiento de las aguas.
El desierto, en la muerte del sonido,
ofrece la infinitud de las playas.
La totalidad del cuerpo azul,
recibiendo la furia de la luz
en sus detalles, la ayudamos
con nuestro cuerpo a depositar
la fuerza oscura que se desdobra
en el yo unidad en la luz
y la diversidad de la lluvia y los sentidos.
Van regresando los dos jinetes,
el unicornio suelta su sombra
para no ser tocado por la palmera
del diablo, los otros duermen
y comienzan a arder con lentitud sigilosa,
vigilando las langostas
que vuelan sobre sus huesos.
Muerden sus ancas, qué rabia
para el unicornio cuando se siente
igualado con las ranas.
El unicornio, con mariposas en la oreja y en el trenzado
rabo alfileres de la plata martillada,
regresa con el príncipe.
¿Quién es? ¿Cómo desaparece?
Lo otro es la muerte y la inmortalidad.

Si la muerte es una sombra,
la inmortalidad es una sombra
que brota incesantemente del cuerpo.
Aquel que mensura el aire,
puede vivir en la muerte y morir en la inmortalidad.
"¿A qué pues me haréis semejante,
dice Isaías, o seré asimilado?"
El espejo con su silencioso remolino
central de agua manoteada,
une de nuevo las imágenes con sus cuerpos.
Es la primera respuesta temblorosa.
¿De dónde vino el espejo,
ese aerolito lanzado por el hombre?
¿Cómo el cristal que interrumpe el aire
sin mancillarlo, se oscureció en su fondo
deteniendo la imagen?
Allí avanzando, nada se detiene,
sólo la nada se mece fijamente.

Así, los fragmentos oscuros
buscan su incandescencia, esperando
la llegada espiraloide de una fuerza
que los remacha como un estro en el espacio.
La espera se hace tan creadora
como el vencimiento de la distancia.
El espacio se contrae para parir,
descrear engendra también la sucesión oscura.
El agua que lanzamos por nuestra fuente,
la saliva que evapora hormigas blancas,
el azufre de los alquimistas,
todos se enmascaran con la ausencia.
El fuego asomó su cara
destruida y reapareciendo
con un chasquido en la piedra carbón.
Entonces el rebelado
inició el aquelarre inmóvil de la hoguera.
Curvó los metales,
quemó la tierra con esmaltes.
Fue también panadero y cocinero.
El libro de su victoria
tiene las hojas calcinadas
para que nadie conozca
el secreto de la humillación final

sino el aullido de la desolación,
las circulares aves del destierro,
la ciega paciencia de la muerte.
Hylas, la belleza, al lado de Hércules,
el que le mató a su padre.
Lo débil como una sierpe
penetrando en el gemido del fuerte,
gimiendo por la ausencia.
El humo que se destrozó en el crepúsculo
al apuntalar los tejados escalonados,
cómo reaparecerá.
Los pasos que se borraron,
qué nuevas arenas volverán a pisar.
Los rostros que penetraban en nuestro cuerpo,
dónde asoman el pinchazo de su sonrisa.
En alguna isla se pasean,
muestran en sus brazos nuevos faisanes,
el rostro en la metamorfosis del humo,
el humo congelándose en un rostro.

No me pregunto ya a mí mismo,
pudiera ser que ya no me interesase,
ni a las plantas ni animales cabeceantes
sino a los espacios de ojos calcinados,
a todo lo que nos rodea con su silencio,
al aire que llena el espacio
de puntos inasibles que sostienen como columnas
lo grandes templos donde los dioses ordenan
silenciosos a los dormidos, sin romper la noche.
El aire que nos hace salir y entrar
en el espacio, invencionando nuestro cuerpo
con el misterio de la cantidad de astros
y la extensión vacía.
Qué alegría, qué alegría,
qué majestuosa tristeza esa unión
de la respiración misteriosa,
entre la transparencia que se recibe
y la exhalación de las entrañas
que se devuelve.
Ésa es nuestra morada:
la pureza que se recibe
y la siniestra semilla que se hunde.
Después de las estridentes canciones báquicas,

su voz le fue arrancada por los gnomos,
arrancándole la lengua con sus barbas
y tiraban y tiraban apoyados en los árboles.
Una segunda voz,
desconocida como la noche que se aleja,
fue brotando de la misma raíz.
Sentado en el sillón de Agamenón,
con la nueva voz
que iba penetrando cada día por sus poros,
representaba con una máscara de ágata
en el proscenio de la selva interrumpida
por los zancos que robaban los racimos
y manchaban la nueva voz
con la nueva sngra que robaban.
La suprema esencia, como un dios,
está escondida, no necesita como la semilla
destruirse para reaparecer
en la mañana del trigo danzante
con la perdiz y el violoncelo.

Un Giorgione y puede ser un Chardin.
Los músicos extendiéndose en la yerba
y los músicos ciegos
esperan el sueño y el sonido totalmente los abraza.
Las esencias que no existen, inapresables,
están en las semillas que se pudren para reaparecer.
Las máscaras danzando un curvado arco iris,
modulan sonidos como estatuas yacentes.
Enano mentiroso, enano mentiroso,
enano mentiroso.
Los dioses se acercaban vestidos de seda,
por eso pudimos reconocerlos.
No se presentaban desnudos
ni tapados por el fuego,
mirando el rodar de las nubes.
Escogían la seda
elaborada por los avisos del hombre
¿cómo se apoderaban de ella?
Por el día, en su invisibilidad,
por los excesos comestibles de la luz,
la robaban; en la noche,
en su espesura, la medían
con su cuerpo oculto por el fuego.

Sus cabellos de gorgona etrusca,
estaban atravesados por alfileres
de carey transparente y espesa plata.,
por eso pudimos acariciarlos
y rendirles las rodillas.
En el sueño habitábamos la misma pradera.
En la extensión oíamos el latido de sus sienes,
como nosotros cuando nos adentramos
en los arenales de la almohada
y extendemos las manos
como queriendo que alguien las apriete
y saltan al espacio
frente al proyector que sigue nuestro cuerpo.
Despertamos y nos abren las manos
en un banco de arena.
Los dioses empiezan a salir del mar,
alazan sus caracolas retorcidas,
ladean sus colas verdinegras
donde un delfín brinca y estornuda.

¿Y MI CUERPO?

Me acerco
y no veo ninguna ventana.
ni aproximación ni cerrazón,
ni el ojo que se extiende,
ni la pared que lo detiene.
Me alejo
y no siento lo que me persigue.
Mi sombra
es la sombra de un saco de harina.
No viene a abrazarse con mi cuerpo
ni logro quitármela como una capota.
Me alejo
y no siento lo que me persigue.
Mi sombra
es la sombra de un saco de harina.
No viene a abrazarse con mi cuerpo
ni logro quitármela como una capota.
La noche está partida por una lanza,
que no viene a buscar mi costado.
Ningún perro esmalta
el farol sudoroso.
La lanza sólo me indica
las órdenes de la luna
haciendo detener la marea.
Es la triada del colchón,
la marea y la noche.
Siento que nado dormio
dentro de un tonel de vino.
Nado con las dos manos amarradas.

FABULILLA DE DÁNAE

El omnipotente dios de la semilla
escondido entre la tierra
puede ascender la lluvia
y penetrar por las puertas más cerradas.
El oráculo anuncia, pero no pudo
servir de escudo, habla
desde las cuatro ventanas de la torre.
Los perros guardianes lamen
las puertas de bronce, arrancan
las tachuelas que como ojos
avisan el amante y su sorpresa.
Júpiter llega con la lluvia
y dilata el vientre de Dánae.
Su presencia está en la lluvia
que barre las baldosas del palacio
y muestra la avidez de la semilla.
Todos los ojos de Argos fueron burlados.
Por eso en un lluvioso paseo matinal,
podemos ver en una plaza de Florencia
el gracioso Perseo,
hijo de Júpiter oculto en una gota.

MAÑANA SÁBADO

(Leyendo La Bruja, de Michelet)

Con velocidad suma
hacia el cesto,
en parábola de pluma.

Compran trapos y papeles,
rompen los percales de las abuelas
para abultarse el vientre
y que las vean como si desfilasen
preñadas en el bairán de un día del año,
en el que todas las cosas y sus sombras
tienen el asentimiento.
Quieren ser vistas como preñadas
y conservar la virginidad.
En el ramadán se santificarán con la preñez.

Los pajecillos quieren invocar
al diablo, dicen su nombre y se curvan.
El Maligno no les hace caso,
vigila lo que pasa en la plaza,
la ancestral llegada de Margarita.
Los pajes colocan escorpiones
en la punta de sus zapatos.
El cuerpo se les agrieta y arden
cuando sus sombras los muerden.

De pronto una garganta juvenil
mostró el camafeo de ónix de la abuela.
Las figuras estaban borrosas
como si lloviesen sobre el camafeo
colores rotos y colores que se rehacen.
El anticuario, con dudosos
pasos del siglo XVIII
deslizó en su mano invisible
una lupa con contornos de plata.
En la miniatura
se veían figuras apoyadas, afeminadas.
El anticuario comenzó a bailar un rigodón.
La cajita de música dio
la hora de acostarse.

Y todos volvieron
a ahorcarse en su tembloroso
escaparate de palisandro.

Llega el sábado y el diablo
está ya preparado para presidir.
Una carcajada coral
y él añade su diseñada sonrisa.
El diablo de otro chivo negro
le ha prestado sus cuernos,
que lanzan chispas rotas
de un metal herrumbroso.
Tiene dos máscaras inmóviles,
una le cubre el rostro,
otra le cubre el trasero.

Los conjurados en la noche del *sabbat*
pueden besar la máscara
que más reclama la otra sangre
amigada con la noche y la nada.
La máscara del trasero
se ha afinado como la cáscara
de una cebolla podrida.
Ha sido tan besada que los insectos
no encuentran donde hundir su ponzoña.

Sigue la fiesta del sábado,
comienza la rueda giratoria
donde se danza hasta desconocerse.
Espalda con espalda
y los brazos ceñidos como culebras.
Los cuerpos ya no se veían,
un polvo de tempestad
les tapaba lo ojos con ungüentos babosos.
Las viejas se creían efebos,
los efebos metamorfoseados en ángeles
preparaban la caída.

Llegó a su casa
y encontró al gato rengueante y hambriento.
Comenzó a lanzarle
tarjetas con disculpas de visitas.
El gato comenzó a escupir

fuego por la boca, preguntaba por qué
no lo habían llevado a la fiesta.
Más respeto conmigo, dijo,
relamiéndose el fuego:
Soy el lugarteniente de los participios.
Saltó sobre su brazo,
el brazo desapareció con dos cuernos,
el que guardaba las máscaras
para el próximo sábado.

Con velocidad suma
hacia el cesto
en parábola de pluma.

LA ESCALERA Y LA HORMIGA

En la medianoche
la hormiga desciende por la escalera del hotel.
Intenta seguir la prolongación de una línea recta.
Se detiene a veces ¿qué laberintos resolverá?
Pero cada escalón la detiene
de una manera que sorprende.
Recorre el peldaño como buscando
el bulto que su espalda necesita,
después se precipita como cantando.
Está desprovista de todo compromiso,
pero de pronto encuentra un pedazo de ala
y corre para llegar a la casilla que desconocemos.
Se regodea en cada escalón
y después desciende oronda al otro
y corre corno si estuviera en una playa.
Tiene la alegría
de ser la dominadora de la escalera.
Sabe que su finalidad será lograda.
El zapato que puede mancillar
pasa muy cerca, pero le deja
un pedazo de hoja de tabaco,
un pétalo aburrido,
la sal que le calienta los ojos dominantes.
Señorea la escalera
y ha paseado cada peldaño
con la elegancia de una dama inglesa
que lleva la basura hasta la esquina,
a un latón verde
con la corona inglesa
raspada por los dos leopardos.

LO INAUDIBLE

Es inaudible,
no podremos saber si las hojas
se acumulan y suenan al encaramarse
la mirona lagartija sobre la hoja.
Nos roza la frente
y creemos que es un pañuelo
que nos está tapando los ojos.
El oro caminaba
después hacia la hoja
y la hoja iba hacia la casa
vacía del otoño, donde lo inaudible
se abrazaba con lo invisible
en un silencioso gesto de júbilo.
Lo inaudible
gustaba del vuelo de las hojas,
reposaba entre el árbol inmóvil
y el río de móvil memoria.
Mientras lo inaudible lograba
su reino, la casa oscilaba,
pero su interior permanecía intocable.
De pronto, una chispa
se unió a lo inaudible
y comenzó a arder escondido
debajo del sonido facetado del espejo.
La casa recuperó su movilidad
y comenzó de nuevo a navegar.

MARÍA ZAMBRANO

María se nos ha hecho tan transparente
que la vemos al mismo tiempo
en Suiza, en Roma o en La Habana.
Acompañada de Araceli
no le teme al fuego ni al hielo.
Tiene los gatos frígidos
y los gatos térmicos,
aquellos fantasmas elásticos de Baudelaire
la miran tan despaciosamente
que María temerosa comienza a escribir.
La he oído conversar desde Platón hasta Husserl
en días alternos y opuestos por el vértice,
y terminar cantando un corrido mexicano.
Las olitas jónicas del Mediterráneo,
los gatos que utilizan la palabra *como*,
que según los egipcios unía todas las cosas
como una metáfora inmutable,
le hablaban al oído
mientras Araceli trazaba un círculo mágico
con doce gatos zodiacales,
y cada uno esperaba su momento
para salmodiar El libro de los muertos.
María es ya para mí
como una sibila
a la cual tenuamente nos acercamos,
creyendo oír el centro de la tierra
y el cielo de empíreo,
que está más allá del cielo visible.
Vivirla, sentirla llegar como una nube,
es como tomar una copa de vino
y hundirnos en su légamo.
Ella todavía puede despedirse
abrazada con Araceli,
pero siempre retorna como una luz temblorosa.

SERPIENTE Y PAÑUELO

La serpiente
buscó un pañuelo
para ofrecer un cuadrado
tan tenso como sus anillos.
Los anillos se extendían como el metal
y el pañuelo cubría la mesa de noche.
¿Era una serpiente o un cono?
¿Era un pañuelo o una superficie
simplemente lisa,
pintada de blanco?
Empecé a golpear el pañuelo
con la serpiente.
Y se iban desprendiendo ojos,
escamas, anillos que temblaban
como carne de tortuga.
Empecé a comprender
el parentesco entre la serpiente
y el pañuelo con las puntas dobladas.
Guardaba un secreto
contra el cual silbaba y mordía la serpiente.
Se adormeció en el pañuelo.
El pañuelo guardaba la serpiente,
pero todo respiraba
por debajo de la tierra.
Era ya el límite que no ondula,
y el pañuelo y la serpiente
comenzaban a zarandearse.

SOBRE UN GRABADO DE ALQUIMIA CHINA

Debajo de la mesa
se ven como tres puertas
de pequeños hornos,
donde se ven piedras y varas ardiendo,
por donde asoma el enano
que masca semillas para el sueño.
Encima de la mesa
se ven tres cojines grises y azules,
en dos de ellos hay como figuras geométricas
hechas con huevos irrompibles.
Al lado un jarrón sin ornamento.
Pedazos de leña por el suelo.
Un hombre curvado con una balanza
pesa una cesta de almendras.
La varilla de ébano
alcanza de inmediato el fiel.
El hombre que vende
teme a los tres pequeños hornos
que se esconden debajo de la mesa.
Por allí deben salir
las figuras esperadas
que vendrán cuando el pesador
logre el centro de la canasta.
A su derecha el hombre que contempla
absorto al pesador,
juega con unos pájaros.

LA CAJA

Vive en una pequeña caja de acero
con una mirilla que él sólo sabe utilizar.
Aunque nunca recibe a nadie,
pasea todos los días con el mismo chaleco.
Por las noches hace su recorrido
y pierde su identidad.
Se diluye en la noche
y la noche lo despedaza silenciosamente.
De pronto, tropieza con un dolmen
lleno de clavos de olor,
se hiere los pies con una botella rota
rellena de un eléctrico papel de oro,
le da la mano a una persona desconocida
que le hace un regalo impenetrable,
duro como una madera que ha estado
muchos siglos bajo el agua.
Tropieza con una multitud
que escandaliza su nombre,
aunque él apenas lo oye.
Su camino parece estar trazado
por una oruga que sube por una escalera.
Penetra en un café sucio
y una muchacha se le acerca con zalemas
y después empieza a pellizcarlo
y a clavarle alfileres
que él se sacude como si fuese
polvo solar.
Masca un caramelo
y comienza a volar.
Lee un rato en una azotea
llena de camas vacías.
Su chaleco escocés
brilla como las estrellas
y se va deshilachando mientras
le cae la ceniza por la cara.
Vive en una pequeña caja de acero
y por la noche se asoma a la mirilla,
pero sólo ve su chaleco reproducido
por el ojo paleolítico del elefante.

VIEJA BALADA SURREALISTA

Cuando el riachuelo se llena de coletazos
de serpiente y el piano vuelto de espaldas
enseña sus zapatos que brillan como la noche
cuando se hunde como un sillón desfondado
aunque sus mimbres viejos son juguetes del niño cabezón
A resguardo de tajada de melón violín
los bailarines se dan cabezazos y sudan aserrín
y la medianoche se aburre
como un tablero de ajedrez reclinado en la pizarra
No pensaba ir, pero me faltaba el llavero
el candado enorme el perro que siempre me sigue
hasta que se despide lamiendo una pantorrilla
El violín como un brazo lleno de ranas
comenzó a lanzar gotas de miel evaporada
La canoa del jefe pasaba por el lago de cristal
cuando sonaron las dos de la madrugada
y los que se despertaban bailaban con los que se dormían
Ya llegó la esperada y yo me escondí
con hipocresía detrás de una infantil caja de lápices
que me prestaron sus dedos amarillos
y los fragmentos del acordeón como una toronja almibarada
Lágrimas que yo guardaba como migajas de pan
para lanzarlas en la piscina de los caimanes amanerados
Cuando comenzaba a inflarse el buñuelo
el charol chilló definitivamente
y la canoa del jefe estaba llena de pedacitos de cristal

EL OJO QUE NO QUIERE VER

El ojo que no quiere ver minucioso,
se entretiene con un pajarraco
que muerde una guanábana deforme.
Los dos pequeños monstruos se divierten.

Pero está mezclado a la pequeña broma
el ojo que vuela como un blanco absoluto
picado por una abeja. Cuando se retira
el ojo se extiende por la frente.

Cuando pregunto por la fruta,
muy levantado, de madrugada, la pregunta
la molesta hasta el manotazo
y hasta esconderse en la ceniza de la hornilla.

¿Para qué preguntar por las inflamaciones?
¿Para qué esconderse en los pedazos de la noche?
Si por cada pregunta desbaratada
el rascacielo se inclina como una maqueta de cartón.

Su pico reluce como una botella vacía.
El pájaro aterido se regodea en su muerte.
De pronto, unas campanadas de querubines
rompían el humo como un estallido

que no se oye, lo oprimía un carretón,
un carretón de nubes, una escenografía,
que va cayendo en el incendio,
mientras las espadas y los lunares rodean las lámparas.

Como el ancla mayor se rodea
de pequeños peces, las adherencias
mordían la espalda doblándola
sobre el borde de una carta escarchada.

Allí iban los búcaros, los edredones
de una tarde que saltaba sus contornos,
que se hacía ancha como un hacha
cuando descapita el bisonte, carne

que no quiere el regimiento, apostado
entre dos ríos, el de las carcajadas irremediables
y el que se sonríe como un pañuelo
entre dos manos apoyadas en el candelabro

morado. Los colores se fijaban en las berzas
puestas aparte en el jardín, como la pianola
desaparecía, y el alfil perdura en su caminar
de lado, regalando de prisa una jaula de pájaros.

Grandes grupos desaparecían oyendo el guitarreo.
Corrían, se detenían, impulsados por la flauta
huracanada, un viento que era una gran
pechuga deshilacha las mochilas

llenas de maíz sembrándolos, poniendo un pie
arriba, desfigurándoles el rostro,
para que la mazorca parezca un disfraz
y el amarillo la domesticación del relámpago.

El envoltorio de periódicos se escondía en el buche
de una tortuga, con temperatura que lentamente
estremecía. Era un ejército de tortugas
tripuladas por condecorados viajeros sin piernas.

El envoltorio se deshizo en una transparencia
semejante a la pesadilla de un niño
que se envuelve en la pesadilla de un canario.
Saltaba de barrote en hierbabuena y después regalaba

un número que guiaba de nuevo
como un diamante picoteado por un canario.
Los animales enseñaban su lengua filológica y vacía
como otro animalito que trepa por un estante floreado.

El ojo minucioso voltejaba al osezno,
prefiriendo ese juego a la pelota del circo.
Las guedejas del guijarro, el cimbalón,
aumentaban las constelaciones adheridas al ojo.

PONER EL DEDO

La cabeza que nos aprieta
incesantemente el cuello
hasta verla jugando
sobre una escoba dominical.
La cabeza impide la limpieza
de la casa, vuelan y zumban las alfombras,
después cae escalón tras escalón.

El teléfono aúlla al lado de un plato
sucio de frituras,
el timbre rompe la cerámica,
cada pedazo una oreja frente
al teléfono y el vejete
con su bata de verano va apuntando
en la tendedera de una pizarra.
Oye las pisadas nocturnas del caballo
en su aterciopelado teléfono de extensión.
El caballero real anota el minué
en la libreta de teléfonos.

De nuevo el dedo sobre la lámina.
Delicadamente la mesa
se hiende en dos planisferios.
El que se va hundiendo
hasta el centro de la tierra.
El otro es un hueco
por donde pasa una carreta
llevando un feto, con las guirnaldas de Baco.

El anillo en la punta del pañuelo
asegura las bodas imposibles.
El dragón babeando con una mantilla
y la cierva que espera el sueño
con cintajos de colores
y su baba placentaria.
Los reyes comienzan a galopar,
había mucha nieve
y las persianas hundían sus pestañas.

Dormido trabajaba en la escaramuza
donde el viento se hinchaba
como un almohadón, como una cuchara
gigante que explorara un vientre.
De allí sacaba un agua tornasolada
que yo llenaba a salivazos.
Era aquel humor espeso
un caldo para el regreso
que esputaba estrellas de ébano
que yo recogía para el sábado.

Una serpiente con cabeza de pez
al teléfono.
Puse el dedo en la lámina
y lentas explosiones
convidaban a dibujar al cabrito negro.
Comenzaban los sacrificios.

BRILLARÁ

Brillará el disco
y no se sabrá su color final,
lentamente los colores se van cansando
y dejarán escapar como una manecilla
que pide ayuda.

La yerba se enredará sobre sí misma,
no recorrerá el río más cercano,
se reirá al penetrar por una boca
descomunal y penetrará en el horno
alegrándolo todo con sorpresa
verde, perico escandaloso que descubre
la mañana.

Las hojas comienzan su revolina,
pero el aire está inmóvil,
sin salir de sus grutas.
Una página agrandando el ojo
de su recuerdo, con un gran papel
nos cubrimos y recordamos
sus orejas de papel en el polvo.

El zapato que crece hasta la silla,
la silla luchando con el temblor de tierra
y que nos impulsa
de un planeta a un planetoide,
de una mosca a una corbata,
del tiempo al caos que lo borra.
El zapato ya está sobre la silla
y nos ponemos a temblar.

LA MUJER Y LA CASA

Hervías la leche
y seguías las aromosas costumbres del café.
Recorrías la casa
con una medida sin desperdicios.
Cada minucia un sacramento,
como una ofrenda al peso de la noche.
Todas tus horas están justificadas
al pasar del comedor a la sala,
donde están los retratos
que gustan de tus comentarios.
Fijas la ley de todos los días
y el ave dominical se entreabre
con los colores del fuego
y las espumas del puchero.
Cuando se rompe un vaso,
es tu risa la que tintinea.
El centro de la casa
vuela como el punto en la línea.
En tus pesadillas
llueve interminablemente
sobre la colección de matas
enanas y el flamboyán subterráneo.
Si te atolondraras,
el firmamento roto
en lanzas de mármol,
se echaría sobre nosotros.

EL PABELLÓN DEL VACÍO

Voy con el tornillo
preguntando en la pared,
un sonido sin color,
un color tapado con un manto.
Pero vacilo y momentáneamente
ciego, apenas puedo sentirme.
De pronto, recuerdo,
con las uñas voy abriendo
el *tokonoma* en la pared.
Necesito un pequeño vacío,
allí me voy reduciendo
para reaparecer de nuevo,
palparme y poner la frente en su lugar.
Un pequeño vacío en la pared.

Estoy en un café
multiplicador del hastío,
el insistente *daiquirí*
vuelve como una cara inservible
para morir, para la primavera.
Recorro con las manos
la solapa que me parece fría.
No espero a nadie
e insisto en que alguien tiene que llegar.
De pronto, con la uña
trazo un pequeño hueco en la mesa.
Ya tengo el *tokonoma*, el vacío,
la compañía insuperable,
la conversación en una esquina de Alejandría.
Estoy con él en una ronda
de patinadores por el Prado.
Era un niño que respiraba
todo el rocío tenaz del cielo,
ya con el vacío, como un gato
que nos rodea todo el cuerpo,
con un silencio lleno de luces.

Tener cerca de lo que nos rodea
y cerca de nuestro cuerpo,

la idea fija de que nuestra alma
y su envoltura caben
en un pequeño vacío en la pared
o en un papel de seda raspado con la uña.
Me voy reduciendo,
soy un punto que desaparece y vuelve
y quepo entero en el *tokonoma*.
Me hago invisible
y en el reverso recobro mi cuerpo
nadando en una playa,
rodeado de bachilleres con estandartes de nieve,
de matemáticos y de jugadores de pelota
describiendo un helado de mamey.
El vacío es más pequeño que un naipe
y puede ser grande como el cielo,
pero lo podemos hacer con nuestra uña
en el borde de una taza de café
o en el cielo que cae por nuestro hombro.

El principio se une con el *tokonoma*,
en el vacío se puede esconder un canguro
sin perder su saltante júbilo.
La aparición de una cueva
es misteriosa y va desenrollando su terrible.
Escondese allí es temblar,
los cuernos de los cazadores resuenan
en el bosque congelado.
Pero el vacío es calmoso,
lo podemos atraer con un hilo
e inaugurarlo en la insignificancia.
Araño en la pared con la uña,
la cal va cayendo
como si fuese un pedazo de la concha
de la tortuga celeste.
¿La aridez en el vacío
es el primer y último camino?
Me duermo, en el *tokonoma*
evaporo el otro que sigue caminando.

OTROS POEMAS

POEMA

Mi dolor no es el arco de la luna
que mi espalda refleja ni la estrella desnuda
que levanta una fría estrella contemplativa.

Mi dolor, mi alegría, que yerra por espejos errabundos,
la sustancia alcanzada de la roca erigida,
no son mi centro oscuro que detengo y te ofrezco.

Pero te veo de pronto salvadora enemiga,
a mí llega la nube y el ruido de la abeja,
y clara enemiga te sorbo y me creas.

La creación se extiende en definida alegría,
el zumo de los labios ya no desea y crece
el rumor alcanzado en soberanía exquisita
del arco y de la flecha, de la flecha y del son.

Crecedoras las furias deshacen sus fragmentos.
Elásticas columnas recrean el juego de la sombra
y de nuestro centro oscuro fuga la creación serena.

Del cuerpo ante el cristal y de la sombra huidiza
que en nuestra fuente ha destruido el nido.
Ahora la sombra atrae en su torre cercada.

La sombra y el cuerpo enemistados vagan.
El primer cuerpo creador, creador alternado,
clara enemiga, desprende una luz embriagada,
robusto mensaje de la ola viajera.
La sombra interrumpe la canción corporal
y en la garganta no salta el tritón deslumbrado.

La diversidad sus bultos pintarrajea.
Dice única la voz una:
sólo hay un rostro, una garganta, una luz renaciente.

De la nevada testa el viento remoja los cabellos
y cierzo de la muerte revierten los diamantes
de la postrer mirada que se lleva el gran río.

El coro de los guerreros afina sus pisadas
y la muerte no grita en el tambor de las cabalgatas.

Definido está el aire: el secreto del ave ya no está mantenido
y la redención del pez comprende la secreta soledad
del hombre que ayer preguntaba errabundo.
Ahora el misterio en las astas del ciervo
con plenilunio suelta sus monstruosas escamas.

El hombre no aposenta el arco de la luna.
Su helada blancura desdeñada sin fin.
La noche marinera ni rapta el tiempo ni la muerte nos trae.
Severo el fuego construyendo adormece
al hombre y al ángel de la llave entregada.

PARA MIS DOS HERMANAS, QUE ME REGALARON UN PAR DE ZAPATOS

Ahora mis ojos lo cercan
y mis manos lo pueden recorrer, apretar.
Es una navegación para la tierra y la escarcha, un zapato.
Toco la piel, el brillo de los clavos la penetra
alegre como un dios con la cara mojada,
todo tan evidente como mis hermanas
en la lejanía, como la mañana con su llegada
para el despertar. No vienen al teléfono,
no está el almuerzo dominical con su cine,
la llegada de Eloy al atardecer,
y la llegada de todos los familiares de antaño
y la tribu de nuestra sangre,
con sus mujeres altas y su prole bien guardada.
Veo a mis dos hermanas dentro de los zapatos,
como en una barca de juncos,
saludar con un abanico habanero, saludar
para reaparecer detrás de las costas
con los mismos zapatos, la misma barca,
llenos de conchas, las bromas de nuestra infancia,
lo que todos los días nos regalaron como si nos tirásemos
arena al rostro, con el recuerdo del Coronel
que fue nuestro padre y cuya muerte
profundizará siempre nuestros recuerdos, como un anticipo del destierro.
Es el mismo zapato de Jacksonville, de Pensacola,
de los primeros años de huérfanos,
es el zapato que siempre espera
para que lo conviertan en barca de junco,
es el zapato siempre esperado,
es el *ucello*, la carroza, el gran pájaro.
Veo ahora y comprendo desde la raíz que no es el cuarto sostenido
por los tirantes del que se cortó la oreja.
Veo el billar tropezado por las boinas azulear,
y al centro, el par de zapatos como una fruta,
pues ambos están apolismados por el uso
y la crueldad que se rehúsa,
pues las arrugas de esos zapatos parecen las carcajadas de un pescador viejo.
La cama del mesón en la aldea,
que guarda en su centro el par de zapatos,

mientras el sueño sale como una guadaña
para degollar a los espantapájaros.
El par de zapatos del hombre que se cortó
la oreja – los pitagóricos, con sus casas propicias
a los incendios del Este, creían en un muslo de oro –,
y que ahora exigen el centro de su cuarto,
las apoyadas equivalencias estelares,
entre la nada y el grillo que raspa sus sienas.
Mi hermana mayor ¿recuerdas la última Navidad
que pasamos con nuestro padre?;
Eloísa, ¿recuerdas los Reyes en las madrugadas
de Prado, en el recuerdo como los ras de mar,
con sus colecciones coralinas y sus algas rayadas?
La ausencia, la ausencia del que se había ido en el mes de enero,
estremecía nuestra casa,
desde el silbato del cartero hasta la visita de las tías.
Todo eso volviendo como las nubes que tropiezan
en los barandales retorcidos,
reapareciendo en el par de zapatos,
besados por una ardilla de nieve
en el círculo de su retorno infinito.
Ustedes por las tiendas, con las medidas, buscando,
yo apretando esos cordones, abrigándolos,
pasándoles la mano al par de zapatos,
lentamente, como dos animalejos que salen de la consola de ébano.
Ascendiendo en el manantial de las aguas del espejo,
se sientan esas ardillas sobre su cola, con aquellos muebles
color de aceituna de nuestra casona
infantil de Prado, que iban de la sala al comedor,
los días de ras de mar y el día del velorio de Horacio.
Antes de que me rectifiquen: eran los muebles
que pasaron del campamento a Prado,
no los de color caoba, que eran los de Abuela,
con sus banqueticas para los pies,
donde ahora veo el par de zapatos
que ustedes me han enviado desde las Navidades
del destierro, con su ardilla de nieve al teléfono.
¡Dios mío, qué acoplamiento en torno del zapato viejo,
el Can, la Osa Mayor, la Lira,
el Tercer Rey fundador con su hocico de buey,
y sobre su cabeza de diorita egipcia, el Gavilán!
Los pasos, los verdaderos pasos en la espalda
del cielo, el eco de cada paso,

es una medida que se prolonga en una huella,
y en una penetración que nos regala
la ceguera de la marcha.
¿Qué medimos en cada una de nuestras pisadas,
las hojas sonrientes en el ondular de la mañana,
o la penetración invisible en la balanza de Proserpina?
Sé que mis hermanas me han regalado
un par de zapatos, sé que cuidan
mis pisadas alrededor de las hojas,
sé que cuando yo duermo,
ellas cuidan mis pasos, los preparan y los miden.
Estoy entrando en la noche,
oigo suavemente mis pasos preparados
por mis dos hermanas. Oigo
la ardilla de nieve al teléfono,
escucho el ruido de los muebles
que retroceden de la sala al comedor. Miro mis zapatos, estoy tan
alegre como cuando veíamos extenderse la fila de árboles del Prado al día
siguiente de un ras de mar.

RETRATO DE JOSÉ CEMÍ

No libró ningún combate, pues jadear
fue la costumbre establecida entre su hálito
y la brisa o la tempestad.
Su nombre es también Thelema Semi,
su voluntad puede buscar un cuerpo
en la sombra, la sombra de un árbol
y el árbol que está a la entrada del Infierno.
Fue fiel a Orfeo y a Proserpina.
Reverenció a sus amigos, a la melodía,
ya la que se oculta, o la que hace temblar
en el estío a las hojas.
El arte lo acompañó todos los días,
la naturaleza le regaló su calma y su fiebre.
Calmosos como la noche,
la fiebre le hizo agotar la sed
en ríos sumergidos,
pues él buscaba un río y no un camino.
Tiempo le fue dado para alcanzar la dicha,
pudo oírle a Pascal:
los ríos son caminos que andan.
Así todo lo que creyó en la fiebre,
lo comprendió después calmosamente.
Es en lo que cree, está donde conoce,
entre una columna de aire y la piedra del sacrificio.

LA CASA DEL ALIBI

Respondedme, ¿está reciente, recién sacudida y recién nacida la casa del alibi?

La casa que siempre ofrece la cara de una columna de yerbas y de humo, pero que sabemos que se imanta con los cuatro imanes cardinales y la serpiente sumergida.

La casa del alibi, donde el saludo apretando el hombro se iguala con la puerta abierta hacia dentro,
Y la fulminante crecida de los clavos por el paredón tiene el ceremonial de la capa que allí se cuelga y el bulto traído por el viento que le presta sus piedras.

Pues José Martí fue para todos nosotros la última casa del alibi,
que está en la séptima luna de las mareas, y la penetran los ejércitos y se deshace penetrándonos.

No le arredra ver la suntuosa pesadumbre del primer signo del cadmeo, que significa buey,
ni los exquisitos movimientos egipcios del rostro del gato, que se descifra en el doble,
y que está también en las paredes de la casa del alibi, en el signo del reverso de la mano,
pero él ha llegado a los alrededores, sin miedo a la no interrupción de los emidosaurios
y a los excesos de la pitahaya y del colibrí;
amarra alegremente su pequeño caballo en el tronco de aceite y de cuerpo,
y penetra en la casa: encuentra la reciente ceniza de las recientes humaredas;
y el pequeño caballo está quieto, pues sabe que la mano que lo traía ha penetrado con su alegría en la casa del alibi.

Se ha burlado majestuosamente de las varillas cayendo como granos de arroz,
y del soplo de la puerta coronada, abierta hacia afuera, soplada en lentísimos cuchillos,
pues la brevedad de su mano mide incesantemente la distancia de la puerta hasta el símbolo.

Las evaporaciones de lo vegetativo en el sueño le han revelado que un solo ideograma
significa pelambre, pellejo, piel, despellejar y desollar, y las resueltas asociaciones,
que al lado de un bambú, hay que pintar una golondrina.

La brevedad de su mano ha recorrido la oscura suntuosidad de los correaes,
con la sobresaltada decisión de un fragmentario desfile para firmar en el concilio,
pero ahora el trotón permanece cerca de la montura sin que las correas lo
detengan,
y penetra de nuevo en la casa del desierto,
tan injustificada como para Job la lluvia donde no hay poro vegetal.

Pero sabe que quien huye de la escarcha se encuentra con la nieve,
y sabe que él tiene que llegar hasta allí, y que el cenital
de la casa se alcanzará en su vaciedad con lunas bajamar.

El primer desierto es el del rasguño en la piedra, se toca así la primera risueña
absurdimidad,
la mano toca el armonio de inapresable pequeñez y el vuelco de sus sonos y ojos
cae como la cascada que el pez desaloja para enterrarse en el movimiento.

Es la desmandada risa ante el zumbante sombrero planetario y el consejo
que llega: colocarse los hijos gatunos en el sombrero.

El segundo desierto es la vuelta para alcanzar la cámara,
donde el rey y la reina sonámbulos hierven sus semillas,
y el encorvado suspicaz proclama su insensatez de testigo
y el risueño cumplido que cumple su delicadeza con el amarrado caballo,
pagándola en muerte cercana, poniéndose en sitio de palma que arrebató
al caballo, ahora los tres enigmas vuelan y embiste Nadión.

En el desierto el tercer método es la cascada congelada,
a la salida el hombre criollo esgrime un larguísimo pelo de caballo,
lo divide en los cuatro peldaños que levantan cuatro lombrices
y la vida canturreando en el alto vegetal del cabello.

Así pudo él deslumbrarse postrero, el criollo macheteando en cuatro
el larguísimo pelo de caballo. Después van llegando los caminos
con huellas de caballos y los corredores peldaños. Es aquí cuando el rasguño
deja pasar el viento como voz, en el reconocimiento de los parapetos de Anfión.

Su justa permanencia indescifrada sigue en sus memoriales enviados a un rey
secuestrado,
en sus cartas de relación nos describe para su primera secularidad una tierra
intocada
-et caro nova fiet in die irae-,
tomará nueva carne cuando lleguen la desesperación y el temblor y la justa

pobreza.

El dialéctico frenético que gime una ausencia de *telos*,
sabe por él la humedad naciente de la placenta mortal;
el que resguarda sus sílabas de violín y el nadismo de su cabellera bermeja,
y el espejo de cartón acariciado por los estiramientos del humo retomado y
volcado,
tienen ya que saber que el mejor está allí y en el claro desdén de las previas
antologías órficas.

ÍNDICE:

POEMAS (3)

- Décimas (5)
- Catedral (11)
- Catedral (12)
- En el sur de la roca...* (13)
- Nacimiento de La Habana (14)
- Se esconde (16)
- Playa de Marianao (17)
- Herida fronda (18)
- Errante (20)

MUERTE DE NARCISO (22)

- Muerte de Narciso (24)

ENEMIGO RUMOR (28)

I-Filosofía del clavel (30)

- Ah, que tú escapes (32)
- Rueda el cielo (33)
- Son diurno (34)
- Avanzan (36)
- Discurso para despertar a las hilanderas (37)
- Se te escapa entre alondras (39)
- No hay que pasar (40)
- Madrigal (41)
- Figuras del sueño (42)
- Como un barco (47)
- Puedo mirar (48)
- Queda de ceniza (49)

II-Sonetos infieles (52)

- Sonetos a la Virgen (54)
- Ordenanza del Marqués de Acapulco (57)
- Comienzo del humo (58)
- Primera luz (59)
- Su sueño toca (60)
- Melodía (61)
- Vuelta del aire (62)
- No ya el otoño (63)
- Espuelas (64)
- Fácil sueño (65)
- Lluida (66)
- Breve sueño (67)
- Pez nocturno (68)
- Ahora que estoy (69)

- Cifra de muerte (70)
- Último deseo (71)
- A Santa Teresa sacando unos idolillos (72)
- Invisible rumor (73)

III-Único rumor (77)

- Fiesta callada (79)
- Cuerpo, caballos (82)
- Aislada ópera (85)
- Doble desliz, sediento (87)
- San Juan de Patmos ante la Puerta latina (91)
- Suma de secretos (92)
- Noche insular: jardines invisibles (95)
- Un puente, un gran puente (100)

AVENTURAS SIGILOSAS (104)

- El puerto (108)
- Llamado del deseoso (109)
- La esposa en la balanza (110)
- Encuentro con el falso (111)
- El fuego por la aldea (112)
- Tapiz del ciego (115)
- Diálogo en una jiba (118)
- Culebrinas (121)
- El retrato ovalado (123)
- Tedio del segundo día (125)
- El guardián inicia el combate circular (127)

LA FIJEZA (131)

I

- Los ojos del río tinto (135)
- Variaciones del árbol (142)
- Siesta de trojes (145)
- Poema (147)
- A la frialdad (149)
- Pensamientos en La Habana (153)
- Ronda sin fanal (159)
- Rapsodia para el mulo (163)
- Sacra (167)
- Sonetos a Muchkine (170)

II

- Noche dichosa (176)
- Censuras fabulosas (177)
- La sustancia adherente (178)
- Pífanos, epifanía, cabritos (179)
- Peso del sabor (180)

- Muerte del tiempo (181)
- Procesión (182)
- Tangencias (183)
- Éxtasis de la sustancia destruida (184)
- Resistencia (185)

III

- Desencuentros (188)
- Resguardo, alejo (191)
- Corta la madre del vinagre (192)
- El encuentro (193)
- Cuento del tonel (196)
- Invocación para desorejarse (197)
- Aclaración total (198)
- El cubrefuego (201)
- El arco invisible de Viñales (203)
- Danza de la jerigonza (208)

DADOR (213)

I

- Dador (217)
- Las horas regladas (242)
- Para llegar a la Montego Bay (268)
- Cielos del Sabbat (275)
- Ahora penetra (278)
- El alzapañes testigo, escoria...* (279)
- Del saco donde sumerge...* (280)
- Aparece Quevedo (281)
- Visita de Baltasar Gracián (283)
- Los mismos ornamentos, sucesión de una espada...* (285)
- Venturas criollas (286)
- Himno para la luz nuestra (313)
- Primera glorieta de la amistad (318)
- Doce de los órficos (338)

II

- Aguja de diversos (353)
- Fragmentos (369)
- La rueda (373)
- Los dados de medianoche (376)
- El coche musical (392)
- Recuerdo de lo semejante (395)
- Nuncupatoria de entrecruzados (402)

POEMAS NO PUBLICADOS EN LIBRO (409)

- Proverbios (411)
- Poemas (415)

- Telón lento para arias breves (421)
- El número Uno (427)
- Oda a Julián del Casal (431)
- Los cordeles (436)
- Retrato de Don Francisco de Quevedo (437)
- Haikai en gerundio (438)
- Mi hermana Eloísa (439)
- Dejos de Licario (440)
- La prueba de jade (446)
- Minerva define el mar (448)
- Entre dos puertas (450)
- Décimas de la amistad (451)
- Agua del espejo (455)
- Vueltas en la parrilla (457)

FRAGMENTOS A SU IMÁN (462)

- Desembarco al mediodía (464)
- Décimas de la querencia (467)
- Inalcanzable vuelve (477)
- Nuevo encuentro con Víctor Manuel (479)
- Octavio Paz (482)
- Sorprendido (484)
- No pregunta (485)
- La madre (486)
- Eloísa Lezama Lima (488)
- Oigo hablar (489)
- Una fragata, con las velas desplegadas... (490)
- Palabras más lejanas (492)
- Se desprendió (493)
- El suplente (494)
- El cuello (495)
- Me hace propenso (496)
- Atraviesan la noche (497)
- Aquí llegamos (499)
- Discordias (500)
- El pez y los ojos (502)
- El ascenso (503)
- Mi esposa María Luisa (504)
- Antonio y Cleopatra (506)
- Je dit: une fleur (508)
- Enemigos (509)
- Agua oscura (510)
- Amanecer en Viñales (518)
- Retroceder (520)
- Virgilio Piñera cumple 60 años (523)
- Doble noche (524)
- Los fragmentos de la noche (526)
- Las barbas de un rey (528)
- Lo que no te nombra (529)
- Las siete alegorías (530)
- Estoy (533)

- Vi (535)
- El esperado (537)
- Números trenzados (539)
- Dos familias (541)
- El abrazo (545)
- Un apetito (547)
- Universalidad del roce (550)
- Esperar la ausencia (551)
- Cabra y querube (552)
- Una batalla china (553)
- Consejos del ciclón (554)
- Nacimiento del día (555)
- Los dioses (561)
- ¿Y mi cuerpo? (567)
- Fabulilla de Dánae (568)
- Mañana sábado (569)
- La escalera y la hormiga (572)
- Lo inaudible (573)
- María Zambrano (574)
- Serpiente y pañuelo (575)
- Sobre un grabado de alquimia china (576)
- La caja (577)
- Vieja balada surrealista (578)
- El ojo que no quiere ver (579)
- Poner el dedo (581)
- Brillará (583)
- La mujer y la casa (584)
- El pabellón del vacío (585)

OTROS POEMAS (587)

- Poema (589)
- Para mis dos hermanas, que me regalaron un par de zapatos (591)
- Retrato de José Cemí (594)
- La casa del alibi (595)

